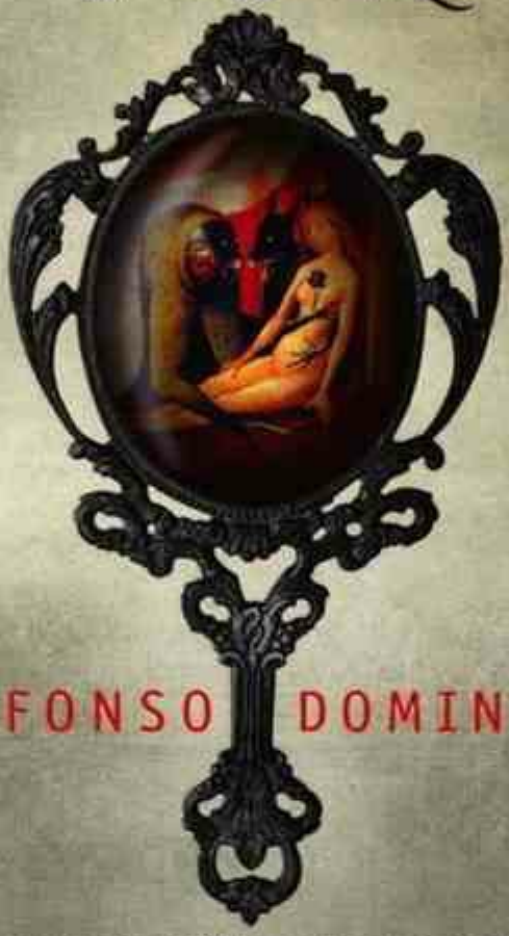
el ESPEJO NEGRO



ALFONSO DOMINGO

XLIII PREMIO DE NOVELA ATENEO DE SEVILLA

algaida

EL ESPEJO NEGRO

ALFONSO DOMINGO

Maquetación ePub: El ratón librero (tereftalico)

Agradecimientos: a Monipenny y LTC por

el escaneo y corrección del doc original

Monipenny & LTC

Este fichero ePub cumple y supera las pruebas

epubcheck 3.0b4 y FlightCrew v0.7.2.

Si deseas validar un ePub On Line antes de

cargarlo en tu lector puedes hacerlo en

http://threepress.org/document/epub-validate

XLIII Premio de Novela Ateneo de Sevilla

El jurado de los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Alberto Máximo Pérez Calero (presidente de Honor), Miguel Cruz Giráldez, Ángel Basanta, Miguel Ángel Matellanes, Fernando Marías,

Vanessa Montfort, Marcos Fernández y Antonio Bellido (secretario). La novela *El espejo negro*, de Alfonso Domingo, resultó ganadora del XLIII Premio de Novela Ateneo de Sevilla, que fue patrocinado por CajaSol. Obra Social.

A LA DERECHA DEL TRÍPTICO

PREFACIO CON CARTAS DEL TAROT

Y ORÁCULOS DIVERSOS

Esa fue la tirada de Ámsterdam, la de las nueve cartas: en el centro, el Colgado; por encima, el Ermitaño; por debajo, la Estrella; a la derecha de la Echadora de cartas, la Luna, y a la izquierda, el Hierofante o Sumo sacerdote, invertido.

Para completar, las cuatro verticales, de abajo a arriba: el Mago, el Diablo, el Mundo y el Loco.

No pensé jamás que fuera necesario un libro para interpretar una tirada de cartas. Para encontrar la clave. Las señales son solo eso, señales. De nada vale reclamar al arúspice la intriga, el hilo conductor. Desmadejada de la vida, como quien dice. Así que todo se mezcla, naipes y arquetipos que tienden al desorden y al enredo: atavíos, conductas, personalidades, costumbres, caminos esotéricos, algunos personajes, varias épocas y situaciones. Toda novela es como una obra alquímica, abanico de posibilidades: encajadas todas las piezas, en el atanor se destila la posible piedra filosofal, la rosa rúbea de la creación.

Tirada de cartas, fábula del mundo, pintura que refleja lo opaco de una sociedad, su espejo oscuro: el miedo, el poso de lo bárbaro y atávico, animal, en nuestros genes. Infiernos distintos en el tiempo y en el espacio que son en realidad los mismos, los que se obstina en perpetrar el ser humano con sus propios semejantes.

No hay una, sino muchas búsquedas. La palabra es una de ellas, ciclo en eterno movimiento. Con la inconsciencia del Loco y su impulso glorioso de emprender la senda, comienza la obra: se abre el tríptico, se peina la baraja, se revelan los augurios, trabajan los magos y se disponen las conjunciones estelares.

TABLA CENTRAL

JONÁS Y LA BALLENA

CAPÍTULO I

FUERA DE CUADRO

Sepulturero, es hermoso contemplar las ruinas de las ciudades,

pero es más hermoso todavía contemplar las ruinas de los hombres.

Lautréamont,

Cantos de Maldoror, I.

Nunca debí haber pintado ese cuadro. Durante años creí haber escapado a su influjo, pero aquello me marcó para siempre. Qué historia, la de mi existencia, y cómo se refleja en la tabla. Vida, cuánto misterio, encerrado a veces en los lienzos, siempre fuera, cabalgándonos, pasando sobre nosotros, pintándonos en cuadros sombríos, en cuerpos arrugados. Jamás pensé pasar de los noventa años. Pero para relatar mi larga peripecia, debo trasladarme tiempo atrás, cuando tenía veintitrés. A ese momento en el que, a pesar de mi juventud, se quebraba para mí la esperanza al pasar la frontera de Francia, en febrero de 1939.

En el puesto de Le Perthus me tocó presenciar escenas terribles, que se sumaban a las vistas en la retirada de Cataluña: miles de mujeres, niños y ancianos, además de soldados, huyendo con pánico de la barbarie que nos ametrallaba impunemente desde el cielo. Guardo de esos días la imagen de una mujer que llevaba un niño muerto en los brazos. No quería desprenderse de aquel chiquillo de dos o tres años, así que terminamos por subirla a la camioneta. Ni en la carretera, ni siquiera en la frontera, encontramos una sola ambulancia; solo los gendarmes franceses, sin duda aleccionados, que no tenían con nosotros ninguna piedad, sus palabras resonando como látigos en

nuestras espaldas: *Allez!, allez!, vite, allez aux camps!*

El primer campo, precisamente, fue el de fútbol, uno de esos campos de pueblo que no tenían más que los cuatro palos de las porterías. En aquel recinto, encima de la nieve congelada, concentraron a familias que se habían mantenido unidas toda la guerra y separaron a los hombres de las mujeres y los niños. Así que allí se dieron lloros, gritos, abrazos. Y sobre todo, frío y hambre. Porque la mayoría de la gente pasaba sin nada.

Al relatar una compañera el humillante registro de que había sido objeto, junto con otras mujeres, en un vagón de ferrocarril, se me hizo visible la derrota. Aquello fue como un mazazo. Cuando entramos en Francia, éramos un ejército vencido, un pueblo vencido. Las condiciones, bien es cierto, eran penosas, pero el dolor no estaba en dormir en las playas al norte de la estación balnearia de Argelès—sur—Mer, o en las inmundas barracas de Arlet, Le Barcarès, Saint—Cyprien, Vernet, Bram, Septfonds, Gurs u otros campos donde nos habían metido los franceses. No, el dolor estaba dentro de nosotros, se asomaba a la cara, tomaba acomodo en el cuerpo, inquieto recipiente donde se revolvían tres años de avatares. Cada uno en su peripecia, memoria de una guerra perversa, unidos todos por la gran y aplastante verdad: nuestro sueño se

había roto. Habíamos fracasado, una oportunidad como aquella no se volvería a presentar fácilmente. Todo lo que odiábamos en aquel país de herencias malditas nos había pisado otra vez el cuello, nos había destrozado: los militares, la Iglesia, la aristocracia, el gran capital...

Los que allí estábamos lo sentíamos, flotaba en el enrarecido aire. En cualquier otro momento nos hubiéramos revuelto contra aquellos franceses y sus tropas coloniales, los *spahis* senegaleses, no les hubiéramos permitido tratarnos como lo hicieron, a golpe de palo y orden.

—Allez, allez aux camps! Allez aux camps!

Pero para eso hubiéramos tenido que ser un pueblo, si no con más agallas, sí con menos cansancio en el alma y sin la losa del fracaso y el exilio, la vida ya como una incógnita. Ante nosotros, los gendarmes mostraban su cara más torcida, más negra.

«¿Has saqueado alguna iglesia? ¿Tienes alguna joya en tu poder?», preguntaban, en su castellano con acento francés, cuando nos hacían la ficha para mandarnos a un campo. A mí me tocó Argelès—sur—Mer, la playa. Un campo penoso, la arena como cama, cavando cuevas en ella, vivienda de cangrejos humanos, sin letrinas, solo el frío mar como gran baño, aunque pocos se adentraran en sus

aguas. Nos daba vergüenza que nos miraran, mugrientos, delgados, desnudos de todo.

La rendición de Madrid y el final de la guerra empeoró nuestra ya maltrecha situación. Mientras que entre nosotros no se registró eco, inútiles los comentarios de unos y otros —comunistas, anarquistas, socialistas, republicanos, todos ocupados en la tarea de salir de allí—, para los franceses fue señal de peor trato y consideración.

Nuestra indumentaria pronto estuvo hecha una piltrafa, entre las malas condiciones higiénicas y la aparición de los piojos, que solo desaparecían cuando hervíamos las prendas. Los gendarmes no daban jabón ni ropa y en los alrededores del campo floreció un mercado negro de vestimentas y zapatos, martingala de la miseria, paraíso de los chamarileros; alguno hay siempre que saca partido de las desgracias de los demás para mejorar la suya propia. Surgieron intermediarios: algunos refugiados y guardianes. Las ventas incluyeron enseguida joyas y relojes, carteras de cuero, estilográficas. Los lugares cerca de las alambradas, donde a media tarde se realizaban los trueques, parecían el Rastro de Madrid o los Encantes de Barcelona. Eran escenas que no nos llenaban de orgullo, antes al contrario, hacían evidente nuestro lamentable estado de derrotados, de proscritos.

Habíamos perdido, pero la caída duró poco. No nos lo podíamos permitir. Como en un proceso físico, ley pendular de las conciencias, se dio en nuestras filas un sentimiento de sacudirse de encima la tristeza y empezar a moverse. Éramos luchadores. Habíamos decidido seguir peleando. Y surgió la organización en el campo, y los grupos culturales y los coros, cualquier cosa que nos devolviera la dignidad como seres humanos que tienen derecho a sueños de mejora y libertad. Buscábamos el calor en los demás, estar rodeados, juntos, en compañía.

Ese era el espíritu, pero para ser efectivo tenía que anidar en cuerpos, y el mío, aunque joven, aún no se había recuperado del impacto de los últimos meses de guerra y la mala alimentación e higiene de los campos franceses.

Sufrí una disentería. A pesar de los cuidados de los médicos, que se afanaban en la enfermería del campo, una barraca mal equipada, mi estado era preocupante. Los compañeros pensaron que si no me sacaban de allí, tendrían que enterrarme. Para recuperarme, buscaron una granja donde me restablecí.

Estuve un tiempo falsificando avales para los libertarios que habían caído en la ratonera de Alicante y penaban en los campos

franquistas. Algunos compañeros habían cruzado la frontera de forma clandestina y se habían hecho con la documentación que pedían, los famosos avales que elaboraban la Iglesia, los jefes de Falange locales o los alcaldes para liberar a los prisioneros. Esa fue la primera vez que me dediqué a la falsificación, cuyas técnicas mejoraría con el tiempo. Como resultaba complicado hacerse con un sello de goma, incluso con un buen cuero, conseguí caucho sintético. El papel, de libros de viejo. Y fabriqué unas delgadas cuchillas de finísimo filo, a partir de las de afeitar, para poder recortar las letras de imprenta, una a una, y luego, con compás, los círculos. Lograba reproducir los sellos con ayuda de un espejo y una lupa. Fueron días y días de pruebas, de paciencia y afanes, hasta conseguir unos resultados aceptables. También aprendí a confeccionar dobles fondos en las maletas. El equipo en el que permanecí algunos meses consiguió que con esos avales falsificados salieran de los campos españoles unos cuantos libertarios, la mayoría de los cuales cruzó la frontera.

A la vez, yo trabajaba en la granja ayudando en las labores del campo. El primero de septiembre de 1939 se dio una coincidencia rara. Se produjo la declaración de guerra de Gran Bretaña y Francia a Alemania, a la vez que se empezaba a cortar la uva para hacer el

vino del nuevo año, vino que no salió muy bueno; quizá flotaba algo agrio en el ambiente.

Tras la declaración de guerra, la presión sobre los refugiados de los campos aumentó. Los franceses, mermada su capacidad de trabajo, ofrecían empleo en la agricultura y en batallones de marcha para abrir trincheras. A fin de conseguir sus objetivos, las autoridades de los campos endurecieron las condiciones, lo que hizo a muchos aceptar aquellos trabajos en los que pagaban la mitad que a los suyos.

Muchos de los responsables de la organización libertaria estaban aislados en el campo de Saint—Cyprien, y la organización decidió ayudarlos a salir de allí y buscarles un destino en México o Cuba, países que a priori eran más receptivos a nuestras ideas y donde podíamos obtener más fácilmente ayuda.

Me enviaron a París. Se sentía cada vez más cercana la guerra cuando llegué en tren, con dos compañeros y el mandato del comité responsable, con el objetivo de conseguir recursos y adquirir pasajes para que muchos camaradas pudieran embarcarse camino del exilio. Allí tenía conocidos de la época en la que militaba en la *bohème* y fregaba platos en un restaurante. Durante meses resolvimos lo que pudimos con las divisas que teníamos. Después utilizamos las joyas y las obras de arte requisadas, no muchas, que habíamos

podido sacar de España.

Me repugnaba todo lo que tuviera que ver con el tráfico artístico, lleno de arribistas, especuladores, gente sin escrúpulos, que solo veían en las telas los dibujos del negocio, opacos al arte, incapaces de admirar la belleza. En esto, desde luego, se parecían a algunos de mis camaradas de la guerra, a los cuales aquellos cuadros de santos, vírgenes, escenas bucólicas o mitológicas, no les decían nada.

—Si nos sirve para comprar armas y luchar contra los fascistas, bienvenido será ese dinero.

Yo me había desgañitado discutiendo con comités de requisa, con los responsables de las incautaciones. Solo algunos eran sensibles al hecho de que era arte que el pueblo merecía disfrutar. Si había sido realizado por los pintores, gente con oficio, para disfrute de los exquisitos, en aquellas obras también estaban representados nuestros antepasados, nuestros congéneres, los obreros, campesinos, criados, todos aquellos personajes que acompañaban a las figuras centrales.

París había cambiado, no era la misma ciudad que cuatro años atrás. También era posible que yo hubiera cambiado bastante en ese intervalo. Poco quedaba de la bohemia, la que yo conocí, tan joven, a los veinte años,

uno antes de la Guerra Civil. Había ido a aprender con una beca del Gobierno y los ahorros de mis padres, maestros con inquietudes y ganas de cambiar un país injusto. La formación era el único lujo de mi familia. Antes de Francia pasé un curso en Alemania, pero Berlín no me encandiló. Me deslumbraba más París y su ambiente intelectual, donde, como muchos de mi generación, suponía que estaba la cuna del arte. Pero allí, aparte de los museos, apenas pude disfrutar del ambiente bohemio. Cuando me di cuenta, había gastado como un novato todos mis recursos invitando a cafés y almuerzos. No tuve más remedio que ponerme a trabajar en el mercado de Les Halles y lavar platos en un restaurante, hasta que reuní lo suficiente para regresar, evaporado el sueño del gran París.

Ahora se trataba de otro viaje a la capital francesa, con mis sueños doblemente rotos, truncada mi carrera como pintor, vencido y exiliado de mi país, agrio el aliento y ácida el alma, con el rostro marcado por la amargura del desastre. Pero había que empezar otra vez, aunque fuera lejos de mi familia y de los míos. Así que apreté los dientes y me lancé de nuevo a la vida.

El comité había decidido que las ventas

fueran realizadas por dos compañeros que reportarían a su vez a un responsable. De esa manera se evitaba que los fondos logrados se disolvieran entre manos sin demasiados escrúpulos o con demasiadas urgencias: había mucho apache en el París de aquellos días. Así pues, entré con un compañero en un local de la *rue* Clément.

—El señor Mainger no está —mintió el empleado—, pero díganme de qué se trata y veré qué puedo hacer.

—Venimos a ofrecerle dos cuadros. Pintura española. El marchante Ferretier me dio sus señas.

—¿Qué clase de cuadros?

—Pintura española del XVIII. *Bodegón con joyas* y *El neceser de la reina.*

—Quizá le interesen al señor Mainger. ¿Tienen los cuadros?

—Podríamos traerlos si la propuesta es buena.

—El señor Mainger podrá recibirlos a las seis.

Llegamos a las cinco, una hora antes de lo previsto. Primero, habíamos pasado otra vigilando el edificio, uno de los pocos de aquella diminuta calle que daba al Sena. Lo

extraño es que, a pesar de encontrar la puerta abierta, no parecía haber nadie en la casa. Llamamos, pero lo único que oímos fue una lejana música de violín. Parecía Mozart, aunque no pude identificar la pieza. La música nos fue guiando, como la flauta de Hamelín, a través de las salas, hasta una puerta entornada en el fondo. La ejecución era de un verdadero virtuoso y en aquella semioscuridad tenía un efecto hipnótico. Hasta mi compañero, que apretaba la fusca en el bolsillo, parecía subyugado. Tras unos instantes, como temiendo que desapareciera aquella maravillosa melodía, empujé la puerta. Ante nosotros, un caballero maduro de facciones agradables, pelo gris, ojos claros y profundos, vestido con un elegante terno negro, tocaba con alma el violín, arrancando las notas y logrando armonías con una vitalidad sorprendente. Cuando nos distinguió, no pareció extrañarse ante nuestra presencia. Acabó, con tranquilidad y toque de maestro, algunos compases más y dejó el instrumento en su funda. Pero si sorprendente había sido su interpretación, práctica en la que debía de ejercitarse a menudo, no lo fue menos la manera en la que empezó a hablarnos.

—Encantado, señores. Me llamo Santiago Mainger. Les sorprenderá que hable español, aunque en realidad es solo uno de los idiomas que domino. Fue mi padre, un gran amante de

España, quien comenzó a enseñarme su idioma, y quien me bautizó con ese nombre. Ya ven, tenemos algo en común.

La extrañeza de nuestros rostros le hizo continuar.

—Deben de pensar que solo será eso. También estuve en su país antes de que comenzara la guerra. O, como ustedes dicen, la revolución. Viajé allí por negocios y entendí algunas cosas sobre los españoles. Demasiadas palabras, demasiada miseria y mucha historia, excesivo lastre. Las guerras son terribles.

—En eso le doy la razón, sobre todo si las pierdes —intervine entonces—. Pero aún no se ha dicho la última palabra.

—No hace falta ser adivino para saber que la gran traca solo se está preparando.

—Europa entera va a saltar por los aires. Nos urge el dinero. Nuestra organización no goza de ninguna ayuda y son muchas las necesidades que tenemos.

—¿Podría ver los cuadros?

Abrí la maleta que portaba con cuidado, y, dentro de ella, el doble fondo, de donde extraje los cuadros que desplegué con cierta parsimonia sobre la mesa.

Santiago Mainger examinó las dos piezas, el *Bodegón con joyas* y *El neceser de la reina.*

En el primero se distinguía, al lado de una bandeja de frutas, un collar de diamantes y rubíes, junto a un vestido de mujer antes de ser planchado, y en el otro, en un gabinete donde se apreciaban perfumes y joyas en un neceser, una mujer —quizás una camarera, por el gesto furtivo— se miraba de soslayo en un espejo.

—Pintura española, siglo XVIII.

Con ojos de experto, ayudándose a veces de una lupa que acercaba a los ojos, Santiago Mainger parecía concentrado.

—¿Es usted pintor? —me preguntó.

—Hasta la guerra lo fui.

—Ya, la guerra... Ferretier, el marchante, me dijo que había estado usted en París hace cuatro años. Y que era un buen retratista y copista.

—Lo intenté, pero no me fue bien. Hice algunas copias, algunos grabados, y pronto volví a España. Pero no hemos venido a hablar de mí. ¿Le interesan los cuadros?

—En efecto, me interesan. Les haré una buena oferta. Podrán responder ante su sindicato.

—¿De qué cantidad estamos hablando?

—Les daré cincuenta mil francos por cada uno, lo que equivale, según el cambio actual, a

algo más de dos mil dólares. Suficiente para pagar más de una docena de pasajes.

Mainger imaginaba cuál era el objetivo de la venta. Era una buena cantidad, que alargó en un sobre. El compañero, un experto en falsificaciones, examinó y contó los billetes. Eran auténticos.

—Me gustaría invitarle a cenar, para poder conversar, señor...

—Jèrôme, llámeme Jèrôme. ¿De qué? ¿De qué quiere usted hablar conmigo?

—De pintura. Tengo algo que proponerle.

—Y yo muchas cosas que hacer como para ponerme a conversar de pintura.

—Ya. Y más con un capitalista, está usted pensando. Creía que precisamente ustedes, los anarquistas, no tenían tantos prejuicios. No se preocupe, no le corromperé. Mi interés es solamente artístico, como comprobará cuando escuche lo que tengo que ofrecerle.

—¿Y por qué no me lo dice ahora?

—Cada cosa a su tiempo. Quiero hablar con el Jèrôme pintor, no con el militante anarquista.

Miré al compañero, que permanecía como una estatua de sal, sin abrir la boca.

—No le prometo nada. Tenemos que realizar la entrega del dinero al comité.

Dígame el restaurante donde me esperará. Iré si puedo.

El restaurante no estaba muy lejos del centro. Acudí, más que nada, por curiosidad. Mainger me recibió en un reservado, donde un camarero tomó nota de mi pedido. Lo confieso, me aproveché. Comí tres platos y postre, acompañado de un buen vino. El magnate ni se inmutó.

—¿No come usted? —pregunté.

—No, solo bebo agua mineral. Pero usted siga, no se apure. ¿Sus camaradas están contentos?

—Ese dinero servirá.

—Iré al grano. Dijo usted que había copiado cuadros antiguos. ¿Acepta encargos?

—¿Qué tipo de encargos?

—Una copia de un cuadro de hace varios siglos. Ferretier afirma que era usted bueno como copista y grabador. Le pagaré bien. Una cantidad importante para que usted pueda viajar a América y comience una nueva vida.

—¿Y por qué no lo encarga a algún pintor parisino? Aquí hay cientos, bien lo sabré yo... Usted no conoce si soy bueno o no. No ha visto mi trabajo...

—Se equivoca. La copia que hizo hace

unos años para Ferretier era encargo de un amigo. Cuando le pregunté por su autor me habló de un pintor español, de nombre Jerónimo, un chico joven, con talento.

—Vaya casualidad que fuera a dar con usted...

—En la vida no existen las casualidades. Ya se dará usted cuenta si vive lo suficiente.

—Que me conozca no contesta mi pregunta. ¿Por qué yo?

—Bueno, el trabajo tiene algunas características que lo hacen especial. Lo primero, si quiere, puede llamarlo intuición. Tengo que fiarme de quien haga la copia. El cuadro es muy valioso y no puede salir de la habitación donde está. Hay que copiarlo allí, lo más rápido posible, dos meses mejor que cuatro. No es un trabajo para cualquier pintor, por eso pago tan bien. Otra cosa importante. El cuadro está en Ámsterdam. El copista debe desplazarse hasta allí.

—Ya, ¿se cree que en estos momentos me importa mucho el dinero?

—Desde luego que no, no hay más que verlo para darse cuenta. Pero creo que podré convencerle. ¿Tiene algo que hacer? ¿Quiere acompañarme? Le prometo que no perderá el tiempo...

Me esperaba la sorpresa final, el truco del ilusionista. Mainger llamó a su chófer y en su vehículo fuimos a una mansión en las afueras. Aunque hubiera querido orientarme, no habría podido. Me lo impedían la noche y la conversación de mi anfitrión, que exigía una constante concentración, pero calculé al menos una docena de kilómetros en dirección noreste, tal vez al lujoso *arrondissement* de Belleville. Cuando empezaba a pensar en qué hacía allí, en ese coche, con ese hombre desconocido y enigmático, llegamos por fin a una casa rodeada de árboles y con altos muros de piedra coronados por enredaderas.

—*Voilà.* Bienvenido a mi morada.

Su morada, sacada de otra época. Austera, se podría decir, aunque los muebles de maderas preciosas, los armarios, los cristales, los espejos, todo tenía una delicadeza antigua, como la disposición y colocación de las plantas o las vitrinas con libros. Las cortinas no eran recargadas y, en general, la estancia, iluminada por finas lámparas, desprendía un ambiente de calidez: lustres y reflejos de bosque habitado. Tras pasar por el salón y el vestíbulo, Mainger abrió un gabinete con llave y me introdujo en él.

Cuando encendió la luz, apareció ante mí una galería con una veintena de cuadros antiguos y modernos. Había primitivos

flamencos, renacentistas italianos y holandeses, barrocos y hasta impresionistas franceses. En unos atriles, tres copias esperaban el remate final. La que estaba más avanzada correspondía a un Durero; después, una escena campesina de Pieter Brueghel el Viejo y una copia de un cuadro temprano de Holbein. Eran obras maestras, cuya existencia desconocía. Me dejó deslumbrado tanta belleza.

—No se asombre. Como ve, tengo el taller produciendo a pleno rendimiento. Aunque puede que estas sean las últimas copias.

—Pero, ¿cuál es la razón para copiar las obras? Lo está haciendo al mismo tamaño, lo que quiere decir que quiere vender las copias como si fueran las auténticas...

—Bueno, le contaré la verdadera razón. La mayoría de las obras que ve están en depósito. Sus propietarios, judíos, se hallan ahora mismo en la ratonera de Alemania. Hay jerarcas nazis que son obsesos coleccionistas de arte, buitres rapiñando su botín. Las copias son para ellos. Es el precio. Sus dueños lograron sacarlas del país y ponerlas en mis manos, y yo cambio a los nazis los cuadros por sus vidas.

—Ya. ¿Y es la copia la que viaja o el original?

—Supongo que se imaginará la respuesta.

No se sorprenderá tampoco si le digo que he desarrollado una técnica nueva para envejecer telas y cuadros. El procurar salvar vidas no implica que desaparezcan esas obras de arte. Porque lo que está claro es que peligran mucho más en Alemania que aquí.

—¿Y no han detectado nunca la falsedad de sus copias?

—No, *monsieur* Díaz. Llevan marcos de su período y están pintadas en una tela o tabla de roble de la época, con pigmentos fabricados a mano, como se hacía entonces. Es fundamental dejarle su reposo, pero ahora no nos lo podemos permitir. Por eso aplico un tratamiento especial, que solo conocerá si acepta mi oferta.

—¿Y por qué me cuenta todo esto? ¿No podría ser un espía?

—Tengo informes suyos. No solo de Ferretier. Creo que encajaría perfectamente en el trabajo. A todos nos vendría bien, a usted el primero. Considérelo. Será una corta temporada en Ámsterdam trabajando para la causa de la libertad y del arte.

—¿Y cuál es la obra que tendría que copiar?

—Lo sabrá si acepta. Pero le puedo asegurar que le resultará fascinante. Sí, esa es la palabra. Fascinante.

—Déjeme pensarlo.

—Ojalá pudiera, pero no hay tiempo. Viajo a Ámsterdam dentro de dos días. Me gustaría que me acompañara; todo depende de usted. Eche una última mirada a los cuadros, *monsieur* Díaz. Bruno le llevará después a donde le indique. Ya sabe dónde encontrarme. Que tenga buenas noches.

*

13 DE JUNIO DE 1463

A media mañana, tras una negligencia de un tintorero, en la Verwerstraat, al atizar demasiado el fuego de la caldera grande, se declaró un incendio, avivado por el viento, que ese día soplaba con cierta fuerza.

Desde esa calle, situada al sur de la población de s'Hertogenbosch [1], tras pasar el cruce con la Waterstraat, las llamas tomaron el camino del ayuntamiento, avanzando por la

Ridderstraat.

Era un espectáculo impresionante, sobre todo para los niños que miraban de lejos con admiración y temor, con los ojos abiertos, imposibles de cerrar en mucho tiempo, como si el fuego se hubiera colado a través de las pupilas. El corazón del Bosque Ducal ardía. El fuego, con sus lenguas ardientes, ascendía muy alto y saltaba, como antes lo habían hecho los gatos, de un tejado a otro.

La familia Van Aeken se movilizó enseguida. Sólo llevaban algo más de un año en esa casa llamada *Sint Thoenis*, San Antonio, en la plaza del Mercado, donde se habían trasladado e instalado el taller. Jeroen tenía entonces trece años, era el más pequeño de una familia de cuatro hermanos —tres varones y una mujer— que provenía de Aquisgrán. Era familia de artesanos y pintores: un abuelo y un tío de Jeroen habían alcanzado cierta relevancia en la comarca. Además de su padre Anthonis, dos de sus hermanos, Goessen y Johannes se habían dedicado también a la pintura, gremio donde él asimismo acabaría por ley natural.

Nadie se ocupó de otra cosa que salvar las piezas que se encontraban en el taller, bajándolas a la calle. Entre ellas, con mucho cuidado, el padre de Jeroen envolvió en tela las alas del altar de la Cofradía de Nuestra

Señora, que le habían confiado para restaurar. En la calle, los gritos de las mujeres se mezclaban con las órdenes de los hombres. Un gentío huía en todas direcciones, algunos con la mirada perdida, sin saber a dónde dirigirse y llevando en sus manos o a la espalda lo poco que habían podido arrancar de las garras del fuego: una mesa, una silla, un atado con ropas y piezas de cubertería, un tapiz.

Durante horas, las llamas se ramificaron entre las manzanas, con su danza espectral de sombras y luces, con sus chispas hirientes. Ya habían ardido las casas a ambos lados de la Ridderstraat, y la hoguera continuaba hacia derecha e izquierda, buscando el gobierno municipal a través de la Wijnstraat. Llegó hasta el cruce con las calles de Vught, Snelle y la de los Fratres Minores, que comenzó a arrasar, pero, fuese porque el viento amainaba, fuese porque las oraciones de los habitantes de s'Hertogenbosch consiguieron llegar a lo alto, el fuego fue perdiendo fuerza. Hacia la izquierda, superó una manzana de casas y llegó a Kerkstratt, calle contigua a la de la familia de Jeroen, donde se detuvo.

Desalojadas las casas del pan y de la carne, la muchedumbre aguardaba expectante en la plaza del Mercado. Las mujeres rezaban, los niños permanecían cerca de sus madres, una fila de hombres con cubos de agua salía del pozo central y, como hormigas, avanzaba

hacia los frentes del incendio. A menudo el agua no llegaba nada más que a una cincuentena de metros del fuego; nadie era capaz de acercarse por la alta temperatura, pero al menos mojaban paredes para que las llamas no avanzaran tan rápido. Un humo blanco, grisáceo, se expandía en hilachas por la ciudad a merced del viento, que cuando cambiaba de dirección cegaba los ojos, nublaba la vista y añadía más lágrimas a las enrojecidas cuencas. Todos los que permanecían en la calle debían estar muy atentos a la caída de pavesas o trozos de madera encendidos.

Hombres en los tejados de las casas, con escobas, vigilaban el incendio y sus proyectiles aéreos. Solo desaparecían de lo alto cuando las llamas se acercaban. Por fortuna, dentro del caos, los habitantes se habían organizado. Prueba de ello es que no se registró ningún muerto, apenas algunos heridos leves, quemados, más por tardanza en salir de sus casas acarreando lo que podían de sus bienes que por otra cosa.

Llegó la noche y los que se habían quedado sin hogar, moradores de más de cuatrocientas casas, se fueron acomodando en los conventos y las iglesias. Aún el color rojo continuó iluminando el cielo, con siluetas recortadas de edificios entre las que permanecía en pie, ennegrecido, el muro de

carga pétreo sobre el cual se construía, en madera, el resto de la casa. Solo algunas fachadas importantes estaban construidas en piedra, pero el techo de todas era de tablones. Por detrás, la parte privada de los edificios daba a un pequeño jardín al borde de un río canalizado, el Binnedieze. Por ahí llegaban las mercancías, en pequeñas lanchas, a los comerciantes de s'Hertogenbosch. Esos canales fueron también muy útiles para refrescar las casas. Jeroen pasó aquellos días oyendo cómo su familia y vecinos, todo el pueblo, se lamentaba por la desgracia: «¡Oh, Den Bosch calcinado, ahora vas a sufrir durante muchos días!».

Poco a poco la población regresó a la normalidad, mientras los afectados visitaban las ruinas aún humeantes de sus casas, entre las que, de pronto, aparecía algún objeto salvado milagrosamente. La parte central del retablo de la Cofradía de Nuestra Señora se quemó en el taller del escultor donde estaba siendo restaurada, junto con otras tablas y piezas.

Varias semanas se tardó en despejar los solares donde se comenzaría de nuevo a construir. A partir de entonces, según un acuerdo del Ayuntamiento, cuyo edificio había ardido, se subvencionaría la construcción con ladrillo y piedra, techos de pizarra, tejas u otro elemento no inflamable, la madera desterrada

dentro. Ese fue el comienzo de la renovación de las fachadas de las casas, aunque en su inmensa mayoría, el interior quedó intacto.

Además de en algunas crónicas, el incendio quedó impreso en las mentes de los habitantes del Bosque Ducal, entre ellos Jeroen. Durante muchas noches soñó con aquellos paisajes nocturnos iluminados por el fuego, con siluetas humanas danzando delante de las llamas, recortadas en un cielo rojo y naranja en el que flotaban las pavesas, visión que debía de corresponder con el averno, según le habían enseñado en casa, la iglesia y la escuela. Sueños que se repitieron a lo largo de su vida.

Jeroen ya había visto la cara del infierno.

*

Intenté informarme sobre Santiago Mainger. Pero nadie, en los medios sindicales, sabía mucho de él. Obtuve alguna información más en el mundo de los marchantes de arte. Un empleado de Ferretier con el que tenía alguna confianza de francachelas pasadas me contó que era uno de los coleccionistas más famosos de Europa, pero pocas veces salía a la luz. Siempre en la sombra, se había ido haciendo con una fabulosa colección. Obtenía sus fondos del mundo de los diamantes y las

altas finanzas, donde se movía bien. Se decía que tenía relaciones con la industria y joyería alemanas, además de las francesas y británicas, y que en ocasiones había donado sumas de dinero a causas sociales. Decían que por mala conciencia u otros motivos espurios.

Era un hombre extraño, aunque eso sí, muy discreto. Apenas se le conocían otras aficiones que el arte o la música y no hacía ostentación de su más que segura y fabulosa fortuna. No me daba buen pálpito. Estaba dispuesto a rehusar su oferta, por más que fuera tentadora.

En aquel momento, a través de una carta de la Cruz Roja, supe de la muerte de mi madre. Aunque mi hermana me contaba que el suceso había sido repentino, un derrame cerebral, yo intuía que tras la derrota había languidecido de tristeza. Tristeza de ver a su hijo en el exilio, penando; de ver a su hija, mi hermana, limpiando y lavando casas para sobrevivir. Y tristeza de ver cómo su causa, la causa de la República, había sucumbido, fuera ya del cuadro de la historia.

Recibí la noticia como un mazazo en pleno rostro. Durante un día entero estuve como ido, sin dormir, afectado por la impresión y recordando todos los buenos momentos de Elvira, mi madre, maestra rural, humanista, pilar de mi familia, su anclaje en la realidad,

pero también, junto con mi padre, en los sueños. Me había iniciado en la vida, en el arte y la belleza, en mis preocupaciones sociales; me había enseñado francés y fundamentos de alemán. Me alentó para pedir una beca, me dio ánimo y apoyo en los momentos difíciles, una vez desaparecido mi padre en 1932, otro maestro, como ella, que siempre tuvo a gala la educación en libertad de sus hijos.

Entonces acepté el encargo. Pensaba que concentrarme en una tarea concreta me ayudaría a superar la serie de fracasos en los que se estaba convirtiendo mi vida. Una tarea que tenía que ver con la belleza, con todo lo que nos aleja de la muerte. El comité del sindicato me exoneró de mis obligaciones, una vez conseguido lo principal. Viajé a Ámsterdam, con Mainger, en su coche. Tardamos casi un día. Además del tráfico en las carreteras, estuvimos detenidos una hora en un cruce esperando que pasase un convoy militar francés hacia la línea Maginot. Aunque oficialmente declarada la guerra a Alemania por parte de Gran Bretaña y Francia, la campaña se encontraba en el este, donde la trituradora alemana pasaba por encima de los polacos. En el frente occidental, aquella era aún una *guerra en broma*, o la *guerra sentada*, como decían los alemanes, frases que quedaron para la historia de los comienzos del gran conflicto mundial. Veía a los soldados

franceses, con sus flamantes uniformes. Yo intuía que no resistirían un asalto de los alemanes. En aquel momento expresar aquella convicción podía ser mal interpretado, y aunque estaba seguro de que Mainger lo entendería, preferí callarme. Pero mi rostro debía de estar hablando por mí.

—¿Cree que aguantarán? ¿Resistirán cuando Alemania se decida a atacar? —preguntó él.

—Me gustaría pensar que sí, pero lo dudo. A pesar de ser el enemigo de guerras anteriores, no saben a quién se están enfrentando. Los alemanes los arrollarán en cuanto se lo propongan.

—El Gobierno francés y sus mandos militares confían mucho en su famosa línea Maginot.

—No conozco esas defensas, pero me temo que no servirán de nada.

—De momento vamos hacia un país neutral, Holanda.

—Usted sabe tan bien como yo que no hay ya ningún país neutral.

—Lo sé, *monsieur* Díaz. En lo que se refiere a Holanda, esa es una sensación que tenemos muchos. Aunque ellos crean lo contrario.

—La verdad es que sé pocas cosas de los

holandeses.

—Le ilustraré un poco. El país tiene un gran sentimiento de unidad nacional, forjado, precisamente, en la lucha de independencia contra los españoles, en el siglo XVII. Los holandeses son muy fieles al poder. Como en toda Europa, también sufren pobreza y existe intranquilidad social, pero se enorgullecen de su compañía aérea, las obras de los diques, el equipo nacional de fútbol y la Casa Real.

—¿Y no se dan cuenta de lo que está pasando en el continente?

—Algunos sí, pero la mayoría están con una venda en los ojos. La sociedad holandesa se vertebra alrededor de las agrupaciones políticas y religiosas: los liberales, los protestantes, los católicos y los socialistas. Grupos que viven voluntariamente aislados entre sí, como si los demás no existieran. Cada uno tiene sus propios periódicos, asociaciones e, incluso, sus propias escuelas. Aunque conozcan el peligro que amenaza desde fuera, de dictadura, guerra y persecución, los holandeses viven ensimismados. No se han preparado para la guerra. Esperan que, debido a su postura neutral, como pasó en la Primera Guerra Mundial, la amenaza pase de largo y no los toque. Por eso es tan importante no perder un minuto. En la vida hay que adelantarse a los acontecimientos.

En aquel viaje nos encontramos con las compañías de trabajo, donde estaban enrolados algunos de los republicanos españoles que habían salido de los campos, como otros en los batallones de marcha de la legión extranjera. Yo los veía desfilando por la carretera, con picos y palas, fumando colillas; reconocía en aquellos gestos y aquellas caras a compañeros de derrota, seres que buscaban su lugar en aquel tiempo incierto y en aquella Europa cuya sacudida se temía tanto como se presagiaba.

Le pregunté por la obra por copiar. Pero aquel hombre sabía ser misterioso cuando quería.

—Ya falta poco. Prefiero que contemple usted el cuadro por sí mismo. Cualquier descripción sería subjetiva y le predispondría a favor o en contra del trabajo. Permítame esa sorpresa. La paciencia, ya lo sabe usted, es una de las virtudes de un buen copista.

En todo el recorrido, Santiago Mainger apenas bebió agua. Y, sin embargo, había embutidos, fruta, quesos y hasta vino para mí y el chófer. Pasamos la frontera francesa, la belga y la holandesa, y en todos los guardias advertí tensión y preocupación, tal vez miedo. Había ya algo pesado en el ambiente. Lo mismo sentí cuando la rebelión militar de julio del 36 en España. Yo y muchos más. Todos

sabíamos que algo iba a pasar; el cielo estaba preñado de malos augurios.

—¿Qué sucederá si Alemania invade Francia?

—Estoy tomando mis medidas, *monsieur* Díaz. Pero trasladar los negocios y las obras de arte requiere su tiempo. De momento he cerrado mi casa de París. Llevo las copias para darles el tratamiento de envejecimiento.

Ya en las proximidades de Ámsterdam, alcancé a ver un cartel amenazante. Con estética fascista, se destacaba una frase sobre imágenes de huelgas y muertos.

—Lo que dice en ese cartel es «La democracia es caos» —informó Mainger, sensible a mi sorpresa—. Es del NSB, un pequeño partido nazi holandés. Ese cáncer que crece por Europa ha calado también aquí entre un sector de la población. Debe ser discreto en todo momento y no revelar a nadie su trabajo.

En Ámsterdam, la mansión estaba en el canal Herengracht, el canal de los Señores, una zona residencial de parcelas amplias y casas elegantes, muy cerca de una antigua y hermosa casa llamada *Bartolotti.* Cuando llegamos, le expresé a Mainger mi interés en visitar la ciudad. No le dije, aunque es posible que lo adivinara, que mi propósito era contactar con sindicatos afines y preparar mi viaje en barco desde Ámsterdam hacia

América cuando acabara el encargo.

—Tendrá sus momentos libres, aunque debe concentrarse en su labor. Cuanto antes haga su trabajo, mejor. Tome este sobre con un anticipo. En la casa le servirán la comida, tendrá una habitación para usted y cuando quiera visitar la ciudad, dígaselo a Bruno, el chófer, que le llevará encantado y le devolverá a la casa sin problemas. Incluso creo que conoce algunos cafés con ambiente intelectual. Yo vendré a verle cuando me dejen mis obligaciones. Tengo que salir de viaje muy pronto.

Un rato después de haberme duchado, aseado y cambiado —mi anfitrión tuvo la delicadeza de regalarme ropa de trabajo y de calle— acudí al salón principal. Allí me esperaba Mainger con una cena opípara que, por supuesto, solo degusté yo. Él dijo que ya había cenado.

—Soy muy frugal. Y vegetariano. No debe extrañarle a usted. Muchos anarquistas son naturistas, vegetarianos y partidarios de la medicina natural. Esa es otra cosa que nos une, a pesar de su escepticismo.

Cuando hube dado cuenta de aquellos deliciosos manjares —sopa de verduras, pescado, patatas, buen vino—, Mainger se levantó y me invitó a acompañarlo.

—Es el momento para conocer su obra, la

que copiará. Supongo que quiere saberlo cuanto antes.

No me defraudó. El mago Mainger me llevó a una gran sala, una galería de delicadas obras maestras, como las que tenía en París. En un caballete reposaba una copia recién comenzada de un cuadro de Cranach y en otro, un poco más alejado, dos cortesanas grotescas de Quentin Massys tentando a un eremita.

—Los pintores fueron movilizados. No pudieron terminar el trabajo. Pero esas obras ahora no importan tanto.

En el fondo, en un marco de viejos dorados, iluminada con delicadeza por dos lámparas laterales, apareció la tabla que me estaba destinada. Era la parte central de un tríptico de El Bosco. Un título sobre el marco, en latín, informaba de que aquella maravilla se titulaba *Jonás y la ballena.*

Al contemplarlo, tuve la sensación de penetrar en el túnel del tiempo. Vi la tabla como si acabara de ser pintada y de la sala hubiera salido un minuto antes el pintor holandés para dejarla secar: aún gravitaba su presencia en la habitación, el olor de los óleos, de los pigmentos que cada maestro debía preparar con fórmulas únicas, mezcla de minerales y arcillas molidas y combinadas con aceites de lino. En la habitación de madera,

frente a las vidrieras, en el gran caballete, brillante y oloroso, destacaba la figura de Jonás en un primer plano, a la izquierda. La imagen del profeta se parecía a la de los ermitaños que el maestro había pintado varias veces: aquellas series de San Antonio o San Jerónimo, el príncipe de los santos eremitas, al que debía su propio nombre. Jonás y la ballena eran como el ermitaño y su cueva.

De hecho, el interior del animal marino albergaba cuevas donde oraban ermitaños, tumbas con escaleras y pasajes angostos con extrañas luces y reflejos. Se podría decir que la escena tenía algo de cementerio marino y terrestre. El fondo era sombrío, azul oscuro, como correspondía al interior del gigantesco cetáceo que lo había engullido. Un cetáceo que, a juzgar por varios detalles, parecía muerto. Otra sensación de irrealidad provenía de la perspectiva de esos descarnados costillares, rotos en alguna parte de la bóveda, sobre los que asomaba un cielo azul y en el que volaban algunos pájaros. Jonás miraba hacia esos agujeros en la piel del animal que dejaban pasar la luz.

Las cárceles que ponemos a nuestro espíritu son siempre interiores, parecía ser el mensaje, o al menos es lo que me sugirió. A menudo las primeras asociaciones son las certeras, sobre todo con los cuadros. Pero para eso hay que tener ojo pintor.

En el interior de la ballena, hacia el fondo derecho de la perspectiva, se veía un tremendo maremágnum de barcos destrozados, engullidos por el monstruo marino, que mostraban en espantosa confusión tesoros y riquezas mezclados con cuerpos de ahogados, esqueletos y calaveras frescas que devoraban los peces, también prisioneros en aquella umbría. Era otra de las metáforas: los peces, condenados a ser deglutidos por el más grande, devoraban a otros más pequeños antes de su inevitable fin. En ese ambiente cerrado, enclave diminuto cuyo límite era el armazón óseo de la ballena, no existía referencia de mundos exteriores. Algo de ese desconcierto, de esa ignorancia, parecía envolver a las criaturas que poblaban la extraña pecera y que ya habían olvidado que un remoto día llegaron desde los espacios externos, desde un mar que, en comparación con el que existía en el estómago del cetáceo, era infinito. Ese mar interior, sometido también a los flujos de las mareas, se agitaba a los pies de Jonás, que reposaba sobre un tonel de madera, en una pequeña playa dentro del cuerpo del gigantesco mamífero marino.

En la piel de la ballena había incrustadas, como protuberancias, piedras preciosas, vetas de oro y plata, aspectos que recordaban el interior de una mina. De nada sirven las riquezas ni los tesoros de los barcos hundidos

sin poder salir de la ballena, sin poder utilizarlos, viviendo dentro de un monstruo que en realidad es uno mismo, parecía pensar el profeta, sin saber que al final el mamífero marino lo expulsaría.

Naturalmente no faltaban las referencias bíblicas, y toda la historia de Jonás estaba contada. En la esquina izquierda, como un peregrino, se veía al profeta subirse al navío que le llevaría a Tarsis. Hacia allí se había embarcado para huir de su misión: predicar en Nínive, ciudad que consideraba corrupta y enemiga de Dios. Una tormenta descomunal se cernía sobre el barco. Mientras Jonás dormía, los marineros rezaban a sus diversos dioses, pero las olas seguían siendo enormes y un viento y una lluvia feroces barrían la cubierta. Desesperados, después de arrojar toda la carga por la borda, los marineros despertaron a Jonás y le rogaron que rezara a su Dios. El profeta se percató de la cólera divina, explicó a los atribulados marinos que él tenía la culpa por desobedecer los mandatos de Yahvé y que debían arrojarlo al mar. Los marineros acababan lanzándolo a las aguas para que se calmaran, tal y como él les había indicado. Por la borda salían también extrañas mercancías con patas, alas, espinas y púas. Algunos monstruos aleteaban entre las olas y se apreciaba la presencia de una enorme boca con dientes que sobresalía, el gran animal que

tragaría al rebelde.

En la derecha de la tabla, con tonos grises, se mostraba la expulsión de Jonás en la arena de la costa. El profeta llevaba tras de sí, como un manto, una red en la que se veían crustáceos híbridos junto con otras criaturas: cangrejos araña, serpientes con lengua, conchas de cristal, caracoles de estructura laberíntica. A lo lejos esperaba una Nínive sospechosamente parecida a una ciudad brabanzona, aunque en esta ocasión se vislumbrara en lo alto de una colina con murallas imposibles, tejados con medias lunas, argollas y cadenas.

Se apreciaba también una imagen en último término, la higuera que proporcionaba sombra al profeta y que Dios secó, en otra lección al intolerante que ansiaba la destrucción de los enemigos de Israel y su Dios.

Había algo más. Algo que no se percibía a simple vista, y que tardé tiempo en notar. Sobre el manto de Jonás, en los nombres escritos en la popa de los barcos, enredados en los arabescos de las piedras preciosas, dibujados en los libros que aparecían en una de las cuevas, figuraban signos alquímicos, cabalísticos, siguiendo un orden extraño o tal vez hermético.

Fue Mainger el que me ilustró sobre los

pormenores de la historia de Jonás, que yo conocía de la escuela. La tabla tenía una increíble fuerza. Era tan impactante que durante un buen rato no pude articular palabra. La repasaba con la mirada, apreciaba en cada centímetro un nuevo pormenor, me echaba para atrás, volvía al detalle. Una sensación a flor de piel había brotado. Como si aquel cuadro encerrara un secreto. Un enigma para iniciados. Los pelos se me erizaron.

—¿Qué le parece?

—Algo grande. Ni siquiera sabía que existiera este cuadro de El Bosco.

—Ni usted ni el mundo. No se tenía ninguna referencia del cuadro, salvo el título, ni se conservaba ninguna copia o grabado. Su propietario, un joyero de Múnich, la heredó de su familia, pero no conoce los orígenes. Tengo especial interés en esta tabla por varias razones. Le parecerá una tontería, pero a las obras del maestro las persigue el fuego. La mayoría de las que se perdieron han sido devoradas por las llamas. Guerras de religión en Brabante, incendios en El Escorial, en el Alcázar de los reyes en Madrid... algo parece atraer hacia el infierno a las tablas de El Bosco. De algunas, solo se posee un grabado o una copia.

—De esta tendremos una copia. Empezaré mañana mismo.

Jonás parecía mirarme desde la tabla. Por un momento, sentí algo indefinible. Entonces pensé que no debía pintar ese cuadro. Algo, esa intuición que me había ayudado siempre en los peligros, me decía que mi vida cambiaría por completo. Pero hay momentos en la existencia en los que, a pesar de temer que nuestros actos nos acarrearán graves consecuencias, nos lanzamos a ellos —fatalismo y curiosidad, mezcla poderosa— con el sentimiento de que son inevitables.

CAPÍTULO II

EL DEMONIO DEL MEDIODÍA

El *mal du siècle* era un mal inevitable, de hecho, podemos presumir con cierto orgullo que tenemos derecho a nuestra acidia. Para nosotros no es un pecado o un padecimiento de hipocondríacos, es un estado mental que el destino nos ha impuesto.

Aldous Huxley,

En el margen.

Ensoñación, delirio que no acababa de espantarse. Eso sentía al enfrentarse a los cuadros de El Bosco. Como el ánimo de un viajero que, tras las fatigas de un esforzado camino, llegara ante la fachada de un palacio que se cierra sin darle tiempo a contemplar la riqueza del interior del edificio. Al igual que si hubiera hallado el mapa de un viejo bucanero en un baúl perdido del desván. Podría pasar toda la vida intentando descifrarlo, saber cuáles eran las señales verdaderas entre las pistas falsas para llegar hasta el tesoro enterrado en la isla encantada. Nunca sabría si el mapa lo conduciría a la fortuna, o si todo en realidad era un guiño travieso que alguien con un pincel en la mano hizo una vez a la humanidad y a la historia. En ese caso, *chapeau*, Hieronymus van Aeken, de sobrenombre El Bosco, viejo zorro, pirata feroz de la existencia, despiadado corsario de la vida, temible filibustero de los sueños...

Estos pensamientos pululaban por la mente de Javier Carreño, doctor en arte medieval, experto y estudioso de los primitivos pintores flamencos y especialista en Hieronymus Bosch. Javier era delgado y fibroso, con frente despejada y entradas más que notables, y ofrecía, un aspecto de

distraído profesor universitario, a pesar de sus gafas de diseño. Como muchos días desde que había sido nombrado comisario de la exposición *El Bosco y su tiempo, reflejos de un visionario*, se encontraba en la primera planta del Museo del Prado, en la sección dedicada a la pintura flamenca, unos minutos antes de la apertura. En la sala se hallan —además de cuadros de Patinir y *El triunfo de la muerte*, de Pieter Brueghel— varias de las joyas de uno de los pintores más enigmáticos de todas las épocas. Inventario que comienza por una mesa poligonal, la de los siete pecados capitales, de El Bosco y su taller, donde ya se aprecian muchas de sus características principales: delicadeza de la pincelada, amor al detalle, heredado de los miniaturistas holandeses del siglo XIV, y riqueza de símbolos.

Lo mejor, sin embargo, se encuentra colgado en las paredes. Qué duda cabe que aparte de *Un ballestero*, un *San Antonio, Las tentaciones de San Antonio, La extracción de la piedra de la locura* e incluso el tríptico de *La adoración de los Magos*, las estrellas principales son *El jardín de las delicias* y *El carro de heno.*

Como en todos los grandes museos, existe una hora mágica para llegar a estas salas. Algunos asiduos conocen esos momentos y los buscan en las primeras horas del día. Es entonces una contemplación casi secreta,

antes de que, en la lejanía, un sonido difuso de pisadas y voces rompa el silencio de las galerías. Acuden a contemplar sus cuadros y ensayan diversas perspectivas, ángulos diferentes para ver y apreciar lo mismo desde hace años. Son los *boscomaníacos.*

TRÍPTICO ABIERTO: *Jardín de las delicias*, también llamada «La pintura del madroño», flanqueada por el paraíso terrenal y el infierno, llamado *El infierno del músico.*

TRÍPTICO CERRADO: *Creación del mundo* (grisalla), acompañada de una inscripción: *Ipse dixit et facta sunt, Ipse mandavit et creata sunt (Él lo dijo, y todo fue hecho. Él lo mandó, y todo fue creado).* Salmo XXXIII, 9.

PANEL CENTRAL: 220 x 195 cm. Pintura sobre tabla, no firmada.

Sobre el tríptico, unos focos iluminan el espacio cercano con una luz cálida. Delante, un grueso cordón rojo, colocado a algo más de un metro, señala la distancia mínima de

observación. En esa hora especial, tan solo el vigilante sostiene fugazmente la mirada de Javier Carreño. Tiene suerte. Antes de que llegue el público madrugador, dispondrá de tiempo suficiente para mirar a su antojo las dos tablas laterales del tríptico, las que cerradas componen la figura del vagabundo o del loco errante.

Javier Carreño se sentía bien en los museos, en especial cuando estaban desiertos. En las grandes salas con los cuadros de Velázquez y Goya, los flamencos o los italianos, lo embargaba una sensación de transitar un lugar entrañable, como si de viejos amigos, que no necesitan frecuentarse a menudo, se tratara. Eso sí, desde siempre, su preferencia se la llevaba Hieronymus, el maestro de las llaves en la paleta, algo que iba parejo a su descubrimiento personal y progresivo, al desconcierto final que le producía siempre el enigmático pintor, peregrino, caminante, alquimista, mago, embaucador, echador de cartas, suma de arcanos, o arcano en continua evolución: era una curiosa simbiosis de sedentario y de holandés errante.

La visita matinal a la sala de El Bosco, la 56 A, era todo un ritual que practicaba a menudo. Allí, en esa sala, frente a aquellas creaciones herméticas, recargaba sus baterías, se serenaba. Donde otros hubieran encontrado

pesadillas y monstruos absurdos, él encontraba alegorías sobre la condición humana. Alegorías que le eran tan familiares como sus desasosiegos, sus descuadres con la vida y con la gente.

Una exposición como aquella exigía años de preparación y el comisario encargado apenas había comenzado a bosquejarla poco antes de morir en un desgraciado accidente de circulación. Para sustituirlo, entre tres aspirantes, se había impuesto su candidatura, a pesar de algunas reticencias que provenían de las altas esferas, fruto de sus pésimas relaciones públicas. Como demostraban su impecable expediente académico, sus publicaciones y sus contactos en los museos europeos, Javier Carreño era un pope en lo suyo. Por eso, tenía enemigos que le reprochaban su presunción y suficiencia, consecuencia tal vez de haber descollado joven en un terreno en el que las canas eran algo más que un grado. Resquemores que no habían remitido a pesar de sus cuarenta y seis años. Era considerado un hombre brillante, con buena prosa, intuición para la crítica y gran capacidad de trabajo. Asistía a congresos y pronunciaba conferencias, publicaba estudios, sesudos libros de investigación y otros, más livianos, de divulgación. Carreño pensaba que aquella fama —que desde luego no pasaba de los ambientes académicos y museísticos— era

merecida. Se la había ganado a pulso, lo cual originaba la natural envidia entre varios de sus colegas, vicio nacional al que él respondía con una orgullosa petulancia.

Conocía personalmente a varios de los directores de los museos que tenían obras de El Bosco, y a todos los especialistas internacionales en su figura. Era curioso, que a pesar de poseer el Prado el mayor número de obras de El Bosco y de mayor calidad, los especialistas en la pintura del genial holandés fueran en su mayoría extranjeros.

Aunque pudiera parecer lo contrario, en aquel terreno el navajeo, la puñalada trapera, estaba a la orden del día. El ámbito del arte en el que se movía estaba envenenado de maledicencia, ya que concitaba algo tan etéreo como la belleza y el canon estético, dos elementos que lo hacían vulnerable a todo tipo de maniobras del ego y el dinero. No existía mucha diferencia con los individuos retratados en aquel tríptico, aquella masa informe que se apiñaba detrás de los príncipes y obispos, rodeándolos, peleando por servirlos, por arrancar su parte de heno; otros, mezclados con diablos, criaturas infernales, convertidos en parte en las hordas malignas, mitad peces, puercoespines, ratas, venados, fieras, transparentando su pecado y sus apetencias en esas caras bestiales y alucinadas.

Tríptico abierto: *El carro de heno*, flanqueado por el paraíso terrenal y el infierno. Tríptico cerrado: *El vagabundo* o *El loco errante.*

Óleo sobre tabla. Tabla central, 136 x 100 cm. Tablas laterales, 136 x 48 cm. Firmado: Hieronymus Bosch, abajo a la izquierda.

Todo eso apreciaba Javier Carreño en aquella sala que ahora registraba la visita de una elegante y fina joven oriental que acarreaba un caballete, un lienzo y bártulos de copista. La pintora iba acompañada de un empleado del museo que le señaló el lugar donde podía emplazarse, dejando espacio para los visitantes. De vez en cuando, el Prado autorizaba la copia de alguna obra, siempre que el pintor tuviese un buen currículum profesional. Pero aunque aquella joven era realmente atractiva —delgada, de mirada profunda, con una media sonrisa que iluminaba una cara morena—, apenas distrajo al comisario de sus meditaciones sobre la absurda realidad en la que vivía, fruto de ese bombardeo de imágenes, de esos cuadros que parecían mil, trucos de un pintor

prestidigitador.

*

Ensayar, repetir el gesto del echador de cartas: manejar hábilmente los dedos, tan rápidos, tan veloces como la mente: dar la vuelta al naipe, una vez barajado, cortado, elegido, repartido: enseñarlo al jugador con una ambigua sonrisa en los labios, la misma que ondea impávida en la cara para el público que mira, que se arracima, que de vez en cuando pierde el interés y se va: el ademán, siempre el mismo, y sin embargo distinto el enigma indescifrable del sino que aguarda: la carta que espera, solitaria, única, mágica, en medio de la mesa. Oh, sí, repetir el gesto observado en el mercado de la ciudad, espectador interesado, cómplice no deseado del tahúr que entiende sus juegos e instrumentos sobre la mesa. Escudado

entre el público, sabiendo lo que tarde o temprano va a pasar: contemplando cómo un compinche roba la cartera del atocinado burgués que se asombra ante la actuación del fingido mago, que sonríe socarrón al tiempo que saca un sapo de la boca del burlado. Mirón incorregible, estudioso de la estulticia humana; repetir, ensayar el ademán del echador de naipes, de los adivinadores de futuro, peregrinos de feria en feria. Volver siempre a empezar la partida infinita de la vida a través de siglos y siglos, como el Loco, siempre en movimiento; conseguir esa mirada ante el mundo, entender, como el mago o el echador de cartas, los colores en la paleta e ir mezclándolos, sumergiéndose en el rito; manejar hábilmente el pincel, tan rápido, tan veloz como la mente disparada; ocultar el arcano, pintándolo boca abajo, enseñando el envés de las hojas, árbol de un bosque entero de símbolos; trabajar hacia el

público, mímica cansina del echador de cartas, siempre de cara a los demás, siempre ocultando algo, la esencia suprema, el acertijo sublime del destino, con una ambigua sonrisa en los labios; así yo, Hieronymus van Aeken, pintor de la naturaleza humana; así yo, Joen, Jeroen, conocido como El Bosco, abridor de puertas, creador de ventanas. Asíyo, echador sempiterno de cartas.

*

Desde joven, antes aún de ser un estudiante de Historia del Arte, le había atraído aquella figura fronteriza y transgresora, artista religioso solo en apariencia. El pintor encarnaba toda una misión, un destino que en el fondo había sido el mismo que el de otros artistas a lo largo del tiempo: la necesidad de expresar, por medio de la pintura, el profundo desconcierto del hombre ante su naturaleza, ante su esencia contradictoria.

El pintor era algo más que un hombre medieval, de fin de época, con los elementos

que madurarían ya en la siguiente. Olfateaba nuevos tiempos, un nuevo período en que el hombre dejaría de pensar en el más allá para ocuparse de lo que tenía a su alrededor, la naturaleza, la belleza, el propio ser humano que se convertía en protagonista. Medieval era la búsqueda del Santo Grial, tradición de viajes antiguos como el de Jasón y sus argonautas en busca del vellocino de oro, así como la alquimia y el tarot, un diccionario de símbolos con un sentido y un fin claro: la perfección espiritual—corporal del hombre, su equilibrio entre el universo y el mundo que lo rodeaba.

Necesitaba una clave, una pista que pudiera encontrarse en alguno de los cuadros de El Bosco y que iluminara sus pasos. En las últimas semanas, mezcladas con algunas visiones bosquianas —producto de la obsesión por su trabajo—, había soñado en varias ocasiones con su padre, muerto hacía un año. Tras el impacto que provoca en cualquier ser humano la muerte de uno de sus progenitores, Javier creía haber superado y asimilado la pérdida, que se sumaba a la de su madre, consumada cinco años atrás. Hay que dejar que las almas puedan iniciar su camino hacia la liberación, si es que existe, y el recordarlas continuamente no ayuda a ese tránsito a regiones etéreas. Eso pensaba, pero sus sueños parecían decir lo contrario. No se conformaba con la pérdida, a lo que se añadía

la certeza inapelable de pasar a ser el primero en la lista.

Se sentía inmerso en un estado por el que no había pasado nunca, y que definía como perplejidad asombrada. Era un cuadro clínico: inquietud, intranquilidad, pesadez del cuerpo, somnolencia y a la vez insomnio, imposibilidad de prestar atención, fastidio...

Estaba atascado. La bomba de relojería que había supuesto la muerte de su padre le había hecho bloquearse en una especie de pasividad suicida. En el fondo, ese temor de la muerte en el que se regodeaba, buitre planeando sobre la presa, sacaba a la luz una crisis más profunda. Su soledad. Todas sus relaciones sentimentales habían fracasado. Algo de ese sustrato profundo le unía con el pintor, ser paradójico. Por un lado no podía desprenderse del influjo de la muerte, con sus juicios finales, sus consecuencias trágicas; pero por otro eran infiernos literarios, artísticos, algo absurdos, irrisorios. Veía en el pintor un deje irónico donde se acomodaba bien su propio carácter.

Con la llegada de la madurez, Javier sentía la soledad de forma más aguda. «No mueras solo, hijo mío», le había dicho su padre días antes de su tránsito. «Nadie merece morir solo. En el instante más importante de la vida hay que tener una mirada y una mano amiga

cerca, despedirse del mundo a través de los ojos de alguno de los que se quedan».

Aquella frase de su padre era consecuencia de la última separación de su vástago. La ruptura con su pareja y la larga enfermedad de su progenitor habían sucedido casi a la vez. Entre infartos cardíacos y cerebrales, se fue muriendo a trozos, cada vez más mermado, más flaco y ausente, alcanzado ya por la palidez de la parca. Pero la muerte no paró ahí. Un mes después le llegó otra trágica noticia. Elisa, su ex pareja, se había suicidado. ¿Por qué lo había hecho? Era imposible saberlo a ciencia cierta, pero la noticia no le sorprendió. Ya lo había intentado hacía tiempo, cuando vivían juntos, tras una bronca por celos. Una noche, de madrugada, Javier llegó a su casa después de pasar unas horas con una antigua amante. Ella dormía y él se metió en la cama. Solo después de un rato, sintió los espasmos de su compañera. Con aquellas patadas y movimientos bruscos, supo que algo no marchaba como debía. Más al comprobar que sus esfuerzos por despertarla eran inútiles. En seguida, convencido de que se había tomado algo, aunque no aparecieran las pastillas —más tarde localizó el frasco en la basura, en el fondo del cubo, escondido—, llamó a una ambulancia que la trasladó al hospital. Una hora más y hubiera sido irreversible, le dijeron los médicos de

Urgencias, que procedieron a un lavado de estómago y a la administración de suero por vía intravenosa. Durante casi dos días estuvo velando su lecho, en la sección de Psiquiatría, donde además de a los suicidas, llevaban a enfermos mentales con fuertes crisis. De aquella experiencia, donde vio la agonía de un paciente y golpearse hasta la desesperación a otro, le quedó la decisión inquebrantable de separarse en cuanto pudiera de Elisa, a pesar de que ella, en los momentos de lucidez, cuando abría los ojos, le miraba de forma dulce, intentando que la perdonase.

Él sabía que ella era inestable, con tendencias autodestructivas, pero siempre le quedó una sensación de culpabilidad, de haber contribuido de alguna manera, con la separación, a aquel desenlace. A él y a la familia de Elisa, que en la ceremonia de incineración le trataron con distancia y lejanía, casi como un enemigo.

Se daba cuenta de que, en mitad de la vida, estaba solo. Tenía su arte, pero eso no consolaba, como no consuela nunca la profesión cuando no late la vida alrededor. Si en otras ocasiones era una sensación amiga, ahora la soledad tenía un carácter más frío, desolador. No anidaba en el sustrato racional, sino en otro más intuitivo: para huir de ella debía hacer muchas cosas, de manera que el reloj se detuviera o al menos avanzara menos

rápido. Y sin embargo, era incapaz de hacerlas. No servían de nada carreras, publicaciones, exposiciones, triunfos profesionales. Tampoco las mujeres con las que se había encontrado y compartido un trozo de camino parecían conjurar ese transcurrir. Al final, cada fracaso se convertía en una losa, lastre emocional, cicatriz del alma.

Lo único que lo consolaba un poco era la música. Comenzaba a preocuparse cuando descubría que durante noches y días, en la soledad de su piso, solo oía *blues.* Champion Jack Dupree, su favorito, pero también T. B. Walker, Willie Dixon, B. B. King, el Profesor Longhair, Lightnin' Hopkins... Aquellos negros eran impecables arrastrando su pura melancolía matemática a ritmo cuatro por cuatro, algo que él no podía hacer. Así que la tristeza se instalaba en su carácter tranquilo y sus largos tentáculos lo tintaban todo, filtro violeta que teñía sus largos días.

Fue cuando consultaba un texto sobre el mayor coleccionista de El Bosco de todos los tiempos, Felipe II, cuando se topó con el término. Los holandeses definían al monarca español como el «demonio del mediodía». Intentó averiguar algo más de la expresión y se encontró con otra acepción, algo que había leído y olvidado hacía mucho y que ahora, al emerger de pronto, le dejó helado. Se llamaba «demonio del mediodía» a la crisis de

personalidad que muchos hombres experimentaban alrededor de los cincuenta años. Eran fecha y época en las que les brotaba un deseo juvenil, sensación que creían perdida y sepultada a lo largo de los años, necesidad de cambio, de algo nuevo, que les devolviera la ilusión por vivir. Cumplidos ya deberes profesionales o familiares, enredados sin emoción en la rutina y la puntualidad, reglados sus descansos y responsabilidades, exiliada la emoción y cargados los hombros, sentían que había que dar un giro a su existencia y ocuparse de hacer aquellas cosas que habían postergado a lo largo de los años.

Querían apurar la copa de la vida antes de que el último átomo de juventud abandonara el cuerpo que empezaba a declinar. El demonio del mediodía se citaba en las Sagradas Escritura, en el Salmo 90: «No temerás el terror nocturno ni la saeta que vuela de día, ni la maquinación fraguada en las tinieblas, ni el demonio meridiano». Era certera la definición, escolástica pura. El demonio atacaba a los humanos, virtuosos o no, a la mitad de la jornada de la vida, llenaba el corazón de cansancio y tedio, nostalgia del siglo que se concretaba en aversión y rechazo a los lugares en los que se desenvolvían. Era demonio sutil y huidizo, que hacía suspirar por el relajo, por otros sitios menos trabajosos, por amores últimos, por carnalidades imposibles,

anhelando juventud y ansias, ilusión y fuerzas, latidos de otras fechas y otros espacios, libre el corazón y el cuerpo, estrenada la vida.

Seguramente tenía ese demonio metido en el cuerpo. El resultado era que llevaba tres semanas de retraso en la entrega del plan de la exposición, la relación de cuadros propios y los préstamos, el calendario, la campaña de comunicación, el avance de los textos del catálogo. Todo lo que escribía se quedaba en el primer folio, en el primer párrafo, incapaz de superar el bloqueo. Uno no sabe cuándo llegan las crisis de la vida. Arriban de pronto, como un mal viento, y se quedan en el corazón, helando el alma y quitando el sentido a las cosas, la razón a los esfuerzos. Cada uno lucha como puede para salir del hoyo, y si es inteligente y su propia inteligencia no le pone demasiadas trampas, se agarra a una tabla de salvación para salir. Solo que el trabajo, la válvula de escape que normalmente funcionaba, ahora no servía de mucho, ya que ponía la crisis encima de la mesa, descarnada síntesis de un fenómeno que acontecía al ser humano desde hacía cientos de años.

¿Cómo no se había dado cuenta? Figuraba en la tabla de los pecados capitales, esa mesa que estuvo colgada en las paredes de la alcoba de Felipe II, como un mandala de meditación. Los hombres de la Iglesia Católica que hablaron de él por primera vez, lo llamaron

acidia y lo incluyeron en la lista de los pecados capitales. Pablo de Tarso contaba que los que habían pecado por acidia encontraban su morada eterna en el quinto círculo del infierno. Allí se los sumergía en la misma ciénaga negra que a los coléricos y sus lamentos y voces burbujeaban en la superficie. Con el tiempo, y el resumir de complejidades que afectaban al alma, quizá el mismo definidor afectado de acidia, comenzó a llamarse «pereza», cambio de denominación nada acertado, por lo simple. En la sombra quedaron ocultos algunos aspectos de la acidia, como ese afán de hablar de Dios, incapaz de fundirse con la divinidad, perdida la búsqueda de lo absoluto en vericuetos y dilaciones.

Estaba en juego su profesionalidad: el director del museo lo apremiaba desde hacía semanas con veladas advertencias.

No podía quitarse ahora de en medio y argumentar depresión. Tenía que terminar su proyecto, y la tarea se le antojaba por momentos imposible. Confiaba en el esfuerzo del último instante. Además, se enfrentaba a un dilema: necesitaba una idea brillante o más tiempo. O abandonaba lo hecho y empezaba desde el principio, de una forma más tradicional, o seguía hasta el final con todas las consecuencias.

Su tesis era atrevida: El Bosco tenía esas

visiones desde la infancia, había nacido con ese don, lo que le había hecho distinto para toda la vida, al no poder interpretar, salvo en clave religiosa, lo que no era más que un fenómeno natural. Esa era la sinopsis de todo el proyecto, comenzado a escribir, eso sí, con una literatura florida, plagada de guiños culturales, de citas, y que pretendía resumir saberes de la Edad Media y lo último en interpretación de símbolos. El mapa de un territorio aún inexplorado, difícil la orientación y las escalas: demasiadas *terras incognitas* que, en el fondo, escamoteaba tras un esmerado tratamiento, ducho en leyendas y poesía con arabescos eruditos. Era su famosa prosa evocadora, que tan buenos resultados le había proporcionado siempre.

Con párrafos de esa prosa, durante unos días, había jugado a lo prodigioso: descubrir en algún polvoriento y olvidado archivo las cartas que Felipe II y sus agentes se mandaban en las pesquisas de la búsqueda de cuadros de El Bosco. Buen argumento novelesco, sueño de cualquier investigador; solo por imaginarlo lo hacía imposible de existir, otra quimera: uno se encuentra si acaso esas cosas, no las busca, lotería increíble.

Entre los boscos que quería traer para la exposición figuraba uno no muy conocido, con escenas del infierno y del diluvio en la tabla

central y las grisallas y con imágenes de la Pasión en el reverso: *La caída de los ángeles rebeldes*, un óleo sobre tabla, de 69 x 35 centímetros, que se hallaba en Róterdam, en el museo Boymans—Van Beuningen. A su lado, quizá como inspiración, había anotado un par de párrafos, comentarios del *Malleus Maleficarum*, el *Martillo de las brujas* de Jacob Sprenger y Heinrich Kramer, publicado en Núremberg en el año 1487: «Las mujeres son las mejores aliadas de Satán, ya que tienen el poder mágico de causar involuntarias erecciones en el falo del hombre [...]. Hubo un defecto en la formación de la primera mujer, desde que ella fue formada de una costilla del pecho, que fue doblada en dirección contraria a la del hombre. Desde entonces este defecto le hace ser un animal imperfecto, siempre engaña [...]. Todas las brujas tienen lujuria carnal, que en las mujeres es insaciable».

Sonrió. Un poco de lujuria medieval sería interesante.

Pensaba que en El Bosco eran mucho más inquietantes, seductoras y atrayentes las partes de sus trípticos que hacían alusión al infierno, a los diablos, a los tormentos, a los placeres de la carne, que a las planas y casi tópicas ilustraciones del paraíso, de los cielos azules y divinos. En el fondo de la perspectiva de *La caída de los ángeles rebeldes*, en el ángulo superior derecho, se distinguían, una

vez más, los incendios del pintor holandés, las siluetas negras de edificios devorados por las llamas, el humo oscuro, los diablos bailando sobre las ruinas o volando en el aire. Una de las tesis sobre la repetición de ese motivo en El Bosco hacía referencia a un incendio de su ciudad que contempló en su infancia y que le marcaría para siempre: he ahí la futilidad de la vida, la destrucción de los anhelos materiales del hombre. He ahí también la purificación por las llamas que consumen lo mal construido, lo mal asentado de la naturaleza humana. Era lo que decía el arcano número XVI del tarot, la Torre.

*

Junio de 1464

La fiebre llegó después de los primeros vómitos. Agujas hirientes taladraban su vientre, al que se agarraba en acto reflejo. El esfínter se contrajo en doloroso espasmo y, mientras seguía vomitando, tuvo la sensación de que todo su cuerpo se retorcía, envuelto en miasmas. El intestino no le respondía y una catarata de líquido y excrementos bajó por su pierna y empapó sus pantalones. Lo recorrían sudores y temblores, pinchazos y calambres

que ascendían por sus venas, sus brazos, culebrillas de dolor mordiéndole en órganos y extremidades. Por un momento se atragantó con su propio hálito, pero las toses le hicieron reaccionar. Fue entonces cuando sintió un intenso dolor de cabeza, y tuvo la certeza de que lo había tomado una fiebre ponzoñosa. Su cuerpo, joven y fuerte, luchaba contra algo que le abrasaba las entrañas. Como pudo se quitó las ropas y se arrastró hacia la cocina. Necesitaba refrescarse y bajar el calor que lo consumía. Sabía que sus movimientos eran bruscos, y que en su camino estaba derribando utensilios y cacharros. Tal vez aquel estruendo hiciera que alguien llegara en su auxilio.

Vació en su cabeza el agua de una cacerola. Aquello lo alivió momentáneamente. Sentado en el suelo, agarrándose el vientre con una mano y sujetando el recipiente ya vacío en la otra, su mirada se fijó en una luz que atravesaba la vidriera. De repente esa luminosidad, de tonos azules, invadió la habitación. Iba lentamente cambiando de color, e incluso las formas que le rodeaban parecían alargarse y curvarse, dotadas de vida propia y movimiento aleatorio, como las plantas de las marismas. Fue esa asociación la que lo llevó al mundo acuático, un mundo poblado de criaturas viscosas, nauseabundas. Comenzaba una batalla que duraría tres días y que lo marcaría para toda su existencia.

Desde aquel momento, Jeroen solo fue consciente de que alguien lo tomaba en brazos y, después de limpiarle, le acostaba en una cama de sábanas blancas, recostado según la costumbre, rodeado de velas y cuadros de santos, no en vano se hacían en el taller y siempre había una surtida reserva de corte celestial. El primero, desde luego, San Antonio. La familia conocía bien al santo y a los enfermos que bajo su advocación se encomendaban. Eran los que sufrían el *Ignis sacer*, el «fuego sagrado», «mal de los ardientes» o «fuego de San Antonio», epidemias típicas tras los años lluviosos.

Desde el interior de su pesadilla, Jeroen luchaba. Lo primero por dominar el vértigo en aquel viaje que había iniciado por los círculos del infierno. Monstruos híbridos, mezcla de reptiles y aves, se movían en un escenario jamás visto, lleno de plantas que de pronto se trasformaban en tubos de vidrio y esferas de colores. Demonios de mil formas, algunos con garras y colmillos, otros con deformidades extrañas, armados los unos con corazas y cascos, picas y raras espadas los otros, mantenían un combate entre sí, alternándolo con torturas a los condenados que se pudrían en las profundidades de la ciénaga. Cada vez que aquel líquido viscoso lo envolvía para pasar a otra región del infierno, su cuerpo experimentaba un cambio visible. Del fuego

pasaba al hielo, tránsito rápido que lo llevaba a castañetear los dientes y a temblar cual poseído por Satanás. Se trataba de un baile errático, un temblor ondulante que alguien, desde el exterior, intentaba calmar echándole mantas de lana por encima, al tiempo que otra persona realizaba sahumerios. Pero ni aquellos humos ni otros remedios, como traer los peces, elementos frescos, para que enfriaran el cuerpo, daban resultado. Cuando Jeroen abría los ojos un momento se encontraba horrorizado con aquellas formas escamosas que asomaban los ojos y la boca y por allí se deslizaba su vista y su cabeza, hacia el interior de los peces, en aquel recorrido infernal que lo llevaba a oscuros légamos, a cielos de color imposible, a selvas donde crecían frutas exuberantes y exóticas y donde engendros de hombres y animales se entregaban a elaborados ritos, ora de cópula, ora de tormento, destilando en uno y otro menester buena aplicación y sofisticadas maneras.

En algunos momentos la caravana fantástica parecía extrañamente flácida y feliz, y era entonces cuando se deslizaban aquellos cuerpos desnudos, aquellos amantes que gozaban acariciándose sensualmente al compás de la música del universo, producida por una especie de hadas—libélulas. Y Jeroen hallaba placer y paz, y hasta sentía activarse su virilidad.

En una de aquellas idas y venidas, a Jeroen se le ocurrió que tenía el fuego de San Antonio, pero como un pensamiento más, sin importancia. En realidad lo que él quería era descansar, morir tranquilamente, si era posible, en una de las pequeñas pausas de la fiebre. Había notado su sexo duro, hinchado. Cualquier roce del camisón de lino con el que lo habían vestido manos piadosas le producía espasmos de dolor. Conocía que con el fuego sagrado, las mujeres abortaban y se agostaban, y los hombres perdían los genitales, abrasados como otras partes de su cuerpo, tormento que no evitaba una muerte más o menos rápida.

Al final de los tres días, se produjo un cambio en el proceso. No pasaba de un rigor a otro con tanta rapidez y brusquedad. Las crisis febriles iban pasando, circunstancia a la que no eran ajenas las infusiones de mandrágora que su madre, hija de un sastre, pero con conocimientos de hierbas, le había hecho beber. Así el cuerpo flotaba en una sensación de bienestar sublime, como si no pesara. Vio entonces Jeroen, y aquello no lo olvidaría jamás, una luz blanca que irradiaba desde algún lugar del universo, dirigida hacia su corazón. En aquella luz, los objetos se trasformaban en colores, brillando con macilentos destellos nacarados antes de metamorfosearse en otras cosas. Le parecía

que allí estaba el secreto de la vida y que, por fin, tantos sufrimientos servían para algo. Había estado en el vientre de la ballena de la muerte, y había renacido. Algo muy poderoso, Dios, le había permitido ver lo que podía aguardarle en el infierno profundo, el último círculo, allá donde no llegaban la luz y el sonido, condenado a la soledad eterna, por los siglos de los siglos. Y también le había mostrado la paz, la plenitud, suspendido en el latido del universo.

La recuperación fue lenta, y Jeroen, de buen grado, cumplió los votos que sus padres y familiares habían formulado por él. Se instaló en una celda del hospital de los antonianos y allí, ayudando a los hermanos y trabajando por su propia curación, trascurrieron tres meses en los que vio toda clase de enfermos y las secuelas feroces que dejaba el mal en sus cuerpos, cortando con hachas invisibles sus extremidades. Porque, además de las delirantes alucinaciones, que no podían controlar ni interpretar, los pacientes sufrían el insoportable dolor abrasador de la lenta atrofia de sus miembros. Iban muriendo a pedazos, intentando atajar con amputaciones —según la primitiva pericia de los cirujanos, hombres renombrados y bien pagados— el avance de la gangrena.

En el hospital se mostraban, colgados en el portal de la entrada, los miembros amputados.

Se envolvían en paños blancos, lacrados con sellos, anudados con una cinta roja con el nombre de su propietario, para ser devueltos en la resurrección corporal que precedería al Juicio Final. También los había resecos, momificados, pellejos mortecinos que envolvían tiras de huesos, en una variada gama de colores: verde amarillento, cerúleo morado, rosado desvaído. Esos restos de los zarpazos de la muerte anunciaban a los viandantes que allí se curaba en nombre de San Antonio y que el edificio —hospital o convento— estaba bajo la advocación del santo.

Si todo fuera como se decía, no habría necesidad de nombre, pensaba Jeroen, pues Dios no se equivocaría en su infinita sabiduría, restituyendo a cada uno sus miembros sin que los cuerpos, redivivos, argumentaran nada. Pero aquello indicaba que el establecimiento estaba autorizado para curar por poseer reliquias —en especial de San Antonio— a través de las cuales se filtraba el agua que propiciaría la curación. Era la legendaria santa vendimia, que se ofrecía una vez al año en la fiesta de la Ascensión, cuarenta días después de Pascua. En esa fecha, desde primeras horas de la mañana, los peregrinos se agolpaban ante los monasterios, intentando ser alguno de los escasos elegidos cuya enfermedad se consideraba demasiado grave para los

remedios ordinarios. Los enfermos solamente recibían unas pocas gotas del elixir en una comunión ritual, mientras rezaban y miraban una imagen del santo.

Como otras plagas o castigos divinos, el *ignis sacer* se extendía regularmente por el centro de Europa. Y detrás del fuego, aparecían los monasterios dedicados a San Antonio. En ellos, los boticarios fabricaban elixires refrescantes y anestésicos, que se complementaban con la buena higiene, la quietud y la dieta sana.

Los cuidados para la sanación de los afectados incluían baños de agua helada y la aplicación de peces, considerados como el máximo grado de frío por los galenos. Y otra tortura, desguace del ser, eran los tratamientos a base de elixires de mandrágora. Narcótico potente, continuaba la ilusión del vuelo que producía el pan de la locura. El cuerpo, que iba recortándose, compensaba así aquella maldición. La pócima llevaba vino y opio, refresco y remedio para el dolor, anestesia natural a la que se sumaba el efecto fantástico que producía la planta.

La mandrágora estaba rodeada de magia. Fruto rojo, como una manzana, lleno de suave pulpa, tenía una raíz dura, de olor agradable. Con su forma ahorquillada, semejante a dos piernas humanas, se la modelaba haciendo

muñecas que eran llevadas como protección contra el mal, talismanes para la potencia sexual, contra los abortos y partos prematuros de las mujeres. Los varones afectados corrían el riesgo de perder los genitales en el lodo gangrenoso de la enfermedad.

El joven Jeroen se hizo entonces una promesa. Contaría aquel viaje por regiones febriles, y se lo contaría a los dolientes, a los que buscaban protección contra sus propios demonios y la liberación de sus pesadillas.

Contaría no solo las torturas del fuego, sino esas visiones de los enfermos causadas por la dolencia, visiones que continuaban, aun después de que la gangrena saliera del cuerpo y se produjera la curación. En la cabeza de todos los tocados por el fuego sagrado, durante mucho tiempo, seguían esos vuelos por las regiones del cielo y del infierno.

*

En el despacho del director del museo, Javier Carreño hablaba de los pintores a los que El Bosco había inspirado, no solo Patinir —bien representado en el Prado—, sino Brueghel y otros posteriores.

—El verdadero valor de la recopilación sobre El Bosco —le interrumpió el director,

Federico Fonte, *Doble F* para sus empleados y críticos— está en traer cuadros de Lisboa, Venecia, Róterdam, Viena, Berlín, París, Washington, además, por supuesto, de un buen trabajo museológico. Es decir, el sentido, el contenido, los textos, la propuesta.

—En eso estoy trabajando.

—Lo supongo, aunque aún solo he visto tus tanteos iniciales. En el año 2000 ya se hizo una exposición en el Prado con la restauración de *El jardín de las delicias.* Y en el año 2001 el museo Boymans—Van Beuningen de Róterdam reunió en una exposición sobre El Bosco varias joyas como *El barco de los locos*, del Museo del Louvre, *La muerte del avaro*, de la National Gallery of Art, el *San Juan Bautista*, de la Fundación Lázaro Galdiano, el *Ecce Homo*, del Städelsches Kunstinstitut und Städtische Galerie en Frankfurt y *Las cuatro visiones del más allá*, del Palacio Ducal en Venecia. También exhibieron el *San Juan de Patmos*, cedido por la Gemäldegalerie en Berlín, y el *Cristo cargando con la cruz*, del Kunsthistorisches Museum de Viena, además de lo que tenía el propio museo, cuatro paneles originales, incluidos *El vagabundo o el hijo pródigo* y *San Christopher.*

Federico Fonte se sabía aquello de memoria y siguió apabullando a Javier, que tenía muy presente aquella exposición que

había visto en un viaje ex profeso.

—Y se dieron el lujo de exhibir siete auténticos dibujos en lápiz y tinta marrón, *El bosque tiene oídos, El campo tiene ojos*, de Berlín, y *El hombre árbol* de la Albertina de Viena. Para esa exposición nosotros les prestamos *La piedra de la locura*, fue un gran evento que hicieron para celebrar la capitalidad europea de la cultura.

El director tomó aire. Parecía sacudirse con ello unos celos retrospectivos.

—En el Prado llevamos tiempo hablando de la definitiva, la que será imposible de superar, que había comenzado a pergeñar tu antecesor. Pero insisto: para conseguir los cuadros más importantes, necesitamos concretar con los directores de los grandes museos. No podremos reunir todos, pero como mínimo aspiro a superar a la Róterdam, porque nuestro fondo es mayor y más importante. He hablado personalmente con el director del Louvre y el de Viena, pero quedan varios más, Venecia, Lisboa, Róterdam, Brujas, Berlín... Todos querrán contrapartidas, ahí es donde tienes que negociar...

—Tenemos también las copias españolas de la época, los cuadros de Valencia, Segovia, Navarra... Y los contemporáneos como Patinir, Brueghel, incluso Quentin Massys, algunos incluso debieron de conocerse, ser amigos.

—En la exposición de Róterdam incluyeron obras de artistas como Bill Viola, Salvador Dalí, Jörg Immendorff, Robert Gober, Pipilotti Rist, William Kentridge y James Ensor. Hay que superarla, no nos puede hacer ni sombra. He pensado que podría incorporarse una serie de cuadros de pintores actuales que reinterpreten el mundo de El Bosco, eso sería una novedad. Tendrás que elaborar un plan rápido y decidir la línea, no derrochar esfuerzos ni hacerlos baldíos y, sobre todo, aportar algo novedoso, ideas, ideas... Había gente recomendada para el puesto de comisario de esta exposición y yo me la he jugado por ti. No me decepciones.

—¿Sabes que Jim Morrison, el de The Doors, cuando vino a España en la primavera de 1971, se quedó una hora clavado delante del tríptico de *El jardín?* Incluso dicen que la noche en la que murió estuvo repasando viejas películas, entre ellas la que había tomado su novia de él mirando *El jardín de las delicias.* Murió, salvando las distancias, como Felipe II. Los dos estaban obsesionados con la muerte. Ese tipo de cosas te hacen pensar...

—La exposición tiene que ser de altura —Doble F aparentó no haberlo oído—. Reunir lo más espectacular de Europa, lo que hemos comentado, a lo que se suma el Prado y El Escorial con sus fondos. Puede que también algunas piezas de Estados Unidos. Completaremos esta exposición única con dos

partes específicas, una de pintores contemporáneos de El Bosco y otra de influidos por él hasta nuestros días. A eso le añadimos, para acabar, un congreso de especialistas mundiales, un ciclo de conferencias y publicaciones, de autores que han escrito sobre El Bosco y estudios técnicos.

—Entonces, disponemos de recursos...

—Eso espero. Hemos quedado para cenar con el presidente del Patronato, Alberto Monaster, el marqués, y su mujer, ya los conoces. Ellos son los que tienen la llave de la financiación extraordinaria. No en vano, él preside consejos de administración de poderosas empresas. Mi objetivo es que aporten los fondos que nos faltan. Ya me he encargado de predisponerlos favorablemente. Pero para la fecha de esa cena, dentro de dos semanas, quiero tener un *dossier* completo. Nada que un hombre como tú no pueda hacer en diez días. Todos confiamos en ti.

CAPÍTULO III

ÁMSTERDAM, TELA DE ARAÑA

Si las puertas de la percepción quedaran depuradas,

todo se había de mostrar al hombre tal cual es: infinito

[...] Hay cosas conocidas y cosas desconocidas;

en medio de ellas hay puertas.

William Blake,

Matrimonio del cielo y del infierno.

Un día, a las dos semanas de llegar, mi mirada se quedó perdida en la pared, donde había colocado un plano de la ciudad. En mi cabeza se disparó un resorte y entonces lo supe: Ámsterdam era una tela de araña. Sus canales eran los hilos, geometría acuática que siempre marcará el carácter de esta urbe fronteriza.

Las ciudades con canales tienen una personalidad propia, son distintas. Sin embargo, algo en esa visión de la ciudad como laberinto y trampa de insectos me inquietaba... Aunque racionalista a ultranza, había aprendido a no desconfiar de las intuiciones. Eran pequeños avisos que mandaba el subconsciente, procesando datos en la retaguardia del cerebro, claves para prevenir peligros potenciales. No me faltaba razón, como más adelante pude comprobar. Un escalofrío, que achaqué a la brisa marina que se había colado por la ventana entreabierta de aquel enorme caserón, recorrió mi espalda. En la guerra me había salvado tres veces por aquellos pálpitos. Una, por no entrar en el refugio donde cayó una bomba; otra por

no ir a dormir en un pinar donde los moros degollaron a media compañía, y la última por ponerme un casco que detuvo el rebote de una bala que me habría volado la cabeza. En las tres ocasiones, la visión de que algo extraño me avisaba, había decidido el rumbo de mis pasos: una naranja machacada, un naipe de la sota de espadas, un paraguas que se abría bajo la lluvia. Extrañas señales, si es que eran tales, o quizá mi cerebro buscaba explicaciones culpables que dar cuando la muerte se llevaba a tus amigos y compañeros, mientras a ti te respetaba.

Así que pensé: peligro de quedar aquí atrapado, esperando la voraz araña, en un encargo extraño realizado por un personaje no menos extraño... ¿Qué sabía yo de Mainger? ¿Era verdad aquel asunto de las copias y para lo que estas servían? ¿O había algo más? ¿Por qué esos raros óleos, azules, rojos y negros que me había facilitado, sospechosamente parecidos en su textura a los colores que El Bosco empleaba, esas tablas de roble que juraría que eran casi idénticas a las empleadas por el maestro? De hecho, estaba seguro de que eran tablas de la época, cuadros con motivos de baja calidad raspados y sobre los que se había dado otra capa de albayalde.

Algo no me cuadraba y ese misterio me hacía revolverme en la oscuridad de la cama, me distraía de la concentración requerida y me

hacía abandonar el trabajo y pasear nervioso por la habitación. Giselle, la joven ama de llaves, me llamaba para las comidas y cuando no aparecía, me subía al cuarto una bandeja que me entregaba con las buenas noches. Distinguía en su cara algo parecido a una sonrisa. Era un hada simpática dentro de su frialdad nórdica.

Aún no sabía, no podía saber, que ya estaba bajo la influencia del cuadro, que su extraña magia me había atrapado por entero. Cuando llevaba varios días en este estado, el sonido de unos nudillos en la puerta me anunció la visita de Santiago Mainger, que llevaba fuera un par de semanas, en Alemania, según me había dicho antes de partir. Holanda y Bélgica aún no habían cerrado sus fronteras.

—Tiene mal aspecto, *monsieur* Díaz, debe descansar más.

—No logro dormir. Demasiadas cosas en la cabeza. Demasiadas incógnitas. Estoy empezando a pensar que no ha sido buena idea aceptar su proposición. Y además, tengo la sensación de que debería estar en otra parte.

—No desfallezca ahora, Jerónimo. Son tiempos terribles, en los cuales debemos pensar con serenidad. Créame si le digo que lo que usted hace tendrá un noble fin. Ahora que está en riesgo no solo la cultura, sino la

libertad, realiza usted un buen servicio contra los nazis.

—Se lo digo con franqueza: no sé, si usted miente, cuál es su causa.

—La causa del amor, la causa de la vida. Lo que peligra ahora no son unos territorios o unas banderas. La misma condición del ser humano está en juego. Hay que preservar de la barbarie los grandes logros de la humanidad. Y uno de ellos, que tiene usted en sus manos, es esa obra maestra de El Bosco. La copia salvará a una familia de los campos de concentración alemanes. ¿Dónde cree que he estado este tiempo? ¿Haciendo turismo?

Yo callaba. Toda Europa estaba pesada, espesa, en un conflicto que empeoraba por momentos, y yo me encontraba cerca del huracán, en aquella ciudad pegajosa, comprometido en un encargo que vislumbraba turbio. Lo que hizo a continuación Mainger, más que curioso, me resultó inquietante. Con un carboncillo, anotó una serie de signos copiados directamente del cuadro, señalando su posición exacta en la composición. Eran signos cabalísticos repartidos por todo el cuadro. A veces, para averiguar la distancia exacta, utilizaba un compás y una regla extraídos de un maletín de cuero.

—Hago comprobaciones. Como usted mismo lo definió, este cuadro es fascinante. Y

único.

Ya estaba seguro. Aquel dibujo tenía un marcado carácter hermético, los signos eran representaciones de elementos naturales o de reacciones alquímicas. Yo miraba intentando retenerlo en la memoria. Aquello me desasosegaba.

—Le voy a pedir que ese signo en el agua del mar no lo copie, el del níquel. Será lo único en que se diferencien copia y original. No habrá riesgo, la tabla no es conocida ni pueden compararla.

Ante mi extrañeza, el magnate añadió:

—Son fórmulas antiguas. No debe conocerlas quien no es digno de descubrir su significado.

—¿Fórmulas? ¿De qué?

—Nada que le interese. Quizá tengamos que irnos pronto. Sería una lástima que no le diera tiempo a realizar la copia.

De aquello se deducía que Mainger estaba buscando acomodo a su colección en alguna parte, tal vez en Inglaterra. Los diamantes no ocupan mucho, pero los cuadros sí. Necesitaba un transporte seguro, quizá estaba esperando la llegada de algún barco. Se hizo un silencio tenso. La alusión a un mensaje cifrado y secreto me había hecho pensar en la relación del millonario con aquellos asuntos. Como si

leyera mi pensamiento, Mainger habló, desviando mi atención, buen ilusionista: —Los tiempos de El Bosco también fueron difíciles. Y su pintura, nada sencilla. Detrás de sus tablas, en apariencia tan morales y cristianas, se escondía un hombre atormentado por visiones, que pasó toda su vida tratando de asimilar lo que le había pasado. Sus cuadros reflejan el torbellino de su cabeza desde que sufrió los fuegos de San Antón.

—¿Los fuegos de San Antón?

—Los fuegos de San Antón, o ergotismo, era una enfermedad de la Edad Media producida por la ingestión de pan de centeno contaminado por hongos. Muchos morían de gangrena, pero lo hacían entre visiones espeluznantes. Otros sufrían diarreas, hemorragias, y se salvaban entre delirios fantásticos. Hieronymus tuvo suerte, se salvó, y su pintura se enriqueció con aquellas visiones. Toda su vida fue una búsqueda para volver a experimentar esa sensación. Lo intentó con su pintura, y desde luego, quedó reflejada en sus trípticos.

—¿Cómo sabe usted eso?

—He estudiado al maestro durante años. Nada que hiciera o dejara de hacer me es indiferente... Le considero un hermano pionero, un adelantado, un buscador de la verdad... Creo que le conozco bien. Hasta el

punto de que voy a revelarle alguno de sus secretos.

Como si fuera un mago tocado con capa y varita mágica, Mainger sacó un espejo ovalado de su maletín. Tenía bordes redondeados y un mango de marfil. Pero no reflejaba imagen alguna. Era opaco y oscuro.

—El espejo negro. Algunos pintores de aquella época, para descansar la vista de su paleta de colores, utilizaban un espejo como este. En el caso de El Bosco, cuando los colores o las visiones, o aquello que surgía de sus cuadros según los estaba pintando, asaltaba su cerebro, la única manera de volver a la serenidad era por medio de este espejo. Superficie pulida de remoto mineral, allí se abismaba. Se pueden ver muchas cosas sin necesidad de ojos. Es más, podría afirmar que, a veces, la vista es un estorbo, anula otras visiones, la capacidad para profundizar en otro estado, más real que el que vemos o el que nos parece así porque lo percibimos por los ojos. Para llegar a ver con los ojos del alma, los del cuerpo deben estar cerrados. Y para eso ayuda este espejo, relaja la retina. Se lo he traído para que lo pruebe. Si le sirvió al maestro, bien pudiera dar resultado con usted.

Aquello me dejó literalmente helado. Por supuesto que no me creía una palabra de lo que me estaba diciendo, ni que aquel fuera un

artilugio que hubiera utilizado el gran Hieronymus, pero se daba el caso de que mi grupo de la FAI se llamaba precisamente Espejos Negros, aunque no en el sentido que ahora aquel personaje me revelaba. Habíamos elegido esas dos palabras porque queríamos ser un reflejo libertario de la cultura.

Una extraordinaria casualidad, sin duda, que me dejó desarmado. Aquel hombre puso ante mi vista el espejo y yo lo tomé en mis manos. Por un momento, algo parecido a una corriente eléctrica me recorrió el brazo. Había tenido la impresión de que, efectivamente, aquel era el espejo negro de El Bosco.

—¿Quién es usted realmente? —pregunté. En su cara se dibujó una ancha sonrisa.

—Esa tabla es importante. Contiene un mensaje que solo puede ser entendido si se conoce la clave. A veces la sabiduría se trasmite por varios conductos. Usted debería saberlo, es pintor.

No sé el tiempo que pasé con el espejo en la mano, pues cuando me quise dar cuenta estaba solo. Mainger se había ido.

En los tres días siguientes el espejo negro estuvo encima de la cómoda, apoyado en la pared. Allí fue a posarse mi mirada después de una de mis crisis de ansiedad. Sin pensarlo dos veces, lo cogí, me senté en el sofá y lo dirigí hacia mi cara. De lo que pasó luego no estoy

muy seguro.

*

Dejar la pista perdida, los ojos pagando dentro de los círculos de las órbitas. Flotando, aflojando el nervio, el foco difuso, primero concentrado en la superficie oscura y por último libre, liberado del color y de las formas, fundiéndose en el vacío, en la nada, pero con los párpados abiertos, distinta sensación a la producida al cerrarlos para intentar conciliar el sueño. La pista activa, aunque sin estímulos. El espejo, suficientemente cerca de la cara como para ocultar la habitación, el mundo, las luces. Solo la tersa y bruñida superficie, la pulida piel de la piedra, entrando en el cerebro, absorbiendo lo visto, lo pintado. Poco a poco, con la luz tenue, imperceptiblemente primero, de modo más acusado después,

esa inquietante oscuridad invierte su función secante y aparece poblado de formas. Son como nubes, ondas semejantes a las producidas por las hojas caídas en un estanque. Curvas que se entrecruzan, volutas de humo que no destacan del fondo, el aire, sin duda, de la misma naturaleza que lo quemado, materia inerte o translúcida, sutil expresión de un mundo que parece revelarse, pero que exige que más que el ojo, la mirada, la conciencia, se adapte a la nueva situación. Puerta, ventana, ojo de buey, claraboya de un universo que espera, que aguarda, inquieto y prometedor. Mundo vigilando, diríase, si no fuera porque es el observador el que inquiere, el que quiere penetrar.

Pero así como llegan los atisbos de raras estructuras, de nuevas e inquietantes formas, así se escapan si de repente el ojo vuelve a tensarse, la pupila se dilata o

contrae, incapaz de abandonarse a la negrura. Con esfuerzo, dejando libre la mente y los instintos del cazador de colores y formas, del acechador de gestos, del descriptor de símbolos, abierto a la noche del espejo, el pintor comienza de nuevo la navegación por el agua oscura. Y regresan las nubes, bordean los velos las figuras, estructuras y estancias. No hay lógica en la aparición de secuencias, el asalto de manchas, absurdas gotas de tinta en el revés de lo visible, capas de reluciente y prístina noche de grises mate.

Quizá el pintor se pregunta si no se ha introducido por una puerta parecida a la de los sueños, con esos colores imposibles. Su preocupación, que en un momento vaga sobre la manera de reproducir lo vislumbrado, pronto se pierde, porque advierte que detrás de esos paisajes de ceniza y viento, de arena en la noche, de

agua y humo flotando y entremezclándose, existe algo que alienta, que guía en el extraño viaje, brújula magnética buscando entre las vetas. Sabe el pintor que cuanto más olvide, que cuanto más rápido deje de acordarse del mundo del que acaba de salir, antes entrará en este otro universo, en el que el volumen no tiene sentido, y las cosas, con su color y carácter, se tornan materia opaca a la luz, y por lo tanto casi invisibles, habitantes de las sombras.

Acuden las formas por capas a la luna negra, atraídas por el poder de quien las ve, reveladas desde el no ser, delimitándose en un punto intermedio, pues el observador ha perdido la distancia, el espacio entre su rostro y el espejo es ya campo de pruebas, redoma de laboratorio, túnel de experimentos donde todo se compone, alfabetos de signos que nadie controla, o si acaso un mago poderoso que

se aloja en su interior, pues esos cuerpos que con etéreo cincel un fantástico escultor saca de lo oscuro son criaturas fronterizas, imposibles fuera del aliento negro que las anima y alimenta, que las instruye y posee. Y así, el pintor, que perdiéndose en el espejo ha soñado con descansar la vista, con olvidarse de aquello que está pintando, asiste a un espectáculo insólito, algo que su mente ha preparado solo para él. Porque cómo pensar que aquello que viene flotando y pasa ante sus ojos es la esencia misma de lo que pinta, el poso que representa su sustancia, entidad tan difícil de aprehender como de plasmar, retrato perfecto al que siempre aspira el artista buscando lo imposible: lograr que el espectador se percate de que lo pintado allí no es el reflejo pasajero de aquellos hombres y mujeres, la circunstancia, sino su alma misma. Pintar su interior, su espíritu, los hombres por dentro.

*

1481

El capítulo de la Orden del Toisón de Oro era ceremonia esperada, que aquel año, para honor del Bosque Ducal, se celebraba en la catedral de San Juan. El capítulo había llevado a la población, además del emperador Maximiliano, a todos los altos cargos, nobles, príncipes y prelados del ducado de Borgoña, que desfilaban en carrozas vestidos de rojo armiño y con lujosos bordes dorados. El pueblo se apiñaba en la entrada para ver a aquellos personajes principales que desfilaban según un estricto protocolo y que parecían tocados por una extraordinaria importancia y gravedad.

Habían llegado y entrado en la sala, por este orden, los oficiales de la Orden, los caballeros y el soberano, que se colocaban en el graderío que ascendía a su *grande table*, a mano derecha. El soberano, actor principal de la representación, se hacía lavar las manos en un aguamanil por el primer copero mientras un caballero de calidad le ofrecía después la toalla para secarse. Tras eso, los demás escuderos ofrecían aguamaniles para que se lavasen los caballeros y los oficiales, a excepción del

canciller, que se lavaba aparte. Asimismo, recibían el aguamanos los embajadores extranjeros. A continuación el soberano se sentaba en el centro de la mesa y después de él, y a ambos lados, los caballeros, en perfecta jerarquía. Después lo hacían los oficiales de la Orden y los embajadores, en un riguroso orden de precedencia que era supervisado por el rey de armas.

Era etiqueta prolija, abundante en detalles y esperas, complejo ritual que afectaba a los desfiles y banquetes, a la colocación y el protocolo, escrito desde los primeros capítulos de la Orden, allá por los tiempos de Felipe el Bueno y Carlos el Temerario. Tal vez por lo costoso y complicado, y a pesar de las disposiciones de reunirse cada mayo, el capítulo no se realizaba anualmente. La reunión de la última de las órdenes de caballería comenzaba con un banquete en la primera jornada en una gran sala, generalmente en un palacio, edificio principal del lugar donde se celebraba el capítulo. La elección del lugar, como la disposición de los asistentes, estaba establecida por una rigurosa jerarquía.

La *grande table*, la gran mesa, se disponía sobre un estrado elevado y estaba reservada a los caballeros y a su soberano, el cual se sentaba en el centro bajo un dosel bordado que superaba en altura, riqueza y

magnificencia al dosel que cubría al resto de los comensales en su larga mesa. Sus hábitos, pagados por ellos mismos, de terciopelo carmesí, estaban rematados con bordes dorados. En la sala donde se celebraba el capítulo se colgaban grandes y ricos tapices, realizados en Bruselas, en los que se narraban historias de héroes mitológicos o reales. Entre ellos, Hércules, Alejandro Magno y los héroes troyanos o griegos, y también los de los patrones de la orden, Gedeón y Jasón, que con su vellocino o toisón de oro habían dado nombre a aquella reunión de hombres ilustres y escogidos, caballeros del final de la Edad Media buscando imposibles en un mundo nuevo. Solo algunos de esos tapices habían presidido las paredes de la catedral de San Juan de s'Hertogenbosch para el XIV capítulo de la Orden. A cambio, había otros con temas bíblicos, como Judith y Holofernes o el Diluvio Universal.

A la izquierda del príncipe y más abajo, sin estrado, se disponía una mesa más pequeña para los cuatro oficiales, el canciller, el tesorero, el secretario y el rey de armas, que llevaban sus hábitos rojos sin adornos de cenefas ni collares, con la salvedad del Toisón de Oro, un collar decorado con las armas esmaltadas del soberano y de los caballeros de la Orden que portaba la *potencia.*

En solemne ceremonia en la primera parte

del capítulo, el emperador Maximiliano había ungido caballero a su hijo Felipe, llamado *el Hermoso*, que lucía ropas doradas y rojas de exquisita hechura, terciopelos entre armiños, sensación envolvente. El guardián de las joyas había preparado las vajillas de oro y plata, que servían tanto para el servicio de mesa como para aumentar la luminosidad y, sobre todo, los brillos: se disponían en el aparador colocado en el lado opuesto a los ventanales y cerca de las mesas del soberano y los caballeros, que se encontraban muy a gusto envueltos en aquellos fulgores de oro y plata, sol y luna alternándose, comparación de la noche y el día.

El boato, y por lo tanto la lentitud, el orden, los gestos, era norma fundamental de la ceremonia. Se sentían así, cerca de un cielo áureo, envuelto en lo que refulgía, lo más noble. Sumergidos los asistentes en un ambiente mágico de destellos dorados, ropajes suntuosos y música sacra, se cumplían parte de los objetivos, arraigados firmemente en el imaginario de los allí reunidos: el rey Arturo, Camelot y los caballeros de la Tabla Redonda.

Se había colocado otra mesa alargada en la sala para los oficiales —reyes de armas, heraldos y persevantes—, unas treinta personas, sentadas en los dos lados. Delante y contigua a ella se disponía otra más elevada, con el nombre de galera, donde se sentaban,

con el rostro siempre vuelto hacia el jefe y soberano, dos portadores de armas con sus bastones, flanqueados por dos sargentos de armas con sus mazas, maceros que representaban el orden y el poder, prestos a reprender o incluso apresar a cualquiera que a lo largo de la ceremonia realizase algo molesto a los ojos del príncipe. Ningún oficial podía sentarse en esta mesa sin su bastón y ningún heraldo sin su cota de armas.

A la derecha de la mesa del jefe y soberano se situaba la reservada a los embajadores extranjeros, para que pudieran contemplar la riqueza del espectáculo que se desarrollaba ante sus ojos. Halago e impresión favorable se buscaba cuando se les servía de igual modo que al príncipe. Cuidada puesta en escena para afirmar el prestigio del soberano y el esplendor de la casa de Borgoña, objetivo desde que la Orden había sido creada.

Arte, gastronomía y ceremonial se aunaban en el rito, además de la consideración a un elemento esencial en el ideario caballeresco de esa Edad Media que periclitaba entre brillos: la mujer. Las damas, encabezadas por la princesa y sus cortesanas, contemplaban la sala desde una tribuna alta, con celosías, donde podían mirar sin ser vistas. Así podían hablar a su placer de cualquier caballero.

El escenario se completaba con otras dos salas con dos mesas cada una, reservada una a los embajadores que se turnaban y que no podían asistir a los banquetes del segundo o tercer día de la fiesta. En la otra sala se servían dos platos de vianda solamente a los notables de la burguesía de la villa: hombres de leyes, clérigos y otros personajes de calidad que no pertenecían a la nobleza. Era aconsejable la presencia de dichos notables, sabedores los mandatarios borgoñones de que su poder se apoyaba en el dinero que generaban los burgueses con su industria, su comercio y sus banqueros.

Estos notables pagaban por asistir a la fiesta del Toisón, y Aleyt, la mujer de Jeroen, había querido estar entre las damas de la celosía. Dinero tenía para podérselo permitir y así, convencido Jeroen de que la asistencia al banquete redundaría en pedidos de los poderosos, había encargado vestimentas apropiadas, lujosas en comparación con las que utilizaba para el uso diario, pero no tan lujosas como para ofender a aquellos caballeros de trato exquisito y modales reglados. Jeroen, recién cumplidos los treinta años, con el título de *maelder*, maestro pintor, había contraído matrimonio con Aleyt van der Meervenne, lo que había conllevado su cambio de estatus y la posibilidad de observar de cerca a aquellos que estaban en la cúspide de

la jerarquía social.

Cuando comenzó el servicio de mesa, Jeroen se maravilló del movimiento de gentilhombres y criados, tan preciso que parecía un mecanismo de relojería. Baile con protocolo y sincronía que producía un efecto de multiplicación, como si cada caballero estuviera ante su igual reflejado. En la gran mesa servían a un tiempo cuarenta gentilhombres, todos a la vez: primero, junto con mantequilla fresca, las frutas de temporada; en mayo y junio fresas y cerezas, en julio ciruelas o moras, y en agosto y septiembre, uvas. Después se servían los platos principales, pescado o carne asada, regados con hipocrás.

Bajo la dirección de los *maîtres d'hôtel*, servían los coperos a la *grande table* cuatro servicios de quince platos cada uno, platos compuestos por diez fuentes de diferentes viandas. Otros cuatro platos, de diez fuentes cada uno, se servían en la mesa de los cuatro oficiales. Un plato de vianda se servía en cuatro ocasiones para las damas que miraban la fiesta ocultas tras las celosías.

El ágape finalizaba con las llamadas especias, pasteles azucarados, en una cesta cubierta para el príncipe y en recipientes similares y descubiertos para caballeros e invitados. El primer escanciador debía servir

vino al soberano, pero como se hallaba presente el heredero del trono, Felipe el Hermoso, tal y como prescribían las reglas de la Orden, fue él mismo quien sirvió la copa a su padre Maximiliano. El caballero de mayor categoría se encargó de servir los pastelitos. Una vez servido el soberano, lo fueron los caballeros, cuyos vinos escanciaban los escuderos. En el último turno fueron servidos igualmente los oficiales y los embajadores.

Terminado el banquete, se levantaron al tiempo los cuatro oficiales de la Orden y los embajadores, y se retiraron sus mesas. Después se apartó la *grande table* y se levantaron los caballeros, que hicieron una solemne reverencia al soberano. De la oración final se encargó el primer capellán. Tras este convite, los caballeros y el soberano se reunieron en cónclave en una sala cercana, solo interrumpido para volver a la catedral y oír vísperas en los sitiales armoriados de la sillería de coro, esos que El Bosco había visto hacer, con toda su filigrana de letras góticas, al pintor de la corte borgoñona, el maestro Pierre Coustain. Ese estilo podría ir bien para aquel cuadro, *La piedra de la locura*, que venía pensando, fruto de sus observaciones en el sanatorio mental donde había conocido a su mujer Aleyt, que con las demás burguesas de la villa despedían a la princesa y sus damas.

En su fuero interno, Jeroen no amaba

aquel boato, y veía en el ceremonial el rastro del pecado de importancia, soberbia y vanidad, común al poder. Allí también se mostraba el ser humano, y frente al rito, Jeroen oponía la persistente imaginación del pueblo, sabio casi siempre y a su manera, que sabía que aquellos dorados se debían al trabajo y las fatigas de muchos otros que jamás brillarían.

Todo, en el fondo, no era más que un carro de heno.

*

Junio de 1563

Una cosa quería comentar a vuestra majestad y para explicar todos los pormenores precisos, pido licencia aunque me extienda en esta misiva. Como V. M. católica ya conoce, mi padre fue don Diego de Guevara, que en gloria esté y en compañía del Creador, clavero de la orden de Calatrava y mayordomo mayor de Felipe el Hermoso, para lo cual lo acompañó en sus viajes a Flandes con

la infortunada reina Juana. Como V. M. sabe, yo nací en Bruselas, donde pasé mi infancia y en cuya corte hízome intimar don Diego, preocupado por mi futuro y formación. De él heredé el gusto por la pintura y la colección de obras de afamados pintores. Mi padre puso ayos y preceptores para que siguiera su tradición, así él no estuviera en Bruselas, debido a los continuos viajes que hacía, como luego haría yo con el emperador, vuestro padre, del que fui gentilhombre de boca y comendador de la Orden de Santiago, acompañándole a su coronación en Bolonia y en la expedición a Túnez.

Vine, pues, a heredar la colección de obras, y ampliarla además, cuando murió don Diego, que fue amante de la pintura flamenca y entendido de ella, según era de sobra conocido en aquellos reinos de la casa de Borgoña. Entre los cuadros que poseía, figuraban algunos del célebre Hierónimo Bosco de Balduque, ilustre y

originalísimo pintor del que V. M. y yo gustamos, según hemos conversado largamente en el Alcázar. Yo adquirí alguno más, de tal manera, como sabéis, que poseo seis obras de su propia mano: El Carro de Heno; Dos ciegos, que guía el uno al otro y detrás una mujer ciega; una Danza a modo de Flandes; unos Ciegos que andan a caza de un puerco jabalí; una Bruja y otra tabla cuadrada donde se cura de la locura.

La historia que tengo que referiros es precisamente sobre ese pintor y uno de sus cuadros, que yo, por desgracia, jamás vi, pero del que supe su existencia por mi padre, don Diego. No diera yo pábulo a la historia de Jonás y la ballena, que así se denomina la tabla a la que hago referencia, si no fuera por otros hechos posteriores a mi casamiento que, como vuestra majestad conoce se produjo en 1536, después del regreso de la campaña de Túnez, una vez que ya la benigna mano del emperador

Carlos V nos concedió el privilegio de otorgar mayorazgo.

Casé con mi mujer, doña Beatriz de Haro, hija de la señora Teresa y de Jacobo de Haro, familia de mercaderes castellanos afincada en la ciudad de Amberes. Varios años después, en una conversación sobre la colección de mi padre, mi esposa comentó algo curioso y es que quiso conseguir de la familia De Haro una tabla de El Bosco, Jonás y la ballena, pero que finalmente, por causas no aclaradas, no pudo hacerlo. Un tío de mi esposa, Diego de Haro, había emparentado con una familia flamenca, los Pijnappel, donantes del pintor de Bolduque. Diego de Haro, con casa e intereses en Amberes, había sido el mandante de aquella tabla, pero finalmente no había podido disfrutar de ella al morir en prematuro. Su mujer no pudo hacer frente a la suma de la obra y ahí se perdió el rastro que mi padre, don Diego, intentó inútilmente recomponer

para hacerse con ella.

Aunque sé de vuestra afición a las pinturas de El Bosco, podría haberos comentado este aspecto de la historia de la tabla, y seguramente hubiera dado motivo a una interesante charla con V. M., pero es probable que no vuelva a veros, ya que siento las garras de la muerte aferrarse a mi cuello y no sé cuánto tardarán en cerrarse. Aunque vivimos muy cerca, ya que mi palacio y casa está frente a vuestro Alcázar, ya siento que una enorme distancia nos separa, y no es más que el abismo que la muerte empieza a construir alrededor de los que van a partir. A todos nos toca, y quizá mi hora postrera me aguarde muy pronto, en este mes de junio del año de gracia de 1563, pero antes de rendir cuentas al Máximo Soberano he querido relataros algunas circunstancias que se afirman posee ese cuadro, sin que, como os digo, haya podido verlo ni haber hablado con

alguien que lo haya hecho.

Entre las peculiaridades que posee la tabla está, según afirman, la de contener en su interior un secreto, ni más ni menos que el de la fabricación de la piedra filosofal. Esto llevaría a considerar la posibilidad de que Hierónimo Bosco haya sido alquimista, pero bien parece que no lo fue, aunque trabajó codo con codo con alguno de los que habitaban en las cercanías del Bosque Ducal y conocía de primera mano muchos de los términos y los símbolos que conforman esa ciencia hermética. Quien afirma esto y a mí me lo confió, no lo puede probar, por no hallarse la obra a la mano ni poseer nadie ninguna copia. Mi mujer, según oyó de su familia De Haro, contóme que es casi imposible realizar una copia de ella, ya que la pintura copiada pronto es consumida por el fuego, por lo que la consideran mágica, aunque tal y como V. M. y yo sabemos, este punto no debe de ser nada más que fantasía.

Otra conjetura, que no certeza, he recogido de esas fuentes, que extiende el mensaje alquímico a varios de sus cuadros, cosa que creo más fabulada que verdadera.

Olvidada tenía esta historia, e incluso postergada de mi cabeza, si no fuera porque hace poco oí el empeño que V. M. tiene en procurar, con alquimistas españoles y foráneos, la posibilidad de transmutar metales y realizar la Opera Magna. Sé que esta afición le llegó por su propio padre, Carlos V, que tuvo tratos con magos y alquimistas a los que protegía y mantenía en su corte. Varias veces vi al emperador en la compañía de Enrique Cornelio Agripa, y del doctor Beltrán. Supe que el doctor le proporcionó varias «piedras filosofales», pero sin duda debieron de ser falsas, porque en ese empeño he visto a V. M. ordenar y controlar los trabajos de la magna obra al mismísimo Tiberio della Roca, alquimista de Malinas, en Flandes, o al

alemán Pedro Sternberg, que recibió de vuestra magnánima mano amplia recompensa de mil doscientos ducados.

Dicto esta carta contraviniendo mi costumbre, pero V. M. tiene la certeza de que no será transmitida más que por la mano que la escribe, la de mi esposa, mujer cultivada, con quien podéis conversar sobre otros aspectos de esa enigmática pintura. Mi deseo sería que hallarais la tabla y que os diera el poder para acrecentar estos reinos, sometidos por vuestra mano, alejando para siempre el peligro del gran turco.

Mi soberano, mi último ruego es que dé al fuego esta carta, una vez que pueda comprobar los detalles que relato, para que de no resultar cierto lo que digo, no deje trazo falso de mi memoria ni de mi paso por la tierra, ya que en toda mi vida no busqué nada más que la verdad, ocupándome de cosas ciertas y probadas, o de asuntos de arte, en

los que intervienen el buen gusto y el conocimiento, no dejándome llevar por moda, superstición o dictámenes ajenos. Por esa razón escribí no hace mucho, cuando estaba convaleciente en casa y por hacer más llevadera la enfermedad, mis comentarios sobre la pintura, obra que trata de los distintos tipos de este arte y resume su historia entre griegos y romanos, con comentarios sobre el arte de nuestro tiempo. Ahí di mi opinión sobre las obras de Hierónimo Bosco, que frente a los que le tachan de inventor de monstruos y quimeras, no niego que no pintase extrañas efigies de cosas, pero esto tan solamente a un propósito, que fue tratando del infierno, en la cual materia, queriendo figurar diablos, imaginó composiciones de cosas admirables. El Bosco jamás pintó algo fuera de los límites del natural que no tuviera relación con el mundo infernal o del purgatorio, y sus invenciones se fundan en la investigación de cosas

extrañísimas, pero siempre naturales.

Tal y como ya escribí, considero que sigue el género pictórico de Antifilo, llamado Grillo, busca talles de hombres donosos y de raras composturas y cuando pinta extrañas efigies de cosas fue tratando del infierno o purgatorio. Fue ese pintor observantísimo del decoro, guardando los límites de la naturaleza cuidadosísimamente. Y tal fue su éxito en Flandes y otras partes que pronto surgieron imitadores de sus obras, que a la vista de su éxito pintaban monstruos y desvariadas imaginaciones, dándose a entender que en esto solo consistía la imitación del Bosco.

Dado que siempre consideré que fue pintor de lo cierto y no de lo incierto, pienso que puede haber verdad en lo que se dice de la tabla. Es por esa razón que en estas postrimerías de la vida escribo a V. M., por ver qué de certidumbre contienen esas viejas noticias.

Es tarde ya, hora es de ponerse a bien con Dios por si me llama en las horas nonas, y de acabar esta carta de vuestro súbdito.

Poderosísimo señor, besa los reales pies de vuestra majestad.

Su menor vasallo,

Felipe de Guevara

*

El espejo negro me fascinó. Un amigo psiquiatra, mucho tiempo después, en Venezuela, me dijo que lo que me había sucedido era un recurso defensivo de mi mente, que, castigada por la Guerra Civil y con la angustia producida por la muerte de mi madre y la situación de mi hermana, había buscado esa válvula de escape. Sea como fuere, yo me sentía en ese momento inerme ante el destino y atraído a los mundos que me abría Mainger, mundos en los que sospechaba arenas movedizas. A pesar de su espejo, el millonario no conseguía serenarme. Me encontraba en un estado de inquietud

permanente, soterrada bajo la epidermis. En la siguiente visita, dos días después, me lancé literalmente sobre su persona. Vomité preguntas, balbucí frases, los nervios a flor de piel.

Mainger no se inmutó, ni parpadeó siquiera. Dejó a un lado una caja de madera que portaba y me tocó con delicadeza el brazo, intentando transmitir una sensación cálida.

—Veo que ha utilizado el espejo. Serénese. No hay nada más mágico que su cerebro. Acaba de descubrir que hay muchas maneras de conocimiento y no todas pasan por la razón. Es difícil de aceptar para alguien que no cree en un ser superior.

Al final, acabé entregándome. Había en toda aquella historia un halo ineludible que me desarmaba, que me tenía atrapado. Lo único que me restaba era acabar la copia del cuadro. En las dos siguientes semanas me dediqué a ello con tesón y aplicación, utilizando en ocasiones el espejo negro, experiencia que, aunque en menor grado que la primera vez, me seguía fascinando. Más tarde entendí por qué.

Fuera de la ballena oscura de aquella casa, las garras de la guerra se afilaban, cuchillos que muy pronto saldrían de sus fundas, la muerte latiendo en el brillo de su acero.

CAPÍTULO IV

MUJERES DE FUEGO

Sin cesar a mis lados se agita el demonio;

nada a mi alrededor como un aire impalpable;

lo trago y siento que abrasa mi pulmón

y lo llena de un deseo eterno y culpable.

A veces, toma, sabiendo mí gran amor al Arte,

la forma de la más seductora de las mujeres,

y, bajo especiosos pretextos de hipócrita,

acostumbra a mi labio con filtros infames.

Me conduce así, lejos de la mirada de Dios,

jadeante y destrozado de fatiga, en medio

de las llanuras del aburrimiento, profundas y desiertas,

y arroja en mis ojos llenos de confusión

vestidos manchados, heridas abiertas,

y el aparato sangrante de la destrucción.

Charles Baudelaire,

«La destrucción», *Las flores del mal*.

Cada vez que entraba en la sala de El Bosco, aquella pintora oriental que copiaba *El jardín de las delicias* lo miraba con una sonrisa. Quizá pensara que era un alto cargo, alguien con peso en el museo. Él, a su vez, la observaba de forma aparentemente distraída. Era delgada, con cara atractiva, pelo castaño claro y piel morena, lo que parecía apuntar a Indonesia, y aunque las mujeres orientales parecen siempre jóvenes, le calculó poco más de treinta años. Se aplicaba a la tarea con meticulosidad, como alguien que conociera el oficio, pero había algo en su atuendo que chocaba. Debajo de la bata blanca se advertía una blusa de colores vivos que conjuntaba con sus pantalones oscuros y sus zapatillas *yinatabi*, un modelo exclusivo de Japón que imitaba pezuñas animales. Esa visión de los pies, cruce de fauno y ninfa oriental, era realmente chocante y algo turbadora.

Tal vez fuera demasiado joven para encarar una copia del tríptico, pensó Javier Carreño. El copista debe poseer una técnica depurada para entender al pintor que imita. Capacidad de ponerse en su lugar, no solo para obtener los colores más parecidos, sino para lograr el estilo de la pincelada. Ahí se

sabe si es una buena copia. Y eso lo daba, sobre todo, la experiencia. El Bosco preparaba a conciencia la composición, el dibujo, y hasta la base de la tabla de roble sobre la que se deslizaría su pincel. Luego pintaba a la *prima linea*, es decir, con la primera pincelada, sin retocar demasiado, aunque, a tenor de lo descubierto en la última restauración que había hecho el Prado en año 2000, eso podría ser discutido, ya que se encontraron gran cantidad de cambios de composición y modificaciones entre el diseño y la ejecución final, la resolución pictórica, los *arrepentimientos.* Gracias a la reflectografía infrarroja, los rayos X y los ultravioleta, se hicieron visibles numerosas figuras y elementos que el maestro finalmente eliminó.

El Bosco dibujó las tres escenas con un trazo tenue, esquemático, realizado con un fino pincel sobre una preparación de creta extendida en un soporte de madera de roble del Báltico, un roble que fue cortado hacia 1484. El dibujo se concentraba en la parte inferior del tríptico, ya que la superior había sido pintada de manera directa y menos trabajada. En la tabla central, esos cambios eran abundantes, y lo mismo pasaba con el infierno, donde detrás de la pintura se encontraba un sapo enorme que luego fue eliminado.

Parece que el derecho, el paraíso, no le

ocupó demasiado tiempo, pero sí la tabla central y el postigo izquierdo, el llamado *Infierno del músico.* Era precisamente la parte que estaba copiando la joven oriental. La pintora, advirtiendo que era observada, se volvió. Ante la mirada imantada de Javier, no pudo reprimir un comentario: —Vaya, el hombre que sale de las paredes.

La sorpresa asomó al rostro del comisario. No solo fue la frase, sino el aplomo que mostró al decirla, sin dejes de un idioma extranjero.

—¿Cómo dice?

—Lo siento... Hace dos días estaba en la segunda planta, había ido a contemplar a Velázquez para relajarme y, de repente, en un pasillo, una puerta disimulada se abre en la pared y aparece usted. Me dio un pequeño susto, aunque usted ni se percató. ¿Trabaja en el museo?

—No, en realidad soy un ladrón internacional de arte preparando el próximo golpe... —Javier Carreño sonreía divertido—. Ahora en serio, soy el comisario de la próxima exposición sobre El Bosco, *El Bosco y su tiempo, reflejos de un visionario*, prevista para dentro de quince meses. Así que se asustó usted...

—Bueno, no es normal ver a alguien saliendo de una pared que no sabes que es una puerta. Sobre todo después de haber

soñado la noche anterior con un espíritu que atravesaba paredes.

Aquella puerta de la segunda planta, disimulada en la pared, entre las salas de Velázquez y Tiziano, escondía un ascensor que comunicaba con el sótano. Solo se utilizaba fuera del horario habitual, pero en ocasiones, él vulneraba la norma, para sorpresa de los visitantes y su propio regocijo. Aquel primer intercambio de frases despejaba alguna incógnita. Su castellano era perfecto, castizo.

—¿Es un ejercicio o lo copia por encargo? —preguntó por seguir la conversación.

—Lo pinto para mi abuelo. No es un encargo, sino un regalo que le quiero hacer.

—¿Pinta desde hace mucho?

—He pintado desde siempre, pero de una manera más centrada desde que me trasladé de León a Madrid, hace ya casi quince años.

—Así que nació en León...

—De padre español y madre japonesa. Entonces, si es usted el comisario de la próxima exposición de El Bosco, sabrá mucho de él.

—Eso espero. Si necesita conocer algo sobre el maestro, pregúntemelo.

—¿Tomamos un té? La nueva cafetería es cómoda.

—La verdad es que no sabía cómo llenar el próximo cuarto de hora. Hablaré de algo de lo que no suelo hablar nunca... Es broma, vayamos. A condición de que me hable de cómo fue usted a nacer en León, tiene que ser una buena historia... Por cierto, ¿cuál es su nombre?

—Himiko. Significa «la mujer de fuego». Encantada.

—¡Vaya, Himiko Chan! Yo Javier Carreño. Es decir, hombre que tira de los carros, no siempre de heno. Encantado.

Javier tenía una intuición con aquella mujer. Tras sentarse en una mesa comenzaron una primera aproximación. Se tutearon de una manera natural.

—Los materiales empleados por El Bosco son los que habitualmente se utilizan en la escuela flamenca de la época.

Las capas de color son delgadas y la molienda muy fina; lo que caracteriza la pintura es la eliminación de estratos intermedios, como la imprimación, que solo aparece de manera puntual, y el empleo de aglutinantes poco convencionales, como el huevo, que han podido influir en el estado de conservación en que se encontraban las obras de El Bosco, aunque han sido muy bien restauradas.

—Ya. Me interesa más el contenido, el mensaje de la pintura. ¿Qué es lo que se conoce de los infiernos de El Bosco? —preguntaba Himiko.

—El Bosco era una privilegiada antena de todo lo que confluía en su época y en su población, el Bosque Ducal, s'Hertogenbosch o Balduque, para entendernos. Era un hombre culto, piadoso, seguramente solitario —algunos hablan de una posible agresividad sublimada—, que descubrió un camino que ningún otro había emprendido antes. Pintó al hombre por dentro, como decía el Jerónimo fray José de Sigüenza, que rechaza la interpretación de herético o de lascivo. Si no fuera así, no los hubiera tenido en su alcoba y en sus aposentos Felipe II, que era el máximo coleccionista de boscos de su época. Y el más poderoso.

—Siempre me ha impresionado esa admiración.

—Era verdadera obsesión. Yo creo que era uno de los síntomas de la tanatofobia que no solo padeció Felipe II. También el emperador Rodolfo II, otro gran coleccionista. Sería fascinante encontrar documentación al respecto, cartas entre Felipe II y sus agentes...

—¿Tanatofobia? Es decir, miedo a la muerte... ¿No nos pasa a todos, sobre todo al final de la vida?

—Sí, pero tal vez a algunos se les vaya la cabeza. Gente muy apegada a lo terrenal, que además ha gozado de un poder casi omnímodo. Una de las características de la tanatofobia es el coleccionismo de elementos esotéricos que puedan alejar a la muerte, o conjurar el miedo. Felipe II hizo todo lo que pudo durante su vida por conseguir sus obras. Mandó a sus agentes por Europa, compró muchas de la colección de Felipe de Guevara, del prior de San Juan, hijo natural del duque de Alba, que tenía varias confiscadas por su padre en Flandes... Llegó a tener casi treinta tablas suyas, de las cuales una buena parte desapareció en los incendios de los diversos palacios. Menos mal que han quedado las más importantes. Murió rodeado de sus cuadros.

—Eso justifica aún más mi pregunta... ¿Crees que El Bosco sufrió lo que reflejó en su pintura?

—Hay una hipótesis sostenida por una experta británica según la cual Hieronymus reflejó el mundo de los afectados por el ergotismo, cuyo patrón era San Antonio. Todas las tentaciones harían referencia a los tormentos de los afectados por esa enfermedad, producida por la ingestión de un hongo del centeno.

—Ya. El llamado cornezuelo, de donde sintetizó Hofmann el LSD en 1943. Solo que

también provocaba otros efectos.

—Veo que dominas el tema. Además de las visiones, los afectados por el *ignis sacer* sufrían cortes circulatorios y gangrenas que normalmente les causaban la muerte.

—Los infiernos de El Bosco solo pueden concebirse desde la fiebre. O la experiencia con plantas visionarias, enteógenos... Nadie que no hubiera buceado en su interior podría retratar el infierno de tal manera.

—Ya... otras teorías... A veces creo que no es más que un gran bromista. ¿Ysi todo fuera una burla? Algo de eso dice Quevedo a propósito de El Bosco en el infierno, en el que un diablo está harto de los potajes que hacía con ellos, porque el pintor no creía en ellos ¿Ysi en realidad no hubiera mensaje, sino solo artificio? ¿Humor y humo?

—No explicaría tanta fascinación por su obra. Algo se nos oculta, algo se nos escapa.

—Hemos perdido los referentes —insistía Javier—. Los temas son los que preocupaban en su época, y los símbolos, algo de fácil comprensión, al menos para la gente leída, versada. El Bosco manejaba mucha información, refranes, versículos de la Biblia, obras literarias e incluso tratados científicos. No es casual la semejanza con las cartas del tarot o los arcanos alquímicos. Simplemente forman parte de la cosmogonía de un hombre

culto y sensible que, como un buen mago, los ha combinado de forma única. Jeroen, Hieronymus, no es un místico ni un esotérico.

—¿Jeroen?

—El nombre de adulto; antes fue Joen, diminutivo, y cuando ya le llegó la fama, Hieronymus, tres nombres para el mismo pintor.

—También se habló de una secta...

—Tampoco es, ni mucho menos, un iluminado de la secta de la Hermandad del Libre Espíritu, como pretenden algunos. Eso sí, tenía un espíritu muy libre para aquel momento. Creo que nunca imaginó el revuelo que siglos después levantarían sus cuadros.

—¿Y cuál es la idea de la exposición?

—Desde imitadores e influencias hasta el papel de la música, el análisis de las caras, la recreación virtual del estudio del pintor, en fin, una batería de propuestas...

—¿Y por qué entonces el título de *Reflejos de un visionario?*

—Buena pregunta. —Javier sintió el alfilerazo de la leve crítica y se vio en la obligación de disculparse—. El título ya estaba decidido antes de que yo me hiciera cargo del comisariado, es difícil cambiarlo, pero lo intentaré, yo mismo le estoy dando vueltas. Aunque hay mucho pergeñado, aún falta el hilo

conductor, el toque que haga única la muestra. Eso es difícil. Y más con El Bosco. Cualquier lectura o interpretación estará ya dicha o escrita, aunque también es cierto que admite múltiples enfoques. En ello estamos trabajando. Ya sabes. Lo bueno es enemigo de lo mejor.

Habían acabado el té y llegaba el momento de volver al trabajo. Javier se despidió y dejó que Himiko se adelantara. Viéndola marchar, sintió una punzada de deseo. Con su juventud, belleza y desparpajo, Himiko evocaba en Javier el recuerdo de Mika, una japonesa, vecina suya, que había conocido veinticinco años atrás, mientras ella estudiaba flamenco en Madrid. Sin duda, aquella remembranza, como otras que últimamente tenía de su pasado, eran trazas que dejaba el paso del demonio del mediodía por su conciencia. Una experiencia que creía enterrada, archivada en la difusa memoria de la remota época de estudiante universitario, cuando trabajaba fregando platos para pagarse los estudios.

Estudiando en la habitación en un verano caluroso, un día la descubrió por la ventana del patio. Ignorante de que alguien la observaba desde el cuarto vecino, Mika se desnudaba para cambiarse de ropa. Javier se quedó clavado, con el lapicero en la mano, sin pasar la página del libro, como si un solo gesto pudiera hacer desaparecer aquella sugestiva

visión.

Ella tenía un gato que deambulaba por el balcón abierto y a veces pasaba al apartamento de Javier. Uno de los días que fue a devolverlo, Mika le abrió intentando ocultar un moratón en su cara. No supo si fue su ternura al devolverle el felino o la propia necesidad de Mika, el caso es que de repente ella se echó a llorar. Tras la sorpresa inicial, él la atrajo hacia su hombro, le acarició el pelo y la tranquilizó, mientras el gato finalmente se escurría camino de la calle.

—¿Todos los hombres españoles pegan? —preguntó por fin ella, cuando pudo dominar las lágrimas.

—No, claro que no. El que te ha hecho eso es más bien un animal.

Sin saber cómo, o mejor dicho, gracias a la delicadeza de su abrazo, de su mirada y de sus palabras, acabó en el lecho de Mika —qué delicia su tacto, sus caricias— en un ritual que repetirían con frecuencia durante meses, en los que Mika se pegó a él huyendo de un maestro gitano que, si bien le enseñaba los pasos y posturas del flamenco, le calentaba el cuerpo con constancia de macho dominante.

Todo aquello regresaba ahora, días suspendidos en una burbuja de amor y sexo, intensas jornadas que después del retorno a Tokio de Mika —donde la esperaban su novio y

un trabajo de secretaria—, cuando ya su ausencia dejó de mortificarle, parecían haber sido un largo sueño.

Se imaginó las pequeñas tetas de Himiko, que cabrían fácilmente en su mano, y que tendrían un tacto de fino terciopelo, como las de Mika. Suspiró por aquel cuerpo intentando aventar ese deseo que le cosquilleaba en el cuerpo.

El pasado siempre vuelve. Hacía meses que en sus sueños se colaba Verónica, una maga argentina de la que se había separado, tras unos meses de mágico y arrebatador romance, hacía veinte años, paradigma del amor imposible, grabado a fuego sobre la conciencia y la memoria. También se colaban en sus delirios oníricos antiguas amantes cuyos recuerdos, una vez despierto, le producían la melancolía que da el implacable paso del tiempo.

La semana fue pródiga en conversaciones. Javier e Himiko, que ya habían intimado, hacían un alto por la mañana y se iban a tomar un té, ceremonia a la que dedicaban progresivamente más minutos, hasta llegar casi a la hora. En los últimos momentos, cuando alguno de los dos miraba con apuro el reloj, se sentaban las bases de la próxima conversación, de la próxima parada.

—Donde se ve toda la intención de El

Bosco es en los trípticos, una forma de unidad que encierra el uno, el dos al abrirse la hendidura, y el tres, al desplegarse, lo cual tiene muchas lecturas simbólicas y esotéricas. Es el mismo círculo de las cartas del tarot. Empieza con el Loco, sigue con el Carro, luego tenemos Juicios Finales, tentaciones de San Antonio, el Ermitaño y El Diablo, La Torre de los incendios...

—¿Y tú, en qué fase del tríptico estás? —le interrumpió Himiko.

—De momento en la unidad. Cada vez que he intentado superar el estado dos, es decir, uno más uno, he fracasado. Nunca he llegado a la trinidad.

—Es decir, incompleto. Incompleto y libre. Como yo.

*

Los fuegos de San Antón. Las torturas de la carne, los tormentos y el éxtasis. Mi vida ha estado marcada por las llamas de las pasiones eternas, ríos de lava incandescente que me han quemado el alma y abrasado la razón y la cordura. Desde

que era niño, cuando con trece años contemplé el incendio cruel y devastador de mi ciudad. Todo fue sufrimiento y dolor, cambio brusco. Desde entonces vi rastros y rostros de demonios donde arrasa el fuego, y esa visión se coló en mis tablas. Imposible olvidarse de lo que nunca podrán transmitir los cuadros: el olor. El olor a quemado.

Dicen que los cometas anuncian la desgracia. El gran incendio de la ciudad sucedió tres años antes de la aparición del cometa, aquel astro ardiente con cola de fuego que iluminó el cielo durante varias noches. Tras la catástrofe del incendio, la multitud, congregada en la plaza y en los campos, se mostraba temerosa de nuevas desgracias y aflicciones. Y bien: las hubo. Las guerras entre la casa de Borgoña y el condado de Gueldres trajeron durante mucho tiempo dolor y amargura. La ciudad

se reconstruyó varias veces.

Entonces, como ahora, me fijo en los vencejos y las golondrinas que poco a poco fueron llegando, inundando Europa central, bajando de las rocas de las montañas para anidar en las nuevas ciudades de piedra, en aleros y huecos de las estrenadas mansiones. Tras ellas vino la peste, una vez más, y la estupidez de los hombres les achacó enfermedades y plagas, desgracias adheridas a sus alas negras y afiladas, que cortaban el aire. Hoy, los pájaros han tomado las ciudades, como la mía. Se los ve por centenares, de todas clases. Estamos cortando sus bosques y vienen a refugiarse en nuestras casas. Me gusta visitar el cementerio, donde bandadas de pájaros tienen sus nidos. El vulgo dice que acudan a las almas a volar al cielo, y aunque no sea así, me gusta pensar que alegran a los muertos en su última

morada. En algún momento también me harán compañía e intento congraciarme con ellos. Por eso, los vencejos que suben al cielo serán lo último que pinte de este tríptico sobre la creación del mundo, compendio de lo que pienso de esta vida. Se dirán de mí muchas cosas, pero probablemente nadie sabrá nunca que debajo de mi tejado anidaron los vencejos y que cada primavera, desde que llegaron, alegraron mis días de soñador insomne.

*

Himiko, aquella mujer de fuego, había hecho renacer con su sensualidad recuerdos de un año atrás, cuando aún estaba reciente la muerte de su padre. Todo comenzó con un encargo de los marqueses de Monaster para tasar una obra que pretendían adquirir, *San Miguel y los arcángeles.* El cuadro, que examinó en un anticuario de Barcelona, era de un discípulo de Bartolomé Bermejo, o de Cárdenas, un pintor nacido en Córdoba en 1440 y muerto sesenta años después en

Barcelona. Este pintor errante, descubierto y encumbrado a principios del siglo XX, fue uno de los primeros españoles que viajaron a Flandes y aprendieron la técnica de Van Eyck, Van der Weyden y Dirk Bouts.

Javier acudió a visitar a los marqueses con una carpeta de fotografías digitales de alta calidad que había tomado del cuadro y que luego había ampliado e impreso.

—El pintor de ese cuadro se parece a Bermejo por los personajes que representa, pero lo hace de manera más tosca, sin resolver detalles como los de la ropa o la distribución espacial. Los vestidos y calzados concuerdan con épocas posteriores. Ese cuadro tiene cierto valor, pero desde luego no el más de medio millón de euros que piden. Claro que podría someterse a los análisis científicos para comprobar su autenticidad, sobre todo los del reflectógrafo, pero ya saben que son caros y el vendedor no los realiza. La decisión depende ya de ustedes.

—Vaya, ¿es usted así siempre? ¿Nunca deja un resquicio a la duda? —preguntó Raquel Zurita, la joven marquesa.

Hacía cinco años, su boda con el marqués había sido sonada. Un viejo aristócrata de las más rancias familias nobles españolas se casaba con una advenediza, una licenciada en Arte que trabajaba para una galería de

anticuarios y que, eso sí, tenía un tipazo y una belleza extraordinarios.

—Lo siento, me gusta ser directo.

El marqués se mostró desilusionado, pero en seguida reaccionó. O le hizo reaccionar una llamada de teléfono. Pidió permiso para contestar y se alejó unos pasos hacia la entrada del enorme salón.

—Creo que lo mejor en estos casos es ser muy prudente —siguió Carreño—. No hay documentación sobre el cuadro, la única información es el propio cuadro, no solo lo que está pintado, sino la forma de hacerlo y la técnica utilizada... Pero deduzco que usted no parece sorprendida. Yo diría que lo sospechaba al menos.

—Qué perspicaz es usted, señor Carreño. Nunca se puede estar seguro de nada. Ni de quién tenemos al lado. La vida está llena de sorpresas. Algo sé de pintura y de arte, dediqué bastantes años a ello. Pero esto también era una prueba.

El marqués apareció desde el fondo con el teléfono móvil en la mano y su intervención evitó que siguiera adelante la pregunta que Javier se estaba haciendo mentalmente. ¿Una prueba de qué?

—Perdóneme, señor Carreño, tengo que ausentarme. Negocios. Le confieso que a veces

son un fastidio. Últimamente lo único que me produce satisfacciones es mi colección, estoy deseando llegar a casa para disfrutar de mis cuadros. Nosotros no descansamos, somos los últimos esclavos de este sistema. En ocasiones pienso si no sería mejor haber sido funcionario o empleado toda la vida. Estamos condenados a sufrir, porque siempre queremos ganar algo más, en mi caso para invertirlo en arte, y eso exige dedicación exclusiva. Ha sido un placer, resuelva usted el asunto de sus honorarios profesionales con mi mujer, no creo que compremos el cuadro. ¡Adiós, querida! Vendré tarde.

—Adiós, cielo.

Qué cantidad de solemnes idioteces, pensó para sí Javier, al que el aristócrata y sus sarcasmos le irritaban. Tras la despedida del marqués —la mano casi flácida, se veía que el contacto físico no le gustaba—, Javier se sentó y apuró la copa de ron con naranja que le había servido la criada. Le molestaba ese estilo de saludo, como si aquel noble condescendiera a tocar a los demás mortales o fuera el residuo de una forma antigua de sumisión.

—¿Te importa si nos tuteamos? Llámame Raquel, por favor —dijo la marquesa—. Pues bien, Javier, tus razonamientos son impecables, aunque personalmente pienso que deberías sonreír más... ¿Quieres otra copa?

Voy a decir al servicio que puede retirarse.

Mientras Raquel Zurita daba las órdenes pertinentes, Javier pensó que tenía razón. La pérdida de su padre, aún no muy lejana, le había hecho parecer más adusto y grave de lo que era. Pero aquel comentario no era inocente. Javier asoció de inmediato la familiaridad a la ausencia del marido. Era un detalle que tener en cuenta. Como esa manera de pasar a territorios privados y esa mirada afilada, diseccionadora, de sopesar posibilidades, ahora que la mansión se quedaba sin testigos indiscretos.

—No sé si te estoy entreteniendo, pero si no tienes nada que hacer, podrías acompañarme un rato. No quiero quedarme sola. Y no es por miedo, la casa está protegida por circuitos de televisión, infrarrojos, alarmas... No sabes lo que valora el marqués su colección, está obsesionado con la seguridad. En un minuto puedo hacer que una persona derribe la puerta para rescatarme de cualquier malvado... que quiera robar sus cuadros. A veces me dan ganas de hacerlo.

—Estoy seguro... Supongo que hay pocas cosas a las que no se... perdón, no te atreverías.

—No creas, el mundo suele estar duro, espeso, no se puede hacer mucho con él. Prefiero tratar con sus habitantes uno a uno, y

no en abstracto. —Le miró con intención, apurando las sílabas—. Hay algunos especímenes interesantes.

—¿Yo te parezco interesante?

—Bueno, no quise decir eso —su mirada, sus labios, mentían—, pero ya que lo mencionas... sí, eres más interesante que atractivo. El aire de profesor repolludo, con algunas canas grises, no cuadra con la mirada de chico travieso y pícaro. Quédate y hazme compañía. No te arrepentirás. Tal vez veas cosas que nunca pensaste, siempre se puede aprender algo. Porque te voy a decir una cosa, señor Javier Carreño, no me creo esa pose de superioridad sutil que desprendes, ese tufillo de trabajador de la educación y la cultura que tiene que bregar con los caprichosos ricos a los que, en el fondo, desprecia.

Javier Carreño se vio en la obligación de replicar. No esperaba aquella lectura de su pensamiento, o mejor, de su estado de ánimo, y le pilló desprevenido.

—Yo no...

—No te preocupes. Me ha costado mucho llegar a donde estoy, no lo hubiera hecho si no hubiera sabido qué significaba la mirada de los hombres. La tuya decía eso. Ven conmigo, yo también soy un náufrago. No sé por qué lo hago, pero acompáñame.

Raquel tomó una llave de una caja de madera negra lacada y salió de la habitación. Detrás, un atónito Carreño se dejaba conducir hasta un ascensor privado. Había miradas extrañas, no se sabía si de desafío o seducción, matices del eterno lenguaje entre hombre y mujer. Al llegar a una puerta en el pasillo del último piso, Raquel se volvió, resuelta.

—Antes de nada, tengo que tener tu promesa de total y absoluto silencio sobre lo que vas a ver. No te preocupes, no es nada ilegal.

Una vez que Javier lo hizo, la marquesa, protegiéndose con el cuerpo, introdujo la llave y una clave en un panel de cristal. Hubo un pequeño zumbido, una luz violeta que se apagó en algún lugar del techo, y los dos pasaron a una galería con la humedad y temperatura perfectas y donde se veía una docena de obras de arte.

—Supongo que tasar estos cuadros te será más difícil.

Ante él se mostraban, iluminadas por una luz exquisita que las resaltaba de la pared oscura, algunas maravillas que jamás hubiera pensado poder contemplar. Una madona que parecía de Rafael, un dibujo de Leonardo, cuadros de Van Dyck, Van Eyck, Lucas van Uden y Gerard David...

—No me digas que este es *San Jorge con el dragón* de Jan van Eyck. No puedo creerlo.

Javier se había inclinado para ver el título del cuadro en el historiado marco. Sus ojos se habían abierto, como su boca. El vello de su cuerpo se había erizado.

—Créetelo. El famoso cuadro que en, 1444, Alfonso de Aragón se llevó a Nápoles, vendido por Berenguer Mercader y mediación de Johan Gregori, marchante establecido en Bruselas. Un cuadro que desapareció en Italia en el siglo XVI y que tras algunos avatares conseguimos comprar a quien lo tenía. Me gusta seguir la pista a esos cuadros desaparecidos, aunque siempre existe un periodo oscuro, que solo sabría contar el propio cuadro. En qué manos estuvo, cuáles fueron sus peripecias. En fin...

Raquel calló. Javier no atinaba. Miraba, volvía la cabeza, intentaba realizar alguna pregunta que no lograba salir de su garganta.

—Veo que te has quedado boquiabierto. Este es un placer reservado a muy pocos. Ningún cuadro ha sido robado —continuó ella—. Digamos que son... joyas exclusivas que están al alcance de muy pocos. Hay quien prefiere tener enormes y aburridas villas o yates en los que te acabas mareando. Yo, como el marqués, prefiero los cuadros. Pensar en quién los hizo y en ese placer secreto de

asistir a un milagro del tiempo detenido, en la belleza que poseen, me estimula en todos los sentidos.

Era evidente que el morbo excitaba a Raquel. Su mirada se afiló y se preparó para gozar.

—Tantas maravillas... —balbucía Javier Carreño, que parecía no fijarse en la mirada de su anfitriona, en cómo acomodaba su cuerpo sobre un sofá tras encender un sofisticado equipo de música. La canción que se oyó a continuación fue un tema de Stan Getz y Jan Garbarek, del álbum *I took up the Runes.* La identificó inmediatamente. Él tenía el mismo disco.

—Desde este sofá se ve el mundo de otra manera. Prueba a mirarlo desde aquí.

Javier se dejó arrastrar por esa voz, sirena que llamaba al sorprendido náufrago a su playa.

—¿Y a mí, también me tasarías? —le preguntó al atraerle hacia sí.

—¿Y tu marido?

—No te preocupes, no llegará hasta la madrugada, o incluso dormirá fuera. La llamada era de su amante. Él también conoce mis gustos y no pone ningún reparo en que los satisfaga. ¿O es que te excita que nos pueda sorprender, acaso?

Aquella mujer era única, pensó Javier Carreño, que de alguna manera estaba desconcertado, como ocurría cuando la mujer lleva la iniciativa ante el hombre, acostumbrado a dar los pasos necesarios para la conquista. Además, no podía desprenderse de la sensación de ser manipulado en una venganza típica: cuernos contra cuernos, sensaciones que le descolocaban.

—Creo que no me he equivocado contigo —jadeaba Raquel—. Tu pecado es la lujuria... como el mío.

Iba a replicarle Javier que no, que en realidad era la pereza, o una tibia melancolía, pero el momento no era para conversar. Sus bocas, sus brazos, se enlazaron con atracción magnética e hicieron el amor como salvajes, casi con violencia, algo que fascinaba a la joven marquesa. Gozaba con aquel encuentro en el que los cuerpos buscaban el placer con su lenguaje perentorio y concreto. No había tiempo para la caricia, salvo que ésta fuera dedicada a obtener más excitación, tanto por intensidad como por el lugar donde era aplicada. Javier se había subido al carro del extremo placer y se dedicaba a ello sin rodeos. Estaba sucediendo algo que no siempre ocurría en los primeros combates amorosos. Una dosis aguda de lascivia se mezclaba con la química de la piel y sus resultados eran espectaculares. No había movimiento que no se secundara,

unión que no se realizara entre los dos, agotando todas las posibilidades. Sus sexos, sus bocas, sus manos, todo eran herramientas para fundir los cuerpos, hacerlos vibrar al unísono en una intensa ceremonia a la que contribuían, mirando desde la pared, aquellos raros y valiosos cuadros.

—No ha estado mal —dijo Raquel tras recuperarse del orgasmo—. Pero ahora tengo hambre. ¿Te apetece caviar con champán? Creo que es lo más indicado en estos momentos. Y después, frambuesas y frutas exóticas. No te muevas, voy a prepararlo. Mientras tanto puedes observar a tu placer. Nadie te vigila... salvo la cámara, desde luego. Una cosa es que no estén conectadas las alarmas y otra que no se grabe todo lo que pasa aquí.

—Entonces... ¿nos ha grabado?

—Desde el primer al último minuto. Como ahora mismo. Por eso te aconsejo: sonríe. Se borran cada dos días. A menos que yo, accidentalmente, presione el botón equivocado. No te apures, bombón. Si lo veo un par de veces será para afinar más la técnica y para descubrir posibilidades. Ese culito, por ejemplo, puede estar muy bien visto desde detrás...

Vestida con una bata que había sacado de un armario en la pared, Raquel y su risa se

perdían por el pasillo. Javier se levantó y, desnudo como estaba, paseó por la sala. Aunque pudiera resultar paradójico, sobre todo por la temática religiosa de alguno de los cuadros, le invadía un creciente placer al contemplar aquellas maravillas tan cerca y hacerlo despojado de ropa, gozo que descendía cuando caía en la cuenta de que estaba siendo grabado. No debía olvidar el borrado de la cinta de vídeo. La posibilidad de que ella lo estuviera utilizando hizo que se diluyera la sensación de flotar, ingrávido, en una burbuja de placer estético, que le había arrebatado ante un cuadro de Pieter Brueghel de un alegre baile campesino. Aquel cuadro era distinto del que se conocía del célebre Brueghel, tal vez anterior, se dijo.

Parecía que allí, desnudo, bañado a medias por la luz que también iluminaba el cuadro, la escena se estuviera representando ante él. Cuando llevaba un buen rato se impuso moverse, inquieto por lo que abría aquella fascinación.

En algún lugar había leído que el cerebro producía unos setenta mil pensamientos por minuto de los cuales, la inmensa mayoría, sesenta y cinco mil, eran copias recurrentes de modelos ya probados, iban por los mismos y repetidos derroteros, maravillas del inconsciente. Así pasaba una y otra vez con el arte y los artistas, aunque siempre cabía la

sorpresa, quizá donde menos se esperaba. Y a él le había sucedido. Pensaba que en el arte medieval y renacentista, el azar del tiempo había hecho una rigurosa selección que conseguía eludir esos caminos trillados. Era difícil de explicar, pero las personas que amaban el arte, como él, eran capaces de llorar en un museo, de excitarse incluso... Se podía amar algo inanimado, muerto, encerrado entre cuatro paredes, en un lienzo o una tabla. Y allí, sin frontera ninguna entre su piel y aquel cuadro, desnudo frente al alma desnuda del pintor, sintió la atracción de un abismo, la dilución de la realidad, la abducción de su yo a través de la pintura.

Con los cuadros que vio à continuación fue peor. Ante unos *Ángeles custodios* de Gerard David, una *Santa contemplando una calavera*, de Van Dyck y un *Paisaje después de la tormenta* de Lucas van Uden, empezó a perderse. Aquel placer, rayano en la provocación, lo tomó por entero: el placer de la transgresión. Comprendió a Raquel. Supo que quería repetir aquella experiencia, que quería volver a pasearse desnudo ante los cuadros, hacer el amor con aquella mujer excesiva y gozar de noches inolvidables.

No se percató, observando cuadro a cuadro, de que Raquel había aparecido en la puerta. Ella le observó un momento y luego, soltando el lazo de su bata, que cayó

mansamente a sus pies, lo sacó del instante mágico: —Vaya, yo diría que esa es una buena erección. Como si no hubiéramos hecho el amor. Los cuadros te excitan... ¿O soy yo? Anda, miénteme, bien sé yo lo que se siente aquí.

El cuerpo de Raquel lo trajo de vuelta al mundo. Por un momento Javier pensó que, por supuesto, no había sido el primer amante, y que quizá no sería el último.

—Es sencillamente embriagador —siguió Raquel—. La libertad absoluta. A veces pienso que me gustaría pertenecer a una secta tipo los adamitas, ya sabes, a la que se decía que pertenecía El Bosco. Pero en moderno, claro, a lo Stanley Kubrick en *Eyes wide shut*, esa ceremonia maravillosa, ese ritual pagano y hedonista, esa multiplicación de escenas en salas, con espejos que devuelven la imagen de esos cuerpos desnudos, esas capas negras, esas máscaras evocadoras de Venecia...

—Cuando encuentre algo así te lo haré saber —respondió Javier, aún tocado, en lo profundo, por el arrebato casi místico que había experimentado.

—Ponte algo para cenar. Eso, después de que le dé su merecido —dijo Raquel arrodillándose ante él—. Me parece que todavía tiene hambre. No se puede quedar así.

Lo que siguió no lo había vivido nunca.

Raquel no se contentó con el sexo y los testículos, sino que le succionó con técnica depurada los dos dedos gordos de los pies, al tiempo que le rascaba con suavidad pies y piernas y la zona del escroto. Vibraba cuando se derramó en su boca y el universo entero. Y le sucedió algo curioso que Raquel, a tenor de su mirada, debió de considerar femenino. Aquel orgasmo terminó en una especie de lloro, pero no de tristeza, sino de emoción: una explosión que había roto todos los diques. Después de aquello, solo restaba el silencio y Raquel, buena conocedora sin duda de momentos parecidos, le dejó perderse en ellos, como un niño desamparado que no sabe qué hacer ante el regalo de los juguetes que tanto anhelaba.

Casi media hora después, vuelto a su edad y al lugar encantado, harto de caviar y cava, de frambuesas, arándanos, lichis y otras frutas exóticas, Javier sacó el tema.

—¿No te gustaría que borráramos lo que se ha grabado? Por si se te olvida.

—Ah, ¡tienes miedo...! Qué interesante. Vaya cara que has puesto. No, en serio, no me podría permitir ese descuido. Él no pensará nunca que lo que llama «su santuario» ha sido profanado por miradas ajenas. Lo de la infidelidad le da igual, pero si se entera de que has entrado aquí, será como sentirse violado.

Y eso puede ser peligroso.

Tras aquella primera visita se sucedieron algunas otras, citas para una pretendida tasación en las que nunca encontraba al marqués y Raquel lo recibía con conjuntos especiales, ropa interior de diseño y fantasía. Entre combate y combate amoroso, había logrado aprenderse bien aquella galería de maravillas: Brueghel, Vermeer, Rembrandt, dibujos de Leonardo da Vinci, doce obras maestras oficialmente desaparecidas. Quizás ese interés no pasó inadvertido para su amante. Con el pretexto de viajes y negocios, Raquel fue demorando los encuentros. El último había tenido lugar en un hotel reservado. La tensión erótica había descendido, lo que era evidente para los dos. El comentario que hizo Raquel pretendía, tal vez, encontrar una salida no demasiado penosa a la situación: —El marqués pasa últimamente mucho tiempo en el santuario. Dice que va a cambiar la disposición de los cuadros. No sé si va a vender alguno, creo que tiene dificultades financieras. A pesar de presidir unos cuantos consejos de administración, ha perdido mucho dinero en bolsa. Está revisando la instalación, las cámaras, los infrarrojos. De momento no podemos volver.

«Mejor —pensó Javier—, así no me sentiré cómplice de una colección dudosa, o al menos de uso exclusivo, algo contrario a las reglas del arte y los museos». Como si lo intuyera, Raquel continuó: —No sé si te he contado lo de los coleccionistas exclusivos. Esta es una información confidencial. Si el mundo de los grandes coleccionistas de arte es pequeño y exquisito, lo es aún más el de los *exclusivos*, personas con galerías muy, pero que muy privadas, con cuadros que el resto de los mortales no podrá ver nunca. Casi como una secta. Se supone que el coleccionista al final es dadivoso, que se contagia de la belleza y quiere compartirla, pero algunos se obsesionan. Quizás tenga que ver con el poder, es muy masculino. Yo tengo otro concepto, no me gusta acaparar tesoros que solo yo pueda ver. Pero temo que al marqués se le está yendo la cabeza.

«Puerta que se ha cerrado —pensó Javier—. Nuestros polvos tenían sentido en la galería secreta, aquí somos un par de vulgares amantes. Ella está pensando en sus cosas y yo en las mías. Imposible recuperar el ambiente que se crea allí dentro. Esto no da más de sí».

No se equivocó. El «de momento» se convirtió, pasados los días, las semanas y los meses, en citas aplazadas, llamadas por teléfono y algunos correos. Aún se vieron una vez más, entre las prisas de ella, y el

encuentro sirvió para certificar a ambos que la relación se marchitaba.

—Pase lo que pase, nunca le cuentes a nadie la existencia del santuario. Ni a tu mejor amante. El marqués cada día está más misterioso. Y es mal enemigo.

—Descuida, sé lo que me juego. Pero lo dices por algo; ¿crees que sospecha que tienes un amante?

—No, querido, no sospecha, está seguro de que tengo amantes. Como yo sé que él las tiene.

No sabía qué le había molestado más, si el tono en que pronunció «querido» o la palabra «amantes», en plural. Buena conocedora de la psicología masculina, Raquel se vio en la obligación de matizar: —Lo que no sabe es que uno de ellos ha estado en su galería secreta. Sí, solo uno, tú... No sé por qué razón está tan susceptible —añadió por último—. Para él, solo hay algo más importante que los negocios. Los cuadros. Sus cuadros. Hasta ha llegado a no dormir toda una noche antes de una compra. Ya te llamaré. Estaré algún tiempo fuera.

*

1495

Un estrecho vínculo lo unía con aquella imponente catedral de San Juan, templo de la cristiandad, mole de piedra que se elevaba entre las casas de la población de s'Hertogenbosch. Lazo que iba más allá de los encargos hechos a su familia, artesanos que trabajaban en aquella construcción, o los que le habían hecho a él mismo: tablas que colgaban en algunas capillas, la restauración del retablo del altar de la Cofradía de Nuestra Señora o los diseños de las vidrieras.

De aquel lugar le atraían los niveles más altos, desde los que podía contemplar s'Hertogenbosch y sus alrededores, las marismas de los ríos que la circundaban, los canales, los campos adyacentes. Desde aquella altura, con la compañía de los canteros o de las esculturas de diablos, sentados a horcajadas sobre los arbotantes, que tan bien conocía, se sentía libre, elevado como un pájaro, uno de aquellos seres alados que pintaba en sus cuadros, alma tendiendo a lo superior.

Era hombre, Jeroen, Hieronymus, necesitado de perspectivas aéreas, elevaciones que le permitieran perder su vista en la

lejanía, angustia de los artistas que viven en sitios extremadamente planos. Ahora, en algunas ocasiones, con el arquitecto, escultor y grabador Alart Duhameel, subía a los andamios y paseaba por la cima de piedra de las estructuras acabadas, con la excusa de contemplar la luz para las vidrieras, para elegir los colores más adecuados, que armonizaran con el paisaje de fuera como tenían que armonizar con el paisaje interno de cada devoto en el recogimiento de aquella nave que hendía el espacio y que buscaba hacer más lento el tiempo. En aquellas visitas, Hieronymus se quedaba a menudo extasiado ante el horizonte, entre el vértigo y la meditación. En aquella lejanía de canales, colinas, torres lejanas, cultivos, tejados cercanos, situaba el escenario de sus cuadros, imaginaba, remodelaba, habitaba otras geografías, recreaba ciudades lejanas, otros ambientes y paisajes donde se desenvolverían sus figuras y alegorías.

El mundo estaba allí, al alcance, y todo merecía ser pintado.

*

—Su capacidad de inquietarnos, de seducirnos, de apasionarnos, de fascinarnos,

resulta de remover cosas muy profundas del inconsciente —afirmaba Carreño—. En esto coincido con Jung ha movilizado los arcanos, los símbolos. El mensaje es simple y claro. Hay varios caminos, varios senderos, pero el hombre tiene que escoger el suyo, el propio.

Aunque estaban lejos de la cafetería del museo, en aquella primera cita vespertina en el Madrid de los Austrias, Javier e Himiko parecían volver a los mismos temas.

—El camino esotérico de El Bosco, si lo tuvo, tal y como lo concebimos ahora nosotros —y en realidad no fue una pintura para clientes burgueses que disfrutaban con este tipo de enrevesadas y sesudas alegorías—, hay que situarlo entre dos cuadros: el reverso del tríptico *El carro de heno*, con el Loco, alrededor de 1490, final de la primera época, y la madurez, que llega a su culmen con *El jardín...*, hacia 1505. Entre las últimas obras aparece el otro Loco, *El hijo pródigo*, ha traspasado un nivel y ha crecido, aún sigue su evolución, su muerte cercana, ya intuida, no es más que un paso, el cruzar otra frontera. Se ha cerrado el círculo iniciado con *El carro de heno.* Es su despedida sencilla y simbólica.

—La verdad es que puedes conseguir impresionarme —replicaba Himiko—. No sé tanto de pintura flamenca. Lo mío es otro camino, mucho más contemporáneo.

—Pero si tu arte y tu camino es otro, ¿por qué copias *El jardín?* ¿No sería mejor un regalo a tu abuelo de tu propia pintura?

—Es un secreto. Lo sabrás muy pronto. Tal vez esta noche.

Javier se imaginó cualquier tipo de ambigua promesa tras la palabra «noche». La cosa parecía ir bien, si no metía la pata. Ella era sensible al arte y la pintura, joven y hermosa, tenía sentido del humor y adivinaba un océano de ternura y lujuria sobre su suave piel. Un sexto sentido le advirtió de que aquella mujer podía ser peligrosa, adictiva, pero aquello le excitó aún más.

—De todas maneras, crees que lo sabes todo sobre El Bosco, pero no es así.

—Siempre se puede aprender. Más de este pintor que admite tantas interpretaciones. ¿Qué es lo que tendría que conocer sobre El Bosco?

—En mi casa tengo la respuesta a esa pregunta. Te lo advierto, no pienses lo que no es —dijo Himiko viendo la cara de Javier—. Ahora mismo estás pensando en la última vez que hice el amor y en si estaré o no necesitada, has puesto cara de macho ante el que se le presenta una oportunidad.

—No pienso nada —mintió el comisario—. Hace tiempo que me dejo sorprender por las

mujeres. Es mucho más divertido... e instructivo.

—Eso no lo dudes. No perdamos más tiempo.

La manzana de viviendas a la que llegaron en taxi, en un antiguo polígono industrial de la carretera de Barcelona, no tenía nada que ver con lo que podría haber imaginado, el típico almacén cutre y contracultural. Aquella era zona de diseñadores, artistas de cine, altos ejecutivos liberales. Zona de pasta y videoporteros.

Si Javier Carreño se había hecho algún tipo de ilusiones, pronto se disiparon. Lo que tardó Himiko en abrirle la puerta y hacerle pasar. En la salita, a la luz de una potente lámpara, esperaba un viejecito leyendo un libro con las hojas pegadas casi a la cara.

Javier Carreño se quedó clavado. No esperaba que Himiko viviera con alguien.

—Abuelo, sabes que no puedes leer mucho tiempo, no te hace bien a los ojos... ¡Y la ventana siempre abierta! ¡Está la casa helada! Te presento a Javier Carreño. Javier, este es mi querido abuelo Jerónimo. De joven fue un buen pintor.

—Tanto gusto. Perdone, a veces soy un poco duro de oído. Pase y siéntese. Voy a por mi aparato. También estoy mal de la vista,

pero para eso no hay remedio. Los años no perdonan, ni siquiera para mí, que soy un indultado.

Mientras el viejo, alto y nervudo, con pelos blancos y porte antiguo, desaparecía en el interior de la casa, Himiko, bajando la voz, añadía: —Mi tío abuelo, que acaba de cumplir los noventa y cuatro, llegó hace diez años, después de la muerte de mi madre y mucho después de la de la abuela. Tenía algo de dinero que había hecho en Venezuela. Pero no creas, lo pasó mal en su vida. Era anarquista, luchó en la Guerra Civil y tuvo que salir de España. Acabó en un campo de concentración alemán, pero sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial y pudo emigrar a América.

—Vaya personaje...

—No lo sabes bien. Compró este piso en Madrid y luego quiso que yo viniera a vivir aquí. Tengo mi estudio y mi casa, aquí pinto y converso con él, me gusta escucharlo y cuidarlo. Me ha dicho muchas veces que seré su heredera. Aunque es hueso duro de roer. Una vida dura. No me extraña que esté cansado. Toda mi vida oyendo hablar de él, fantasma siempre presente, y de pronto aparece; creo que quiere morir aquí. Como los elefantes cuando sienten el final, hizo su camino de vuelta. Últimamente ha perdido mucha vista, y se ha tenido que poner un

aparato en el oído.

A Javier Carreño se le olvidó el motivo de estar allí. No sabía qué le producía más perplejidad al contemplar las vidas ajenas que se mostraban ante él, si las múltiples formas del amor y la vida o los refugios de ternura que cada uno pretendía construir a su alrededor.

—Fue siempre un mito familiar. Comencé a pintar por lo que oía contar a mis padres de él. Ahora se halla en la última parte de su vida, medio sordo y medio ciego, y le cuido. Sé que siempre le ha gustado ese cuadro, que le haría ilusión una copia. Quizá se vea reflejado cuando él era joven, la nostalgia de otros tiempos, cuando copiaba obras en el Prado que luego vendía.

El viejo pintor, larga espiga algo encorvada al final, llegaba con el audífono y una sonrisa en la cara. Se notaba que estaba hecho de buena pasta, o quizá, pensó Javier, el haber superado tantas adversidades le daba un carácter casi invencible.

—Abuelo, Javier es profesor de universidad de Historia del Arte, un experto en pintura medieval y flamenca. Ahora trabaja en el Museo del Prado preparando una nueva exposición, la definitiva, sobre El Bosco.

—¡En el Museo del Prado! Le felicito. Siempre es envidiable trabajar en el Prado...

—Eso no lo diría si tuviese que bregar con el director...

—Seguramente. Los jefes son siempre los jefes y lo peor en este mundo es siempre el poder. Los energúmenos que detentan algún tipo de poder. Se lo digo yo, que he sido anarquista y después empresario. Pero usted al menos está en contacto con las obras maestras.

—Creo que trabajó usted en el Prado antes de la guerra...

—Pues sí. Yo también vine, como Rafael Alberti, a Madrid, a empezar mi carrera de pintor, a los diecisiete años, copiando cuadros de El Prado. Y curiosamente, empecé por El Bosco, *El carro de heno*, que me parecía más fácil que *El jardín de las delicias.* Luego marché a París, y cuando, ya de vuelta, comenzó la Guerra Civil, estuve una pequeña temporada en el museo, antes del traslado de los cuadros. Para mí el Prado tiene el sabor de la guerra, lo peor del hombre, mezclado con lo mejor que se almacenaba allí, el arte, la belleza, la vida... Qué tiempos. Creo que estoy en esa etapa en la que dicen que nos sumimos los viejos en las que está más cercano el ayer de setenta años atrás que lo vivido un rato antes. Pero no le aburro con mis reflexiones. Dijo que era el comisario de una exposición sobre El Bosco.

—Sí, ya está en marcha, esta clase de exposiciones cuesta varios años prepararlas. Pero esperemos que todo vaya bien y la tengamos lista para dentro de quince meses, en julio.

—Qué coincidencia...

—¿Cómo? —preguntó Javier intentando que el viejo completara la frase que había dejado en el aire.

—En realidad no debiera extrañarme. Hace tiempo que pienso que no hay casualidades en la vida, sino encuentros. Siempre me interesó El Bosco, ha sido una constante durante toda mi vida.

Y entonces, sin solución de continuidad, o quizá interpretando el silencio de Javier Carreño como el final del diálogo, el viejo sentenció: —Bueno, quizá esta sea una conversación para tener en otro momento. Además, a estas horas soy más lento. Hija, me voy a la cama. Estoy fatigado. Buenas noches, pase a vernos cuando quiera y hablaremos de El Bosco, ese fantástico holandés.

La velada acababa, de pronto, de una manera rápida y abrupta, casi tal y como había empezado.

—Yo también me voy, creo que ya es hora. Mañana tengo que levantarme temprano.

—Te doy la gabardina y te acompaño a la

puerta.

Besó a la pintora en las mejillas, rozando la boca, los dos demorándose. A veces la noche esconde promesas: los deseos se proyectan o se aplazan.

—Nos veremos mañana en el museo. Que tengas felices sueños —se despidió Himiko.

—Lo intentaré, aunque más feliz hubiera sido de otro modo...

—No seas malo. Mi abuelo últimamente está un poco pachucho, me gusta cuidarlo. Es el único que tengo. Quería que te hablara de su época en la República y la Guerra Civil, de sus teorías sobre El Bosco, pero esta noche estaba ya fatigado.

—Otro día, ¿vale?

—Vale, el día que se te quite esa cara de decepción. No desesperes. La vida hace muchos regalos, incluso cuando menos te lo esperas. Puede suceder hasta en los museos.

*

Julio de 1574

Correspondencia, transcrita de cifra secreta

Sacra, católica majestad:

Antes de partir en la misión que don Luis de Requesens, por mandato de vuestra majestad, me ha encomendado en Inglaterra, con objeto de conseguir de Isabel I el permiso para que los barcos españoles puedan acogerse en los puertos ingleses en casos de mal tiempo, he de informar de otros aspectos que V. M. me encargó personalmente en

el año de gracia de 1573, cuando viajé a Madrid con el cometido de pedir más dineros, tropas y recursos para cumplir con las misiones encomendadas. Gracias a vuestra generosidad pude volver a Flandes seis semanas después con todo lo que se demandaba y que dio gran impulso a la guerra con los rebeldes, coronado por la victoria de Mook, el 14 de abril, en una vigorosa campaña del general duque de Alba, que

triunfó en Nimega y Harlem.

Pero de todas las misiones que he hecho para V. M., es esta sin duda la más difícil de satisfacer, pues aunque vuestras instrucciones son concretas, no sé la mejor forma de llevarlas a cabo. Comenzaré por las noticias que dispongo sobre Jerónimo Bosco y su ciudad de nacimiento, la ciudad de Bailduque, donde moró toda su vida, y en la cual no encontré descendencia, por no haberla

tenido con sú mujer, Aleyt, también difunta. Hoy existen pocos con vida que le conocieran personalmente, y eso siendo muchachos, que tampoco pueden aportar nuevas claras.

Sábese de cierto que era cristiano romano practicante, y que perteneció a la Cofradía de Nuestra Señora, para quien realizó cuadros, así como para la catedral de la ciudad, San Juan, que durante sú vida estaba en construcción y

donde trabajaron muchos de sus familiares.

En cuanto a los contactos con alquimistas, se cuenta que era amigo de un tal Al Tobius, que también habitó en las cercanías de la ciudad, hombre de cábala y astrología, destilador de pócimas y perfumes, y cristalero experto. Jerónimo Bosco fue miembro destacado de la comunidad y pintor famoso. De tal modo que le llegaban encargos del exterior, tanto como de la

propia Bailúque. He pasado por esa ciudad, la pequeña Roma, varias veces a lo largo de las campañas, primero con el Duque de Alba y luego con Luis de Requesens, que tiene reducidos a los herejes y rebeldes al rey y señor natural Felipe II, aunque cierto es y no de descuidar que esos herejes demuestran tener gran coraje y valor en las batallas, de suerte que no es fácil doblegarlos.

He pasado por la

ciudad, como os digo, a lo largo de la campaña y aunque sus pinturas y tablas tengan más fama incluso que cuando las pintó, no queda nada en la población que lo recuerde, salvo los cuadros de la catedral de San Juan, un tríptico sobre La creación del mundo, que va desde el Edén al infierno. Otra de las pinturas de este tipo, denominada La variedad del mundo, está en poder de nuestro capitán general, el

duque de Alba, confiscada hace seis años al príncipe Guillermo de Orange, cabecilla de la rebelión contra los españoles.

No queda, desde luego, en la población ninguna tabla que se denomine Jonás y la ballena y la familia del pintor a la que en principio acudí, los nietos de sus hermanos, no la recordaban, ya que la muerte del pintor acaeció hace ya casi setenta años. Más suerte tuve con la

familia de su mujer, Aleyt, y con los miembros de la Cofradía de Nuestra Señora. Por ellos he logrado saber que a la muerte del insigne pintor, ese cuadro, de los que pintó en los últimos años, fue adquirido por el embajador en Flandes del duque de Milán, Antonio Siciliano, que visitó a El Bosco en 1514, ocasión en la que le compró algunas piezas. Dicen que tenía el encargo de un importante cardenal veneciano, y a

Italia debió de llevarlas el embajador cuando partió, junto con otras obras de valor.

Desconócese aquí si la tabla siguió en Milán o pasó a algún otro Estado, ya que en ese país hay grandes magistrados, prelados y príncipes que coleccionan valiosos cuadros y no reparan para ello en gastos. Por el general de los ejércitos de V. M. en Flandes, a quien fielmente sirvo, don Luis de Requesens,

embajador en Roma, antes de su actual misión, he podido saber que uno de los cardenales más ricos y que más dinero empeña en comprar obras de arte de los más famosos e insignes pintores y escultores es Alejandro Farnesio.

Yo mismo oí hablar mucho del cardenal Farnesio cuando siete años atrás, en el momento en el que el duque de Alba reunía sus fuerzas para marchar sobre los rebeldes flamencos, recibí mi

primera misión diplomática, siendo enviado por el general a Roma, a la corte del pontífice Pío V, para obtener la bendición papal en esa expedición y guerra. Allí conocí al cardenal, favorecedor de la causa española. El acordó la paz entre Carlos V y Francisco I de Francia. Se habla de que es un eterno aspirante al papado. (Y lo que es seguro, por haberlo yo oído y tenerlo por verdadero, aunque no pude comprobarlo

en persona, es que tiene una importante colección de cuadros y tablas flamencas. Si el cardenal posee el cuadro que V. M. pretende es cosa que sin duda puede saberse de cierto en poco tiempo. Y de no ser él, es probable que sepa del propietario actual de la tabla, ya que sus relaciones en este punto son de sobra conocidas. Si hay alguien en Roma capaz de saberlo, ese es el cardenal Alejandro Farnesio.

Vuestro servidor en Flandes,
capitán de vuestros tercios,
Bernardino de Mendoza

CAPÍTULO V

TIEMPOS DE RESISTENCIA

Es cierto que perdimos

el campo; mas, ¿qué importa? No está todo

perdido si concordes retuvimos,

el ánimo invencible,

y nos queda el ingenio necesario

para encontrar un modo,

por más que sea osado y temerario,

con que saciar el odio inextinguible,

la venganza, la ira

que ese fiero enemigo nos inspira.

John Milton,

El Paraíso Perdido, Libro I.

En la madrugada del 10 de mayo de 1940, fecha de la invasión nazi de los Países Bajos, tuve una pesadilla inquietante. Me encontraba en un túnel, enfangado por la cintura, y aunque avanzaba hacia una luz blanca que mostraba la salida, infames y viscosos engendros me lo impedían agarrándome de las piernas. Estaba dentro de un cuadro de Hieronymus.

—Eso crees, que solo estamos en los cuadros de El Bosco.

Una criatura híbrida, viscosa y ganchuda, con caparazón de tortuga y garras de águila, ojos de pescado y aguijón de raya, se había subido al hombro y desde allí me hablaba.

—Hieronymus consiguió que posáramos para él. No nos inventó su fértil imaginación. Vivimos en el mundo, entre vosotros, desde

hace muchos siglos. Tenemos el mejor escondite del mundo. Nos ocultamos en vuestra cabeza.

Me subió una náusea a la garganta, angustia del encerrado, acorralamiento del alma. Estaba intentando luchar con aquello cuando me despertó Giselle, zarandeándome con fuerza. Desperté empapado en sudor y vi a una mujer agitada, en camisón, los pelos revueltos.

—*Monsieur* Díaz, los alemanes han invadido Holanda.

Acto seguido, y con voz excitada, me contó lo que decía la radio.

—Aviones alemanes cruzaron hace horas el cielo holandés hacia el oeste, pasando de largo hasta el Canal. El ejército creyó que los aviones se dirigían a Inglaterra, pero los escuadrones dieron media vuelta sobre el mar del Norte y regresaron a las bases holandesas, bombardeando en tierra los aviones de la Fuerza Aérea. Ha empezado la guerra.

Eso la entendí, en el francés nervioso que hablaba, mientras intentaba controlar su cuerpo y sus emociones. Cuando la abracé, me percaté de que un leve temblor la tomaba entera. Tenía treinta años, algunos más que yo, pero se abrazó a mí como si fuera su hermano mayor, alguien con fuerza varonil para dominar el miedo.

Fueron solo unos minutos, pero una chispa eléctrica me recorrió desde el cabello a los pies. Aquel cuerpo de mujer se pegaba al mío buscando cariño y protección. Si, en condiciones normales, lo que acababa de decirme hubiera hecho que me levantara como un resorte, su tibia y perfumada presencia me hacía dilatar cualquier acción, cualquier palabra. Comencé a acariciarle el pelo, lo que la tranquilizaba. Aquella hada nórdica, aquella valquiria, era de carne y hueso, sentía. Y me hacía sentir.

Nos besamos. No sé lo que duró aquello, el mundo volviéndose loco hasta el delirio y nosotros allí, abrazados en la cama, temiendo volver a la realidad y sabiendo que cuando lo hiciéramos se acabaría el hechizo. Al cabo tuvimos que hacerlo y acudí con Giselle a escuchar las noticias. La radio emitía música nacional, himnos, llamamientos al patriotismo que ella me traducía. Y sin embargo, a pesar de la gravedad que nos dominaba, pude ver en sus ojos un brillo distinto, el mismo que había provocado en mí el contacto con su cuerpo y sus labios. Sintonizamos la BBC, que en esos momentos comenzaba a hablar, escuetamente, de la invasión.

Santiago Mainger no estaba en casa. Una llamada de teléfono, sin duda comunicándole la noticia, le había hecho abandonar su mansión en plena noche. Había despertado a

Bruno y a Giselle, que encendió el aparato de radio.

Aquel día iba a ser muy largo. El ama de llaves fue a hacer café, no sin antes mirarme de una manera especial, yo diría que amorosa. Le devolví esa mirada, que en aquel vendaval de sucesos, me serenaba. Por la ventana contemplé cómo amanecía, cómo llegaba la mañana de aquel día histórico, que en apariencia no se diferenciaba de los anteriores.

Serían las diez de la mañana cuando apareció Mainger. Se metió en el despacho y llamó a Giselle. Luego llegó mi turno.

—*Monsieur* Díaz, me temo que no podrá terminar su copia. Ya sabe lo que sucede. Fui a ver a mi amigo Jacques Goudstikker, que fue quien me alertó por teléfono. Teme por su fabulosa colección, pero no creo que pueda hacer mucho. Debería irse cuanto antes a Inglaterra. Ya sabemos cómo tratan los nazis a los judíos.

Me pregunté qué relación tenían aquellos hombres. En cualquier caso, era afectuosa, de colegas ilustrados.

—Yo me iré también y me llevaré los cuadros. En cualquier caso, *monsieur* Díaz, es mejor que haga su equipaje. Destruya la copia con las otras inconclusas. No podría secarse antes de que nos vayamos y además, desgraciadamente, ya no nos servirá de nada.

Dado que soy responsable de su estancia en la ciudad, venga conmigo a Londres, donde tengo casa, hasta que usted decida qué hacer.

La verdad es que, una vez más, la guerra había trastocado mis planes. La estancia en Holanda llegaba a su fin. Acepté la oferta de mi anfitrión, aunque no pensaba quedarme en Londres. Gran Bretaña sería una escala en la lucha contra el nazismo. Hice mi escaso equipaje y ayudé en lo que pude en los preparativos de partida.

Desde que supimos la noticia de la invasión, el peso de la guerra parecía contagiar todos nuestros actos. Aunque yo estaba más habituado, veía el desconcierto en Bruno y Giselle, que pasaban de la actividad frenética al estatismo, frenados en una acción cualquiera por un oscuro impulso que venía desde dentro. Yo lo conocía ya, se llamaba miedo, incertidumbre, pérdida de mundo. A medida que progresaba el día, la angustia y la ansiedad avanzaban por todas las mentes y dotaban a los cuerpos de una urgencia casi cómica. Las llamadas telefónicas se sucedían y eran seguidas por períodos en los que el aparato permanecía en silencio y lo único que se oía, como un ruido de fondo machacón y cansino, era la radio, que seguía emitiendo música y proclamas, así como mensajes militares en clave.

Dentro de aquel terremoto que provocaba la llegaba de los alemanes, mis pensamientos volaban a Giselle, atareada embalando cosas, abriendo y cerrando estancias y muebles. Aquella noche nadie durmió en el caserón; los tres, Bruno, Giselle y yo, en el salón pegados a la radio, consultando mapas según se confirmaba el avance de los alemanes, elaborando conjeturas, deseando que el ejército holandés pudiera contenerlos hasta la llegada de los franceses y británicos que ya se habían movilizado. Las miradas del ama de llaves se cruzaban con las mías, pero ninguno de los dos realizamos ningún movimiento. Acabamos dormidos sobre los sofás, mientras Mainger, que parecía tener una energía ilimitada, a pesar de que nunca comía —solo lo veía beber agua mineral—, entraba y salía de la galería, manejaba archivos, quemaba papeles.

El día siguiente amaneció preñado de malos augurios. A media mañana recibimos la visita de Jacques Goudstikker, el amigo o socio de Mainger. Los dos fueron recorriendo las estancias, los cuadros de la galería descolgados ya en el suelo. Eran piezas importantes: de Hans Memling, Cranach el Viejo, Klimt, algunos impresionistas. Y, por supuesto, la tabla de El Bosco.

Me fijé en el semblante del judío. En las horas anteriores, entre los partes de guerra,

Mainger me había contado su historia. Jacques Goudstikker era un experto anticuario y marchante, uno de los mayores coleccionistas de arte europeos de los años 20 y 30. Él mismo inspeccionaba, ayudado de una lupa, cada una de las piezas antes de comprarlas para formar parte de su galería. El negocio del arte era toda su vida. En 1919, con veintiún años, se había hecho cargo de la empresa familiar en un canal de Ámsterdam. Con su visión de lo que representaría el comercio de grandes obras y sus conocimientos en la materia, logró una fortuna inmensa. Se había casado con una elegante cantante de ópera de Viena, Desi Halban, con quien acababa de tener un hijo, Edward, *Edo.*

Era un hombre vestido con elegancia: corbata oscura, chaleco y pañuelo almidonado en la chaqueta; el rostro despejado, donde destacaba una nariz recta levemente levantada al final con un bigote fino y cuidado. El pelo, fijado con laca. Aunque tenía cuarenta y dos años, juraría que en aquel momento parecía mucho más viejo de lo que en realidad era. Se le notaba apesadumbrado, doblado, con la mirada en el suelo, desolado. Mainger le preguntó por sus preparativos de marcha.

—Todavía no puedo irme, tengo que contar con mi mujer y mi hijo y encargar el cuidado de mis propiedades, el castillo de Nijlerode, la casa, los cuadros... Me abrumo cuando pienso

el peligro que corren esas obras maestras. Toda mi vida, mi colección, está aquí —decía Goudstikker señalando un cuaderno de tapas negras—. No solo voy a perder todos mis cuadros; voy a perder a mis criaturas en manos de esos salvajes, de esos asesinos.

—Pero al menos te salvarás, con tu familia. Tal y como querías, he sacado pasajes para los tres en el carguero *SS Bodegraven*, un buque de vapor, que saldrá mañana del puerto de Ijmuiden, en Ámsterdam. Hablé con el capitán, Huibrecht Regoort. Te esperará hasta el atardecer. Creo que el barco está ya lleno de soldados ingleses y refugiados de varios países. Quizá te puedas llevar algunas piezas de tu colección, o ponerlas en lugares seguros, conmigo. Yo saldré mañana hacia Róterdam.

—¿Mil ciento trece obras? Imposible elegir alguna. Ya no tengo tiempo. Y el caso es que no me fío de mis empleados, Arie ten Broek y Jan Dik. Les he dado instrucciones precisas sobre conservación y venta, pero nadie sabe lo que puede pasar con los tiempos que corren. Los vi hablar, a mis espaldas, con Alois Miedl, que vino a visitarme ayer para saber si quería vender mi colección. El muy canalla me ofrecía la décima parte de su valor. Sabe que voy a abandonar Holanda, aunque mi corazón se queda aquí, con mi galería.

A pesar de lo que contó Mainger, cuando

Goudstikker regresó a su casa, yo no pensaba demasiado bien de aquel judío. Toda Europa en llamas, el desastre de una guerra mundial, y él solo pensaba en sus cuadros. Aunque yo mismo fuera pintor, era difícil que lo entendiera. Goudstikker pertenecía a esa clase de personas especiales, obsesionadas con el arte y el coleccionismo, para las cuales arrebatarles sus posesiones era darles una puñalada en el corazón. Sin que nadie aún lo supiera, la muerte ya había marcado y dibujado su rostro en la última pintura de la vida. Pero eso yo lo conocería años después. En ese momento había poco tiempo para disquisiciones filosóficas o artísticas. Teníamos que movernos con rapidez.

—Embalaremos los cuadros y saldremos en cuanto sea posible hacia Róterdam —comentaba Mainger—. Yo iré delante en un coche más grande, con la mayor parte de las obras, y usted y Bruno detrás en mi coche, con los equipajes.

Una sorpresa nos deparaba aún la tarde, antes del toque de queda. Un vehículo paró en la puerta y de él salió una figura corpulenta con un maletín de cuero en la mano. Aquel hombre era el marchante y hombre de negocios alemán Alois Miedl. Con treinta y siete años, algunos menos que Goudstikker, era también, como él, un hombre rico y enamorado del arte. Aunque nacido en Múnich,

se había instalado desde 1932 en Holanda y se había casado con una holandesa de origen judío. Yo estaba con Mainger decidiendo, con algo de dolor, cómo destruiríamos las copias —el fuego de la chimenea encendido para tal fin— cuando Giselle le anunció la visita.

—Los buitres acuden al festín —dijo el magnate por todo comentario—. No salga usted de aquí, esconda ahora las copias. Bajo ningún concepto ese alemán debe asomarse a la galería y ver lo que estamos haciendo, ni oler a pintura quemada.

No supe nunca lo que Alois Miedl y Santiago Mainger hablaron durante cerca de media hora. Lo que luego él me relató fue que el alemán, aprovechando la situación, le había ofrecido comprar su colección a bajo precio. Deduje, por las precauciones que tomó con su visitante, que aquel era el contacto con el cual negociaba la venta de los cuadros —o sea, las réplicas— para que los judíos pudieran salir de Alemania. Por eso no debía ver ninguna obra de la colección, ni por supuesto las copias.

—Ese no es más que el heraldo de lo oscuro, el cuervo anunciador —me dijo cuando el negociante alemán abandonó la casa—. Uno de los agentes de Goering. Seguramente sabía lo que se estaba fraguando y ha querido adelantarse. Tengo que salir. Continúe usted y luego ayude a los operarios a embalar los

cuadros.

Mientras la actividad se redoblaba en aquella casa, yo seguía allí, con la penosa tarea de destruir las copias, entre ellas la mía. Y sin embargo, a pesar de lo que le había dicho, a pesar del peligro que entrañaba que mi obra, ahora sin valor de cambio, fuera descubierta, algo me inducía a no destruir lo que trabajosamente había pintado con tanto ahínco en las semanas anteriores. Una voz interior me aconsejaba guardar aquella tentativa, e incluso terminarla, por si el original se perdía. Así que, con la complicidad de Giselle, subí la copia inconclusa a la buhardilla y la escondí de las miradas de todos mientras en el fuego se consumían las copias inacabadas de los otros cuadros.

Luego ayudé en la operación de embalaje de las obras que quería llevarse Mainger. En el caso de las tablas la preparación llevaba su tiempo. Primero había que envolverlas en telas impermeables, con sus marcos, y atarlas cuidadosamente con cuerdas que no rozaran su superficie. Después, envueltas en paja y virutas, se introducían en cajas de madera.

Trabajamos durante todo aquel día, como hormigas frenéticas, Mainger entrando y saliendo de la casa, evacuando sus archivos, disponiendo el orden de los cuadros y algunos baúles que irían en los vehículos. Giselle traía

café y alimentos —nuestras miradas se cruzaban a cada momento del día— para hacer más llevaderas las horas y el trabajo. Bruno y yo embalamos una decena de cuadros.

Muy entrada la noche nos retiramos a descansar un poco; el sueño intranquilo, alterado por sonidos de aviones y lejanas explosiones, así como por las balas trazadoras de las ametralladoras antiaéreas que habían comenzado a funcionar. Aquella noche, la que podría ser la última en Ámsterdam, acudí a la habitación de Giselle. Estaba despierta, esperándome, sentada en la cama, con un camisón. No hablamos. Nos abrazamos, nos desnudamos e hicimos el amor, ebrios de deseo. No había tenido más que unas fugaces relaciones con una compañera, en la guerra, y mi experiencia amatoria era escasa. Pero eso, en aquel momento, no importaba. Alguna vez he pensado por qué es así la vida, o por qué los seres humanos, cuando estamos en situaciones tan adversas, rodeados de muerte y destrucción, las furias desatándose, recurren al amor y al sexo como valores de refugio o de afirmación. Debe de ser una ley universal. A más muerte fuera, más necesidad de piel y de amor tenemos, más necesitamos transitar los campos de la ternura.

No dormimos mucho esa noche, explorándonos sin una palabra, acariciándonos con los ojos, las manos y la boca, todo inútil si

no lo decía el cuerpo, comunicación intensa y profunda, dándolo todo, sabedores de lo extraordinario de la situación, del momento irrepetible. Allí, en esa cama, vencimos al miedo y al Tercer Reich, a la guerra y a la muerte, a la sinrazón. Allí, en esa cama, triunfó el amor y yo creí en la vida y en la victoria. Volví a confiar en el ser humano.

Ya de madrugada acabamos los preparativos. Los alemanes bombardeaban y cuando las lejanas explosiones nos llegaban, atenuadas, se hacía un pequeño silencio que desembocaba en un redoblar furioso de la actividad. Era una lucha contra el tiempo. La radio seguía difundiendo llamamientos al deber patriótico de los ciudadanos ante la guerra y algunas informaciones destinadas sin duda a elevar la moral de los que combatían con dureza a las trece divisiones que los alemanes habían movilizado para la conquista de Holanda, paso previo al ataque a Francia e Inglaterra. Tras los primeros bombardeos de los aeródromos y de la capital, La Haya, los alemanes lanzaron fuerzas aerotransportadas desde Junkers 52. El fuego antiaéreo holandés se empleó a fondo y comenzó a derribar esos aparatos. Llegó a abatir doscientos setenta y cinco durante toda la batalla.

A media mañana se dio el zafarrancho de partida. Pretendíamos llegar en varias horas al puerto de Róterdam, donde nos esperaba un

vapor de una compañía holandesa para zarpar de inmediato con destino a Inglaterra. Santiago Mainger decidió que uno de los cuadros que no cabía en el primer coche —justo la tabla de *Jonás y la ballena*, el último que habíamos embalado— viajara en el segundo vehículo de la expedición, en el que íbamos Bruno y yo.

—¿Y el señor Goudstikker? —pregunté por curiosidad.

—Seguramente ya estará camino de la libertad.

Dictó con Giselle las últimas disposiciones para la conservación de la casa y tomó la delantera en el primer coche. En un momento pensé en pedirle que se llevara también a Giselle. No sé, era absurdo, pero tenía la certeza o la intuición de que aquella historia no podía acabar antes de empezar. No articulé palabra, ni ella tampoco dijo nada, aunque sus ojos comenzaran a llenarse de lágrimas, emoción de la despedida que nos embargaba a todos, más a mí, que tenía que separarme del ser amado nada más haberlo conocido. Tantas caricias secretas, anheladas, cuántos deseos de pegarse a ese cuerpo, más cuando la vida y las circunstancias te separan de él, injusticia suprema, impotencia de los que saben que están sometidos a otras fuerzas contra las que no cabe luchar ni oponerse.

En el último momento, no pude resistirme. Bajé del vehículo y llegué donde Giselle. Los dos nos fundimos en un beso. Nos sacó de la ensoñación el claxon de Bruno, que veía que nos rezagábamos si no partíamos de inmediato.

Cuando monté de nuevo, no podía hablar. Estaba llorando y Bruno respetó mi silencio, cada uno con su runrún interior y sus historias. A pesar de mis temores, las carreteras no estaban atestadas de autos y de gente huyendo. Vimos coches y algunos transportes militares, con el síndrome de la prisa y la alarma.

En un pueblo, a las afueras de Ámsterdam, se nos unieron dos vehículos más de otros judíos que marchaban al exilio con sus familias. Todos nos encaminábamos hacia el puerto salvador de Róterdam.

—Mejor sería que nos internáramos, separados, por carreteras secundarias. Somos una inmejorable presa para la aviación —decía yo a Bruno.

Sabíamos que los alemanes habían fracasado al ocupar los aeropuertos de La Haya y que la lucha era encarnizada entre el ejército holandés, menor en cantidad y peor armado, y las divisiones alemanas, que empleaban paracaidistas, caballería, infantería, tanques, comandos y un armamento más

moderno. Habían llegado noticias de que en Róterdam se combatía con dureza, y de que los barcos del puerto estaban zarpando hacia Inglaterra. Seguían aterrizando paracaidistas y varios puentes de las cercanías de la ciudad habían sido tomados por los alemanes. La táctica de los germanos era conquistar todos los pasos de los ríos, incluidos los del Nuevo Mosa. Los intentos de penetración germanos fueron difundidos por radio, con lo que se sembró también la inquietud entre los que huíamos, debido a los numerosos controles existentes en la carretera.

Habíamos visto a lo lejos aviones de transporte y brotar de ellos paracaidistas como semillas de milano en una tarde ventosa de estío. Así manchaban el cielo. Llegamos a un puente que los holandeses estaban a punto de volar. Los dos primeros coches y el camión pasaron, pero cuando íbamos a hacerlo los dos últimos, uno de los vehículos de las familias judías se paró en seco, bloqueado. Intentamos hacerlo arrancar, mientras los soldados holandeses nos urgían. Como última opción, entre todos intentamos empujarlo, descargándolo rápidamente de maletas y equipaje. En esas estábamos cuando aparecieron cazas alemanes ametrallando a baja altura. El pánico se desató a un lado y otro del puente. Los aviones enemigos buscaban neutralizar a los soldados holandeses

antes de que lo volaran, y estos corrían hacia los refugios al tiempo que ordenaban: «¡Fuera, fuera, al suelo, al suelo! ¡Vamos a volar el puente!».

Los coches que habían logrado pasar comenzaron a moverse y los demás corríamos hacia nuestros coches cuando aquello explotó y un trozo del puente fue lanzado por los aires. La onda expansiva me alcanzó de lleno y me arrastró quince metros. Si no hubiera sido por unos fardos de paja a un lado de la carretera, me habría aplastado contra una fila de árboles.

*

1497

Llegó el revuelo al grupo de pobres que se arracimaba frente a la portada de la catedral, aún inconclusa, de s'Hertogenbosh. Habían reconocido a Jeroen, el *maelder* o pintor, avanzando por la calle con carpeta de infolios, donde plasmaba sus dibujos al carboncillo.

Aunque lo veían con frecuencia, en cualquier lugar del Bosque Ducal, solo se alteraban cuando lo divisaban con sus útiles de trabajo. Más de una pelea se había desatado entre aquellos menesterosos, veteranos del lugar y recién llegados, por estar en primera fila, lo más horribles o harapientos que pudieran parecer. El pintor los dibujaba y siempre tenía para ellos una moneda. Y no tenían que hacer nada. Podían moverse si divisaban a cualquier dama piadosa que entrara a orar en el templo, o a cualquier acomodado burgués que pasara por la puerta. Muchas veces estos les hacían caridad cuando distinguían a maese Hieronymus en sus quehaceres, temerosos de ser vistos por aquel miembro de la poderosa Cofradía de Nuestra Señora. Y sin embargo Jeroen apenas levantaba sus ojos del papel o de la figura que estaba dibujando, incapaz de concentrarse en algo más que aquello, encajando la escena en el tríptico que estaba desarrollando o pensando el lugar del cuadro donde colocaría aquellas imágenes, que en su cabeza ya estaba mezclando y componiendo.

Jeroen era conocido de los pobres. Muchos de aquellos que se arropaban en las puertas de las iglesias o de la catedral, siguiendo un recorrido y una jerarquía, lo habían visto también en la capilla y el hospital de San Antonio, o en el *geefhuis*, el hospicio asilo para indigentes, enfermos, viejos y niños recogidos

que existía en las afueras de la ciudad, allí donde todos acudían para comer y dormir. Encargado por la Mesa del Santo Espíritu, el maestro había decorado con un gran tapiz las paredes de la gran sala y había realizado los adornos de madera con cornamentas de ciervo del techo, como había hecho también, en años pretéritos, su padre.

Últimamente, la competencia había aumentado entre los necesitados en Balduque. Habían llegado pobres del pueblo de Oss y aldeas de alrededor, incendiadas por los Güeldres, las milicias del partido antiborgoñón del duque de Güeldres que se oponía al dominio de Felipe el Hermoso. Para vengarse, la milicia armada de s'Hertogenbosch y pueblos vecinos había atravesado el río Mosa y había destruido e incendiado Batenburg y otros pueblos enemigos. Eran malos tiempos aquellos para la ciudad, muy cerca de la frontera con los Güeldres y en el centro de las operaciones de castigo. A los desplazados por los ataques de las respectivas milicias se unía el peso económico sobre los ciudadanos, que tenían que sufragar la pólvora, los bastimentos, las espingardas, las corazas y escudos, los caballos y en general los gastos de guerra de los que salían, y el apresto y reforzamiento de las fortificaciones para los que se quedaban. Vieja guerra, que arrastraba muchos años sin resolverse ni decantarse la

victoria para ningún lado.

El cojo y el tullido habían pasado de los insultos a los golpes, mientras el ciego, que tocaba la zanfona, preguntaba qué pasaba a un niño contrahecho, que le servía de lazarillo. Otro cojo con el pie cortado y vendado, víctima de los fuegos de San Antón, y un afectado por el mismo mal, sin piernas y con unas fundas de cuero gastadas en sus manos que le servían para apoyarlas en el suelo, se movían alrededor de los que peleaban. El barullo y la lucha cesaron cuando el pintor llegó a la altura del grupo de aquellos desheredados e hizo un gesto. Todos sabían que a Jeroen no le gustaban las luchas y desavenencias, y volvía sobre sus pasos si las peleas continuaban. Fue entonces cuando apareció aquel mendigo alto y se apoyó en una esquina del arco de entrada a la catedral. Su sombrero estaba raído y vestía con harapos, pero aún llevaba en su rostro impreso un rictus de orgullo. El pintor fijó en él su atención, ante el desengaño de los demás que, vista la elección, recularon hasta ocupar sus puestos anteriores rezongando algunas maldiciones.

Jeroen se aprestó a comenzar el dibujo de aquel mendigo. En sus ojos, el pintor descubrió el brillo de los viejos soldados que tan bien conocía. A su vez fue también reconocido.

—Os conozco, *maester* Jeroen. Yo fui uno

de esos infortunados que luchó y fue herido en el asalto e incendio a Driel, en 1477. Allí os vi hace veinte años. Atravesamos el río Mosa para castigar a los malditos Güeldres, cuando asolaron e incendiaron Oss hace veinte años, como lo han hecho ahora. Nos vengamos. Destruimos el pueblo, matamos e incendiamos. Y en algún lugar dejamos reducidos a la miseria a gente como yo. Todo eso hicimos. Lo llevo grabado en mis pupilas, pero de ahí no saldrá, no podréis dibujarlo, igual que no pudisteis dibujar nada en aquella ocasión.

Aquel mendigo había sido testigo de los esfuerzos de Jeroen por plasmar en carboncillo algunas de aquellas acciones guerreras. Empezaba bien, pero cuando los sonidos, los olores y los colores de la guerra llegaban hasta él se quedaba paralizado, como si estuviera ante las puertas del infierno.

Fuego y muerte, los jinetes de la guerra. Reflejos lóbregos los que producían sus armaduras, bruñidos en sangre y aceite, negros de ascuas. Odio, pillaje y destrucción, herencias que acompañaban las incursiones. Guerra contra los Güeldres, saqueos de ciudades, ojo por ojo y diente por diente que se cumplían a rajatabla, incapaces los cristianos de moderarse en sus excesos, como si necesitaran derramar la vida de los otros, existencia que se torcía de repente, que se

segaba, que se perdía en razias y golpes de mano, en audaces contragolpes, ejércitos de cuervos, de ratas, de fieras sin cara y sin nombre detrás de las armaduras, de los tabardos, capaces de arrancar las cabezas con las picas, de cortar brazos y piernas con espadas y arcabuces.

Era algo que jamás podría reflejar ninguna pintura, ningún cuadro: el sonido de los asedios, el crepitar del fuego, el choque de los aceros, el silbido ululante de las ballestas y las flechas, las canciones y los gritos, los aullidos de los que caían heridos mortalmente y los mutilados en sus miembros, abiertas sus carnes. Y sobre todo, el olor. El olor a batalla, el acre olor de la pólvora, el dulce y mareante de la sangre, el picante de la madera quemada, de los enseres, la grasa de los carros, el aceite y la pez que arrojaban desde las almenas los sitiados. Todo aquel maremágnum infernal.

Dos veces acompañó Jeroen a las tropas de s'Hertogenbosch en sus incursiones al condado de los Güeldres en aquel tiempo, con sus propias armas, comisionado por el gremio. Había sido elegido por su juventud, pero también porque estaba protegido por el comandante de armas, que lo mantenía en su entorno, sin dejarle participar directamente de los asedios ni del saqueo y el posterior incendio que inevitablemente se producía

cuando la plaza era tomada. Todos aquellos recuerdos llegaban con aquel mendigo altivo con un pie quebrado y vendajes en las manos.

—¿Cómo os llamáis?

—Soy Maldrich, el soldado sin suerte. Perdí mi fortuna jugando a los dados, mi pie y mis dedos luchando, y aún tengo hierro en mi cuerpo. Sé que dais unas monedas a los pobres si posan para vos. Dádselas a este compañero de armas y os mostrará todas sus heridas. Al menos, las que se ven. Las que llevo en el alma se irán conmigo al infierno.

—No os recuerdo, Maldrich. Pero os diré una cosa que os sorprenderá: al final conseguí pintar aquellas escenas espantosas. Fue tiempo después, ya en el taller.

Jeroen no contaba que, aunque había conseguido pintar ejércitos, e incendios, asaltos a castillos y ciudades, lo hacía de lejos: masa de caballeros e infantes con armas donde no se distinguía ningún rostro.

—He visto vuestros cuadros, *maelder* Jeroen, y no quisiera estar en vuestro pellejo. Yo no llevo en mi cabeza los demonios que vos lleváis. Dicen que pintas disparates. Cada uno hace lo que puede en esta vida. Yo maté, incendié, jugué, amé, pero de mí no quedará memoria. Seré una de las figuras lejanas de vuestros cuadros. Pero a vos os dirán pintor de disparates y acertarán. ¿Por qué en vez de

hacer lo que los otros, pintar a Dios, a los santos, cuadros con escenas piadosas o de milagros, os obstináis en pintar los abismos y los demonios, las furias y las fieras? ¿Por qué pintáis a seres como nosotros, poseídos ya por el mal, criaturas podridas, envilecidas?

—Porque de todo ello está hecho el hombre, Maldrich. Lo comprendí en la guerra. Llevamos la muerte y el horror dentro, lo veo como veo vuestros harapos o vuestras heridas. En esta vida vivimos también parte del infierno. Vuestro destino fue ser soldado, ahora mendigo. El mío, pintor, y nuestro destino se cumplirá. Os pintaré y os pondré en uno de mis cuadros. Dejarás recuerdo, aunque nadie sepa ni vuestro nombre ni vuestra historia.

—Sea, *maelder.* Pero sed también generoso y dadme alguna moneda para que hoy pueda comer caliente y beber una jarra de vino a vuestra salud. ¡Y a la salud de los infiernos, de los diablos y de vuestras criaturas en esta ciudad de beatos, de frailes y de curas!

*

Cuando abrí los ojos, varios días después, en la casa de Mainger, empecé a comprender lo que había pasado. No estaba muerto, ni

dentro de un sueño. Ante mí estaba Giselle, sonriendo y celebrando mi vuelta a la vida.

Giselle me contó lo ocurrido después de la explosión. Inconsciente, Bruno, con ayuda, me arrastró hasta el coche —afortunadamente, él se había arrojado al suelo y se libró— y después había vuelto a Ámsterdam transportándome con gran riesgo. El resto de los expedicionarios —salvo dos personas que habían fallecido, no se sabía muy bien si de la voladura o del ametrallamiento aéreo— habían cruzado en una pequeña lancha y fueron recogidos por los otros vehículos.

A veces pienso cómo en un instante puede cambiar la historia de una vida. Si el coche de delante no se hubiera averiado, nada de lo que me pasó después, en lo bueno y en lo malo, habría sucedido. No recuerdo nada de aquel viaje de vuelta, con Bruno al volante y yo al lado, más muerto que vivo. En el trayecto, alrededor de cruces de caminos y carreteras, el chófer asistió a escaramuzas entre los paracaidistas alemanes y el ejército holandés, pero afortunadamente estaban demasiado enfrascados en el tiroteo. Treinta horas después de haber salido para hacer ochenta kilómetros, estábamos de vuelta, yo casi exánime.

Aunque Bruno dijo que en aquel viaje había abierto los ojos en ocasiones y que

musitaba frases, no recuerdo nada de nada. Un velo piadoso nubló siempre este punto de mi memoria. Me dejó en la casa —imagino la cara de Giselle cuando volví a aparecer— y buscó a un médico. El doctor confirmó que no había reventado por dentro y que solo tenía rotas dos costillas y un dedo del pie izquierdo. No existían hemorragias internas, sino un fuerte traumatismo; vendó e inmovilizó las piernas y decretó reposo absoluto, lento restablecimiento con buenos alimentos y cuidados.

Como la cosa iba para largo, Bruno, de acuerdo con Giselle, resolvió viajar a su país en cuanto acabaran las operaciones militares en Bélgica y Francia, donde se había desplazado la guerra cuando capituló Holanda.

Los holandeses se habían defendido bravamente, ocasionando grandes pérdidas al ejército alemán, que nunca pensó encontrar tan fuerte resistencia. Si bien los alemanes avanzaron a gran velocidad y ocuparon la mayoría del territorio, las ciudades principales permanecían en manos holandesas. Los invasores fueron detenidos en una línea de puestos avanzados y la mayoría de los paracaidistas, eliminados o capturados. El alto mando alemán estaba preocupado. En cuatro días, su posición no había obtenido el resultado esperado y demandado por Hitler. Entonces vino la amenaza de la destrucción de

Róterdam. Se envió un ultimátum a sus defensores: o capitulaban de inmediato o serían bombardeados hasta que no quedara un edificio en pie. Cuando el oficial holandés regresaba de firmar la rendición, un enorme grupo de bombarderos alemanes apareció en el cielo. Cerca de novecientas personas murieron y la ciudad sufrió un enorme castigo, con cuantiosos daños, sobre todo debido a los incendios.

Un nuevo ultimátum alemán amenazó con la destrucción de Utrecht y de Ámsterdam. El general Winkelman, el comandante en jefe holandés, consciente de que los británicos y los franceses no podrían acudir en su ayuda y abatido por la destrucción de Róterdam, que aún ardía, decidió salvar las vidas de la población civil. Holanda se rindió con la excepción de la provincia de Zeeland, donde los combates continuaron para dar a las tropas francesas e inglesas tiempo para su retirada hacia Dunquerque.

Detrás quedaban miles de holandeses muertos y prisioneros. Un desastre del que afortunadamente yo no me enteré, luchando por sobrevivir con el cuerpo maltrecho, agitado entre delirios febriles. Todo lo sucedido en aquellos días me lo contó después Giselle, cuando debido a sus cuidados renací a la vida. Fue su amor el que me salvó. Cuando desperté, estaba en mi habitación, en la

mansión de Mainger. Giselle no sabía nada de su dueño e imaginaba que había conseguido embarcar en uno de los últimos barcos en salir de Holanda. Las comunicaciones telefónicas estaban cortadas, así que era imposible saber qué había ocurrido ni recibir instrucciones. Cuando pude hablar, en seguida le pregunté por el cuadro.

—Bruno decidió que era mejor no llevárselo a Francia. Lo escondí, al lado de donde puso usted la copia.

No había manera. A pesar de nuestra intimidad, Giselle seguía sin tutearme, fuerza de la costumbre. En dos semanas más me levanté y tuve la fuerza suficiente para andar por la habitación. Pero me mareaba mucho. Llevaba demasiado tiempo en la cama. Necesitaba ejercitar mis débiles piernas, las costillas ya soldadas en las fracturas.

No fueron fáciles los siguientes movimientos, con una ciudad, un país sumergido en un estado de *shock* producido por la derrota de la guerra y la ocupación alemana. Los alimentos comenzaron a ser acaparados, reacción natural que yo conocía desde la guerra de España. El combustible pronto escaseó, y andaba la gente como enloquecida, yendo de acá para allá, con una mueca de miedo en la mirada. Parecía que los hechos les dejaban perplejos, invadidos por el

estupor. Había que ponerse en su lugar. Holanda era un país en el que las autoridades eran respetadas: el padre en la familia, el profesor en su clase, el jefe en la empresa, el alcalde en su ciudad, los oficiales en el ejército, la reina sobre el trono.

Y ahora, ninguna autoridad parecía ejercer su oficio, desconcierto que los minaba y los paralizaba; rostros en mudo pasmo preguntándose qué hacer, a dónde acudir, quién era el que podía dar órdenes. Solo quedaba su orgullo como pueblo.

Las brumas que poblaban mi cabeza fueron poco a poco disipándose, ahuyentadas por el vendaval de la guerra, que seguía su curso inexorable. De la misma manera que muchos de mis compañeros, sorprendidos en Francia, yo pensaba que había que seguir luchando, y ni siquiera la derrota aliada supuso ningún cambio en esa determinación.

La marina alemana y la Gestapo controlaban el puerto de Ámsterdam y hacían difícil el embarque en cualquier carguero el tráfico marítimo, prácticamente suspendido. Mientras buscaba la manera de conseguir documentación, ayudado por un conocido de Giselle, comencé yo mismo a falsificarla. Afortunadamente tenía más recursos que en el sur de Francia: buen papel y tintas, cauchos de calidad y herramientas de precisión de

relojero. Todo ello heredado de los talleres de la casa de Mainger. Desde ese momento me convertí en Jean Etienne Brousse, pintor francés, contratado en Ámsterdam para trabajos de restauración.

¡Qué a tiempo lo hice! No había pasado ni un mes de la invasión, cuando una mañana trajo una sorpresa. Saliendo de la niebla, una tropa de choque mandada por un SS rodeó el edificio y llamó enérgicamente a la puerta. Cuando Giselle la abrió, un tropel de SS alemanes y miembros del NSB, el partido nazi holandés, colaboracionista con los alemanes, entraron y revisaron el inmueble. Afortunadamente las tablas estaban bien escondidas en el techo del desván. Yo estaba en mi habitación, leyendo. Junto con mi documentación me llevaron en presencia del oficial de las SS, que contemplaba los huecos de los cuadros de la galería.

El oficial tenía la misión de requisar una buena cantidad de piezas de arte y de archivos procedentes de los países conquistados. Uno de sus hombres se acercó y le dijo algo al oído al darle mis papeles.

—*Monsieur* Etienne, estudiante francés de Bellas Artes... ¿Qué hace usted aquí, tan lejos de su casa? —Afortunadamente, su francés no era demasiado bueno.

—Vine para hacer unos trabajos para el

señor Mainger. Pero me sorprendió la guerra. Estoy esperando un dinero para regresar a París.

—Ya. ¿Qué clase de trabajos?

—Ayudarlo en los trabajos de restauración de los cuadros.

—¿De qué cuadros? ¿Por qué no me dice qué ha sido de la colección? El señor Mainger es un hombre conocido en los altos círculos por el comercio de diamantes, donde hace negocios con los judíos, y también por el valor de sus colecciones artísticas.

—Se los llevó, creo que a Inglaterra.

—¿Y cómo lo dejó a usted aquí? ¿De guardián de la casa? —Se reía.

—Como ya le he dicho, estoy esperando poder regresar a Francia, más desde que se acabó la guerra.

—¿Sabe que tiene que renovar su documentación? Vaya mañana mismo a la prefectura.

Aquello precipitó todo y decidió mi destino en los siguientes años. Ya no podía seguir en aquel caserón, custodiado desde ese momento por los nazis.

Decidí que no me separaría ni de la tabla ni de aquella copia, pasase lo que pasase, y

seguiría su suerte. Si la vida me había llevado allí, sería por alguna razón. Protegería aquellos cuadros, me acompañarían en la guerra, desde la clandestinidad; la resistencia a la ocupación se tendría que formar tarde o temprano. Mis conocimientos en la falsificación serían necesarios y me permitirían sentirme útil.

Giselle me procuró un contacto con los comunistas holandeses, los primeros con los que pudo enlazar. Y no se quedó ahí. Ella misma se convirtió en resistente. Llevaba y traía papeles y documentos, desde cartillas de racionamiento hasta cédulas de raza aria, salvoconductos y tarjetas de identidad. La labor era ingente. Con grandes dificultades se había creado una raquítica red de resistencia con socialistas, católicos, protestantes, comunistas, y se trabajaba en la manera de comunicarse con rapidez y discreción. Sencilla e ingeniosa —planeada por Giselle, mi ángel, que distrajo a los guardianes con una buena comida y unas botellas de vino— fue la manera en la que salí de la casa de Mainger, vestido con un uniforme de barrendero, las dos tablas disimuladas en un carro de maderas y leña, hasta llegar a una casa segura en el este de la ciudad, donde me instalé en la buhardilla.

Al principio la ocupación no parecía tener tanta trascendencia. La vida continuaba y los alemanes, ya una potencia en Europa, se comportaban con corrección: querían

conquistar con buenas maneras las simpatías de un pueblo que sentían como hermano. Se liberó pronto a los prisioneros de guerra. Aunque hubo medidas como el oscurecimiento nocturno y se usaba el alemán en las calles para las señales de tráfico, pocas cosas parecían haber cambiado. Seyss—Inquart, un nazi austriaco, fue designado como gobernador de los Países Bajos con una pequeña fuerza de ocupación.

Así pasó todo el año 40 y el comienzo del 41. Se creó un movimiento, la Unión Holandesa, dispuesto a cooperar con los ocupantes. Esto, que a muchos nos parecía colaboracionismo sin más, tenía sus matices. Para cientos de miles de personas la Unión Holandesa se convertía en una alternativa al NSB, al partido nazi holandés, al que no querían dejar en solitario al frente de la Administración del Estado. Resultaba curiosa esa identificación con el Estado, al menos para mí, que siempre había combatido esas estructuras de poder y organización como nefastas.

Poco a poco comenzaron pequeñas formas, muy simbólicas, de resistencia: la burla a los invasores como cabezas cuadradas, con cientos de chistes. La gente llevaba flores o prendas de ropa con el color naranja, expresando así la lealtad hacia los Orange, la familia real. Aunque los alemanes dificultaban

y a veces lograban interferir la recepción, todo el mundo escuchaba Radio Orange, emitida desde Londres en holandés. Mientras, los alemanes y sus aliados locales preparaban las posteriores acciones contra los judíos. Ahí los holandeses se encontraron divididos. Tan fieles al poder como sus vecinos, muchos no se resistieron a colaborar en lo que les decían las nuevas autoridades. Los empleados públicos firmaron la Declaración Aria. Lo sorprendente era que casi todos los judíos se registraran, obedientes, en enero de 1941, tal y como les pedían las autoridades. Quizá, como decían algunos, era miedo a las represalias, o lo más probable, que desconocían lo que seguiría a continuación.

Los que hasta entonces estábamos en la resistencia íbamos tejiendo también nuestras redes, preparándonos para lo peor, que sin duda llegaría. Yo tenía bastante trabajo con las falsificaciones. A pesar de que socialistas, comunistas y anarquistas se habían unido con grupos católicos y de opositores a los alemanes, aún andaba formándose la organización clandestina, con suspicacias entre los grupos. Los pilares de la sociedad aún desconfiaban entre sí; no los había unido el yugo de la represión. Por eso la huelga de febrero de 1941 representó un momento decisivo.

Ese mes, los miembros del NSB de

Ámsterdam desarrollaron una actitud agresiva contra los judíos. Los comandos de uniforme patrullaron las calles de Ámsterdam, poniendo carteles en cafés y establecimientos que prohibían su uso a los judíos. Comenzaron a destruir propiedades en el viejo barrio hebreo. Los jóvenes judíos y no judíos formaron grupos de autodefensa y en la lucha contra los nazis holandeses, un miembro del NSB fue gravemente herido y murió poco después.

En respuesta, los alemanes cerraron temporalmente el barrio hebreo y utilizaron los incidentes creados como una excusa para realizar las primeras deportaciones: el 22 y el 23 de febrero de 1941, cuatrocientos veinticinco jóvenes judíos fueron detenidos, golpeados y encarcelados. Fue como un *electroshock* para la sociedad de Ámsterdam. El partido comunista clandestino llamó a una huelga de protesta. El martes 25 de febrero, todos, desde primeras horas de la mañana, estábamos pendientes de lo que ocurriría. Los tranvías no circularon, y a partir de ese momento, todos supimos que algunas cosas iban a cambiar. La huelga fue un éxito, todo el mundo paró, el puerto, las fábricas, los comercios. Las calles estaban desiertas. El día siguiente el paro se extendió a las ciudades periféricas. Los alemanes habían sido cogidos por sorpresa.

A partir de ese momento abandonaron su

actitud cortés, se quitaron la careta y enseñaron su verdadero rostro. Comenzaron a disparar sobre los grupos de huelguistas: nueve murieron y centenares fueron heridos y arrestados. El 13 de marzo, tres de los huelguistas de febrero y quince miembros de la resistencia fueron fusilados, primeras sentencias de muerte que provocaron una honda emoción en la población holandesa. A partir de ese instante, los que colaboraban con la ocupación se lo pensaron y muchos holandeses entraron en las redes de resistencia contra el invasor, aluvión de incorporaciones que sin duda escondían también a algunos traidores. Tuvimos que esmerar las medidas de seguridad, pero a pesar de los filtros, de vez en cuando caían algunas de las células creadas.

Esa cara brutal comenzó a golpear a la sociedad holandesa a medida que se producía la detención del avance alemán en Rusia, ya bien entrado 1942. En los Países Bajos, el ejército ocupante dejó sentir con más fuerza sus garras y sus botas, dominando instituciones y organismos sociales, intensificando su propaganda e introduciendo medidas de control, como un documento de identificación personal. En seguida nos pusimos a falsificar esas cartas que debía llevar cada ciudadano holandés de más de catorce años, con una fotografía y una huella

digital. No era fácil esconderse en un país tan poblado, donde no había muchos todavía que ofrecieran ayuda para ocultar a los resistentes. Era necesario tener una documentación que superara los controles y de la que nadie pudiera sospechar.

Tras perder Stalingrado en el 43, las dificultades que atravesaban los alemanes en Rusia, junto con la supremacía aliada del aire —las ciudades alemanas sufrían ya fuertes bombardeos—, hicieron a los nazis buscar trabajadores forzados de los países ocupados para sustituir a todos los hombres útiles, que fueron movilizados para combatir en el este. Cualquier hombre entre dieciocho y treinta y cinco años podía ser parado en plena calle y no volver ya a su casa. Miles de hombres en esta situación se escondieron o entraron en las redes de resistencia. Los alemanes tuvieron que recurrir cada vez más a la violencia. Era una escalada macabra y terrible que trajo más dolor y sufrimiento, más desde que se anunció que los trescientos mil soldados holandeses que habían sido liberados en 1940 serían enviados a Alemania como trabajadores. Las huelgas, que comenzaron en la región oeste, se propagaron rápidamente a través del país.

En un primer momento solo salieron cincuenta y cuatro mil trabajadores en lugar de los ciento setenta mil esperados. En 1944, se anunció una medida radical: podían ser

deportados los hombres entre dieciséis y sesenta años. En total quinientos mil holandeses, un tercio de todos los aptos, acabaron trabajando en Alemania bajo diferentes condiciones.

Los alemanes habían imaginado toda suerte de documentos oficiales para tener a los holandeses controlados y temerosos, hasta el punto de que no debían olvidarse ninguno antes de salir a la calle: el documento de identidad, las exenciones de trabajo forzado, los permisos para circular en bicicleta, el racionamiento... papeles que eran indispensables para los que trabajaban en la clandestinidad y los resistentes. En los primeros años de guerra habían tenido lugar las primeras tentativas de fabricar documentos falsos de identidad, simplemente blanqueando los nombres y modificando la «J» de los judíos con una pluma del mismo color. Tuvimos que mejorar las técnicas poco a poco. Organizados y eficaces, los holandeses de la resistencia crearon una oficina central para los documentos de identidad en 1942, una organización formidable, la más grande del país, para la fabricación de papeles falsos. Tenía nombre rimbombante, la Organización Nacional para la Ayuda a las Personas de la Clandestinidad.

El brazo de madera con bisagra y cobertura de cobre fue uno de los mejores

inventos para falsificar que perfeccionamos a lo largo de los meses. Sobre cada documento, que llevaba una foto y una huella digital, se imprimía un sello de la municipalidad estampado sobre la mitad de la fotografía. La cubierta de cobre se empleaba para desprender el sello con el vapor de la acetona sin deteriorarlo. Un brazo con una bisagra permitía reemplazar el sello exactamente en el mismo sitio, con la fotografía sustituida sobre la cual se ponía un sello transparente con una cola especial.

Pero por más que nuestros documentos falsos fueran muy buenos, no ofrecían una protección fiable si la información que llevaban no coincidía con la que figuraba en los archivos de la Administración. Así que planeamos un golpe contra los registros, una de las primeras acciones de la resistencia, y ahí impuse mi experiencia militar para participar. En la noche del 27 de marzo de 1943, entramos en los registros centrales de Ámsterdam tras deshacernos de la vigilancia. Después de apoderarnos de sellos y placas, de papeles y membretes, prendimos fuego a los archivos en una acción llevada a cabo con rapidez y limpieza.

Fue la antesala de la creación de grupos armados de la clandestinidad. Se daban pequeños golpes que mantenían en alto nuestra moral y combatividad. Los alemanes

tomaron nota del daño y de la ampliación de tácticas. Con ayuda de holandeses infiltrados intentaron desmantelar nuestras redes, utilizando a menudo para ello a los resistentes que habían sido detenidos. Éramos conscientes de lo que significaba una caída: tarde o temprano, la muerte, y había que estar preparado para ella. El considerado traidor era liquidado de inmediato y sin contemplaciones.

A pesar de las objeciones morales, la mayoría de los resistentes consideraban estos ajusticiamientos como una necesidad absoluta. La guerra total llamaba a la resistencia total. Esa fragilidad de la vida, que en cualquier momento podía perderse, convertía mi amor por Giselle en el más fuerte asidero, la única manera de soportar las tensiones en aquellos tiempos de resistencia y desesperación. Nos amábamos cuando podíamos, sobre todo de día. Giselle temía por la familia de su hermana, que vivía en un pequeño pueblo del sur, pero no se había decidido a salir de Ámsterdam por mí. La vida se convertía en incierta cuando nos separábamos, los dos lo sentíamos. Por eso quizá nuestros encuentros eran insuperables, sabedores los dos de que cualquiera podría ser el último.

Miles de holandeses habían sido detenidos por su actividad en la resistencia: una décima parte ejecutada y el resto, enviada a los campos de concentración. Eso, aunque

siempre estaba flotando encima de nuestra cabeza, amenaza casi tangible, ni se pensaba ni se decía nunca. Además de participar en asaltos y acciones armadas, mi labor consistía, junto con otros miembros de la resistencia —impresores, grabadores, escultores, artistas— en las falsificaciones que necesitábamos y que necesitaban sobre todo muchos judíos amenazados.

Radio Orange seguía vertebrando la resistencia al invasor, a pesar de que el ocupante había prohibido y decomisado los aparatos. Era igual, se oía clandestinamente gracias a los que se habían podido ocultar. Y no solo eso: la guerra de propaganda entre los aliados y los invasores subió de tono. En ambos casos, la «V» de la victoria se convirtió en un símbolo. Todos los grupos de la resistencia llamamos a boicotear los cines, con sus películas políticas y propagandísticas, así como los intentos de propagar el nacionalsocialismo en las escuelas, los sindicatos y las iglesias. Eso hacía que tanto los alemanes como sus aliados del NSB perdieran a veces los nervios.

Su siguiente jugada estuvo dirigida, una vez más, contra los judíos. Intentaron, y en gran medida consiguieron, aislar a los hebreos del resto de la población. Por último, comenzaron las deportaciones a los campos de exterminio, que no conocíamos, aunque no

augurábamos nada bueno a los miles de evacuados. Más de cien mil de los ciento cuarenta mil judíos holandeses no sobrevivieron. La falta de alimentos aumentaba y cada vez más productos se entregaban a cambio de bonos. Las ruedas de madera y las de los patinetes se convirtieron en alternativas a las ruedas de caucho inflables de las bicicletas.

Mientras se desgranaban los días, yo intentaba combatir el mayor peligro de la resistencia clandestina, sobre todo en la ciudad: la rutina y el aburrimiento. Para pasar el tiempo y además sentirse útiles, muchos fabricaban objetos que estaban destinados a ser vendidos y cuyo beneficio se destinaba a ayudar a la resistencia. Además, estos objetos tenían una función propagandística, como unos alfileres con la efigie de varios miembros de la familia real. Eso me repugnaba.

Así que el tiempo que no dedicaba a la falsificación de documentos o a escuchar la radio británica, lo empleaba dedicándome a mi vieja pasión, la pintura. Primero pinté paisajes de Ámsterdam sobre viejas tablas, algunas no muy adecuadas. Luego me preparé yo mismo los lienzos con viejas arpilleras y telas a las que daba una capa de albayalde. Fue Giselle el modelo que más reproduje. Tomaba apuntes con lápiz cuando iba a verme. En ocasiones se quedaba la noche conmigo, pasado el toque de

queda, y entonces yo, a la luz de las velas y con las contraventanas cerradas, la dibujaba mientras ella me dejaba hacer, divertida y cómplice. No hablaba mucho, pero aprendí a quererla como se hace en esas ocasiones en las que la muerte puede estar esperando al día siguiente, apurando los minutos, los momentos, gozando no solo de su cuerpo, sino de su mirada, del roce de sus dedos, de sus silencios, de sus ausencias.

Más tarde, comencé a sacar cada noche la tabla de El Bosco, que por un misterioso azar —aún creía en las casualidades— había caído en mis manos. Yo era su guardián y me dedicaba a su conservación y a mantenerla fuera del alcance del enemigo. Pero también había un íntimo deleite en tener aquella tabla cerca, en desplegar ante mí el fascinante cuadro. Allí me quedaba extasiado, dejando vagar la vista por sus detalles, aprendiéndomelos de memoria. Aunque conservaba el espejo negro que me había regalado Mainger, no veía entonces la necesidad de usarlo. Mi mente estaba ocupada en otras cosas y no ansiaba liberación, ni mitigación de angustia. Otra razón existía además, y no era otra que, pasara lo que pasara, pudiera recordar con certeza todos los detalles, no solo la disposición del conjunto, sino cada uno de los centímetros cuadrados de la tabla, y utilizar el espejo negro iba sin duda

a socavar esos recuerdos, esas impresiones, nítidas y exactas, que yo guardaba, como delicadas gemas, en el interior de mi cerebro.

Poco a poco, en las horas muertas, sacaba mi copia aún inacabada y la comparaba con el original. Por fin, un día lo intenté. Bien pensado, aquello no tenía sentido. El que los alemanes me capturaran y se apropiaran de la tabla y de la copia podía acarrear una desgracia de contornos indefinidos. Pero había algo más fuerte que me incitaba, que borraba la idea de los posibles peligros que aquello pudiera ocasionarme. Así que abrí las cajas de pintura, la paleta y reanudé el trabajo con meticulosidad. Paciencia y tiempo me sobraban. Reproduje todo, sin atender los consejos de Mainger de obviar ciertos detalles. Por momentos, en el vientre de aquella ballena de la buhardilla me sentí el propio maestro en su gabinete de trabajo en s'Hertogenbosch. En el atardecer y la penumbra, las criaturas del cuadro se animaban con fuerza interna. Yo solo tenía que mirar. Y miraba.

*

Pintar al hombre en movimiento, pintar a los seres en alguna actividad, en

su actividad perpetua; interceptar una mirada, inmovilizar un gesto, para dejarlos animados para siempre, como en un carrusel constante, siempre repitiendo una acción. Multiplicación es igual a imperfección, es preciso llegar a la inmovilidad absoluta, parar la respiración del mundo, grado de iniciación, cuando toda la actividad frenética de nuestra vida se concentra en un punto; la aspiración de los eremitas, de los ermitaños, la armonía con la creación y sus criaturas, el vestir el papel reservado para cada uno en el ciclo de la evolución universal y permanente. Hay que pasar para ello por todos los estratos, por todos los animales que nos pueblan y habitan.

Por eso, representar los motivos centrales del cuadro con los arcanos mayores, y sobre estos, moviéndose alrededor, sobre el mundo, los arcanos

menores, símbolos del hombre y su actividad cotidiana. Recorrer un camino, el propio, siempre el propio, desde el primer loco hasta el mundo final, peregrino ritual, siempre caminando y en movimiento hacia la conciencia superior, hacia la conciencia profunda. Utilizar para ello los símbolos, las imágenes, para que el sendero recorrido y señalado perdure. Símbolos en sí de todo y de nada; símbolos de sí mismos. Metáforas reconocidas por quien realmente haya bajado a los infiernos y visto esos demonios interiores, por quien haya recorrido un camino que desde la angustia lleva al sutil sarcasmo sobre las ataduras materiales que fijan al hombre a la tierra, los suaves y a la vez tenaces hilos que enredan y dificultan la elevación espiritual. Símbolos que pasaron por mi sangre, se formaron no solo en mi mente, sino con los latidos de todas mis células; fue en realidad mi cuerpo quien los alumbró, quien

me proporcionó una información sin igual sobre ese mundo inferior en el que el deseo es el peor tirano y el ego un inevitable compañero de viaje, aventura vital de todos los humanos. Símbolos ambiguos, como la naturaleza humana. El sentido último del cuadro es uno mismo, soy el mismo que todos los hombres: un símbolo de la humanidad, con sus pasiones, con sus angustias, con sus creencias, con sus necesidades.

Conocerse, reconocerse, para superarse: el único mensaje.

*

Una semana antes de mi detención, como si obedeciera a un oscuro presagio —había soñado con un rebaño de ovejas perseguidas por extraños perros pastores que se convertían en sanguinarios lobos—, escondí los dos cuadros en un baúl, perfectamente protegidos, y junto al espejo negro y algunas

pertenencias, lo oculté en la buhardilla de la casa donde me alojaba. Pensaba en la manera de sacarlos de allí y depositarlos en un sitio seguro cuando ocurrió lo que mi sueño anunciaba.

Nos sorprendieron trabajando en las falsificaciones, en uno de los pequeños y clandestinos talleres que teníamos en el barrio del Jordaan. Un tropel de SS y miembros holandeses del NSB habían rodeado el edificio. Sabían bien lo que hacían, estaban bien informados. Cuando nos percatamos de la situación, empezamos a destruir las fotos y los documentos auténticos, pero no tuvimos mucho tiempo. No habían pasado ni cinco minutos cuando derribaron la puerta. Yo quise enfrentarme a ellos con la pistola, temiendo la tortura, pero un culatazo me dejó por tierra. A rastras, golpeándonos en el trayecto, nos llevaron al cuartel general. Éramos tres hombres y una mujer, a los que afortunadamente yo solo conocía por el nombre de guerra, precauciones inherentes a lo clandestino. Me hubiera suicidado con una cápsula de veneno de haber podido, pero ya estaba en sus garras. Mi pensamiento se centró en Giselle. No podía delatarla y su amor me blindaba frente a los suplicios que me aplicaron. Aquellos monstruos se empleaban a fondo. Primero fueron brutales palizas, en las que afortunadamente mi cuerpo se desmayaba

para evitarme sufrimiento. El recuerdo de anteriores *shocks* hacía que mi cerebro hubiera encontrado la forma de desconectarme, no sin riesgo, pues cada vez que me volvía la conciencia, además de sentir los impactos de los golpes en mi cuerpo machacado, sentía cómo la vida me abandonaba.

En uno de aquellos interrogatorios ya no volvería a mi ser, solución última, liberación que anhelaba, pensando que ya no vería más a Giselle, pero feliz por haber conocido el amor; siempre hay que morir con alguna esperanza. Ya veía el final, la manera de salir de aquellos infiernos, el cielo donde escaparía de esos demonios que torturaban mi cuerpo. Cuando quedara inerte, me fundiría en la nada o ascendería hacia comarcas celestiales, sin dolor ni angustia, sereno para siempre.

Fue una de mis primeras experiencias místicas, lo cual no estaba nada mal para un libertario que no creía en Dios ni en el más allá. Pero Dios, o la vida, no me tenían reservado en aquel momento el ingreso en las regiones etéreas, sino en su espejo negro aquí en la tierra.

CAPÍTULO VI

JASÓN/JONÁS

Tripulantes, este libro que no tiene más que cuatro capítulos, cuatro hitos, es uno de los cordeles menores en la firme amarra de las Sagradas Escrituras. Y sin embargo, ¡qué profundidades del alma sondea la profunda plomada de Jonás! ¡Qué lección tan importante constituye para nosotros este profeta! ¡Qué cosa tan digna aquellos

cánticos en el vientre de la ballena! ¡Cómo ondula y qué magníficamente estrepitoso! Sentimos que nos pasan por encima las ondas, recalamos en él hasta el fondo cenagoso de las aguas; nos rodean las algas y el limo del fondo del mar.

Herman Melville,

Moby Dick.

L

a inauguración de la muestra de Himiko

tendría lugar en una galería alternativa, nave de ladrillos vistos y paredes blancas, luces altas, colas de neón: espacio novedoso en el Dos de Mayo, un barrio atípico de Madrid para los negocios de arte. Allí tenía la cita. Resultaba curioso que, años atrás, en aquel local se situara La Bodega de Corto Maltés —nombre de uno de sus héroes favoritos—, un lugar que Javier Carreño había frecuentado antes de que cambiara de nombre y él perdiera el interés en el nuevo garito.

En aquel reducto creativo, diseminadas por paredes, huecos y vanos, se desplegaban las propuestas y las instalaciones de Himiko. La primera que vio al entrar se llamaba *Shunga: la retroalimentación del círculo vicioso*, y tenía algo de perverso, un montaje con televisores que emitían películas eróticas, ordenadores y cámaras en circuito cerrado, sacando sus propias imágenes, los objetos—sujetos devorándose a sí mismos. Las películas eran animaciones de un curioso arte erótico, el *shunga*, creado en Japón desde comienzo del XVI, que exaltaba lo pornográfico, exponiendo sin reservas el amor carnal.

Algunos cuadros exploraban y explotaban esa veta *shunga* —literalmente, «imagen de primavera»—, y otros estaban compuestos de golpes de color, mezcla de cómics, hiperrealismo, *collages*, perspectivas aéreas entre Magritte y Chagall, también El Bosco o

Brueghel; por momentos brillante, por momentos extraña. Destacaba un retrato de mujer con espejos en vez de ojos, colocado el espectador en unas marcas exactas en el suelo, el retrato devolvía la imagen del cuadro con su propia mirada, reflejo inquietante. En una instalación horizontal, un espejo se alojaba en el pubis desnudo de una mujer tumbada. Si se miraba desde la posición adecuada, el ojo se quedaba prendido en aquellas caderas femeninas, donde asomaba. Un sexo—ojo que sugería muchas cosas.

Le extrañó una composición pictórica en un panel, una pintura, como un espejo roto, que reproducía fragmentos de un cuadro que parecía de El Bosco. De hecho, se titulaba *El espejo de El Bosco/Bosque.* Los detalles, finamente pintados, recreaban un mundo marino, de barcos y extraños animales, y también la figura de un eremita, todo detrás de unas raíces que dificultaban la visión, las ramas del bosque.

«Habilidoso», pensó Javier, que echó una mirada en rededor para encontrar a la artista. No conocía a ninguna de las personas que contemplaban los cuadros y los montajes donde se alternaban espejos, cámaras, luces y figuras recortadas. Hacía más de quince días que no veía a Himiko. La culpa la había tenido, entre otras cosas, un viaje a Lisboa, al Museo Nacional de Arte Antigua, donde había

negociado con el director portugués la cesión de *Las tentaciones de San Antonio.* Para conseguir aquella obra, considerada una de las referencias del museo, Antonio Vasconcelos le había pedido la cesión de otro tríptico del Prado, como *La adoración de los Magos* o la tabla homónima para una exposición temporal un par de años antes que la del Prado.

—Todos preparamos el 2016. No podemos competir con vosotros, pero ya hemos hecho exposiciones especiales, como los *Confrontos* o comparaciones, que hicimos con el *Tríptico del Juicio final* del taller de El Bosco y el de las *Tribulaciones de Job*, de un discípulo, ambos del museo Groninge, de Brujas. Precisamente el año del quinto centenario de la muerte de El Bosco publicaremos el resultado de una serie de exámenes científicos del equipo del proyecto internacional *Bosch Research & Conservation Projet.* En nuestro caso, el tríptico está lleno de arrepentimientos, algunos se pueden ver a simple vista. Sería muy interesante ver lo que hay pintado debajo.

Eran peticiones no desmesuradas, pero que requerían la aprobación del director del Prado. Al menos, había disfrutado de aquel viaje a aquella ciudad blanca y mágica que desde siempre le había fascinado. Se alojó en As janelas verdes, un hotel al lado del museo, y en aquellos dos días visitó sus sitios favoritos, algunas librerías del Chiado como la

de Artes y Letras, frente a la iglesia de San Jorge —con su sillón de barbero y sus máscaras africanas— y el cementerio de los placeres. Solo a los portugueses se les podía ocurrir llamar así a un cementerio.

Cuando regresó del viaje, que iba a contar en seguida a Himiko, se encontró con que la pintora había interrumpido su copia de *El jardín* en el Prado sin previo aviso, lo cual no dejaba de intrigarlo. Tampoco respondió a sus llamadas y mensajes. Había preguntado, sin obtener ningún dato, al encargado del material que los copistas guardaban en una pequeña sala, cerca del taller de restauración.

Mientras esperaba que en algún momento diera señales de vida, fueron pasando las jornadas, enredado en aquel informe maldito, aquel plan esbozado a medias y que tenía que presentar en la próxima reunión del Patronato, antes del viaje a Venecia, donde lo esperaba la negociación con los responsables de la colección de pintura del Palacio Ducal. De hecho, debía haberse quedado a trabajar en su casa, en vez de acudir expectante a la llamada. Como diría su ex amante Raquel, más que un típico tauro, parecía un diletante, exigente y caprichoso virgo.

Aquella desaparición de escena intrigaba a Javier Carreño. No sabía las razones de Himiko y el comisario suponía que en algún momento

reaparecería con una explicación lógica. Era una incógnita más de una mujer encantadora y atractiva que claramente lo atraía, imán femenino que movilizaba un interés erótico que creía adormecido.

Y de pronto había sucedido. Un mensaje en el contestador avisando de la exposición, lugar, fecha y hora, había resuelto, de momento, una inquietante perspectiva: que no volviera a verla. Por eso se había presentado allí y la buscaba entre la fauna local.

Tan interesante como las propuestas de la creadora era la variopinta reacción del público, visión a la que se entregaba sin recato cuando una joven, vestida con un traje ceñido, hecho de espejos rectangulares, mezcla de armadura medieval y futurista, llegó hasta él. La figura, maquillaje en claroscuro, luna menguante, llevaba una linterna en la cabeza, una luz en el pecho, una cámara en una mano y un espejo redondo en la otra. Cuando se fijó, descubrió que era Himiko, ejecutando una *performance* audiovisual, complemento de la obra expuesta. La mujer de fuego se había transformado en la mujer de los espejos: luces y lentes, luz rebotada.

«Buenas tetas y buen culo, el vestido como un guante», pensó Javier mientras la miraba con intención, la libido asomando a los ojos, hasta que se percató de que su imagen estaba

siendo proyectada en una enorme pantalla plana desplegada en el fondo. «Vaya, detrás de una mujer que me gusta, siempre hay una cámara», pensó.

—Todos estamos llenos de reflejos. Unos son amables, nos gustan, y otros son oscuros, desagradables, los aborrecemos —le decía Himiko, misteriosa, al oído—. Fluctuamos entre la máscara y la sombra, sin desprendernos de una ni comprender la otra. Siempre proyectamos nuestras limitaciones, nuestros engaños, sobre lo que se nos muestra. Y siempre hay algo detrás que se nos escapa. Lo más oculto se encuentra en lo más evidente.

Sonreía Himiko mientras se alejaba con la cámara. Javier se sintió incómodo. Al rato, tras varias pasadas entre los grupos, la pantalla plana dejó de enseñar reacciones y reflejos más o menos espontáneos y la joven creadora emergió hasta él, vestida con la armadura reflectante, pero sin sus artilugios audiovisuales, cosa que Javier agradeció. Había una faceta exhibicionista, ególatra, en el arte contemporáneo que le molestaba íntimamente. Le hubiera gustado ser menos rígido, pero qué le iba a hacer, en eso era de la vieja escuela.

—Hola. Me alegro de que estés aquí. Más sabiendo que esto no es lo tuyo —lo saludó Himiko con un beso.

—¿Y por qué no? —mintió él—. El arte es para todos. ¿O no es ese el mensaje de la cámara? Todo puede ser objeto de transformación, hasta el acto de una inauguración...

—Correcto, te sabes el manual. Pero además me alegro de verte porque quiero hablar contigo.

—Ya estamos hablando.

—Espera, tengo que saludar a unas personas y después soy toda tuya.

—Qué más quisiera yo —suspiró Javier ante la sonrisa de la pintora, a la que fue siguiendo con la mirada. Lo mordió un aguijón de celos cuando vio cómo era recibida, sobre todo por el público masculino del grupo que la saludó. Era evidente que cautivaba. Tenía algo fresco, una sensualidad que desprendía a su pesar, que se manifestaba en simpatía, desparpajo y gracia, los ojitos, pequeños, brillando con mucha vida. Era deseable y deseada. Mujer inquieta, difícil de conseguir, fácil enamorarse de ella. Una ruina.

Decidió seguir curioseando, mirando las obras con distancia y perspectiva, atento al desmarque de Himiko. Este se produjo pasados diez minutos. Casi de improviso llegó hasta él.

—No te he presentado porque luego todo

se dispersa, nos enrollamos y lo que quería es verte un rato. Te preguntarás por qué no he ido por el museo desde hace tantos días. Y por qué no he contestado a las llamadas y a los mensajes.

—Bueno, me había acostumbrado a los ritos diarios. En seguida se engancha uno a lo bueno. ¿Cómo estás? ¿Cómo está tu abuelo, el gran Jerónimo?

—Bien, gracias... Pues de eso se trata. Aparte de la vista, que cada vez la tiene peor —padece una degeneración macular, de momento leve—, mi abuelo cogió una pulmonía y tuve que internarlo en el hospital. Espero que se le quite su manía de andar siempre por ahí, a pecho descubierto, con las ventanas abiertas, pero ya se sabe, genio y figura... Dice que se acostumbró en Venezuela y aquí, a poco que me descuide, deja las ventanas de par en par y el viento se lleva mis dibujos y mis papeles de la mesa. Y además, no quiere tomarse antibióticos ni medicamentos. Después de una semana con suero, ya de vuelta a casa, está a base de zumos vegetales, de remedios de frutas y hierbas que me manda comprar y que luego él se prepara.

—Así que lo has estado cuidando.

—Bueno, y después la preparación de la exposición me ha absorbido. No daba abasto.

Siempre pensaba contestarte en seguida, pero entre una cosa y otra... Hoy estoy alegre. Estás aquí, presencia que me agrada, y mi abuelo ha mejorado notablemente. En una semana estará como nuevo. Anda muy contento. Creo que lo que más lo ha curado ha sido una noticia sorprendente y emocionante. De eso quería que hablásemos. Pero no aquí. ¿Puedes mañana mismo?

—Tengo una cena importante, con el director del museo y el presidente del Patronato. De hecho, debería estar en casa, preparando mi informe.

—Para eso también te servirá. Es algo que jamás sospecharías y tiene que ver con El Bosco. Pasa antes de la cena... Mi abuelo tiene una historia que contarte que te interesará mucho.

—¿Qué historia? Ya veo que también recreas su mundo en uno de tus montajes, muy ingenioso...

—Caliente, caliente. Pero tengo prisa, tengo prisa. —Se alejaba—. Mañana, mañana...

Tenía que reconocerlo: aquella mujer lo excitaba, le sacaba el instinto animal de intentar la cópula, la coyunda, el yacer juntos en una misma cama, ebrios de amor y fluidos. Aunque la diferencia de edad era importante, lo era aún más la brecha de la modernidad.

Himiko, aquella criatura delicada, era de una generación donde la moda y la imagen eran importantes. Tenía una peculiar forma de vestirse, con vestidos atrevidos, faldas cortas, medias de colores y tacones que no la hacían particularmente erótica, pero sí vistosa, sofisticada, lo que en el fondo era un seguro, una funda donde esconder su cuerpo y su más que cierta y ardiente sensualidad. Javier se imaginaba poderla desnudar como si fuera un regalo, y quitarle aquellos celofanes que la envolvían. Le hubiera gustado decirle lo importante que era su piel para él, y si acaso, como en alguna fantasía oriental, llegar a dibujar sobre su cuerpo y espalda aquellas letras japonesas, aquellos ideogramas, que él acariciaría siguiendo su curso y luego lamería, hasta encenderla. Fina porcelana, por las líneas y la suavidad, cutis invitador; Javier pensaba que Himiko debía de saber el poder que atesoraba en su cuerpo, entre sus caderas y en la armonía de su rostro. Pero Himiko, como si fuera consciente de esa atracción magnética, parecía mantenerse siempre a una mínima distancia de seguridad, huidiza como gacela leve, siempre al alcance y siempre inalcanzable. Eterna pasión del cazador, la pieza imposible. ¿O no?

*

Septiembre de 1504

El *schout*, la máxima autoridad del municipio, le había hecho saber que el gran duque de Borgoña pasaría por el Bosque Ducal y se detendría ante su taller. Monseñor Felipe, llamado el Hermoso, que ya había conocido al pintor diez años antes, deseaba saludar al maestro y hacerle un encargo. Aleyt había dispuesto todo: la casa limpia a conciencia; blancos bordados y paños; las tablas enceradas del piso reluciendo como nuevas; los conjuntos florales que perfumaban el ambiente con un delicado aroma natural, desbordando jarrones y macetas; también refulgían los candelabros de plata. Había cambiado las sillas y encargado a las cocineras pastelitos dulces y salados, a la moda francesa, y deliciosas infusiones, así como vinos importados.

—¿El emisario de monseñor no dijo qué tipo de encargo piensa hacerme?

—No precisó.

—¿Vendrá con séquito?

Jeroen recordaba la primera vez que había visto a Felipe el Hermoso, en la ceremonia del Toisón de Oro, cuando había sido nombrado y armado caballero, en 1481. Allí había visto a

nobles, príncipes y prelados, cada cual más afectado de importancia.

—No lo sé, ni tampoco si vendrá con su mujer, la gran duquesa, la castellana. No habla bien nuestra lengua. Dicen que es joven y guapa y que le sigue a todas partes, a dondequiera que vaya, a pesar de que tiene los hijos en Malinas, que es donde debería estar —contestó su mujer con envidia de la maternidad.

—Ha resultado muy fogosa la nueva reina de Castilla. Desde que llegó, Felipe y ella se han consumido largamente en la llama del amor... Son jóvenes...

—Parece que monseñor ha estado a punto de quemarse. Dicen que se vino antes de Castilla no por la frialdad de los castellanos, sino por la fogosidad de su mujer. Es pájaro de muchos nidos, no le gusta estar sujeto, por más pasión que le inflame la gran duquesa.

—Pues tendrá que conformarse con esa pasión que le ha dado el trono de Castilla.

—Jeroen, ¿pondrás un poco de orden en este taller?

—Monseñor viene a visitar a un pintor, y los talleres son así, son lugares de trabajo. No puede estar inmaculado. Tiene que oler a pintura. Le reservaremos un sitio para que mire las tablas que tengo pintadas, allí; al

lado, le podemos ofrecer el refrigerio. Di a los sirvientes que limpien el suelo, pero que no muevan un cuadro sin estar yo presente y que no se acerquen a las pinturas.

—Hoy he visto a la condesa Sforza, la mujer del emperador. Mientras él, con su hijo, se aloja en el monasterio de los dominicos, ella con sus damas de compañía lo hace aquí al lado, en la casa de Lodewijk Beys, el áureo caballero de Jerusalén. Es muy elegante.

—Sí, la he visto en la recepción que le dio el Ayuntamiento. Por cierto, un vino exquisito. Deberías enterarte de dónde lo han comprado.

La visita resultó más sencilla de lo que cabría suponer. Felipe, un hombre vestido a la última moda —tafetán de colores, finos terciopelos y delicadas hechuras— pero con un halo varonil, apuesto, llegó a la casa de Hieronymus y fue recibido por este en la puerta e invitado a pasar al interior. En la galería, donde estaban expuestos algunos cuadros y tablas de su taller, el maestro le presentó a Aleyt, su mujer, que ordenó servir las *delicatessen* —pasteles de anguila, salmón y carne, quesos— bajo su afanosa mirada. Felipe bebió vino francés y comió para no desairar a sus anfitriones. Pasadas las formalidades, Felipe se dirigió directamente a Hieronymus.

—Maestro pintor, quisiera encargaros un cuadro. No es justo que mi hermana Margarita y mi padre Maximiliano tengan cuadros suyos, que los tenga mi suegra Isabel de Castilla, y no los tenga yo. He venido a encargaros un gran tríptico.

—Y ¿de qué tipo, monseñor?

—Me gustan vuestros juicios finales. Tenéis una imaginación portentosa para imaginaros el infierno, más que el cielo. Son edificantes, a la vez que... un poco turbadores. Parecéis conocer bien la naturaleza humana, maestro Hieronymus.

Quiero que sea una buena tabla. No quiero apresuraros, pero, ¿en cuánto podría estar lista?

—Monseñor, me pondré a ello mañana mismo. Tengo unos bocetos de Juicio Final que puedo mostraros y si los consideráis apropiados, puede estar hecho en menos de un año.

—Vuestros cuadros, maestro, siempre tienen mensajes, un bosque de símbolos como el nombre de esta ciudad, no todos están preparados para interpretarlos. Son elevados... como vuestros precios.

—Lo que vale, monseñor, lo dejo a vuestra discreción.

—Creo que treinta y seis libras es una

suma aceptable para esa tabla que será un cuadro de primer orden. Ordenaré a Longin, el tesorero, que os lo pague, para que os pongáis de inmediato a la tarea. Y también deseo compraros el cuadro de *Las tentaciones de San Antonio* que tenéis en la galería. Será un regalo a mi padre, el emperador Maximiliano, que está en la ciudad con su esposa, Bianca Sforza.

—Excelente elección. Para vuestro padre, el tríptico sobre las tentaciones es elegante... y oportuno.

*

—Le agradezco que haya venido a cenar. Sé lo ocupado que está.

—Por favor, vamos a tutearnos. En realidad no puedo quedarme. Le he dicho a Himiko que iba a pasar un momento. Tengo una cena importante con el presidente del Patronato, cuestión de trabajo, y debería ir a ella concentrado. Pero me intrigó lo que me dijo.

Sin ser más explícito, el tono de sus palabras era «espero que mi esfuerzo merezca la pena». Jerónimo —con algún suspense, acercándose la botella y la copa a la cara— le sirvió un vino.

—Un buen Ribera del Duero, menos no merecemos. El médico me dice que una copita puedo tomar. Y aunque no lo dijera. ¡Si a estas alturas hago caso a los médicos, apañado andaría! Tal vez lo que te voy a contar te compense. Aunque nunca se sabe. Puede que la mejor recompensa sean esos magníficos platos que ha preparado Himiko.

—Los serviré, más que para acompañar el vino, para acompañar tu impresión. Con comida y bebida estas cosas entran mejor —reía Himiko ante el desconcierto de Javier.

—¿Qué impresión? —se aventuró por fin a decir el experto en pintura medieval.

—Aunque vayas a una cena, pica antes. Nunca se sabe en los restaurantes de moda, con esos platos de la *nouvelle cuisine*, tan llenos de nombres floridos como faltos de fundamento. He hecho varios platos con setas leonesas y japonesas, arroz a los estilos montañés y de Kioto y un *sushi* con cecina de León. El plato de mi vida. Cocina fusión. Si sobrevives a eso, lo de mi abuelo es pan comido.

Las risas del invitado se cortaron de cuajo con la intervención de Jerónimo.

—Hace muchos años pinté una copia de un cuadro de El Bosco que se creía desaparecido.

El estupor se adueñó de Javier Carreño. El

silencio se hizo tenso.

—¿Cómo? Quiero decir, ¿cuál?

—*Jonás y la ballena.*

—¿Cómo?

—Pregunta repetida —apuntó Himiko ante la feroz mirada de Javier—. Perdona.

—*Jonás y la ballena*, una tabla muy poco conocida del maestro flamenco. Según lo que he podido saber después, era un tríptico que en 1521 tenía en su palacio de Venecia el cardenal Grimani, famoso por su humanismo, su colección de pinturas y su mecenazgo con pintores y escultores. Una figura del Renacimiento. A pesar de mis viejas creencias libertarias, he de reconocer que hubo personas desde el alto clero y la aristocracia que impulsaron el resurgir de las artes. Aunque para ello emplearan lo que le habían sacado al pueblo. Otros tiempos.

—¿Y dónde está ese cuadro? ¿Cómo sabes esas cosas? ¿Y cómo que pintaste? —se agolpaban las preguntas en su boca, se disparaban en su mente.

—Vayamos por partes. Es una larga historia. De esto hace ya setenta años.

Himiko miraba a Javier, entre curiosa y divertida, en una actitud que, finalmente, relajó al experto en arte medieval. Adivinaba que detrás de ese rostro, la mente de Carreño

pensaba en palabras como demencia senil o algo parecido. El comisario intentaba pensar rápido, bucear en sus conocimientos. Ese cuadro lo citaba entre las obras desaparecidas Mia Cinotti, una experta en El Bosco de los años 70. La referencia estaba extraída del libro de un italiano de principios del siglo XVI, Marco Michiel.

—Sigue, por favor, soy todo oídos. No sé dónde demonios nos conducirá esto, pero entro en el carrusel. Soy todo tuyo, empleando una frase favorita de tu nieta.

—Me encargaron la copia de un cuadro. La fecha, marzo de 1940, y el lugar, Ámsterdam. El cuadro era la tabla central de un tríptico de El Bosco, *Jonás y la ballena.* Estaba en poder de un extraño empresario, marchante de arte, mercader de diamantes, con negocios diversos, al que conocí en París. Compró dos cuadros requisados, botín de la Guerra Civil, que sirvieron para que algunos compañeros pudieran embarcar hacia el exilio americano. Consiguió enredarme en su tela y llevarme a Ámsterdam, donde tenía una de sus mansiones y donde se hallaba el cuadro. Allí me proporcionó los materiales para pintar y la tabla de madera de roble.

»Según él, la tabla pertenecía a una familia de joyeros judíos de Múnich que se la habían hecho llegar hacía poco. La copia era para

sustituirla por el original y comprar vidas de los que no habían podido escapar de Alemania. Quería evitar que el cuadro pudiera perderse o destruirse en la gran tormenta que se avecinaba, pensaba que aquella tabla era demasiado importante: en ella estaba pintada un gran secreto alquímico.

—¿Qué secreto?

—Yo tampoco lo supe nunca, quizá la famosa fabricación de la piedra filosofal... Aunque por lo que he leído últimamente, quizá esa famosa transmutación de los metales no sea más que una forma de fusión fría. Los elementos que estaban representados, el níquel, el agua del mar, me lo hacen pensar así, es en lo que están afanándose ahora varios grupos de científicos... en fin... La Segunda Guerra Mundial no había hecho más que empezar, aún estaban los alemanes devorando Polonia. Algo había en el ambiente que presagiaba lo que iba a venir. Aquello no me cuadraba mucho, pero pagó muy bien y yo necesitaba dinero antes de emprender una nueva vida lejos de mi patria. Bueno, durante algún tiempo lo creí así, pero luego he de reconocer que me dejé envolver por el misterio del cuadro, la copia y otros elementos que no vienen al caso ahora.

—¿Y quién era ese magnate?

—Dijo llamarse Santiago Mainger, de

ascendencia checa o centroeuropea. Pero en realidad tengo la casi absoluta certeza de que aquel no era su verdadero nombre. Era un alquimista.

—Un momento. Como veo que va para largo, probaré tu cocina fusión. Tienes suerte: me encantan las setas.

Javier intentaba ser cauto, y no solo recomponerse, sino sobre todo ver la manera de escapar de la ratonera. Por eso se asía a la acción de comer, que lo ayudaba a pensar una salida airosa. Algo lo había puesto en guardia y era esa palabra: *alquimia.* Tenía que aparecer la alquimia. De inmediato se trasformó en un joven de veinte años atrás, al que fascinaban esos temas y que conversaba —y de paso se enamoraba— con una joven argentina llamada Verónica que acababa de conocer en un crucero surrealista por el delta del Tigre, en el río de la Plata. La conversación comenzó por los unicornios y derivó en la alquimia. Por eso, quizá, no hacía mucho había soñado con ella y con aquella breve e intensa época de Buenos Aires. Era una señal. Pero, ¿de qué? Tal vez de debilidad mental. Así que reaccionó. No valían la ironía ni la distancia. Había que coger al toro por los cuernos.

—Quizá para intentar explicarme muchas cosas, escribí mi relación con ese personaje y la tabla, paso a paso. Todo esto está escrito en

este cuaderno. Himiko ha hecho una copia. Léala con tranquilidad y luego pregúntame.

—Tengo muchas preguntas, y tengo que hacértelas ahora, no puedo esperar. Primero, ¿por qué me cuenta todo esto? ¿No te percatas de que es inverosímil? Hay asuntos con los que no se juega.

—Si eso te resulta inverosímil, entonces no sé qué puedes pensar si te digo que tal vez haya aparecido el cuadro. Vamos a ir a por él en un par de semanas, en cuanto me recupere del todo. Himiko ha estado buscando billetes para el viaje a Ámsterdam.

—¿Cómo que tal vez haya aparecido? ¿En Ámsterdam? ¿Y que os vais a por él? ¿Pero esto qué es? —Javier se dirigía a la pintora, como pidiendo ayuda.

—No le preguntes a ella. Esta es mi historia, y deberías sentirte agradecido por saberla. Puede que te sirva y saques partido. Tendrás que arriesgarte a creer lo que te digo. Tanto el original como la copia los escondí en una buhardilla de Ámsterdam cuando los alemanes invadieron Holanda. Creí durante muchos años que habían desaparecido, pero han vuelto a aparecer, aunque en otro lugar. Están esperando que vuelva a recoger lo que me tuve que separar por la guerra. Alguien las ha custodiado y me ha localizado, después de tantos años. Ya sé que parece increíble; le

podría decir que mi vida ha sido increíble, pero prefiero calificarla de muy intensa.

En otro viejo cualquiera una frase parecida hubiera resultado pretenciosa —«mi vida, sabe usted, es para contarla en un libro», había oído decir más de una vez a gente cuyas peripecias podrían caber en las pequeñas hojas de una libreta—; no en Jerónimo. Mientras Javier, afectado de una extraña gravedad, se quedaba callado, dudando de todo, el anarquista siguió.

—Pinté la copia sobre una tabla de una antigüedad parecida, supongo que un cuadro menor borrado especialmente para ello y con creta y colores especiales facilitados por Mainger. Esos colores estaban hechos de la misma manera que en el siglo XVI, como los que usaba El Bosco para pintar; no sé si a través de la dendrología podría detectarse la antigüedad de la madera o si los rayos X o ultravioleta pueden datar la antigüedad de los pigmentos. Lo peor que puede pasar es que la atribuyan a una copia, hecha por un discípulo o su propio taller, pero de altísimo valor. Y luego está el original, que guardé en el mismo sitio que la copia. Si aparece una, está la otra. Si fuera creyente, le diría que sería un milagro. Yo prefiero pensar en ciclos cumplidos y justicia poética.

La alarma se había disparado en el cerebro

de Javier Carreño. Por más que le atrajera El Bosco, lo esotérico no era su fuerte. Pensar que un alquimista le había podido dar a alguien óleos de colores parecidos a los de principios del siglo XVI para que pintara la copia de una tabla perdida se le antojaba un delirio imposible.

Sin saber por qué, le zumbó un recuerdo en la cabeza: el caso Han van Meegeren, un falsificador holandés que en plena Segunda Guerra Mundial vendió un cuadro de Vermeer, pintado por él al mismo Goering: *Cristo y la adúltera.* Cuando en 1945 los aliados descubrieron ese cuadro en una cueva, entre otros muchos de la colección del mariscal alemán, hicieron indagaciones y llegaron hasta el pintor que se lo vendió, Van Meegeren, un artista que no había tenido éxito y que además de enriquecerse, se burlaba así de la autoridad de los expertos y los mercaderes de arte. Había conseguido un método de envejecimiento rápido utilizando polvo de pinturas originales de la época, aplicación de formaldehído y tinta china disuelta en el fondo del croquelado del óleo seco, algo desconocido hasta aquel momento.

Van Meegeren, el autor de los falsos Vermeer, murió un año después en la cárcel, de un infarto, condenado a un año por falsificación de los cuadros del maestro holandés, es decir, por fraude, no por saqueo.

Había demostrado ante cinco testigos que era capaz de pintar un falso Vermeer. Y lo curioso en toda esta historia, lo que suponía un guiño del destino, era que Goering había pagado por esos cuadros con moneda falsificada.

Era asociación extraña, tal vez un aviso de su instinto de experto, como si planeara cerca la sombra del engaño. Llevaba un rato sintiéndose cada vez más incómodo ante Jerónimo e Himiko. Seguramente la chica estaría un poco como su abuelo, afectada de un extraño síndrome o enfermedad de la fabulación exagerada. El problema era cómo salir de aquel lío y volver a la normalidad, al control de la situación, a la sucesión ordenada de acontecimientos, a decidir tan solo el nombre de la película del cine o del libro que iba a leer.

—Veo que no te convenzo. Ahora mismo estás pensando si se me ha ido la cabeza.

Aquel viejo le estaba poniendo realmente nervioso.

—¿Adivinar el pensamiento de los demás es cuestión de familia o es algún tipo de deporte que practicáis en común? —replicó.

—Bueno, ya que lo dices parece ser que tenemos alguna habilidad premonitoria, por medio de los sueños. De hecho, es curioso que el día que viniste con Himiko, yo soñara con la galería de cuadros de Mainger en Ámsterdam y

un hueco vacío, donde veía una imagen mía, como si fuera el reflejo de un espejo donde no había nadie. Pero en fin, volviendo a la realidad, es normal que pienses que fantaseo, no te culpo. Yo pensaría lo mismo de estar en tu lugar. Por eso quiero que leas el contenido de los cuadernos y después, si quieres, continuamos esta conversación. Lo más importante de mi vida, lo que puede atañer al cuadro del que te he hablado, está expuesto ahí. Pero come, hombre, si no me ayudas no nos acabaremos nunca esta creación de mi nieta. No tuve hijos, pero la vida me ha dado este regalo.

—La verdad es que se me ha quitado el apetito.

—No me extraña —intervino Himiko—. Tengo que investigar esto de los maridajes, me parece que el plato no está logrado del todo.

—¿Y dónde ha aparecido la tabla? ¿Quién la tiene?

—Comprende que esa información de momento me la reserve. Pero todo lo que está ahí escrito puede ser comprobado, salvo, claro está, lo de Mainger y el cuadro.

Jerónimo alargó unos folios encuadernados que contenían el relato de su vida.

—Yo no sé utilizar esos ordenadores, pero

me lo ha pasado a limpio mi nieta. Es una joya. Tiene sus mundos, pero, ¿quién no los tiene? Ayer mismo me quería hacer bailar...

—Pero no quiso —cortó Himiko—. Llevo meses intentándolo, al menos así se mueve un poco, tiene temporadas que está muy vago.

—A mi edad, mi niña, ya está todo hecho. O casi todo. Pero por mucho que me empeñe, y por mucha Venezuela donde he vivido, no sé bailar. Nunca pude aprender. Me pasé la vida de joven luchando, detenido, huyendo o conspirando. En los campos de concentración no tuve tiempo para bailar. Luego fue un poco tarde, y tampoco me gustaban aquellos ritmos de orquesta americana. Me iban más otras músicas, pero yo tengo muy poco salero para la danza.

—¿Te sirvió de algo aquella experiencia en los campos de concentración alemanes? —Javier había encontrado un tema que le interesaba y que lo alejaba de momento de todo lo que acababa de oír, al tiempo que indagaba en el pasado de aquel viejo enigmático—. ¿Contemplar el horror en estado puro puede servir para valorar el resto de la vida?

—No lo dudes. Pero permite que te matice esto. A menudo se cree que una vida sirve para algo, que hay un significado oculto, una línea de progresión. Somos hijos de un

accidente y de la misma manera que vinimos de la nada, volvemos a ella. Se supone que años y años de civilización nos han destilado y que somos cada vez más libres y más sabios, pero nunca la humanidad ha tenido tantos problemas. No, una vida puede dedicarse al mal con igual pasión que al bien, y todo eso es esencialmente humano. Es una enseñanza de los campos de concentración, y quien no la quiera ver está ciego. Ellos, los verdugos, y nosotros, las víctimas, estábamos hechos de la misma pasta. Si la civilización después de miles de años había llegado a aquello, cualquier cosa era posible. Y cualquier cosa era humana, por más vértigo que nos diera. La lucha era interior y apelaba a sus aspectos trágicos. Porque la vida del hombre, ese paso fugaz por la existencia, está sujeto a algo que jamás podrá olvidar: el miedo. El miedo, que quizá fue necesario en algún momento de nuestra evolución, es ahora el retroceso del hombre, sus raíces remotas, la nada. Para huir de ese miedo el ser humano es capaz de cualquier cosa, y entrar en una espiral envolvente, enfermiza, diabólica. Ángeles y demonios conviven en nuestra mente.

»Por eso para mí, y ahí está escrito, ha sido tan importante El Bosco, pintor del miedo, destilador de diablos, de criaturas que nos atemorizan y repelen, que nos dan asco y repugnancia. Las mismas que llevamos dentro.

Es un combate que solo se acaba con la muerte. Pero volviendo a nuestro tema, antes de nada, léete bien la historia, y luego hablamos. Lo que sí te rogaría es que guardaras la máxima discreción.

—Descuida. Aún no tengo opinión formada. Son demasiadas cosas en muy poco tiempo. Y muy intensas.

—Vaya, pues en eso coincidimos. Yo tampoco formo mi opinión, a estas alturas ya no formo nada.

—Abuelo, ¿por qué no le enseñas tu colección ballenera? —terció Himiko, para aligerar el ambiente.

—Sí, por cierto, no te he enseñado mi colección de cuadros y rarezas ¿Quieres verlas? Quizás te resulten interesantes.

En un cuarto que era una mezcla de despacho y taller, Jerónimo tenía almacenados cuadros, revistas, libros, huesos de ballena, arpones y todo tipo de parafernalia. De entre los lienzos colgados en las paredes, destacaban detalles bosquianos, como un ermitaño con un gran hueco en su interior.

—Intentos de reproducir lo que copié. Detalles que lograron sobrevivir a los campos y a la memoria. Hubo una época en la que lo intenté, cuando aún tenía pulso. Saqué muchos bosquejos.

—O sea, Boscos de esos, *bosquejos*; perdón por el chiste fácil —se disculpaba la joven pintora ante la cómica mirada de reconversión de Javier.

Eran justo algunos de esos detalles los que había reproducido Himiko en su instalación.

—Ah, ya veo de dónde venía aquella recreación de El Bosco. Muy hábil.

—Qué le vamos a hacer. Mi *sensei* me ha inoculado la pasión por Hieronymus.

Se distinguían cuadros antiguos, bocetos y dibujos. Todos ellos parecían estar sacados de un mismo patrón y tener una extraña unidad aun en su aparente diversidad. En aquellas imágenes estaba el recuerdo de la tabla perdida, sus detalles, sus partes, algunas muy definidas, con colores precisos, otras con lagunas o someros trazos.

—En los campos de concentración me pasó algo curioso. Fue el recuerdo del espejo negro lo que me salvó.

—¿El espejo negro?

—Un regalo de Mainger que pretendía haber pertenecido al pintor. Una manera de evadirse. Para sobrevivir me fabriqué siempre uno allá en el campo donde penara. Busqué algo que me sirviera, donde pudiera mirar al menos unos minutos al día: una pared pintada de alquitrán, una plancha entintada de

imprenta. Así me abismaba. Gracias a ese pequeño cuadrado negro pegado en la pared de la barraca pude sobrevivir. Al contrario que la primera vez, con el espejo que me regaló Mainger, que me llevaba a formas sombrías, a las tinieblas de mi mente, por aquel túnel mágico, efecto invertido, lograba escapar y regresaba al pueblo de mi infancia, a todas las cosas buenas que había tenido mi vida. Aquello seguramente me evitó la locura, pero a cambio me fue comiendo los recuerdos del cuadro. No sé si como recurso defensivo o porque necesitaba todas mis energías para sobrevivir, pero *Jonás y la ballena* fueron desapareciendo de mi memoria. Lo que ves es lo que después de muchos años volvió por sí mismo, recuerdos náufragos a los que me aferré para pintarlos, aun sin estar seguro de qué es lo que yo he puesto y qué he quitado. Un pálido reflejo de lo que era aquella magnífica y exuberante tabla, a la altura de *El jardín de las delicias*, su obra cumbre.

Javier miraba con estupor aquellos detalles de criaturas, de aparejos del barco, de un interior como una cueva, llena de raíces y árboles, hombres sobre los barriles, playa de tesoros y animales, rarezas biológicas, híbridos mutantes con sello medieval; el leviatán era monstruo irascible. Si ese cuadro se recuperara sería lo más importante en la historia del arte en los últimos cien o

doscientos años. La gloria, su gloria. Su razón peleaba con su vanidad. Era el Jasón de Jonás. Las mismas letras formaban una palabra diferente. Uno exterior, el otro interno. Conquistador el uno, con miedo el otro, mundo de dualismos.

—Parece que seguías sintiendo la atracción del abismo, seguías dentro de la ballena...

—En realidad no creo que estuviera dentro de la ballena, sino que la ballena estaba dentro de mí —aclaraba Jerónimo, recapitulando constantes de su existencia, obsesiones pegadas como sombras—. El monstruo siempre está dentro de nosotros, por eso en el cuadro de El Bosco, Jonás, el profeta, tiene algo en el estómago, como diciendo que si Jonás vive dentro de la ballena, la ballena también vive dentro de él; todas sus obsesiones, sus monstruos, habitan debajo de su piel.

—Así que Jonás no se fue nunca de tu mente...

—Yo me había quedado en ese cuadro. Era una metáfora recurrente en mi vida. Así que lo que ha pasado no sé si es un desenlace lógico o la respuesta a un misterio, algo que siempre quise resolver y conocer antes de que todo se convierta en olvido, antes de que me convierta en polvo.

Javier Carreño se sintió tocado en lo hondo

por aquella voz con la que hablaba el viejo pintor, pulsando algún resorte oculto.

—Leí lo que decía la Biblia —seguía Jerónimo—, lo que contaba la Iglesia de la historia del profeta. Me convertí en un coleccionista de rarezas que tuvieran que ver con las ballenas. Hasta que fui a dar con *Moby Dick.* ¡Ah, carajo, lo que me hubiera gustado asomarme a esa biblioteca del viejo y tronante Melville! Incluso intenté seguir la pista a algunos de los viejos libros y documentos que cita en sus escritos.

—Es al menos curioso lo de Melville y la ballena —intervino Himiko—. Escribió *Moby Dick* en un estado casi febril, sin detenerse para comer, parando solo cuando las energías le fallaban debido al intenso desgaste que sufrió. El caso ha sido estudiado. Melville nació once días después de la partida del barco ballenero *Essex*, que fue atacado por una ballena de veinticuatro metros hasta que se hundió. El escritor supo del caso por el hijo del segundo oficial de a bordo, que sobrevivió y escribió su relato. Coincidió con él en un viaje de tres años por el Pacífico Sur, en el barco ballenero en el que se había enrolado, surcando la misma zona donde había ocurrido el naufragio del *Essex.* Había ocurrido quince meses más tarde de haber zarpado, durante la misma conjunción de Saturno y Plutón y la cuadratura de Urano y Plutón del nacimiento

de Hermann Melville. Se identifican plenamente los temas del castigo compensatorio contra la naturaleza, la obsesión por el mal, que acaban tomando el mismo corazón de Ahab e impulsan su sed de venganza.

Javier escuchaba atónito. Se había abierto la brecha. Aquella mujer era demasiado exótica, inteligente, bella, creativa, sensible... para ser creíble. Algún fallo tenía que tener. No parecía orgánica, natural. Era como las mujeres perfectas de los años 70, como Yoko Ono. Naturalmente, no eran así. Ahora resultaba que la Yoko Ono española creía en la astrología. Era un punto débil y reforzaba la opinión de no ser fiable. Elisa, su ex pareja, también sentía pasión por lo oculto. Himiko debió de percibir esa sensación de decepción en el rostro del comisario.

—Ya sé que la astrología no tiene buena prensa, pero es incluso más eficaz que otros procedimientos para averiguar el estado profundo del mundo y las fuerzas que se manifiestan. En este caso, Melville, con su pluma, da salida a la eclosión de las fuerzas telúricas de la naturaleza, expresión del poder y el instinto del entorno, que también pueden ser vengativas, anunciadoras de la muerte. La misma situación astrológica de los primeros años 40, con la Segunda Guerra Mundial, cuando irrumpen las fuerzas arcaicas, los

antiguos dioses alemanes, como Wotan, furia incontrolada de batalla y destrucción. Y un alineamiento semejante, de Urano y Plutón, se da durante la vida de El Bosco, el final de la Edad Media y el Renacimiento, con la revuelta de Lutero, la cuestión religiosa y la actividad creadora de genios como Rafael, Miguel Ángel y Leonardo da Vinci. Hay conexiones y vínculos en el tiempo y en el espacio.

—Bueno, sin hablar de esas sincronicidades que tanto le gustan a mi nieta, la verdad es que todo, de alguna manera, vuelve a lo largo del tiempo, se repite, nunca igual, pero animado por los mismos instintos primordiales. Y el tema de la ballena es recurrente. Otro de los que lo utilizan es George Orwell, en su ensayo *Dentro de la ballena.* Lo escribió en 1940. Contiene el espíritu de los años 30, con el nacimiento de los movimientos nazis y fascistas, marcados por la indiferencia de muchos intelectuales y artistas y su resignación a enfrentar esos peligros nacientes.

—Espera, espera, ¿qué tiene que ver Orwell?

—Según se mire. Para el trotskista inglés, estos artistas, como el Henry Miller de *Trópico de Cáncer* están dentro del vientre de la ballena, una especie de útero para un adulto, a oscuras, flotando en el líquido amniótico, lejos

de la realidad, en la más completa indiferencia, como si no pasara nada allá fuera, irresponsablemente. Para Orwell, la figura de Jonás es la del que permanece pasivo y se acaba convirtiendo en un aceptador del diablo.

Una sensación avanzaba y se materializaba en el cerebro de Javier Carreño. Estaba pura y simplemente irritado. Demasiada irrupción de lo mágico, lo incontrolable. El recuerdo del suicidio de Elisa, su ex mujer, que creía en arcanos invisibles y esoterismos varios, se le atragantó.

—Sí, todos estamos en el vientre de la ballena —replicó Carreño, áspero—. Nos ha engullido, vivimos a gusto aquí. ¿Para qué salir al exterior? La ballena lo tiene todo dentro, aquí está la riqueza y la prosperidad. Fuera solo alienta un mar rugiente y tenebroso, lleno de criaturas salvajes que pueden devorarnos. Mi ballena es el mundo del arte, donde me refugio.

—Pero incluso Jonás fue expulsado de ese paraíso —apuntó Jerónimo.

—A su pesar —se defendía Javier—. Ahora, en algo te doy la razón: todos llevamos nuestra ballena en el interior. Todos somos *jonases* deseando volver al vientre protector.

—Los campos de concentración eran como el vientre del Seol, su esencia profunda. Salí de ellos, pero sigo dentro de la ballena del

universo, con la diferencia de que no seré como Jonás, paloma saliendo triunfante de su encierro con nuevas alas. No, por mucho que lo intentemos no podremos escapar del Seol, de ese lugar de sombras donde bajan todos los muertos sin distinción y en el que llevan una vida disminuida y olvidada.

—¿El Seol?

—El reino de la muerte. El Hades para los griegos. Donde existen compartimentos que separan a los justos de los impíos, según la versión bíblica del Nuevo Testamento. Jesús bajó a los infiernos para triunfar sobre la muerte con su resurrección y llevar consigo la esperanza del triunfo de los redimidos. Desde entonces, la muerte ya no tiene poder y ha de soltar a sus muertos. Su poder solo abarcará a los impíos: para ellos será el castigo, en la Behenna, al sur de Jerusalén, maldita por el culto idolátrico a Moloch donde la literatura judía localizaba el lugar del suplicio de fuego, tinieblas y rechinar de dientes.

—Lo dice un anarquista —ironizaba Javier.

—No hay por qué preocuparse. Se prevé que será después del Juicio Final, cuando empiece la segunda muerte o Seol definitivo. Quizás el fuego es el castigo infinito, o el vagar por el espacio, el hielo eterno que quema más. Supongo que pronto saldré ya expulsado de ese cuadro, para poder arribar serenamente a

la playa del fin del mundo, o lo que es lo mismo, la del final de la vida. Pero eso sí, antes me gustaría ver la tabla. Mi tabla.

*

Septiembre de 1576

Sacra, católica majestad:

En relación al asunto que os ocupa y del que me habéis informado en anterior carta de hace un mes, he de deciros que he sido recibido en audiencia privada por el propio cardenal Alessandro Farnesio, en su palacio, y he sabido que el único prelado que tenía obra del pintor Jerónimo Bosco en Italia era el cardenal veneciano Doménico Grimani, ya difunto en 1523, aunque sus obras

pasaron a poder de la Serenísima República veneciana y algunas a su sobrino Giovanni, con el cual el mismo Farnesio ha tenido relación como príncipes que son ambos de la Iglesia.

Interesóse el cardenal por el título del tríptico que importa a V. M., pero de manera natural, sin sorpresa ni fingimiento. Aunque no tengo por menos que confiar en sus palabras, parecióme que no contaba toda la verdad, sea por no conocerla del todo, sea por prudencia, y dado que no hubo lugar a hablar de un cuadro que su eminencia aseguraba no haber visto nunca, acabé allí la embajada de mi negocio.

El cardenal Farnesio afirma que entre las joyas artísticas más

valiosas del cardenal Grimani, entre las cuales había varias obras de pintores flamencos, figuraba un exquisito breviario, que había comprado varios años antes de morir al enviado en Flandes del duque de Milán, Antonio Siciliano, que le vendió también varias obras de El Bosco y tal vez esa tela de Jonás y la ballena.

Respecto al cardenal Farnesio y la alquimia, que V. M. católica asimismo inquiría, en Roma he recogido de buena fuente que las pinturas realizadas por el artista italiano Federico Zuccari en el estudio particular del cardenal, en su palacio de Caprarola, son de naturaleza hermética. El estudio está ubicado en el ala de verano

del palacio, detrás de una sala destinada a la meditación. Una de las pinturas de este gabinetto dell'Hermathena, representa a un hombre desnudo, barbado y con alas en la cabeza, que sostiene un símbolo en la mano derecha, y una esfera en la izquierda. El símbolo de la derecha, significa la fusión de varios elementos alquímicos: plomo, estaño, plata, cobre, mercurio, azufre y vitriolo.

La sala cuenta con otra pintura en el techo, alegoría de esa extraña figura, conocida como Hermathena, fusión de Hermes y Atenea y que posee un significado hermético, además del filosófico, como emblema de la culminación de la Gran Obra. El propio cardenal quio la preparación y los

diseños y los frescos que debían pintarse.

En aquella estancia, el cardenal, practicante de la alquimia, pasa muchas horas de estudio y experimentación. Parece ser que están expuestos en las paredes de la estancia cuadros de reputados maestros, todos haciendo alusión al noble arte egipciaco, y que entre ellos se hallan varios de flamencos. En la galería de pintura del palacio del cardenal en Caprarola hay varias obras de los destacados flamencos Brueghel, Cranach el Viejo y de otros que pintan como ellos, como es el caso de Holbein, alguno de ellos comprado al cardenal Giovanni Grimani. Cuenta Farnesio con fama merecida, ya que entre sus

trabajos estuvo construyendo la iglesia de Jesús en Roma y sus propios palacios de Caprarola y el que posee cerca del lago Bracciano, así como el monasterio de las Tres Fuentes. Dícese de él que sus edificios están levantados con cálculos cabalísticos, de la misma manera que el monasterio de San Lorenzo de El Escorial, que creó su cesárea mano, semeja un nuevo templo de Jerusalén.

De vuestra sacra católica majestad muy humilde vasallo y criado, que los muy reales pies y manos de V. M.

El embajador en Roma,
Juan de Zúñiga

CAPÍTULO VII

CARROS DE HENO

Toda carne es como la
hierba

y todo su esplendor
como la flor de los
campos.

La hierba se seca, la flor
cae.

Isaías, XL, 6: 7.

—Te acompaño, tengo que comprar cigarrillos. Ya en la calle, viendo su estado, Himiko le espetó a bocajarro: —No sabes a qué carta quedarte. Estás confuso. Hueles algo gordo, algo fuera de lo normal, y eso te pone nervioso. Quieres creerlo, pero piensas que es demasiado bueno para que salga bien, que algo se puede joder. De momento haz caso a mi *sensei*, lee la historia y no cuentes nada a nadie.

—¿Qué hora es? ¡Dios mío, la cena! De esta no me salvo. Vas a tener razón, ya la he jodido.

Himiko lo vio desaparecer con una mueca de desconcierto en la cara en busca desesperada de un taxi, intención manifiesta que normalmente se traduce en la persistente ausencia de vehículos, como si rigiera la ley de la inversión proporcional: a mayor urgencia, menos taxis, y ocupados.

Cuando llegó al restaurante, hacía cinco minutos que se habían marchado los comensales, el director del museo y los marqueses de Monaster. Desde que había conocido a Jerónimo e Himiko, las cosas se le torcían. Aquello traería consecuencias. No tuvo que esperar mucho. A la mañana siguiente, duchado y afeitado, intentando disimular las orejas de no haber descansado en toda la noche, la mente como una centrifugadora, se

presentó ante Federico Fonte, el director del museo.

—Eres un impresentable. Quítate de mi vista. Anularé tu visita a Venecia, porque voy a firmar tu cese del comisariado. No estás a la altura del cargo.

—Pero Federico, déjame contarte...

—No hay excusa posible. Pon tus cosas en orden y lárgate.

—De acuerdo, pero al menos concédeme dos minutos antes de darme la patada.

—Adivino que va a suceder una escena que comience por el típico «no es lo que parece, puedo explicarlo»...

—El caso es que sí puedo. Había silenciado el móvil en la rueda de prensa del ministro y se me olvidó conectarlo luego, así que no pude oír tus llamadas. Cuando me di cuenta era tarde.

—Te queda minuto y medio.

—Sucedió algo increíble.

—Tuvo que serlo. ¿Se te olvidó que lo más importante para una exposición es el presupuesto para hacerla, y que para eso era esa cena con el presidente del Patronato? Fue una de las más espantosas de mi vida, de las más lamentables. El marqués, Alberto Monaster, y su mujer, estuvieron correctos,

pero estimaron que tu manifiesta falta de atención en el asunto estaba en relación directa con su interés en el proyecto. Raquel, sobre todo, se mostró muy decepcionada. No me extraña. Te voy a contar un secreto, ahora que te ceso. Fue ella y su interés por ti por lo que triunfó tu candidatura para el comisariado de la exposición. Alabó tu conocimiento sobre la pintura tardo—medieval y renacentista, aunque advirtió de tu poca maleabilidad. Menos mal que no apuntó en esa ocasión que eras un malqueda. De haberlo sabido, me hubiera evitado la humillación de ayer.

—¿Raquel dijo algo?

—Más bien fue lo que no dijo. No sé qué asuntos habrás tenido con ella, o con ellos; creo que tasaste algunos cuadros para su colección.

—Sí, así fue... pero, ¿no estaban convencidos de esta exposición?

—Se escudaron en los papeles, ya sabes, el *dossier* que has tardado semanas, meses, en hacer, es demasiado vago. Se supone que lo tenías que explicar brillantemente en la cena. El apoyo de los Monaster era muy necesario y ahora mismo no lo veo tan claro. Tendría que ser muy bueno lo que me contaras para hacer desaparecer de mi cerebro las imágenes de aquellas sonrisas conmiserativas, condescendientes. ¿Qué narices estabas

haciendo? Aunque, la verdad, ya me trae al fresco. Te quedan sesenta segundos antes de desaparecer. Y soy generoso. Te detesto.

Hubo un silencio espeso, un precipicio, un abismo por el que caer.

—Estaba realizando un descubrimiento que puede revolucionar el panorama sobre El Bosco y que puede encumbrar la exposición.

—¿Sí? ¿Cuál?

La cara de Federico Fonte era la incredulidad personificada, la suficiencia. Cualquiera que asistiera a la escena hubiera podido apostar que la vanidad y soberbia constituían los pecados capitales del director de uno de los mejores museos de pintura del mundo, pensó Javier. Fue solo una ráfaga que pasó por su pensamiento, intentando neutralizar la tensión que se palpaba en el despacho y que inmediatamente dejó de lado, ocupada su mente en su salvación. Imaginaba lo que había sufrido el director en la cena intentando mantener el tipo. Eso, decía su rictus, su gesto de desprecio, jamás iba a perdonarlo. Y añadía algo más: tampoco se iba a dejar engañar con un viejo truco. Desde que había sido nombrado director del Prado, Federico Fonte se había rodeado de una cohorte de jefecillos, intermediarios y secretarios con los que se aislaba y que componían su cinturón protector. Partidario de

teorías radicales sobre el manejo del personal, Fonte sembraba cizaña entre ellos para mantenerlos ocupados, daba y quitaba favores, aparentemente por azar, para tener a todo el mundo en vilo, desconfiando de los demás. No era la primera vez que había deslizado comentarios sobre lo goloso del puesto de Javier y lo cotizado que estaba en el mundillo en el que se movían. Sabía como nadie movilizar los celos entre los demás, era un sentimiento que conocía bien.

Javier respiró hondo.

—Pasaron con largueza los dos minutos. Esfúmate.

—Existe la posibilidad del hallazgo de un cuadro desaparecido de El Bosco, la tabla central de un tríptico: *Jonás y la ballena.* La última noticia que se tiene de él, en 1521, lo sitúa en Venecia, en la colección del cardenal Grimani, un mecenas renacentista. Pero hay alguien, un viejo pintor español, que hizo una copia hace muchos años y sabe dónde se encuentra.

Lo soltó de corrido, como si lanzara una bomba de mano y solo tuviera los segundos precisos para escapar antes de que se produjera la explosión. Y llegó. Hubo segundos de silencio, miradas de desconcierto.

—¿Pero qué dices? Eso se llama disparar rápido. ¿Ypor qué no me has adelantado nada?

—Fue ayer cuando lo supe, por la noche, justo antes de la cena. Me quedé anonadado. Inquirí detalles, quería estar mínimamente seguro, por eso llegué cuando os habías ido... He pasado la noche repasando el rastro por libros antiguos, revistas, buceando en Internet. Ese cuadro existió y desapareció a partir de 1523, año de la muerte del cardenal Grimani.

—Espera... Voy a dar órdenes para que no me pasen llamadas. Javier, espero que esto valga la pena. Tu puesto depende de que me crea tu fantástica historia. Ruega al cielo que no me hagas perder el tiempo. Piénsalo un momento antes de continuar. No me cuentes rumores o conjeturas. Quiero oír una historia que me pueda creer. Si no, estás fuera del tema. No cometas más errores y vayas a salir peor parado.

A pesar de saberse indultado, Javier Carreño se sintió mal. No habían transcurrido ni doce horas y ya había traicionado a Jerónimo Díaz. Y lo había hecho por miedo, para salvar su cargo, su puesto. Intentó entonces justificarse a sí mismo. Pensó que no era tan grave y que podría administrar la información. Con esos pensamientos encaró a su director, Doble F, que no podía dejar la oportunidad de mostrar su poder: alguna dentellada mordaz le estaba destinada. Pero, como oveja que va al matadero, comenzó a

contar una historia que le iba a permitir continuar jugando en el tablero. Por un momento tuvo la certeza de que en realidad, en aquella partida, era solo un humilde peón, una pieza de la que el verdadero jugador se puede desprender a la menor señal de peligro de otra pieza mayor. Pero así era el mundo. Como *El Carro de heno* de El Bosco.

Resumió a grandes rasgos la historia, poniendo aquí y allá detalles de su cosecha. Federico miraba fascinado, aunque sin aparentar emoción. La mueca de incredulidad había dado paso a un rostro neutro, que seguramente procesaba varias informaciones a la vez, entre ellas qué le podía reportar el asunto de confirmarse. Era un verdadero profesional. Solo al final dejó deslizar su sutil ironía.

—Así que la información proviene de un viejo pintor anarquista de noventa y cuatro años que pintó una copia para un extraño personaje que podría ser un alquimista y que dejó abandonada y escondida en la Segunda Guerra mundial. Te has equivocado de profesión, Javier. En realidad eso es una novela. No sé si esotérica, fantástica o de intriga de la Segunda Guerra Mundial. Mételе una persecución de los SS, un par de escenas de sexo, una interpretación seudooriginal y ya está. Solo por eso debería despedirte de inmediato.

El que lo nombrara sin haberlo ejecutado aun era una buena señal. Doble F dudaba entre creerse la historia, que de ser cierta podría ser el asunto más fuerte de su carrera, o pensar que todo era una estratagema de Javier para poder continuar en su puesto. El comisario jugaba sus bazas. Sabía que su director aspiraba a ministro de Cultura, más desde que el anterior que había ocupado el cargo había sido un antiguo compañero de carrera. La envidia, a veces, lo cegaba. Tenía celos de todo aquel que le pudiera quitar protagonismo. Decididamente, era un espécimen, capaz, él solito, de acumular la mitad al menos de los pecados capitales; todo un portento.

—Nada gano en engañarte, lo sabrás pronto —apuntó Carreño recuperando el resuello y tal vez su puesto perdido—. Ya sé que parece increíble, y no des demasiada importancia a lo del alquimista, hay gente muy excéntrica; lo importante es que puede aparecer esa tabla perdida. Acuérdate de que parecía imposible que surgiera un nuevo Brueghel y fue aquí mismo, en el museo, donde se encontró.

Los dos recordaban aquel verdadero golpe de suerte. Una casa de subastas llevó al gabinete de restauración del Prado la obra de un particular. Aquel cuadro, *El vino en la fiesta de San Martín*, realizado sobre un soporte

inusual, tela de sarga al temple de cola, de grandes dimensiones, 148 x 270,5 centímetros, era una obra hasta ese momento desconocida de Pieter Bruegel el Viejo, y había sido el Prado, tras varios meses de estudio, el que había descubierto su firma y lo había identificado. Gracias a eso, la opción de compra sobre la pintura contó enseguida con el informe favorable de la Comisión Permanente del Real Patronato, así como el de la Junta de Calificación, Valoración y Exportación de Bienes del Patrimonio Artístico Español. Todo se zanjó con algo más de siete millones de euros. La aparición de ese cuadro constituyó un descubrimiento de trascendental importancia para la historia del arte. Que se consiguiera identificar y recuperar un bosco perdido sería otro milagro, mayor si cabe.

—¿Y crees factible que eso suceda? —contraatacaba Doble F—. Lo normal es que si se descubre en Europa acabe en el mercado libre, en el cual no tenemos nada que hacer.

—Creo que si de verdad existe, hay muchas posibilidades de que pueda llegar hasta nosotros. Aunque tengamos que trasladarla y descubrirla aquí. Lo de quedárnosla después ya será otro cantar. Primero habría que averiguar quién es el propietario, qué familia judía tuvo que desprenderse de ella para salvarse. Pero mientras asoman los cazadores de tesoros

nazis, la examinará y cuidará el Prado. Es lo normal después de descubrirla, el mayor hallazgo en la historia del arte en muchos años, más que el último Caravaggio o Velázquez y más incluso que el hallazgo del nuevo Brueghel, del que sí había una copia del original. Y la podremos incluir en nuestra exposición, que también incluirá *El vino en la fiesta de San Martín.* Imagínate el revuelo mundial. Prorrogaríamos varios meses más, con colas que darán la vuelta dos veces al museo.

—¿Y quién nos hará llegar el cuadro? ¿El anarquista?

—Solo te pido tiempo. Primero, para comprobar todo lo que pueda de la historia de ese cuadro y seguir su pista. Jerónimo sabe dónde está escondida la tabla, pero no quiere soltar prenda, quiere recuperarla él mismo, junto con otros recuerdos del pasado.

—No existirá la posibilidad de que todo sea un engaño...

—Hoy día, sabes que colarnos algo falso es imposible. Los análisis con rayos X, la dendrocronología, los infrarrojos y los ultravioletas son exhaustivos. No, creo verdaderamente que puede ser verdad, por muy increíble que parezca.

—No te dejes llevar por los vientos de gloria —decía el director pensando en realidad

en sí mismo—, hacen que distorsionemos la realidad. Estamos tan deseosos de que aparezca algo así, que cometemos errores. No podremos decir nada hasta que no esté en nuestro poder y certifiquemos que es auténtico. Es un asunto espinoso ese de los cuadros incautados por los nazis. Necesito saber en todo momento en qué punto estamos, así que vas a seguir con la promesa de contarme todos los pasos que deis. Sigue la pista al cuadro. Como ellos irán a Holanda, puedes viajar a Ámsterdam desde Venecia, ibas a ir de todos modos. Deja para después la visita al museo Grominje de Brujas. Si no sacas nada en claro, al menos habrás hecho un viaje de trabajo que podremos justificar.

»Además, vas a firmar una carta de dimisión, con la fecha en blanco. Si sale todo bien, te la devuelvo, y si por casualidad te ves involucrado en algún asunto extraño, con implicaciones legales, no olvides que lo primero que haré será poner fecha a la carta de una semana antes. Nosotros no tuvimos nada que ver, ¿entendido? Nos ponemos las medallas, pero no sabemos nada de los fracasos, ahí apechugáis tú y tu prestigio. Espero que esté clarito.

*

Gante, 1505

—Monseñor, el maestro Hieronymus con el cuadro que su alteza le había encargado.

—¡Hacedle pasar! ¡Estoy impaciente! Y avisad también a la gran duquesa.

Tras el maestro, que saludó ceremoniosamente y que recibió la cálida acogida —sonrisa ancha— de Felipe, los ayudantes trasladaban el cuadro envuelto en tela y protegido para el viaje.

—¡Maestro Hieronymus! ¡Es un honor recibir vuestra visita! Realmente estimamos vuestra gentileza al acompañar su obra y que llegue en las mejores condiciones hasta Gante.

—El honor es mío, monseñor. Espero que os complazca.

—Preparadlo, pero esperad a descubrirlo a que llegue la gran duquesa. Mientras tanto, hablemos de otro encargo. Por las noticias que sin duda habéis escuchado, partiremos pronto para hacernos cargo de los reinos de Castilla, y aún no sé si podré o no trasladar este cuadro. Pero sí me gustaría llevarme alguno realizado por su mano, uno de tamaño más pequeño que sirva para mi deleite y que me recuerde el condado de Brabante y sus gentes cuando allí me sienta fatigado por los trabajos del reino. Algo popular, dejo el tema a su elección. Ya

sabe cómo me gusta vuestra pintura y esas escenas que reflejan la belleza y la tentación que tiene que ser vencida...

—Como gustéis. Me tendría que poner de inmediato a ello. No sé cuándo partís.

—Pronto, en algunas semanas. Ya nos esperan, pero aun tenemos que arreglar muchas cosas, nuestros estados necesitan una buena administración. Aunque parece que las cosas están tranquilas, en cualquier momento pueden aparecer graves conflictos. Tengo la historia muy cerca, en mi propia casa... Pero de este encargo os ruego que no le comentéis nada a la gran duquesa. Ya os haré llegar el pago del cuadro.

El maestro creyó advertir un guiño de picardía en Felipe de Borgoña: se decía que tenía una legión de hijos bastardos. No le andaban a la zaga otros mandatarios como Juan de Heinsberg, el obispo de Lieja, con más de una docena. A pesar de eso, los poderosos y los prelados se flagelaban y ayunaban varios días por semana. Había cosas de los palacios que no se podían guardar en secreto. Pecado y culpa, caída y contrición, lujuria y castidad... Andaba el mundo revuelto, lleno de tribulaciones y temores, y cada cual resolvía la ecuación como podía.

La llegada de Juana I de Castilla, con una acusada curva de embarazo, lo sacó de sus

pensamientos. Felipe el Hermoso y Juana I tenían ya cuatro hijos: Leonor, Carlos, Isabel, Fernando, y esperaban uno más. La prole, al cuidado de ayas y preceptores, se quedaba en Malinas, mientras que la fogosa reina iba siguiendo a su marido. Felipe, ante su mujer, había comenzado a hablar en latín, idioma en el que los tres se desenvolvían bien. Tras los saludos y reverencias, monseñor hizo un gesto con su mano y las telas cayeron. Un último terciopelo, rojo, fue descubierto por el maestro. Frente a Felipe y Juana, el secretario, el capitán de la Guardia, la dama de compañía, una criada y los ayudantes del pintor, emergió un tríptico de buenas dimensiones con las alas dobladas. En ellas se veían, trazadas con fino pincel con colores de sueño —verdes, marrones, azules, grises— un barco, un mar que comenzaba a agitarse, y un dios en lo alto que miraba. Un silencio expectante fue roto al cabo de varios minutos por el único que podía hacerlo, monseñor, el gran duque.

—Abrid el tríptico. Si lo que hay dentro responde a lo visto desde fuera, será un cuadro notable.

No se equivocó. Cuando el maestro abrió ceremoniosamente los postigos laterales, ante los presentes se mostró un cuadro que superaba todo lo imaginado por las grisallas cerradas.

Aquello era, por definirlo de alguna manera, un campo de combate: los ángeles luchaban contra demonios, a los que atravesaban con sus espadas. Los condenados al infierno, algunos con hábitos de monje, transformados en batracios, con antenas saliendo de su cara o su cabeza, extrañas langostas, estaban ya poseídos por las fuerzas tenebrosas que tiraban de ellos. Lejos de la turba de condenados, la mayoría de las figuras que poblaban el cuadro, solo unos pocos elegidos ascendían por una escalera simbólica que conducía a un dios resplandeciente, ante el cual uno de los juzgados, que había ascendido hasta el final, se postraba de rodillas acompañado de su ángel guardián. Esa escalera ocupaba un pequeño espacio dentro de un cuadro donde se apreciaba un abigarramiento de criaturas híbridas, elegantes y grotescas a la vez dentro de sus extrañas formas. Cuerpos desnudos e inmóviles flotaban dentro de un universo oscuro e ingrávido, esperando la tortura con rostros sobrios. Había sátira hacia los poderosos: se apreciaban mitras cardenalicias, coronas reales, los demonios surgiendo como insectos con alas y antenas, joyas destacando ante los terciopelos sombríos.

Más que terror, lo que provocaba la tabla era una quiebra de la razón y la lógica, sensaciones de sueño, quizá de pesadilla; las

figuras despegadas, con ilusión de gran pintor, seducción de ese mundo de tinieblas, territorio fronterizo, confundido el hombre entre el anhelo de lo maravilloso y la angustia de un juicio que llegaría tarde o temprano.

—Le dejáis a uno mudo con vuestra pintura. Poco se puede decir ante ella, salvo sobrecogerse. Esperemos que el Juicio Final llegue cuanto más tarde mejor...

—Monseñor, esposo mío, no deberíais bromear con eso, que todos tenemos la muerte esperando sin saber nunca cómo, ¿cierto, maese pintor? Decídselo vos, que pintáis demonios como si los hubierais visto, sin mengua de la razón...

—No le hagáis mucho caso a Juana, estudió mucho tiempo para monja y aún no se ha desprendido de viejos hábitos. ¡Pero esto no es Castilla!

—Mi señor, allí acudiremos muy pronto, y es nación que debéis respetar, como a su reina; no se doblega fácilmente.

Felipe no contestó y se dirigió al pintor:

—Maese Hieronymus, como sabéis, mi suegra ha muerto. Mi mujer ha sido coronada reina de España y yo, por lo tanto soy su rey.

—Siempre detrás de mí, Felipe.

—Deberíais venir alguna vez a España, maestro Hieronymus. El maestro Jan van Eyck

la ha visitado al menos en dos ocasiones... ¿Sabéis que los españoles están trayendo de las Indias productos que no se sabía que existieran, frutas exóticas y de sabores sorprendentes, animales distintos, como pájaros que hablan? Los que han ido allá, a las Indias, cuentan las grandes maravillas que aún aguardan, animales fantásticos y países donde existe el oro en abundancia y las tierras son exuberantes y fértiles. ¿No os gustaría venir a ver esas maravillas? Seguro que encontraríais inspiración para vuestros cuadros. Dicen que los indios viven en un estado como si estuvieran en el paraíso terrenal, sin ropas y sin culpas, sin ocultar su desnudez.

Juana miró a Felipe con cierta aprensión y desvió la vista hasta el ventanal.

—Sí, a vuesa merced le plugaría mucho solazarse así —dijo entonces en castellano y en voz baja.

Felipe la miraba de soslayo. No era la primera vez que la veía mascullar palabras en su idioma, desacuerdos con su marido, sospechas que no podía descargar en público.

—Maestro, os felicito por vuestro cuadro. Ofrezca nuestros respetos a su mujer, fue encantadora cuando pasamos por Bolduque. Me acordaré de Borgoña cuando contemple sus pinturas...

*

—¡Sorpresa, Javier! ¿Eres feliz?

La voz de Raquel sonaba alegre y cantarina, invitadora. Tono cómplice, como en los viejos tiempos.

—¡Vaya pregunta...! Sí, soy razonablemente feliz. ¿Por qué has preguntado precisamente eso?

—Me dio el pálpito de que andabas triste o desorientado, que la felicidad había desaparecido de tu vida.

—La felicidad es como el dinero, siempre está mal repartida. La riqueza y la pobreza se complementan, no existiría una si no fuera en relación con la otra. Con la felicidad pasa igual. Sería imposible que todos fuéramos felices, no habría tristeza a la que compararse. Por eso, me considero razonablemente feliz.

—Vaya, hoy estás fino, mi cielo. Creí que te iba a ver en la cena, pero parece que tuviste otros planes.

—Lo lamento profundamente. Surgió un imprevisto y cuando llegué, ya os habíais ido.

—Espero que tu agudeza no tenga que ver con el trato que te haya dado Doble F. Lo vi algo furioso a medida que avanzaba la noche. No sé qué le irritaba más, si tu ausencia o los

requiebros que el marqués y yo le hicimos sobre el apoyo a la exposición. Pero fuimos buenos, al final le contentamos más o menos y le hice prometer que no tomara ninguna decisión hasta escucharte... ¿Ha sido malo Doble F contigo?

—Bueno, ya lo conoces, se le va la fuerza por la boca. Hemos hablado y todo se ha solucionado. Seguimos con los planes previstos, más o menos. Cuando quieras te ampliaré el *dossier* y los planes de la exposición.

—Vaya, ahora se dice así. Qué pillín.

—Con el marqués delante, por supuesto. Iré cuando queráis.

—Bromeaba, señor comisario, siempre tan circunspecto. Pero lo de pillín lo decía en serio, aunque por otra cosa. Has olfateado el rastro de un cuadro perdido de El Bosco y no me has dicho nada. ¡Qué bandido! Te lo perdono porque a veces eres simpático. Y una caja de sorpresas. Quién iba a decir que iba a emerger un cuadro nuevo de El Bosco, a estas alturas.

Javier se quedó helado. Aquella revelación de su secreto lo hundía literalmente en el suelo. Tuvo que sentarse.

—Te prometo que no lo sabe nadie más. Imaginas, y aciertas, sobre cómo me he enterado. Noté a Federico muy enigmático

hablando de ti, y con un poco de intuición, dejé que se desahogara sobre tu ausencia en la cena. Estaba preocupada por tu futuro. ¿Sigues ahí? Javier, no pienses mal. No quiero ese cuadro. Pero quiero que me cuentes la historia. No siempre se encuentra una con algo así. Y ya que compartes un secreto conmigo, déjame compartir el tuyo. Sabes que las historias de cuadros me fascinan.

—Creo que eres consciente de la situación en la que me hallo. Sé que dependo de un hilo que puedes cortar tú. Eso no me hace precisamente feliz, ni propicio a las confidencias. Si alguna vez hemos sentido algo que valiera la pena, deberías olvidarte de lo que te ha contado Federico. Así al menos seguiríamos siendo amigos.

—O puede que también pienses que en el fondo, y a pesar de mis promesas de inocencia, me quiero aprovechar de ti y encontrar esa obra perdida. Eso sí es poca confianza. Y alguna vez la tuvimos, y mucha. No he invitado nunca a nadie al santuario. Por supuesto que hubo otros, y quizás los haya después, ¿Quién sabe? Me gusta apurar la vida. Pero te juro que mientras estuvimos juntos no hubo nadie más. Ni tampoco ahora.

—¿Y Doble F?

—Te equivocas. Soy amiga de él desde hace tiempo. ¿Por qué te crees, si no, que es

tan sensible a mis consejos? Tenemos la confianza de habernos acostado un par de veces en la universidad y participaciones en una galería de arte, inversiones en jóvenes valores, ya sabes. Nada más. Pero estaba tan alucinado con la historia, que la soltó cuando le apreté un poco. No le eches la culpa. En el fondo, te envidia intensamente, le gustaría ser el que hubiera descubierto la historia, el que la viviera. Menos mal que sus intereses son otros: quiere ser el gran capo, y joven, del arte y los museos en España. Incluso se ve como ministro algún día... ¡Lo que no piense Federico sobre su persona y su valía! Va montado siempre sobre su ego, se cela con todo lo que le quite protagonismo. Aunque muy listo, es demasiado previsible.

Javier acabó contando lo que sabía bajo la promesa de secreto absoluto. Raquel estaba entusiasmada. Le fascinaba seguir el rastro a piezas como aquellas. No lo podía remediar, le podía la pasión del cazador.

—Y ahora que lo sabes, ¿qué vas a hacer?

—¿Yo? Ayudarte... ¿o acaso crees otra cosa? En este mundo del arte no se puede llevar una cosa tan gorda en secreto absoluto. Y en un momento dado, hay que saber movilizar a las instituciones.

—Prefiero que te mantengas al margen. Aún no sabemos qué es lo que puede pasar.

—Es lo que me excita... ¡la aventura! Eso te hace enormemente erótico. En el fondo, lo que me pasa es que soy una curiosa obsesiva.

—El pasado de ese cuadro puede lastrarlo. Tengo que estar seguro de que no hay nada ilícito, hay que ir con pies de plomo.

—Ya sabes, mis labios están sellados. Salvo que quieras besarme. Eso se puede negociar... ¿Tú sabes lo que podría valer un Bosco desconocido, en buen estado?

—Depende. Si es en España, menos que fuera. Aquí el Estado tiene una salvaguarda y a menudo la ejerce. Acuérdate de *El vino en la fiesta de San Martín*, la obra desconocida de Pieter Bruegel el Viejo, que descubrió el Prado en una restauración. Pagamos siete millones de euros, pero en el mercado libre hubieran podido ser muchos más. Ese cuadro era más grande que este posible Bosco, que podría llegar a unos diez millones de euros. Solamente un coleccionista muy especial aspiraría a poseerlo; estoy hablando de los capitalistas más refinados del planeta.

Era un aviso a los navegantes y Raquel se rio abiertamente. Javier siguió.

—Uno de los problemas es averiguar la procedencia del cuadro. Desconocemos si pertenecía a alguna familia expoliada en la Segunda Guerra Mundial.

—En ese caso los requiebros y vueltas que puede dar el caso son imprevisibles. Dentro de poco tendré que ir a varias subastas en Europa. Allí siempre me encuentro con marchantes y coleccionistas amigos. Intentaré enterarme del estado de esos asuntos.

—Ya sabes, con mucha discreción...

—Y tú, ¿qué vas a hacer ahora? ¿Cómo piensas seguir tus pesquisas?

Era una buena pregunta. Aunque tenía varias ideas, de momento no podía contestar.

El método le había salvado en los momentos difíciles de la vida, cuando se ponen a prueba convicciones y creencias. Por eso recurrió una vez a la fórmula. Analizar, como un sabueso policial, todas las pistas del caso. Una de las posibilidades, aprovechables para la exposición, era el nuevo elemento de los *fuegos de San Antonio* que había surgido con los escritos de Jerónimo. Así que recurrió a un amigo que trabajaba en la sección de arte de la Policía, Gonzalo Martín, con el que había colaborado en el peritaje de algunas piezas robadas. Gonzalo lo llevó en presencia de uno de los mayores expertos de la policía Científica, José Carlos Muñidor, doctor en Medicina y licenciado en Química, para sopesar esa interpretación.

—En la Edad Media, en Centroeuropa, el centeno era el cereal más empleado en la alimentación. En ocasiones, las plantaciones eran infectadas por un hongo en forma de cuerno, hoy llamado *Claviceps purpurea.* Estas plagas se producían cuando las condiciones de la primavera eran propicias: años húmedos y no muy fríos. Aunque el cornezuelo fuera visible, el centeno no se limpiaba y era llevado tal cual a los molinos.

En su despacho, al lado de una sala donde se distinguían una serie de huesos sobre una mesa metálica, el doctor Muñidor enseñaba a Javier Carreño y Gonzalo un libro con grabados desplegado sobre la mesa. Desde que había recibido la llamada de su colega, había reunido abundante documentación.

—Este hongo contiene grandes cantidades de ergolinas, unos alcaloides con un poderoso efecto vasoconstrictor. Ingiriendo cantidades significativas de centeno o harina de centeno contaminado, se desarrolla la enfermedad llamada ergotismo, que es la que tenían los europeos medievales.

—*¿Claviceps purpurea* dice que se llama? —Anotaba Javier el nombre en un cuaderno.

—Ahí donde lo ve, con ese nombre casi poético, este hongo ha sido muy estudiado. Merece la pena, se han hallado en él cosas sorprendentes: la primera, la ergobasina, un

alcaloide relativamente simple de una gran capacidad hemostásica y potenciadora de las contracciones del útero; también la ergotamina, un vasoconstrictor muy empleado en la actualidad contra la migraña y que, ingerido en grandes y continuas cantidades, da lugar a malformaciones durante el embarazo. Añadamos la bromocriptina, empleada en el tratamiento del párkinson, y otros derivados más como la ergocristina, la ergocriptina y la ergometrina. Pero sobre todo, la estrella es la ergotina. Al calentar la masa en el horno para cocer el pan, la ergotina se transforma en una dietilamida del ácido lisérgico, más conocida como LSD, descubierta accidentalmente por Hofmann en 1943, una sustancia usada en psiquiatría durante mucho tiempo antes de su prohibición. Un portento el hongo; no me extraña que se hablara en el medievo de los panes de la locura.

—¿Y era mortal?

—La mayoría de las veces, aunque existían dos tipos de enfermedad. El primero, más benigno, se manifestaba por diarreas, vómitos y cefaleas acompañados de alucinaciones y convulsiones. En el segundo, mucho más grave, los dedos y extremidades se gangrenaban y se perdían. A esta última variante se la llamó *fuego de San Antón*, por San Antonio, el eremita que fue tentado por el diablo con visiones terribles y que se convirtió

en el santo protector de los afectados por el mal.

—¿Me podría detallar los efectos del *fuego de San Antón?*

—Pueden traducirse en alucinaciones, convulsiones y contracción arterial, que conducen a la necrosis de los tejidos y la aparición de gangrena en las extremidades. La enfermedad empezaba con un frío intenso y repentino en brazos y piernas para convertirse en una quemazón aguda. Del fuego al hielo, qué tortura. Sabiendo además que en cada ataque se perdía algo: un pie, dedos de las manos... Muchas víctimas lograban sobrevivir, pero quedaban mutiladas para siempre, podían perder todos sus miembros. Existía otra variante de esta intoxicación en la que el paciente sufría intensos dolores abdominales que finalizaban en una muerte súbita, afectaba a las embarazadas que abortaban, en los varones podía producir además la pérdida o daño de los genitales...

—El Bosco nunca tuvo hijos...

—¿Qué quiere decir? —preguntaba Muñidor.

—Nada, cosas mías... ¿Y era muy común?

—Durante la Edad Media las intoxicaciones por ergotismo eran tan frecuentes que se crearon hospitales donde los frailes de la

Orden de San Antonio se dedicaban en exclusiva a cuidar de estos enfermos. Estos frailes llevaban hábito oscuro con una gran T azul en el pecho. Pero fíjese, yo creía que con la mejora de la higiene, el Renacimiento y el progreso de las ciencias, la enfermedad había desaparecido en un siglo. Me equivoqué. La última intoxicación colectiva de ergotismo sucedió en Francia, en el pueblo de Pont—Saint—Esprit, en el año 1951. Ayer, como quien dice. ¿Y relaciona usted el ergotismo con los cuadros de El Bosco? ¿Es eso lo que quiere saber para su exposición?

—Me gustaría sopesar algunas cosas... Por ejemplo, una persona que la hubiera sufrido, pero que se hubiera curado...

—¿Sin amputaciones? Ya le habría tocado la lotería. Lo raro sería que no hubiera quedado tocado para el resto de su existencia. Con dolores atroces, alucinaciones, visiones, éxtasis. Como para desequilibrar a cualquiera. No sé si podría levantar un pincel en la mano, raro me parece.

—¿Podría el afectado leve volver a tener esas alucinaciones a lo largo de su vida?

—Sí, si se dan una serie de condiciones. También podría suceder que con los remedios tradicionales se quitaran unos efectos y persistieran otros. Por ejemplo, uno de los remedios era la mandrágora. El enfermo podía

pasar de un vuelo a otro.

—Vaya, eso es interesante... ¿Y cómo serían sus alucinaciones? ¿Parecidas a las de un *tripi* de ahora?

—Habría luces y psicodelia, pero dependería de la experiencia personal y del ambiente circundante. Alguien que viviera en la Edad Media tendría visiones medievales, ese sería su sustrato. Quizá Dios, ángeles y demonios...

—Como El Bosco...

—En efecto, como El Bosco. Por lo que conozco de sus cuadros, y ahí es usted el experto, muy bien pudiera ser. ¿Tiene datos sobre la zona en la que vivió? ¿Está registrada la fecha de alguna epidemia que pudiera afectarle?

—La única que pudo afectarle, en 1496, fue una de varicela española, a la que también llamaban la «pasión de Santiago». Aunque parece que hubo una misteriosa peste, «plerensis», que pudo acabar con su vida en 1516, junto con otros habitantes de su pueblo natal, s'Hertogenbosch o Bosque Ducal, entre ellos el arquitecto de la catedral que se estaba construyendo. Pero no hay registrado ningún *fuego de San Antón.*

—Pues entonces lo tienes difícil —intervino Gonzalo.

—Tengo pendientes viajes a Venecia y Ámsterdam y es posible que gire una visita a ese pueblo. Quizá allí obtenga más información, así que ya se lo comentaré. Muchas gracias. Ha sido usted amable y exhaustivo.

—Gracias a usted. Al menos esto me saca un poco de los huesos y los crímenes antiguos. Espero que le sirva de algo. Le he preparado un extracto de textos sobre el hongo y una lista bibliográfica, por si la necesita —se despedía el doctor deseando éxito en los viajes y la exposición.

—Qué envidia me das, Javier —añadió Gonzalo—. Gracias, doctor. Le dejamos con sus huesos.

El aludido hizo una mueca y entró en la sala donde dos ayudantes se afanaban en ordenar, como si fuera un rompecabezas, los huesos de un esqueleto de color marrón.

—Gracias también a ti, Gonzalo —se despedía Javier.

—De nada. Ya me gustaría a mí ir a Ámsterdam. Los del grupo de la Interpol vienen prometiéndome un viaje allí desde hace meses... Por cierto, tú que te mueves en el mundo del arte y los museos, ¿has oído hablar alguna vez del *Abuelo?*

Ante la mueca de extrañeza de su

interlocutor, Gonzalo se soltó:

—Es el más refinado ladrón de arte europeo, un peligroso delincuente internacional que hasta ahora ha eludido a la Interpol. Esto es confidencial, por supuesto. Es un hombre mayor, que trabaja con una hija o nieta. Ambos conocen muy bien el mundo del arte. El abuelo ha desarrollado, a la manera de los grandes timadores y falsificadores, una serie de golpes maestros con intrigas rocambolescas, impresionantes. Algunas dignas de una novela. Dicen que algún famoso museo europeo ha sido objeto de sus atenciones. El resultado es que han tenido que retirar alguna pieza maestra, ya que el *Abuelo* las había sustituido por una copia exacta, solo distinguible por los últimos análisis científicos. También lo llaman el Gran Ilusionista. Habla varios idiomas y parece más joven de lo que es. Trabaja en varios países, entre ellos España, pero siempre desaparece su pista en Holanda.

—Vaya, la verdad es que es la primera noticia que tengo, pero parece el retrato de Sean Connery —bromeó Javier para disimular la impresión que había sufrido. ¿Sería posible que Jerónimo e Himiko?

—Mira, Javier, los ladrones de arte no están movidos por la estética del artista ni por su importancia en la historia del arte. Eso es

un mito romántico. Las obras son robadas por organizaciones o individuos que solo quieren sacar dinero, y que utilizan muchas veces las pinturas en transacciones de ventas de armas o de droga. Por eso es excepcional el caso del *Abuelo.* Los más veteranos del grupo dicen que solo se encontraron una vez un ladrón que no actuara por dinero. El *Abuelo* sería el segundo. Todo un récord Guiness, a sus años. Yo tengo mi propia teoría. Es por aburrimiento. Un viejo a lo Thomas Crown, ¿viste la película, no, de Steve McQueen? Será una persona con una gran forma física a pesar de la edad, con alto nivel de inteligencia y organización, con una red reducida, y lo hace porque le excita. Es su manera de vivir. Total, ¿qué pierde? ¿Que le caigan veinte años? Lo cual no quiere decir que no haya que neutralizarlo, imagínate qué ejemplo para los del Imserso. No quiero ni pensarlo —reía Gonzalo.

—¿Sabéis qué aspecto tiene, hay alguna foto? Quizás así te podré decir si lo he visto en alguna parte.

—Qué más quisiéramos. No hay ni una mísera foto, grabaciones muy borrosas de hace algunos años, de la Policía alemana, en las que lleva una máscara y no se distingue nada. Bueno, era por si te sonaba de algo.

—No, no, no me suena de nada. Si oigo algo de ese *Abuelo*, te lo haré saber. Me voy,

tengo que preparar esos viajes. Chao.

—Adiós, Javier. Y cuídate. Trabajas demasiado. No tienes buena cara.

CAPÍTULO VIII

EN EL VIENTRE DEL SEOL

Por mí se va a la ciudad del llanto;

por mí se va al dolor eterno;

por mí se va a la condenada raza;

la justicia animó a mi Sublime Arquitecto;

me levantó la divina Potestad, la suprema Sabiduría

y el primer amor.

Antes de mí no hubo nada creado, a excepción de lo inmortal;

y yo duro eternamente.

¡Oh vosotros los que entráis,
abandonad toda esperanza!

Dante Alighieri,

«La puerta del infierno»,

Divina Comedia, 1304.

-D

ejadlo. Este es un fanático. No hablará. Morirá lentamente, como un esclavo, trabajando. En realidad no era mi ideología, sino el amor de Giselle, lo que sellaba mis labios. El silencio era mi última protección hacia ella. Pero tras la intervención de aquel capitán de las SS que dirigía los interrogatorios, terminó el suplicio. Pensaron que les podría ser de provecho de

otra forma, y un buen día, muy golpeado y débil, mapa de hematomas, me metieron en un camión con otros detenidos y me trasladaron a Vught.

Vught. ¿Qué podría decir del campo de Vught? Parecía no una antesala del infierno, sino el infierno mismo. Cuando yo llegué, en la primavera de 1944, funcionaba a pleno rendimiento la máquina de terror. El campo se había abierto a mediados de enero de 1943, cuando llegaron los primeros reclusos desde el campo de concentración de Amersfoort. Allí fueron a parar los trabajadores judíos del textil y del diamante, procedentes de Ámsterdam.

Originalmente, Vught estaba dividido en dos secciones. La primera era un tránsito para los judíos, antes de ser deportados a los campos de la muerte de Polonia. El destino final de aquellos que recalaban allí era Auschwitz—Birkenau o Sobibor, últimos escalones del Hades. Poco después de la liberación de los campos se hicieron públicas las cifras. En total, cerca de doce mil judíos —incluyendo más de mil niños hasta la edad de dieciséis años— fueron conducidos a los campos polacos. Allí, en escenas dramáticas, se separaban padres e hijos, hombres y mujeres. Nadie que lo haya vivido podrá olvidar aquellas caras, aquellas lágrimas, la muerte y el sufrimiento asomando a los rostros de todos, pues si el destino de los que partían

era incierto, no lo era menos el de los que nos quedábamos allí. A pesar de que el dolor te pone una máscara en la cara, economía total de gestos y emociones, muchos no podíamos aguantar las lágrimas. Yo me acordaba de los míos, de mi madre muerta —mejor que no hubiera visto nunca dónde me encontraba— y de mi hermana, penando en España, pero con vida al menos.

En Vught, trataban igual a los judíos que a los de la segunda sección, la de Seguridad. Allí nos hacinábamos los prisioneros políticos, los que habíamos sido capturados, pero no eliminados. Había tanto holandeses como belgas y, en menor medida, franceses. Éramos hombres y mujeres, pero entre las reclusas no se encontraba Giselle, y por más que hice para enterarme, no pude averiguar si había sido detenida.

Estábamos vigilados por los SS, que nos mataban de hambre, dándonos por todo alimento un caldo asqueroso con algunas zanahorias y nabos flotando en su superficie. Al principio no podía tragar aquellas sopas infectas. Me destinaron a un pelotón de carpinteros, lo cual fue una suerte, en un campo cuyas barracas eran de madera. No era tan agotador como otros trabajos, aunque nos dejábamos el lomo, como todos, de sol a sol. Y estábamos tan expuestos como los demás al trato bárbaro de los SS. A menudo, los

verdugos se entretenían con algún prisionero al que aleatoriamente propinaban palizas, muchas veces mortales. Era la locura de la brutalidad en estado puro, la sinrazón, la degradación más absoluta de la dignidad humana.

Algunos enloquecieron. Yo estuve también cerca. Nadie sabe los límites de la resistencia del hombre, sus correas. Todo allí sufría. Lo primero era el olfato, que apenas toleraba los olores infectos de miseria, sangre, humedad, basuras y crematorio. La vista no resultaba mejor parada: cualquier esquina por la que se paseara la mirada, incluido el lago y los alrededores, estaba privada de vida, gris, si acaso entre verde y marrón, en claroscuro, colores de muerte y sufrimiento. El oído, torturado hasta la extenuación por órdenes, ladridos, altavoces, solo se relajaba por la noche, y era a menudo sobresaltado por los gritos de los suplicios que provocaban los carceleros, encabezados por el capitán Adam Grünewald, un canalla de las SS, carnicero, verdugo, capaz de todo, que había reemplazado en octubre de 1943 al primer comandante del campo, Kart Chmielewski, acusado de robo. Este SS se había labrado en Gusen y Mathausen una merecida fama de despiadado. Luego, tras la guerra, fueron bien conocidas las atrocidades que cometió en esos campos, los más brutales de los nazis, donde

diezmó a miles de republicanos españoles allí presos.

Los SS se ensañaban con los prisioneros. Con frecuencia provocaban a sus perros para que atacaran a los prisioneros y comieran carne humana. Esos ataques dejaban terribles heridas y causaban amputaciones y muerte. Cientos de prisioneros holandeses y belgas fueron ejecutados en un claro del bosque que desde entonces se conoció como el campo de los fusilamientos. También fusilaban en las orillas de un lago cercano al perímetro del campo, en las afueras de la ciudad de Vught, a algunos kilómetros de s'Hertogenbosch.

La razón intentaba sobrevivir en el infierno. No era casual que hubiera acabado en las cercanías del pueblo natal de El Bosco. En cierta manera era lógico que hasta allí me hubieran seguido los terrores de los cuadros, que hubieran cobrado vida. No podía más que significar eso, y a ello me agarré con todas mis fuerzas. Estaba en uno de los trípticos de Hieronymus, viviendo en plena carne esas pesadillas, aquellos diablos que torturaban con inusual saña, que desprendían miembros, agujereaban cuerpos, azotaban y hacían saltar la sangre, monstruos que exigían su tributo infernal, el padecimiento que tenía que sufrir la raza humana, tal vez para purificarse de ellos, así nuestra muerte nos liberaría para siempre y nos estaría concedido un merecido descanso.

Estaba en el vientre del Seol. En el estómago de la ballena. Con los condenados de los nueve círculos, con los pecados que no habíamos cometido, con nuestros sueños de una mejor humanidad. Pero, fuera por la razón o por el sufrimiento, que ya hacía mella no solo en mi cuerpo, sino en mi corazón, supe que si me abandonaba, todo iría bien. Jonás al final salió de la ballena, la justicia triunfa, el mal no puede gobernar la tierra.

Ocurría cuando nos desprendíamos del miedo, de la culpa. El miedo, qué gran manipulador. Pero poco hace el miedo cuando se asume la muerte, cuando se piensa en ella como la puerta de otro renacer, yo precisamente, y eso era lo paradójico, nada creyente. Era ya un muerto viviente, aun sin embargo mi alma no embarcada en la nave de Caronte, y cuando pasara el tiempo, volvería a la vida, resucitaría y saldría triunfante de todos mis enemigos. Solo podía ganar la vida.

El dolor. Eso es lo que me acercaba al maestro Hieronymus, lo que daba sentido a aquel infausto viaje. Había que superar el dolor, y aunque no vi a Jesucristo como salvador, comprendí que tenía que superar en mí mismo aquello que estaba viendo, la sinrazón de la violencia y la muerte. Me despojé del odio a mis guardianes. Les quité el rostro, los olvidé. Aunque me siguieran golpeando. Por supuesto, no ignoré al

fascismo, simplemente le quité poder sobre mí, el poder del miedo. Pasara lo que pasara no quería morir con miedo.

Bien pensado, aquella reflexión y aquella osadía me salvaron. Al menos así lo he sentido toda mi vida: fueron las alas que me sacaron de allí, la coraza que me protegió de los golpes, los ojos que veían otros paisajes, los dedos que acariciaban otras delicadas superficies, los sueños que me hacían olvidar.

Uno de mis momentos felices tuvo lugar casi al azar. Destinado eventualmente a un pelotón de trabajo de construcción, en uno de los escasos días de tranquilidad dentro de aquel horror, cuál sería nuestra sorpresa cuando nos mandaron formar para salir del campo, eso sí, bien escoltados. Tras caminar cerca de una hora llegamos a la entrada de s'Hertogenbosch, el Bosque Ducal, la patria de Hieronymus. Poco pude ver de aquella ciudad, bordeada por un canal, con la apariencia de una apacible población brabanzona. Tuve la inmensa suerte de que, junto con otro compañero, nos mandaran a por el rancho, que esta vez venía de una cantina del pueblo. Estaba en la plaza del mercado, debajo del ayuntamiento. No podía saber que en la misma plaza vivió El Bosco, y tampoco podía preguntar, no tenía sentido. Pero fantaseé con el hecho de que estaba pisando los mismos adoquines, que pasaba por las mismas calles

que él, intuyendo su presencia; eran quizás maneras de evadirse, la mente luchando por considerar cosas nuevas, cada imagen del lugar como un tesoro que guardaba dentro de mí. Luego he sabido más de aquella ciudad, que los españoles llamaron Bolduque o Balduque, y cuya caída en manos de los protestantes rebeldes holandeses significó el final de la guerra de los Treinta Años y el principio del fin de la presencia española en Flandes.

Aquel día, y los dos siguientes, trabajé en las obras de un pequeño puerto, fuera de la población, donde aun llegaban mercancías al lugar, no solo pescado, sino productos del campo. Pocos vimos, pero detrás de aquellas verduras, de aquellos pescados, se nos iba la vista. Algunos compañeros recibieron manzanas que les daban algunas almas caritativas que pasaban a nuestro lado y veían nuestra pobre condición.

Pero aquello fue un suspiro. Pasó como si hubiera sido un sueño. En seguida siguieron los trabajos seis días y medio a la semana, en medio de un trato inhumano, con latigazos y palos a diestro y siniestro. Yo me salvaba de lo peor debido a mi conocimiento del alemán, ya que me utilizaban como intérprete entre diversos pelotones de trabajo.

Vught tenía sus propias horcas y

crematorios. Setecientos cuarenta y siete prisioneros, la mayoría judíos, perecieron en Vught entre 1943 y 1944. En septiembre de 1943, las horcas fueron usadas para ejecutar a veinte prisioneros belgas. Se veía que comenzaban a ponerse nerviosos. El número de ejecuciones aumentó dramáticamente a medida que se fraguaba la derrota alemana. Es gente a la que no le gusta perder.

El 6 de junio de 1944 comenzó la tan esperada invasión, de la que nos enteramos varios días después: tropas americanas e inglesas desembarcaron en Normandía. El 24 de agosto alcanzaron París; el 3 de septiembre, Bruselas. La liberación de los Países Bajos parecía ser inminente. Pero después del aterrizaje fallido de los paracaidistas en Arnhem, el avance de los aliados se detuvo.

La mayor parte de los Países Bajos tuvo que esperar hasta mayo de 1945 para su liberación. Aquel fue un invierno lleno de carencias, el invierno del hambre campando y creciendo en la misma medida que el terror. Los actos de la resistencia eran seguidos de despiadadas represalias. El odio a los alemanes llegó al máximo. Entre el 4 y el 5 de septiembre, ciento diecisiete prisioneros fueron fusilados en el campo de tiro a orillas del lago. La tensión en el campo era insoportable.

Muchos de los reclusos se preguntaban en voz alta si los alemanes eran capaces de matarnos a todos antes de retirarse. Corrían varios rumores, sobre todo cuando *radio campo* trajo la noticia de que se había visto un tren mercante en las cercanías. ¿Era para nosotros? ¿Nos irían a deportar justo cuando la liberación estaba próxima?

En los primeros días de septiembre de 1944 parecía, por lo que conocíamos, que la guerra podía acabar pronto. La BBC había informado de que los americanos habían entrado en Limburg Sur. Todos esperábamos que la maquinaria de guerra alemana estuviera al borde del colapso, pero una vez más, nos equivocábamos. Las noticias hablaban de que las tropas aliadas estaban en las afueras de la ciudad de Breda. Aquello generó lo que se conoció como el *martes caótico*: miles de holandeses colaboracionistas huyeron presas del pánico a Alemania, al igual que los alemanes de la Administración de los países ocupados. Entonces no sabíamos qué estaba pasando: los rumores se disparaban y mezclaban con lo que lográbamos oír en una radio clandestina. Se suponía que los británicos andaban próximos, aunque su interés no era liberar nuestro campo, sino acabar rápidamente con la guerra.

Pero el jefe de las SS del campo, Hans Hüttig, no iba a permitir que lo capturasen los

aliados. Hüttig, que había reemplazado al Capitán Adam Grünewald, responsable del drama del búnker —setenta y cuatro mujeres fueron encerradas en la noche del 15 de enero de 1944 en la celda 115, tras protestar por el encierro de la jefa del barracón: catorce horas después cuando abrieron la habitación, diez habían muerto—, se llevó trescientas veintinueve muertes, ejecuciones entre julio y septiembre de 1944.

El campo fue evacuado con urgencia. Algunos prisioneros, los que estaban en peor estado, fueron liberados. Los poco más de dos mil hombres que quedábamos fuimos embarcados en un tren el 5 de septiembre y transferidos al campo de Sachsenhausen, en Alemania.

A última hora de la tarde del 26 de octubre, en una operación llamada *Pleasant*, tropas inglesas y canadienses irrumpieron en el desierto campo de Vught, tras haber liberado la ciudad próxima. Las siniestras siluetas de las torres de vigilancia, las estructuras de alambres de espino y en particular la vista del crematorio y las horcas sellaron los labios de los liberadores, que miraban todo con indecible pesar, incapaces de articular algún sonido. Allí habían muerto muchos seres humanos. Solo unas cuantas personas estaban presentes para alegrarse con la libertad, varios empleados de la ciudad que

habían sido destinados allí por la municipalidad el 22 de septiembre y una enfermera que representaba a la Cruz Roja. El campo había dejado de existir una semana antes, el 14 de septiembre.

Mientras, la muerte seguía reinando en los campos a los que habíamos sido conducidos.

—¡Aquí, nada de risas! ¡El único que tiene derecho a reírse es el diablo, y el diablo soy yo! ¡Que nunca se os olvide! ¡La risa está prohibida! ¡El que se ríe está desafiando al diablo!

Estas fueron las palabras de recibimiento de Kaindl, el comandante del campo de Sachsenhausen, las mismas que dirigía a los grupos de prisioneros que, para su desdicha, habían sido trasladados a aquel círculo infernal, donde él, en efecto, era el diablo, o su representante más calificado en la tierra. Las bromas estaban prohibidas. La esperanza, exiliada. Lo único que campaba libre por sus calles, por sus barracones y plazas, eran la muerte y el dolor.

—Estáis aquí internados por vuestro bien —seguía—. Este campo no es un sanatorio. Aquí se trabaja para que seáis redimidos de vuestros ideales por el trabajo y la honradez, para convertiros en hombres dignos inmunizados de los malignos gérmenes de la

democracia y el bárbaro comunismo. Todas estas bondades debéis agradecérselas al führer y al nacionalsocialismo.

Eso pude entender. Después oí la perorata más veces, pero básicamente no cambiaba.

Terminada la bienvenida nos llevaron a desinfectar, primera fase de la redención nazi cuyas iniciales lecciones yo había recibido en Vught. Nos desnudaron en el barracón y nos cortaron el pelo al cero. Volvieron a afeitarnos los sobacos y alrededor del sexo; nos inyectaron también un líquido en el pene, que en seguida nos hizo una llaga. Tras las duchas pasamos al almacén de ropa. Cambiamos los viejos uniformes por otros nuevos. Nuestra vestimenta presidiaria consistía en camisa y calzoncillos rústicos, calcetines y zapatos con suela de madera. El uniforme era el típico de rayas azul oscuro y blanco y se completaba con un gorro. Así, disueltos como personas, reducidos a un número de matrícula, todos con la misma apariencia, haciendo todo al mismo tiempo y con la misma actitud, entramos en aquel noveno círculo.

Sachsenhausen, nombre maldito, trece letras grabadas a fuego, el principal campo de concentración en el área de Berlín. Localizado en las cercanías de Oranienburg, cuarenta kilómetros al norte de la capital alemana, fue uno de los primeros que construyeron los

nazis, ya instalados en el poder y dominando todos los resortes del Estado. Desde 1933, cuando habían encerrado en el campo a los primeros cincuenta prisioneros políticos, las SS y su fanático jefe Heinrich Himmler mandaron allí a muchos de los que querían deshacerse, como seis mil de los treinta mil judíos detenidos tras la «noche de los cristales rotos», en 1938. Otros judíos pronto los siguieron, esta vez de Polonia, desde mediados de septiembre de 1939, poco después de que empezara la Segunda Guerra Mundial. Desde ese momento hasta nuestra llegada, las condiciones fueron empeorando a medida que avanzaba el conflicto bélico. Muchos prisioneros engrosaban cada día la lista de los muertos por cansancio, hambre, abusos y falta de cuidados médicos. Cuando llegamos los últimos deportados de Vught, en septiembre de 1944, habría en el campo unas sesenta mil personas, incluidas unas trece mil mujeres.

Allí se podían encontrar maestros, sacerdotes, doctores, funcionarios, oficiales del ejército, líderes políticos, estudiantes. Había gitanos, judíos, homosexuales, lisiados. Todo lo que odiaban los nazis. Y las nacionalidades, más de treinta países: polacos, checos, belgas, franceses, holandeses, rusos... Se contaba —casi todo se acababa sabiendo en el campo— cómo desde hacía tres años se iba eliminando en las cámaras de gas, en programas de

eutanasia, a los prisioneros demasiado débiles, enfermos o discapacitados mentales. Con ellos hacían también experimentos médicos.

Los alemanes, muy metódicos, habían puesto orden en aquel desbarajuste. Cada preso pregonaba su procedencia con una letra sobre un triángulo cosido en su uniforme. El rojo, por supuesto, era para presos políticos, el rosa para los homosexuales, el amarillo para los judíos, el verde para delincuentes comunes, el negro para los asociales, el marrón para los gitanos, el morado para los objetores de conciencia y el azul para los apátridas. Había, además, una insignia roja con bordes blancos que señalaba a los prisioneros que habían intentado la fuga. Para ellos estaba reservado el peor de los tratos, de tal manera que morían en menos de dos semanas.

Nadie puede, aunque posea una portentosa imaginación, recrear aquello. Las palabras se quedan vacías de significado, se impregnan de tonos sombríos, tétricos incluso, en una enumeración repetitiva de terror y muerte, pero no pueden describir lo que percibía la mirada de las pronunciadas cuencas de nuestros ojos. Salíamos de un círculo del infierno para entrar en otro peor. Aquella era una ciudad de la muerte, siniestra maquinaria de producción de armamentos, lo que todos sentimos como nuestro destino final, la

estación término. Y eso que el campo, al principio, a diferencia de otros como Mathausen, estaba clasificado como de nivel 1, es decir, con presos menos peligrosos y a los que se consideraba *recuperables.*

En Sachsenhausen se repetía el esquema de Vught, pero a mayor escala. Se trabajaba hasta la extenuación, con muy mala comida, ropas y alojamiento. La mayoría lo hacía en las factorías de armamentos, diseminadas por los sesenta subcampos de alrededor. Pero también se laboraba en agricultura, construcción y trabajos textiles. Luego, cuando la liberación, nos enteramos de que incluso un barracón, el 19, estaba destinado a la falsificación de moneda. Lograron hacer libras, y tenían bastante perfeccionados los billetes de dólar.

Un puesto de observación, en lo alto del edificio principal, dotado de megafonía y ametralladoras, controlaba todo el campo. Un solo SS tenía al alcance todos los barracones y podía actuar si veía una fuga.

A la derecha del camino de la entrada se encontraba la casa verde, la vivienda del comandante y el casino y sala de juego de los SS, donde se relajaban después de realizar su siniestra labor de exterminio, con prisioneras prostituidas a las que prometían la libertad después de seis meses de trabajar para ellos.

Las mujeres, después de ese tiempo, eran «liberadas» por la cámara de gas.

En el enorme semicírculo formábamos para ser contados, sin movernos, en ocasiones a veinte grados bajo cero. Los sesenta mil prisioneros, hasta que el recuento no cuadrara, no podíamos abandonar la formación. Si faltaba alguno no se paraba hasta localizarlo y mientras tanto, teníamos que seguir en formación en el patio. Una vez, estuvimos más de veinte horas porque faltaba un preso, que se había caído muerto dentro de la máquina con la que trabajaba. Así que, cada mañana, salíamos a formar y nos llevábamos a cuestas a los compañeros que habían muerto durante la noche, para que el recuento durase menos. También había que sumar a eso los que caían muertos al suelo en la formación.

Se dormía en literas de tres camas, en las que podía haber dos o tres presos; promiscuidad de miserias, podredumbre de miedo, de momentos de abatimiento, las lágrimas permitidas —el que tuviera aún, que hasta esas se nos habían secado—. Nos teníamos que levantar todos los días a las cuatro de la mañana y en una hora teníamos que hacer la cama, ir al baño, asearnos, desayunar, cargar con los compañeros muertos durante la noche y estar formados en el patio para que a las cinco comenzase el recuento. Todo eso junto con otras

cuatrocientas personas en un barracón en el que no había espacio físico para moverse. La opción era robar momentos al sueño, levantarse antes y así poder ir al baño. Se ideó un sistema preciso. Cada preso tenía un minuto en total: veinte segundos para hacer sus necesidades menores y cuarenta para mayores. Si no había acabado, era sacado del baño en volandas.

Cada colectivo era agrupado por barracones según su color. Había barracones de presos políticos, de homosexuales, de presos comunes... En esas construcciones de madera, los SS designaban a un jefe, para evitar entrar en lo posible por miedo a las enfermedades. Los *kapos*, con ese poder, se volvían a veces peores que los mismos SS.

No eran los únicos en sufrir una transformación. Entre los recluidos campaban la miseria moral, la brutalidad, el egoísmo, la insensibilidad, la deslealtad y la delación. La inmensa mayoría de los que allí entraban, de cualquier edad o condición, perdían las nociones de humanidad, transformándose en algo bestial, salvaje, luchando por el pan, la sopa, los alimentos. La inteligencia y la cultura se oscurecían o desaparecían para poder sobrevivir, insensibles al dolor de los demás. Aquella fue una lección. Si fuera por eso, se podría decir que el nazismo, el mal, había triunfado. Pero, afortunadamente, el ser

humano está hecho también de otras pastas como dignidad, amistad, solidaridad, apoyo.

Dentro de mi infortunio, mi suerte fue encontrar a dos centenares de españoles, deportados desde Francia como resistentes, saboteadores o colaboradores del maquis. Habían llegado, tras la operación *Meerschaum*, ordenada por Himmler, el 25 de enero de 1943, desde Compiègne, en un transporte con mil seiscientos detenidos, y nunca perdieron un maravilloso espíritu de resistencia. Gracias a esa moral y a esa causa, pudimos sobrevivir. Allí estaban José Carabasa —que nos sacaba de la cocina raciones extra—, Valentí Portet, Felipe Noguerol, Bernardo García, Joan Mestres i Rebull, Alonso el Asturiano, que estaba mutilado, Fargas, Juan Ripoll o Pedro Martín... Algunos de ellos venían de campos como Dachau o Mauthausen.

—Lo importante es la moral —decían—. Sin esperanza, no duras ni tres semanas. Cuando llegamos a Mauthausen, el jefe del campo, el asesino de Chmielewski, advirtió: «Aquí entráis por la puerta, y solo saldréis libres por la chimenea». Había un español que en los pocos momentos libres se abismaba pensando en su familia y mirando la chimenea del crematorio. Le dijimos que no mirara más la chimenea, ninguno allí la mirábamos, bajábamos la vista al suelo cuando pasábamos cerca. Pero perdió la esperanza y acabó saliendo por la chimenea.

Los españoles teníamos una ventaja. Habíamos vivido la guerra de España, la clandestinidad en Francia, y sabíamos organizarnos, le echábamos coraje a la vida. Gracias a eso y a los alemanes que habían servido en las Brigadas Internacionales, que también nos protegían, pudimos ocupar puestos donde el riesgo de muerte no era tan elevado. Fui destinado a un grupo especial en el economato. Además de la ficha de la Politische Abteilung en la que figuraban mis habilidades manuales de impresor y pintor, mis amigos españoles se encargaron de airear mis conocimientos de alemán. Así que me enviaron al *Effekten kammer*, el economato, una dependencia del departamento administrativo. Desde allí se llevaba la inspección de todos los campos y el control de los bienes de los deportados, trabajos que realizaban prisioneros bajo el control de las SS.

Después de los pasados horrores, los trabajos y los malos tratos, aquel destino en el economato representaba una tregua. Éramos dos docenas en las diversas secciones, hombres envidiados en el resto del campo. Nuestra labor era de oficina. Allí había contables, mecanógrafos, impresores, secretarios, encargados de los archivos, todos con sentimiento de privilegiados, siendo en realidad parte de un engranaje fatal, el de la

administración de bienes del Tercer Reich, la columna vertebral de los bandidos de las SS, aquellos que tenían derecho sobre la vida y la muerte, llevaban a cabo los interrogatorios, ordenaban los traslados y las ejecuciones.

Allí, en el sótano del economato, la cueva de Alí Babá, como la llamábamos, pude darme cuenta de lo que significaba el entramado de aquella máquina de producir para Himmler y aprendí el macabro mecanismo. Nuestra misión consistía en garantizar la buena salud de aquel engranaje diabólico que controlaba las monedas, el oro y las joyas provenientes de los recluidos en todos los campos. Aquel era el almacén central: ¡millones de divisas, kilos de oro y brillantes manando y fluyendo todos los días para las arcas de aquel Estado asesino!

Nadie se hacía ilusiones, sabíamos que si las SS confiaban la administración de su propia fortuna, un tesoro de tanta importancia, a unos cuantos prisioneros, era porque no disponían de personal para las oficinas y porque en el fondo no corrían riesgo alguno. Podían prescindir de nosotros en cualquier momento, liquidarnos con un chasquido de dedos. Era lo que llamaban eufemísticamente «el transporte».

Desde el instante de la llegada a cualquiera de aquellos campos, a los deportados se los

despojaba de todos los objetos de valor: sortijas, relojes, plumas estilográficas, monturas de gafas de oro, piedras y dinero ocultos en los forros de los abrigos y las prendas. El encargado de la caja anotaba los objetos entregados y el controlador SS guardaba al final de la jornada, en las cajas fuertes, el botín del día y los libros de registro. Esas cajas fuertes se encontraban en una dependencia, aparentemente insignificante, de los jardines de la comandancia. A estos objetos confiscados había que sumar las joyas de las deportadas en Ravensbrück, botín que llevaban a Sachsenhausen miembros de las SS femeninos: millares de relojes, sortijas, pitilleras, polveras de oro...

Además, cada semana había que recoger y ordenar las prótesis dentarias que provenían del crematorio: las «aurificaciones», que figuraban en los registros con el concepto de «objetos encontrados». Los médicos SS visitaban a los que eran destinados a la cámara de gas. Tras examinar su boca, marcaban en algunos una señal en la frente. Así sabían que antes de la incineración, el aparato dentario debía ser recuperado. No solo eso. A la vez que se recuperaba el oro —que era fundido en lingotes por los SS—, se contabilizaba la relación de las piezas postizas, puentes y dentaduras de porcelana. De vez en cuando, algún *kapo* con dentadura deficiente

venía a escoger la que más le gustaba del montón.

Las alianzas y las joyas de oro eran convertidas asimismo en lingotes. Una parte de los brillantes era enviada, a través de un servicio especial, a los talleres secretos para los aparatos de precisión; otra se destinaba a las casas de anticuarios para ser vendida, y otra iba a parar a las cajas fuertes del Banco del Estado, por acuerdo entre Himmler y Funck, ministro de Finanzas.

Jamás vi reunidos tal cantidad de objetos de valor y bajo formas tan diversas. Inventario de brillos, colores rutilantes, arabescos de metales preciosos: rubíes, esmeraldas, diamantes engarzando alianzas, sortijas, pendientes, collares, joyeros...; piezas de caros y exclusivos orfebres de las más selectas joyerías, procedentes de las más afamadas capitales europeas: París, Viena, Praga, Budapest, Ámsterdam, Amberes o Varsovia. Para saber el valor real de todos esos objetos, los SS tenían en el campo un especialista, un experto joyero de Duisburg llamado Peter Winkels.

Winkels era muy bueno en su trabajo. Con una sola mirada, y casi sin utilizar lentes ni lupas, era capaz de calcular el exacto valor de una pieza de oro, platino o una piedra preciosa. A él acudían, desde hacía treinta

años, todos los magnates del Ruhr para que tasara sus joyas y objetos valiosos. En el campo, su misión era comprobar las fichas y la contabilidad de todo lo que se recuperaba. Llevaba los registros y realizaba las comprobaciones con los prisioneros encargados.

Con sesenta años cumplidos, Winkels estaba muy a disgusto con el régimen nazi. Era un hombre que añoraba la época de su joyería, su clientela y su vida tranquila. Se sabía todos los chismes de la alta sociedad muniquesa. No en vano a él acudían los ricos empresarios cada vez que tenían que hacer regalos a sus amantes. Estaba al tanto de todos los amoríos y vivía, según contaba con nostalgia, de esos regalos y los que, en contrapartida, los adúlteros hacían a sus mujeres para que no sospecharan. «Ah, qué tiempos idos», repetía con la mirada perdida, buceando en su pasado. En aquellos días había perdido ya la esperanza. El mutismo que tenía cuando llegó obligado al campo había dado paso a continuas protestas que solo realizaba cuando estaba con algunos de los presos. A menudo se le notaba la cara congestionada, los ojos hinchados y rojos, señal de que había llorado.

Winkels parecía sincero, con pena en el corazón, lastres del alma. Pero todo podía ser una farsa, así que nadie confiaba en aquel

hombre gastado. El uniforme alemán y las calaveras de las SS ponían un muro invisible entre él y los que allí estábamos. Sin embargo, yo decidí jugármela. Y me salió bien. Fuera por mi alemán —había conseguido soltarme en el idioma, por la fuerza de las circunstancias—, fuera por el conocimiento que demostraba en cuestiones artísticas, para él muy importantes, el caso es que pronto me hizo objeto de sus confidencias.

Siempre que entregaba nuevas listas, a menudo acompañadas de una carta de los jefes nazis, hacía una serie de revelaciones. Quería que los prisioneros nos quedáramos con las cifras, los servicios a los que iban dirigidos y los nombres de sus responsables. Acto seguido, como si fuera la otra cara de la moneda, o para preservarse de delaciones de los propios prisioneros al mando del campo, advertía con seriedad: —Este trabajo es alto secreto. Cada vez que se sale de esta sala hay que olvidar todo lo que se ha visto y oído aquí, al menos hasta que acabe la guerra. De lo contrario yo no podría protegerlos contra «el transporte». Ustedes son *geheimnisträger*, portadores de secretos, y son candidatos, como todos los que trabajan aquí, a ese tipo de traslado.

Winkels no era nada sutil. Cuando hablaba de «transporte» acompañaba la palabra de un gesto con el dedo índice, un ademán de

apretar el gatillo de una pistola. Incluso emitía un sonido, imitación del disparo.

—No les engaño, miren esto.

El orfebre enseñaba una lista. Eran los muertos en el «transporte». Su semblante no se alegraba, ni siquiera trataba de atemorizar. Más bien parecía abatido, abismado, presa de una profunda depresión. Se desabrochaba la guerrera, hacía ademán de arrancarse las insignias de las SS, fuera de sí.

—No como, no duermo, no vivo. Estos criminales nos llevan a la ruina. Yo no soy un SS, me han nombrado para mi cargo aquí por mi profesión. Y lo que veo, desde hace meses, es vergonzoso. Como alemán me avergüenzo de que en mi país puedan cometerse horrores semejantes. ¡Todo este oro, estas piedras, están manchados de sangre! ¿Yo, guardián de campo? ¡Jamás! ¡Una mano lava a la otra y las dos lavan la cara! Le doy mi palabra de honor de que la mayoría de los alemanes no saben nada de los crímenes que aquí y en otros campos se cometen; ellos se imaginan que en los campos de concentración no se encuentran más que los ladrones, los criminales y los desertores. No moverían un dedo, ni aunque pudieran. Se creen a pies juntillas lo que les han dicho los peces gordos y los SS, que son los que están al corriente. Y los que me colgarían como un perro si supieran cómo

pienso. Me paso noches enteras en vela, solo por esta gran marranada... Si de verdad Dios existe, de seguro que esta gentuza se llevará su merecido...

En esos momentos, Winkels parecía un pobre hombre agotado, víctima del desasosiego y del desconcierto. De vez en cuando resoplaba de ira y con la mano se secaba las lágrimas... Era imposible que estuviera fingiendo. Para él, aquello era liberador, un desahogo de su corazón.

—Usted sabe, Jèrôme —aunque estaba registrado ya como español, ese era mi nombre de guerra, mi alias—, que mi trabajo me permite ver muchos documentos e incluso los ficheros de la Politische Abteilung. Trabajo varias horas al día para controlar las listas. Sé que entre ustedes, los españoles y algunos alemanes que sirvieron en las Brigadas Internacionales, tienen una red, se apoyan. Yo les ayudaré en lo posible, como espero que ustedes me auxilien cuando termine la guerra.

Aparte de favorecernos en lo que podía, su información era vital para reconstruir el entramado y qué papel tenían en él cada una de las principales figuras. Es difícil calcular la cifra exacta de las divisas tomadas a los deportados, pero, sabiendo que en Sachsenhausen —el cinco por ciento del total— se reunieron ciento cuarenta millones de

marcos, se puede valorar el botín de los servicios de Himmler en dos mil ochocientos millones de marcos, sin incluir lo que distraían los propios SS, cantidad importante a medida que se iba perdiendo la guerra. En los últimos meses, muchos habían sido pasados por las armas, por orden de Himmler, para dejar claro que cualquiera que robase, aunque fuera un miembro de las SS, sería abatido sin piedad.

Nuestro lugar de trabajo se encontraba cerca de una ventana desde donde se contemplaba la explanada, aquella ágora dantesca de los nueve círculos reunidos. La mayor parte de la jornada del infierno transcurría en ella, por allí pasaban los acontecimientos y dejaban su eco: concentración de detenidos, castigos ejemplares, transporte de muertos, el paseo del domingo por la tarde y los ahorcamientos de la noche. Buen programa de festejos infernales. La *appelplatz*, la plaza del llamamiento, era un cementerio de murientes, una necrópolis de vivos.

Aparte del sádico letrero de la entrada: *Arbeit macht frei*, «El trabajo hace libre», escrito para los judíos internados de los primeros tiempos que compraban allí su libertad y su vida, había que conocer otros, fundamentales para salvar la vida. El más importante estaba repetido cada ciento cincuenta metros a lo largo de las alambradas.

Este cartel negro, bajo una calavera pintada en blanco, amenazaba: «¡Prohibido cruzar esta franja! ¡Fuego sin previo aviso!». El más grande se extendía por la fachada de las dieciocho barracas dispuestas en semicírculo alrededor de la explanada. El texto ocupaba cien metros de largo, en letras góticas de 1,50 metros de altura: *Es gibt einen Weg zur Freiheit! Seine Meilensteine heissen: Fleiss, Gehorsam, Nüchternheit, Ordnungsliebe, Sauberkeit, Opfersinn und Liebe zum Vaterland*, «Hay un camino hacia la libertad; sus linderos se llaman: celo, obediencia, sobriedad, orden, higiene, espíritu de sacrificio, amor a la patria».

Desde aquella ventana yo soñaba, todos soñábamos con la verdadera libertad, senda que no pasaba por el muro de 2,70 metros de altura y las alambradas electrificadas, en el punto de mira de las ametralladoras que salían de los nueve miradores de ladrillo pintados de gris verdoso, el color asimismo del muro. ¡Ah, libertad imposible, cercados y asolados por la muerte! ¡Ah, miedo, ángel guardián y diablo rastrero!

*

s'Hertogenbosch 1508

—¿De qué tienes miedo, Joen, si no se va a mover? —le decía su padre Anthonis—. Le llegó la muerte, que es algo que dispensa Dios cuando suena nuestra hora. Es el modelo perfecto. Piensa que si capturas su alma, su familia te lo va a agradecer eternamente.

Joen comenzó a recoger los papeles, el carboncillo y los pinceles.

—Y además, te pagará bien.

A veces, aquel pintor ya maduro recordaba su pasado, la manera en la que se había iniciado en la pintura, el taller familiar en el que era aprendiz. Se veía reflejado en los rostros de aquellos jóvenes ayudantes que ahora trabajaban para él y que, como a él le sucedió, eran llamados para hacer un retrato fúnebre. Normalmente era de algún anciano, pero en aquella primera ocasión el encargo que tuvo que realizar fue el de una joven. La hermosura del rostro de la fallecida, muerta de unas fiebres, le ayudó a hacerlo con acierto. Conocía a aquella muchacha, le gustaba verla cuando acudía al mercado y pasaba por la plaza, acaso cruzaron alguna vez una mirada. Eso, que al principio le hizo temblar el pulso, jugó luego a su favor. Se la imaginó viva,

radiante, y así la pintó. Aquella cara, virginal, le trasmitió serenidad.

—Mira, Marie, nuestra hija parece que está viva.

—¡Dios te bendiga, Joen! ¡Así vivirá para siempre entre nosotros! ¡Será un consuelo mirar su retrato!

Desde entonces, aquel rostro se coló en muchos de sus cuadros, molde común al que a menudo recurría. Era la belleza y la muerte a la vez, el recordatorio del final de la carne, del fracaso del cuerpo. Tan solo viviría en sus cuadros, encerrada en las lindes del marco, dimensiones que aprisionaban esa gran verdad, la única de la existencia. Quizás, quién sabe, a todos los muertos les dibujara Dios la cara, para reconocerlos luego, en el Juicio Final, cuando se produjera la resurrección de la carne.

Los talleres de los pintores de la época eran parecidos y tenían un denominador común: necesitaban espacio. Era arte y producción, oficina de encargos y exposición permanente. En aquella casa brabanzona de s'Hertogenbosch, vidrieras de cristal y muros de madera levantados entre dos gruesos muros de piedra, la exposición con cuadros del maestro se exhibía en la galería de entrada, la que daba a la plaza del Mercado. Encima, en la tercera planta, se encontraba la estancia en la

que pintaba, abierta al sur y a la luz de Flandes, sobre la plaza de la población, algo diferente a la casa familiar, *Sint Thoenis*, al otro lado de la plaza, en la que se había formado con sus padres y hermanos. Allí, el taller se encontraba en la parte posterior, dando al canal y a las huertas, con vistas a la inconclusa catedral de San Juan donde se afanaban, y se afanarían durante algunos años más, obreros elevando piedras con grúas y tallándolas después. Esos sonidos se oían en el Bosque Ducal todos los días: martillos y escoplos de los canteros domando y dando forma a la piedra.

En la galería de la primera planta se exhibían algunos de los encargos que le habían hecho, pero que finalmente no habían sido comprados. Hieronymus, hombre de genio, había discutido con los mandantes: había acabado eliminándolos de la pintura y repintado los huecos.

Construida en la plaza del Mercado, entre otras mansiones más principales, como haciéndose hueco, la casa, estrecha y larga, tenía cuatro niveles, pero aparentaba cinco. Estaba dividida en dos partes diferenciadas con el muro contrafuego, allí donde se apoyaba la chimenea del hogar. En la parte de delante y de detrás, grandes bodegas. En ellas se almacenaban, además de los víveres, sus utensilios de pintor: multitud de sacos de

arpillera con arcillas de colores, aceites de linaza, pinceles, cretas y carboncillos, y por supuesto tablas de madera. Tablas para sus trípticos y también para el trabajo más artesanal de su taller.

En esa bodega se almacenaban las cántaras de agua que las criadas traían desde el pozo del medio de la plaza, hasta que se instaló una bomba de agua. En aquel mundo ordenado, él gobernaba sobre el taller, pero quien mandaba en el resto y, por supuesto, en la cocina, era Aleyt, su mujer. Ya que no podía competir en magnificencia y riqueza con los potentados de la población, Aleyt quería que aquella casa, *Inden Salvatoer*, fuera distinta y distinguida por su decoración interior, pintura de importancia. Era una pequeña licencia en aquella sociedad austera y piadosa de la *pequeña Roma*, volcada hacia el interior burgueses celosos de su intimidad: solo la galería o las puertas de cara a la calle; de mercaderes con el comercio en la sangre, a fin de cuentas. Pero podía permitírselo. En su casa vivía el mejor pintor de la población, con fama en todo Brabante e incluso fuera de las fronteras del ducado de Borgoña.

—Jeroen, ya podías decorar el interior de la casa —volvía a la carga—. Piensa en mí y pinta motivos más alegres que tus juicios o eremitas. Coros de ángeles antes que diablos. Tus infiernos me producen pesadillas y dolores

de cabeza. Y piensa en mi familia, en los miembros de la Cofradía. El próximo año tendrás que invitarlos a casa al banquete anual y no sé si les gustaría estar entre torturas y diablos, en plenos infiernos.

—No se pueden pintar ángeles impunemente. Los demonios sí, porque no existen. O mejor dicho, sí, existen dentro de uno, no hace falta irse muy lejos.

Durante meses estuvo cavilando Hieronymus hasta que comenzó a preparar las paredes para pintarlas. No era muy común, y solo algunas casas nobles o de grandes mercaderes tenían frescos con decoración de plantas en la esquina de los techos, o cubriendo las vigas, pero aquellas hojas y enredaderas no lo satisfacían. Trazó una serie de dibujos con carboncillo muy fino, señalando algunos puntos con toques de color, quizá pruebas para encontrar el tono adecuado. Todos los días pintaba algo, preferentemente por la tarde, cuando ya se habían realizado todas las faenas de la casa y él podía dejar la tarea del taller a sus ayudantes. En aquellos corredores poco a poco aparecieron prados y selvas, flores y árboles, criaturas parecidas a las reales, pero con algunas características que las hacían diferentes, como el pie de dedos de la grulla, el ciervo con cuernos de toro o el saltamontes con cabeza de pájaro. Todos aquellos seres que poblaban los verdes

lujuriosos entre frutos rojos y morados estaban integrados con aquellas plantas. El único peligro para las criadas o los aprendices era quedarse colgado de algún detalle, alguna figura especialmente atrayente, como aquellos primeros padres que estaban aún, inocentes del pecado, recostados en un prado, él indolente, con un tallo en la boca, ella abandonada, la mano caída púdicamente sobre el pubis, de donde nacía una mariposa. Aleyt había puesto mala cara cuando vio el cariz de alguna de las pinturas, pero se calló. Sabía de la testarudez de Hieronymus y era mejor dejarlo a su aire.

Pronto se corrió la voz en el Bosque Ducal. Para disgusto de Aleyt, se puso de moda la pintura interior, y potentados y acomodados burgueses llamaron a pintores de pueblos cercanos para que les pintaran frescos o decoraran sus paredes. Adelantado en la moda solo se puede ser un rato.

*

La monotonía del horror, la rutina negra del campo, se quebraba a veces con hechos a los que la mente buscaba significación, pero que en sí mismos quizá no denotaban más que todo era posible en aquella locura de sangre y

muerte en que se había convertido Europa.

Creo que fue a los dos días de llegar, en septiembre del 44, cuando Carabasa, que había tenido la buena suerte de enchufarse de cocinero, me dijo que en una sala de la enfermería estaba confinado Largo Caballero. Habían conseguido llevarlo allí donde tenía más posibilidades de sobrevivir. Al principio no lo creí, tan absurda me parecía la noticia. El primer domingo, en cuanto pude, allí me encaminé. Cuando llegué a la sala, rodeado de algunos españoles, ante mí tenía, ni más ni menos, que al penúltimo jefe del Gobierno de la extinta República española.

El ver en aquel lugar a Largo Caballero me trajo recuerdos que casi tenía olvidados, avatares remotos de nuestra guerra, tan deprisa pasa el tiempo; habitados los ojos de tantas impresiones desde que cruzara la frontera, con el corazón desgarrado por la derrota, por el derrumbe de los sueños y el despertar a la dura realidad de un futuro difícil, de lucha y supervivencia: la vida que se abría como una incógnita, tierra calcinada a las espaldas, desierto erizado de peligros frente a los ojos. Intensa y despiadada era la época que me había tocado vivir y si ahora, en la distancia de los más de setenta años puedo hablar de aquello, la verdad es que entonces no había sitio en la mente más que para el día a día, para emplear todas las energías en

sobrevivir. Era por eso que uno procuraba espantar muchos recuerdos. Para no atormentarse, y no pensar en los suyos, en mi caso mi madre muerta y en mi hermana. Y en los ojos de Giselle y su piel amada.

Veía yo a Largo Caballero con setenta y cuatro años, mucho más viejo de lo que lo recordaba, aun con esos ojos claros, con esa pose gallarda de madrileño castizo de Chamberí, pero ya las cuencas hundidas, el pelo escaso y los miembros flácidos. Había sido detenido por la Gestapo en el sur de Francia en agosto del 43 y deportado a Berlín. Los nazis no tenían muy claro al principio qué hacer con él, y aunque habían consultado al Gobierno de Franco, no le habían repatriado. Parecía que lo que querían es que muriera en Sachsenhausen. Los comunistas alemanes que se habían organizado en el campo, y algunos españoles como Carabasa o Bernardo García lo protegieron en el difícil trance. Afortunadamente, los españoles habían conseguido burlar la censura de las cartas, y habían contactado con su hija Carmen a través de la Cruz Roja.

Con nuestras palabras, conseguimos que se alegrara un tanto su rostro sombrío. «No dejen de visitarme para poder resistir esto. Ustedes son jóvenes y no me necesitan, pero yo a ustedes, sí», nos decía. Aún pude visitarlo varias veces más, y charlamos durante horas

en aquellos raros domingos. Largo Caballero me contó su epopeya desde que había dejado de ser presidente del Gobierno republicano. Cómo debió la salvación de su familia a Indalecio Prieto, su feroz rival en el Partido Socialista, cuando las tropas de Franco rompieron en dos el espinazo republicano y se presentaron a finales de 1938 en el Mediterráneo. Aunque pudo refugiarse con los suyos en Cataluña y luego pasar la frontera, los meses de penalidades no habían acabado ahí, como sucedió a tantos otros exiliados.

—Fíjese. A punto de ser muerto por los comunistas en la guerra de España y ahora protegido por ellos.

—Aquí estamos todos en el mismo barco. Anarquistas, socialistas, comunistas, republicanos... —respondía yo—. Pero conseguiremos volver a la libertad. Ellos, los verdugos, en el fondo son esclavos de su miedo y dentro de nosotros aguarda un ser libre.

—Tiene usted razón, amigo Jerónimo. Toda mi vida he luchado por el socialismo, a veces con las armas en la mano. Me acuerdo de los mítines de hace años, en los que terminábamos gritando: «¡República! ¡República!». Después, cuando la conseguimos, el grito era «¡Socialismo! ¡Socialismo!». Si hoy pudiera volver a esos

teatros, a esos escenarios, solo podría gritar una cosa: «¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!». Luego, que le ponga cada cual el nombre que quiera. La libertad es lo mejor del ser humano. Es el ser humano mismo, ¿no, *verdá?*

No tuve más remedio que sonreír. Aquella era la muletilla de Largo, la frase inevitable que denotaba la inseguridad del autodidacta, y de la cual se reían Azaña y otros políticos como Negrín. Largo Caballero tenía el alma dolorida por la división republicana. Quizá prefería olvidar cuando él mismo la había potenciado, o simplemente, el exilio y el régimen nazi le habían hecho recapacitar sobre las intolerancias.

—Libertad y respeto, sobre todo para los que no piensan como nosotros —me decía—. Eso es lo que necesitamos, más que nunca, entre la izquierda. Aparte de mi familia, mis pensamientos están siempre en España. ¿Qué porvenir nos espera? Temo que después de este sacrificio de millones de personas para derrotar al fascismo, la izquierda española y sus organizaciones en Francia sigan con espíritu inquisitorial y dominante con unas miras tan estrechas que hacen incompatibles su finalidad de democracia y libertad.

—Pero ahora que los aliados han desembarcado, parece que esto se acaba, como se acabará Franco —le decíamos,

comentándole el avance que nos había hecho ser trasladados desde Vught.

—No se hagan ilusiones. Franco mandará en España hasta cuando le dé la gana. En nuestra guerra hemos lesionado muchos intereses de los capitalistas extranjeros y eso no lo olvidan.

Yo callaba. En mi fuero interno, después de todo lo que había pasado, me prometía que si salía con vida de allí y no conseguíamos liberar España, me alejaría de este continente enfermo, me iría a América, algo que debería haber hecho en vez de haberme dejado seducir para hacer una copia de un cuadro que había perdido para siempre.

CAPÍTULO IX

LA VUELTA DEL HADES

Mi salud se vio amenazada. Me invadía el terror. Caía en sopores de varios días, y una vez levantado, continuaba con los sueños más tristes. Estaba maduro para la muerte, y por una ruta de peligros, mi debilidad me conducía hacia los confines del mundo y de la Cimeria, patria de la sombra y los torbellinos.

Jean Arthur Rimbaud,

«Hambre», *Una temporada en el infierno.*

L

a muerte iba cerniéndose en círculos concéntricos, aleteando en lo alto, rodeándome. Cualquier día podría tocarme, a pesar de la protección de Winkels. Hice lo que todos en aquel rincón del infierno. Confié a varios de mis compatriotas el nombre de mi hermana y de los parientes que me quedaban. Y también hice algo más. Hablé sobre la tabla de El Bosco y la copia que había realizado. No sabía si el cuadro finalmente había caído en manos de los nazis y necesitaba que alguien más lo conociera. Quería preservar la memoria de aquella tabla maestra, que el mundo debía recuperar.

La persona a la que elegí para contárselo era Herbert, otro empleado del economato, como yo. Herbert era holandés y sabía de pintura —su familia tenía un comercio de antigüedades en Ámsterdam—, y esa fue la primera razón. La otra, que era el compañero de mesa y podíamos hablar en voz baja en algunos momentos del día, cuando no había ningún SS cerca. Pero había más razones. Herbert había sido seleccionado para un trabajo especial, cotejar las listas de los bienes confiscados. Los cabecillas querían saber de qué riquezas disponían cuando todo, como parecía, estaba a punto de hundirse. Si las SS habían dado con el *Jonás*, sin duda estaría en una de esas listas.

Dos días antes, el comandante del campo había llamado a su oficina a cinco prisioneros del economato. Temblando —nunca se podía esperar nada bueno—, los cinco presos se encontraron con el comandante, acompañado de una mujer de cabellos grises. Habían sido elegidos para trabajar con ella en la contabilidad y realizar los inventarios.

Lo que hacían era comprobar la relación de obras maestras de arte confiscadas por los servicios de la Wehrmacht, por los dependientes de Alfred Rosenberg, encargado por el führer de la «educación espiritual y filosófica del Partido», así como por los agentes de Goering. Con varios SS, en

jornadas agotadoras, repasaron una extensa relación de bibliotecas, archivos y galerías de arte de toda Europa. Algunos, elegidos por sus capacidades mecanográficas, se pasaban todo el día escribiendo a máquina, a cinco copias, las listas de estos centros artísticos. A mediodía recibían una ración suplementaria de comida. Trabajaban con mucha premura. De aquellas miles de páginas se sacaba lo esencial y se hacían nuevos listados en tres columnas, con datos de los servicios, una breve descripción de las obras y el lugar en donde se encontraban. A cada rato llegaban oficiales superiores preguntando si el trabajo estaba ya terminado.

La dama de cabellos grises, con apuro, se excusaba ante sus jefes por la prisa que se les imponía y la enormidad del trabajo. Aunque los *dossiers* estaban bajo llave, la confrontación de las listas exigía consultarlos con cierta frecuencia. Eran carpetas con la anotación de *Höchst Geheimnis*, «Alto secreto», y contenían los objetos robados en toda Europa por los diferentes servicios: Himmler quería ponerlos definitivamente bajo su control y para ello tenía una próxima entrevista con el führer.

Esas eran las razones de la urgencia, cosa que supimos pronto gracias a Winkels. Los SS de Himmler eran expertos rastreadores de tesoros en colecciones privadas y museos

estatales para «ponerlos bajo la protección del Reich». Muchas de estas valiosas piezas estaban destinadas al museo que Hitler proyectaba fundar en Linz. A los judíos les confiscaban todos los objetos de arte que acababan almacenados en Sachsenhausen, donde se seleccionaba su destino final. El campo era también el escenario de los desencuentros con el personal de Goering, que destinaba sus adquisiciones a su residencia de Carinhall. Con envidia, tal vez, del poderoso jefe de la Luftwaffe, todos los altos cargos de las SS poseían residencias nobles ricamente amuebladas.

Goering, coleccionista entendido y activo, sentía predilección por los viejos maestros holandeses, alemanes e italianos y disponía de enormes sumas para las compras de avituallamiento y de materias primas. Los coleccionistas abundaban entre el ejército. Los *dossiers* estaban llenos de reproches contra los oficiales de la Wehrmacht, pues, en vez de enviar a los depósitos centrales los objetos de arte robados, los habían mandado a sus propias casas o a las de sus familias.

Era la pelea por la posesión del botín. Entre estos tesoros, algunos de los cuales había visto en el almacén, se contaban cuadros de Grünewald, Durero, Rembrandt, Menzel y todo lo que los expertos del Tercer Reich consideraban como «productos del espíritu

germánico».

A pesar del instinto de supervivencia, mi maldita curiosidad me llevó frente a las garras de la muerte. Un día me las ingenié para acudir al despacho donde se trabajaba tan intensamente, por ver si Herbert tenía alguna noticia y había descubierto algún rastro en esas listas que pudiera referirse al cuadro. El propio Herbert se extrañó de verme aparecer, llevando la ración extra de comida. Cuando terminaba mi cometido, entró un oficial SS para hablar con la dama de cabellos grises. Lo reconocí en seguida: era el que me había interrogado en la mansión de Mainger en Ámsterdam. Me quedé helado y desaparecí tan pronto como pude. «Ojalá que no me haya relacionado», pensé, rogué. Más tarde fue Winkels quien me dijo de quién se trataba. Era de origen bávaro y los SS lo llamaban *Sepp*, diminutivo de Joseph, es decir, Pepe. Que un asesino nazi de las tibias y la calavera se pudiera llamar Pepe no me producía precisamente hilaridad, por más que resultara chocante. Comandaba una fuerza especial que había incautado una buena cantidad de piezas procedentes de Francia, Bélgica, Holanda, Noruega, Yugoslavia, Checoslovaquia y Polonia.

—Es hombre peligroso y fanático, de los

asiduos de Himmler en el castillo de Wewelsburg. Dentro de las SS, pertenece a los investigadores de la Ahnenerbe. Es un grupo que busca desde el Santo Grial hasta la piedra filosofal. Lo sé porque siempre me pregunta por joyas y cuadros con significados mágicos. Están tan obsesionados con eso como con las armas secretas con las que dicen que van a dar la vuelta a la guerra.

Hasta entonces no había oído hablar de ese grupo de élite creado por el fundador de las SS. Según las indicaciones de geomantes y magos negros, en aquel siniestro y antiquísimo castillo, en Westfalia, que había restaurado con esmero, había situado el corazón mágico desde el que dominaría no solo Alemania, sino el mundo entero, con su orden negra.

—Bien haría en volverse invisible. Intente ir a la enfermería —aconsejó Winkels, ahora lacónico.

Pero la enfermería estaba completa. No había más remedio que arrostrar el peligro. Durante varios días, hasta que se terminaron los trabajos de las listas y los mecanógrafos volvieron al barracón, no ocurrió nada. Pensé que lo peor había pasado. Me equivoqué.

Cuando aquel día, a principios del 45, entré en las dependencias del economato, no sabía lo que me esperaba. Sepp y cinco SS, varios encañonándome, me dieron un susto

mortal.

—Así que, Jean Etienne Brousse, finalmente es usted un rojo español. Nunca se me olvida una cara y yo sabía entonces que usted mentía. En su momento no pude ocuparme de usted, pero lo haré ahora. Era nuestro destino el encontrarnos. Porque además, no es un rojo cualquiera. Usted tiene un secreto y me lo va a contar. ¡Vamos!

Los SS me empujaron fuera. Conmigo llevaban a Herbert. Intercambiamos miradas de gravedad y de extrañeza. El holandés había sido sin duda detenido cuando Sepp recordó mi cara y la relacionó con el mecanógrafo. Estaba claro que el alemán sabía algo. Busqué con la mirada a Winkels, por si aparecía por algún lado, pero a partir de ese momento no volví a verlo. Dijeron que había sido trasladado.

Nos internaron a los dos en el bloque 13, el que en su fachada tenía la palabra *liebe* («amor»), penúltima palabra del eslogan que estaba pintado a lo largo de las barracas. Paradójico, irónico nombre. El bloque 13 era la barraca de aislamiento, reservada al comando de castigos. Allí tenían lugar los interrogatorios. No había futuro después del pabellón 13. La única recompensa era el derecho a poder calentarse, es decir, la liberación por la chimenea.

Nos separaron en diferentes celdas. En la que me destinaron, Sepp se sentó en el jergón y comenzó un pequeño discurso ante mí, que esperaba de pie, escoltado por tres SS con las armas en la mano.

—Usted verá, Díaz. Sabe que le puedo hacer hablar por las buenas o por las malas. Tenemos métodos bastante expeditivos.

Unos brazos me sujetaron por detrás. Algo, como una tenaza, me apretaba la mano y la presionaba con fuerza brutal.

—Sus dedos pueden saltar como una cáscara de nuez en un cascanueces. Sería una pena para alguien que se dice pintor. Es muy doloroso. No se lo recomiendo.

A lo largo de algunos minutos, inmovilizado en una presa que me producía un daño insoportable, aquel individuo fue enumerando los diversos modos de tortura a los que podía ser sometido. Mencionó, señalándolo por la ventana, el tormento de los tres palos, en los que colgaban a los presos de espaldas por los brazos con las manos esposadas, de tal forma que con su propio peso se les desencajaban los hombros del sitio. De vez en cuando afirmaba que podía librarme de todo aquello si le contaba lo que él quería saber. ¿Cuál era ese cuadro que copié en Ámsterdam? ¿Cuál era su significado? ¿Qué mensaje alquímico contenía? ¿A quién

pertenecía? ¿Cuántos más copié para Mainger? ¿Cuántos vendió Mainger al Reich? ¿Qué sabía de Mainger? ¿Practicaba alguna ciencia oculta?

No sabía de quién provenía su información, aunque parecía evidente que era de mi propio entorno. Las traiciones eran moneda corriente en el campo: los delatores estaban bien considerados por los verdugos y recibían un pequeño trato de favor. Pensé en Winkels, en Herbert, en alguien a quien se lo hubiera contado o nos hubiera oído. En cualquier caso, el asunto se ponía verdaderamente peligroso. Si cantaba, nada le impedía quitarme de en medio, y si no lo hacía, podía llegar a matarme en esos interrogatorios que no sabría cómo resistiría ni por cuánto tiempo. No tenía más remedio que aguantar, ver hasta dónde estaba dispuesto a llegar Sepp. Herbert fue objeto de un primer interrogatorio como el mío. Yo escuchaba los golpes que le daban y los gritos que profería. Más tarde, cuando pudimos hablar, Herbert decía que las preguntas del SS estaban dirigidas a confirmar lo que yo le había contado. Según él, nos había denunciado un compañero, seguramente por una ración de comida o para evitar un castigo. Porque, a pesar de todo, me resistía a pensar en Winkels. Algo me decía que no había podido ser él.

Esta vez fue el tiempo el que se alió con nosotros. Yo había sufrido una primera tortura

que consistía en aplastarme el pecho con el peso de dos personas. De pronto soltaban y volvían a presionar. Sepp perdía la paciencia.

—Comprenda que no quiero matarlo. A mi manera, intento salvar el arte, las piezas maestras. Qué más da quién las tenga. Seguramente será el ganador de la guerra. Puede usted salvarse dándome algo, alguna información. Algo que yo pueda considerar. Y también se salvará su amigo Herbert; está sufriendo por usted.

—No sé dónde está Mainger. No vi otras copias. Me hizo un encargo que no acabé de realizar, restaurar varias pinturas, pero cuando llegó la guerra se llevó sus cuadros a Inglaterra. Yo fui víctima de un bombardeo y me quedé unos días a recuperarme. Y no he vuelto a saber nada más de él. Es la verdad. No tengo más que contarle.

—Sabemos que hizo una copia. Y escondió el original. ¿Dónde lo hizo? No dormía en el sótano en el que fue detenido. ¿Cómo era el cuadro? ¿Qué significado oculto encerraba?

—No tengo ni remota idea.

—¿Qué secreto guardaba?

Y así un día y otro, yo sin moverme de mi versión. En cuatro días, perdida la paciencia, los SS me dieron un repaso una tarde, con unas porras que me dejaron el cuerpo

contraído, amoratado; dolor uniforme, con llaga que envuelve. Yo me desmayaba, recurso que adoptaba mi mente, más que mi cuerpo, desde las palizas que me propinaron tras la detención en Ámsterdam. Otra sesión más no la hubiera resistido, a pesar de mi testarudez de leonés, pero entonces Sepp ordenó mi recuperación. Había pensado cambiar de táctica, doblegarme con lo continuado. Una semana después, aun con el cuerpo muy dolorido, me hicieron ducharme, vestirme y me mandaron al comando de castigo. Allí me dieron unas botas y con decenas de presos comenzamos a dar vueltas a la pista rodeando el barracón. Habían decidido matarnos lentamente, de agotamiento y hambre. Herbert continuaba internado; desconocía en qué estado pudiera hallarse.

El campo era centro de experimentación del calzado militar, donde se comprobaba la resistencia de los cueros alemanes, naturales o sintéticos. Para ello, nos obligaban a pasar el día dando vueltas a la plaza, para moldear las botas militares de ese ejército tan orgulloso que ya tenía perdida la guerra. El cansancio, la debilidad, hacían que viviera aquello como si flotara, escapado del cuerpo.

*

Debo de tener la misma postura del Colgado, ondulante entre las corrientes marinas, amoldando el tronco a los vaivenes del mar, que entra y sale de mi cuerpo. Me veo en un plano de dos dimensiones, colgado por un pie del árbol del mundo, entre las raíces que me atan a la tierra y las ramas que llegan a alcanzar las estrellas. Entre esos dos polos, suspendido, sin entregarme, dentro de una confusión de criaturas fantásticas, de caras y rostros monstruosos que se forman en la oscuridad, me miran y luego se diluyen en otras creaciones, engendros que desafían a la razón e incluso al sueño.

Como si me cayera encima una montaña o volara cabalgando sobre un gran pez. La luz, el suelo, convertidos en una realidad de cuadrículas, con las nítidas líneas de un desvaído país geométrico. Los colores, azules y amarillos, naranjas y

blancos, parecen nunca vistos, al menos en sus mezclas, sus arabescos. El suelo se descompone, flota, me absorbe: el pez en el que voy montado lleva demasiada velocidad, puedo salir despedido. Esa sensación de malestar pronto se convierte en una señal de peligro. Y una idea que cruza, provocadora como liebre en campo de caza: no valen de nada los artificios, a la hora de la verdad vence el miedo.

Aparecen entonces algunos dolores en puntos de brazos y piernas. Me palpo, siento el calor de mi mano. Nada parece ir mal. Avanza, desde el fondo de la noche hasta fundirse con mis células, el disolvedor del miedo, la respiración sosegada. En la vida, todo es cuestión de respirar.

Sensación agradable, bienhechora. Siento cómo la sangre inunda, recorre, invade las entrañas, y lleva el calor a todas

mis esquinas. Veo ensayos de animales y seres híbridos, fruto de una mente que parece estar en el secreto, en posesión del arcano del cambio. Jirafas con cuernos de gacela, nubes cambiantes desde las ramas de un árbol que diviso, movidas por el viento, se agitan decenas de seres, formas compuestas, después descompuestas. Todas estas criaturas son reflejos, fragmentos de espejo, su luz oscura y espectral iluminando, como rayos pálidos, la noche del alma.

Renuncia, adaptación a la realidad de la vida, como las nubes, cambiantes en formas. Poco a poco todo se enturbia con la tinta del tormento. Me llegan terribles visiones de eternos condenados a ser traspasados por las cuerdas de la lira, puestos los brazos en cruz; distingo manos atravesadas por puñales que las clavan a la madera, veo pozos de detritus donde

engendros vomitan monedas de oro, pájaros que devoran hombres, hombres derribados y devorados por fieras, cerdos vestidos de monja que acosan y hollan el rostro de un desdichado que no se puede zafar.

Todo esto acude con el recuerdo de aquellos fuegos de fiebre que me asaltaron en la infancia y que nunca ya se fueron, escondidos en los límites del sueño y de la noche.

Mi vida, ya lo sé, es un eterno pintar visiones para acabar con el vértigo, para terminar con el miedo.

*

Hasta el pabellón 13 nos llegaban las voces de los demás presos, que cantaban en aquellos domingos crepusculares. Los reclusos habíamos desarrollado un sexto sentido para oír solo las canciones que nos gustaban, fundamentalmente una, la canción de Sachsenhausen, basada en una melodía

obrera, *Los paseantes quieren ser libres*, escrita y compuesta por tres comunistas alemanes en los primeros tiempos del campo.

En un primer momento, en 1936, la canción había sido autorizada por los SS. Luego fue olvidada y en los últimos años estaba ya prohibida, por ser un signo de resistencia. Pero precisamente por eso, se escuchaba a todas horas en voz baja, en los pasillos y las celdas, flotaba en los barracones, se deslizaba por los rincones, burlaba la vigilancia de los carceleros y se introducía en todos los departamentos, hasta en la cueva de Alí Babá, la cámara de los saqueos. El que se oyera en todos los lugares del campo, a cualquier hora y de la manera más insólita, era el cemento que nos unía. Podía ser un sonido de cucharas, un tamborileo de los dedos sobre una mesa o la pared, un bisbiseo de alguien que pasara al lado, un compás perdido a través de la pared, en las letrinas, un silbido. Podía ser y ocurrir de cualquier manera, y era algo que nadie podía hacer callar. Cada vez que se oía la canción éramos libres. Cinco minutos, veinte segundos, una ráfaga.

Seguíamos una tradición musical que se había perpetuado en aquel infierno casi desde el mismo momento de su creación, cuando los comunistas de Hamburgo comenzaron a reunirse para cantar sus canciones. Era una manera de combatir el horror, la depresión, la

desesperanza. Es difícil de entender para quien no haya sido obligado a vivir una situación parecida. Lo peor en el campo no son las condiciones, ni las caras brutales de los SS, ni el sufrimiento o la muerte. Lo peor es la desesperanza, el creer que aquello no va a cambiar, que se va a mantener inalterable, y que incluso la vida de los que allí penábamos no iba a servir para nada. Cuando eso acontecía, así el prisionero tuviera reservas y un cuerpo resistente, moría en pocos días. La desesperanza era la antesala de la muerte, y contra eso había que luchar. Por eso, la música fue importante, y por todas las esquinas la gente tatareaba, era un runrún rítmico, una onda de notas que apenas se percibía, que escapaba casi siempre a los oídos de los guardianes, que se evaporaba, pero volvía a surgir en cualquier esquina, en cualquier momento. Se podía decir que hasta la susurraban los muros y las alambradas.

La música había surgido los domingos, el día de descanso, en las reuniones, donde también se leían poemas. Los SS las prohibieron cuando vieron que tenían cierto cariz político y a cambio, aprovechaban los domingos para proyectarnos noticiarios en alemán, de sus victorias militares, por supuesto, y alguna película de Marlene Dietrich.

Había grupos corales checos, polacos,

alemanes, judíos, que intentaban con las músicas y las voces una especie de escape, de sublimación del horror y la muerte. También había una pequeña orquesta, un cuarteto de cuerda checo, con dos violinistas, una viola y un violonchelo que, cuando las fuerzas se lo permitían, interpretaban piezas clásicas, Beethoven, Brahms, Schumann, Dvořák. Cuando los domingos los escuchaba desde el barracón, sin poderlo evitar, me acordaba del *Infierno del músico*, el postigo izquierdo del tríptico de *El jardín de las delicias.*

Quizá ese amor por la música fue la causa de que nuestros verdugos comenzaran a utilizarla. Era uno de los elementos de tortura más sofisticados; las canciones que los SS nos hacían cantar eran una burla, un desprecio, como todo lo que hacían, para humillarnos, aniquilarnos, no solo el cuerpo, sino nuestra alma. Nos hacían cantar sus canciones, o canciones folclóricas alemanas, y se cebaban con aquellos cuyo amigo o camarada acababa de morir. No había excusa. Hora tras hora, bajo el ardiente sol o el cortante frío, teníamos que cantar. Si no sabíamos la letra, lo que pasaba a muchos recién llegados, o pronunciábamos mal el alemán, éramos golpeados con brutalidad.

De la mañana a la noche, un grupo de más de cien hombres, en filas de a cinco, dábamos vueltas a la plaza a paso de marcha. Cargados

de sacos, cantábamos una y otra vez: *Weit, weit ist der Weg ins Heimatland, so weit, so weit...* («Largo, largo es el camino hacia la patria, tan lejana, tan lejana...»). Y siempre la misma canción. A todas horas, esta letanía monótona. Si la canción no sonaba con la fuerza suficiente, los SS amenazaban y cumplían siempre lo que decían: «¡Cantad más fuerte o en vez de cincuenta vueltas, daréis sesenta!».

Sepp se asomaba a menudo a vernos. Se podía decir que el suyo era un rostro inexpresivo, pero esos pequeños tics en la mirada y un leve temblor del pie lo delataban. Ya no tenía tiempo. Todo se derrumbaba sin remedio. Por eso mismo podía ser ahora más peligroso, pensaba yo, eliminando a todos los testigos que pudieran reconocerlo y delatarlo después. La muerte, pues, estaba dictada para Herbert y para mí. Era una cuestión de tiempo.

Hasta mediados de 1943, cuando nombraron a Kaindl comandante del campo, existían ya varios procedimientos de exterminio en Sachsenhausen: los presos eran fusilados en un foso excavado en el suelo en forma de trinchera —para que los demás no supieran lo que les esperaba, aunque el viento muchas veces llevaba el eco de los disparos— o ahorcados. Había asimismo un lugar de ejecución con una horca mecánica y móvil utilizada para tres o cuatro presos a la vez,

como lección. A partir de entonces, se introdujeron las cámaras de gas para los exterminios masivos. Según declaró el comandante un año más tarde, en el proceso en que los aliados le condenarían a muerte, las instalaciones existentes eran demasiado pequeñas y no suficientes para el exterminio. En una reunión con los oficiales SS, el doctor jefe Baumkotter le dijo que el envenenamiento de presos por ácido prúsico en cámaras selladas causaría una muerte inmediata. Kaindl instaló las cámaras de gas en el campo para exterminios masivos porque, según él, era una manera más eficiente de aniquilar a los presos. Bajo su mandato y con la ayuda de su segundo, Hohn, se eliminó a más de cuarenta y dos mil personas. Yo recordaba alguna de las conversaciones con los españoles veteranos sobre los crematorios.

—Llegaron a un punto en el que de tanto matar, a los SS se les bajó la moral y descendió su rendimiento —me contaban—. Así que reclamaron a Hitler algún sistema para matar de forma «despersonalizada». Estaban cansados de mancharse el uniforme de sangre. Además de darles vacaciones en Italia, para subirles la moral, construyeron la Estación Z, ya sabes. Se entra al campo por la Estación A y se acaba en la Estación Z.

Tal y como relataban, el método de los SS era mandar a los elegidos a un reconocimiento

médico y hacerlos desnudarse para que tomasen una ducha. Por primera vez desde su entrada al campo, podían disfrutar de una agradable ducha de agua caliente. En ese momento, un miembro de la SS apretaba un botón y por medio de un mecanismo de ventilación, se liberaba el gas Zyklon B, que reaccionaba con el vapor caliente y acababa con la vida de los presos.

A algunos escogidos no los hacían pasar por la ducha. Entraban por otra puerta y un médico vestido con bata blanca les hacia un leve reconocimiento y les dibujaba un punto en la nuca. A continuación les hacía pasar a otra sala y con el pretexto de medirlos, los ponían junto a una tabla para que no se movieran. El preso, relajado, no sabía que por detrás, un miembro de las SS solo tenía que abrir una pequeña ventana para tener a la vista la nuca del preso. Apuntaba a la señal marcada previamente y con un disparo acababa con su vida. Y, por supuesto, sin mancharse el traje.

Una vez exterminados se apilaban los cuerpos para incinerarlos en los hornos crematorios. Era tal el ritmo de los matarifes que no daban abasto.

Nosotros hubiéramos podido ser sacrificados también, pero la vida jugaba a nuestro favor. El 1 de febrero de 1945, Himmler ordenó destruir el campo con

bombardeo de artillería o quemándolo. Pero debido a los problemas técnicos, el comandante del campo no pudo cumplirla. Según confesó más tarde, un bombardeo de artillería o aéreo hubiera sido imposible de ocultar a la población local. Y el fuego era demasiado peligroso para los locales y los SS.

Entonces, tras una reunión con Hohn y algunos SS, ordenó exterminar a todos los prisioneros enfermos, los que no podían trabajar y, lo más importante, a todos los presos políticos. En ese tiempo había en el campo cuarenta y cinco mil presos aproximadamente. Esa orden empezó a cumplirse a partir de la noche siguiente, cuando se asesinó a ciento cincuenta presos. Hasta finales de marzo de 1945, mataron a más de cinco mil.

Intentaron borrar todas las pruebas de los campos de concentración y de sus atrocidades cometidas haciendo desaparecer, sobre todo, los crematorios y la Estación Z.

—Míralos. Están nerviosos —decía alguno mientras se afanaban en destruirlos con bombas de pequeña potencia.

—Los criminales quieren eliminar las pruebas.

—No se contentarán con eso. Luego vamos nosotros —decía yo a Herbert, aparentemente recuperado de la celda de castigo, pero en el

pabellón de los enfermos.

Con el avance de los aliados, Kaindl ordenó a los SS del campo la evacuación de todos los presos capaces de caminar, primero en dirección a Wittstock, después a Lübeck. A los que estaban demasiado enfermos, los abandonaron a su suerte, pensando que de igual manera morirían. El 20 y 21 de abril de 1945 comenzó la marcha de treinta y tres mil prisioneros hacia el noroeste. No querían incómodos testigos: a ellos les había llegado el miedo. Miedo a ser descubiertos, que sus crímenes se conocieran y no quedaran impunes. En cualquier caso, querían despedirse matando, ese holocausto de los dioses que solo se puede comprender ya desde la más espantosa de las locuras.

Al salir, nos dividieron en grupos de cuatrocientos. Los SS pretendían embarcarnos en barcazas para hundirlas después en el mar Báltico, pero ya apenas tenían tiempo. Los rusos se acercaban más rápido de lo que esperaban. En esa angustiosa marcha, el que caía agotado en la cuneta ya no se levantaba, rematado con un tiro en la nuca. Otros —unos siete mil—, murieron de hambre en el camino. Afortunadamente los españoles, por medio de Carabasa, pudimos distraer de la cocina, antes de salir, algunos alimentos —azúcar, pan, margarina y miel sintética— que comíamos luego de noche. La marcha de la muerte nos

llevó por varias localidades, pero no retuve ninguna. Presenciamos escenas horribles. Una noche, hombres de las SS prendieron un pajar al que habían mandado a dormir a cien prisioneros. En otra ocasión, fuimos testigos de una ejecución masiva en el bosque, en la que usaron ametralladoras.

Todo acabó el 1 de mayo, cuando los SS huyeron, no sé exactamente a dónde. Nos quedamos sin vigilancia y cómo estaríamos, que anduvimos un par de horas solos y ni nos dimos cuenta de que ya estábamos a salvo. Recuerdo que llegamos cerca del castillo de Fraün/Mark, una estación de tren, unas vías, unas casas saqueadas donde nos refugiamos por la noche y un letrero que anunciaba la ciudad de Schwerin.

A la mañana siguiente llegaron las tropas rusas. Éramos una piltrafa humana. Los soldados tenían pudor al mirarnos. A muchos se les saltaban las lágrimas. «¡Ya sois libres! ¡Ya sois libres!», decían los soldados, que se emocionaban cuando descubrían a los republicanos españoles. Los propios rusos habían liberado el campo de donde proveníamos el 22 de abril. Se encontraron tres mil enfermos y moribundos, dejados a su suerte, de los casi doscientas mil que habían pasado por allí, según demostraron los archivos del campo.

De los españoles, nos salvamos veintisiete, incluido Largo Caballero.

Aquel final me obsesionó durante mucho tiempo. La nuestra era una historia sobre el miedo. Vi claramente cómo puede ser la única emoción por la que somos capaces de lo peor, la que nos anula la voluntad, nos paraliza, la que nos conduce directamente a la muerte espiritual para intentar evitar la muerte física. Pero siempre hay una pérdida, quedamos mutilados en el alma, tocados en el corazón, dolientes para siempre, heridos, airados.

Estuvimos alojados en el cuartel Adolf Hitler de Schewedt y luego pasamos a un hospital en la zona ocupada por los ingleses. Ni siquiera el final previsible de la guerra consiguió alegrarnos demasiado. El sufrimiento pasado nos hacía ser parco con las emociones. Llevábamos la muerte tatuada en el alma y el frío y el hambre en los huesos.

Tardé en reponerme. En lo físico fueron tres meses. En lo psíquico no me repondré nunca, ninguno de los que pasamos aquellas experiencias de horror podrá reponerse jamás. Puede que se mitigue la pena, que se adormezca, que se olvide durante meses, pero aquello está impreso a fuego, tan impreso en nuestra mente como nuestro número de matrícula, que había que decir en alemán, en

ello nos iba la vida. Los judíos en Auschwitz lo llevaban tatuado en la muñeca. Nunca se lo quitaron. La vuelta a la normalidad resultó difícil, larga y preñada de malos momentos. De hecho, casi todos volvimos traumatizados, cada cual en su manera de encajarlo. Muchos padecían trastornos y se sometían a revisiones psiquiátricas periódicas. Nos sentimos culpables de estar vivos. Resultaba doloroso aceptar la propia supervivencia, si no fuera por esa misión impresa que llevábamos todos de dar testimonio y que el mundo no olvidara jamás aquella atrocidad. Dentro de nosotros, comenzamos a deglutir la masa de nuestra terrible experiencia. Muchos no volvimos a hablar sobre ella en bastantes años. Necesitábamos olvidar, aunque no lo hiciera nuestro subconsciente. Muchas noches en mis sueños, en mis pesadillas, volvía a los campos de concentración y revivía los infiernos pasados y momentos de todo tipo.

Lo primero que hice fue escribir desde el hospital a mi hermana a través de la Cruz Roja. Se alegró mucho. Ella ya me había dado por desaparecido, por muerto. Yo volví a la vida, claro, porque hay algo que nos ata a este mundo más fuerte que la muerte, con raíces profundas. En plena recuperación volví a pensar en la tabla y la copia. ¿Qué habría sido de ellas? ¿Estarían en su lugar? ¿Habrían registrado los alemanes mi buhardilla? Decidí

volver a Ámsterdam. Allí me alojé en casa de Herbert, que había sobrevivido, abandonado con los enfermos y, después de recuperarse, estaba al cargo otra vez del negocio familiar.

Con la ayuda de mi amigo me encaminé al Amstelstraat, aquella casa donde viviera tantos momentos felices con Giselle y terminara de pintar la copia. No tuve suerte. Los habitantes de aquella casa habían sido detenidos y deportados a los campos de exterminio tres meses después de mi caída. Ninguno había vuelto de allí y seguramente ya no lo haría. Otros vecinos no pudieron informarnos sobre registros alemanes, aunque es probable que Giselle hubiera recuperado mis enseres. Todas las posibilidades se abrían ante mí con su abanico de incógnitas, el hecho es que no había rastro de los cuadros, de mis cosas y tampoco de Giselle. Solo me quedaba indagar en la casa de Mainger, en el Herengracht.

A diferencia de otros lugares de los Países Bajos, liberados desde marzo de 1945, en Ámsterdam los alemanes no se entregaron hasta el 5 de mayo. En ese último período, de grandes disturbios, se produjeron muchas víctimas. Por eso quizá la libertad se festejaba de una manera efusiva. Durante el verano entero, había fiestas por todas partes. Aunque ya llevaban dos meses de libertad, la borrachera patriótica continuaba. Miles de

prisioneros políticos seguían regresando, pero el recibimiento era frío. No se demostraba demasiada comprensión por las experiencias de los supervivientes judíos, ni de los deportados políticos a los campos. La gente, de alguna manera, quería olvidar la guerra. Ámsterdam, con la liberación del yugo nazi y la victoria aliada, parecía haber renacido y bullía de actividad: tranvías, coches, barcazas que continuamente surcaban los canales con todo tipo de materiales.

Llegué hasta el abandonado palacete de Mainger. El antiguo caserón en el canal de los señores parecía haber sufrido un fuerte deterioro en aquellos años de guerra. De hecho, estaba deshabitado, la puerta abierta, sujeta con un alambre. No sabíamos lo que había pasado. Herbert intentó conocer alguna noticia de Giselle a través de los vecinos. Supimos que los alemanes y los del NSB habían registrado a conciencia la casa de Mainger y que se habían llevado muebles, cristalería y objetos decorativos —lo único que no se había llevado el magnate—. Pero ninguna vecina —algunas eran recién llegadas después de la guerra— amplió sustancialmente la información u ofreció alguna más sobre Giselle, que no había vuelto al caserón. Nadie, de entre los vecinos, parecía recordar tampoco al dueño, el señor Mainger, aunque oyeron hablar, antes de la guerra, de un señor

maduro, que había comprado la casa y que a veces venía de viaje.

Todo se había borrado, como si nunca hubiera existido y fuera en realidad un sueño de mi mente alucinada. Aunque estaba preparado para algo así, la decepción asomó en mi cara. No sabía por qué, pero pensaba que aquellos sufrimientos en los campos servirían para que al final tuviera un premio, algo así como que la vida hacía justicia. Pero no, no había recompensa para el dolor, para la muerte, sino vacío y recuerdos. El caos se había adueñado del mundo, había salido del cuadro, reinaba sobre el orbe. La onda expansiva del desastre de la guerra, que aun duraba, parecía destruir mi esperanza, como si fuera un reflejo del extraño destino de muchas de las obras de El Bosco: el fuego.

Herbert asistió a mi derrumbe e intentó ayudarme en lo que podía. Me puse en contacto con la antigua resistencia, pero tampoco tuve suerte. De la célula, solo había sobrevivido yo, mientras que Giselle, tras mi detención, había desaparecido —norma de seguridad que aplicábamos cuando caía alguien— y luego no había vuelto a contactar, ni siquiera a raíz de la liberación. Ningún responsable de la organización clandestina sabía donde se podía encontrar, ni siquiera si estaba viva o no. No aparecía en los registros de Ámsterdam, pero eso no significaba nada,

podía estar en otro lugar, y hasta que se asentara todo, no sabría cuándo podría dar con ella...

Me acordé entonces de aquel hombre amigo o socio de Mainger, el judío Jacques Goudstikker. Habían salido de Holanda a la vez, algo tenía que saber de su paradero en Inglaterra, hasta era posible que siguieran en contacto.

—El señor Jacques Goudstikker murió el 14 de mayo, en el barco en el que huía a Inglaterra, el *SS Bodegraven.* Se resbaló en una escalerilla, cayó por una escotilla abierta y se rompió el cuello. Una lástima.

Es lo que me dijo uno de los agentes de la Policía cuando acudí por última vez a las autoridades en busca de alguna pista.

—¿Y su mujer y su hijo?

—Lograron llegar a Norteamérica.

Me asaltó la desolación. No quedaba nadie en el círculo íntimo de Goudstikker que pudiera conocer a Mainger. Solo restaba intentarlo en París. Haciendo valer mi condición de deportado en campo de concentración y gracias a la Cruz Roja, viajé de Ámsterdam a París, pero no pude encontrar rastro de él. Tampoco sabía dónde vivía Bruno, ni siquiera su apellido. La tienda de la calle Clément estaba desmantelada, y por más que quise

recordar la manera de llegar a aquel caserón de las afueras, en Belleville, que recorrí entero, fue imposible. Mis pesquisas resultaron inútiles. Ni en el Ayuntamiento ni en la Prefectura aparecía nadie que hubiera vivido en Francia con ese nombre. Era tremendo misterio, e irresoluble. Los policías, las autoridades, como me había sucedido en Holanda, estaban desbordadas por el flujo de gente que volvía a sus lares, por los familiares que preguntaban por los suyos, por demandas de encontrar a desaparecidos, por reclamaciones de bienes. En mi caso, además, no había vínculo familiar, así que no pusieron ningún empeño. Me vi, pues, en aquellos bulevares donde había llegado cinco años antes, roto el alma y vacío de esperanza. Me daba asco Europa, la vieja Europa. No quería quedarme en aquel continente ni un minuto más, todo me daba náuseas. Tampoco podía volver a España, bastante había penado ya para meterme en las fauces de otro lobo carroñero. Escribí a mi hermana comunicándole mi decisión. Ella se había casado y estaba embarazada.

Salí de París, en El Havre me enrolé en un barco que iba a la Guayana Francesa y de ahí a Venezuela, donde me instalé como impresor, anticuario, pintor, marchante. De todo hacía y a todo me dediqué, algunas veces, lo confieso, sin escrúpulos para engañar a aquellos criollos

paletos que se habían vuelto ricos de pronto. Para ellos hice cientos de falsos cuadros de Corot. Hice plata, prosperé. Todos esos años —salvo un corto viaje a Europa— los pasé en tierras cálidas. Ayudé a algunos exiliados, protegí a algunos artistas, algunos maestros y a sus hijos. Lo demás no tiene demasiada importancia; cuando me fui haciendo viejo, me entró querencia de la patria, o por decirlo mejor, de mi infancia y adolescencia, y fue cuando descubrí que tenía una sobrina nieta, lo más bonito del mundo —los padres, separados, habían seguido su camino e Himiko se había criado con su abuela, mi hermana, en León—. Y además pintora, creadora. En algún lugar tenía que florecer la sangre de todas las generaciones, sangre de pintores, llena de colores y de luces, de brillos y de sombras.

Desde que volví de Venezuela, siempre que puedo, acudo a los actos de aniversario de la liberación de los campos. Al principio, nos pasó a todos, nos quedamos callados, taciturnos. Hasta tal punto parecía pesadilla, alucinación, que nos daba pudor hablar de ello. Pero luego llegó el convencimiento de lo contrario. Es un deber moral el que tenemos todos los supervivientes, recordar a todos los que fueron asesinados, que el mundo no olvide. Ahora, mucho tiempo después de ocurrido aquello, pienso que la experiencia tuvo cosas positivas y fue fundamental en mi

vida. De todo aprende el hombre. Allí conocí los límites del ser humano, en lo bueno y en lo malo. Fue la más terrible, pero también la mejor escuela.

*

Enero de 1510

El mercader español Diego de Haro esperaba en la sala. Venía con su esposa, Johanna Pijnappel, hija de una reputada familia de la ciudad, la de Jan Mathijs Engbert Ludinc Pijnappel y Heilwich Willem van der Hoelt. Jeroen lo conocía. Diego de Haro era un extranjero conocido en s'Hertogenbosch. Se había asentado, como otros mercaderes castellanos, en los Países Bajos, y tenía casa y negocios en Amberes. Visitaba a menudo la ciudad, donde había invertido en rentas vitalicias y participaba en algunos de los rituales de la Cofradía de Nuestra Señora. Aunque parecía un matrimonio de conveniencia, un mercader comprando estatus y posición social en un país extranjero, Diego de Haro amaba a su mujer y se lo demostraba. Ambos eran entusiastas del arte y de los cuadros del maestro.

—*Magister* Hieronymus. —Aunque sabía ya

bastante holandés, el español se dirigió al pintor en latín—. Me gustaría encargaros para nuestra casa en Amberes un retablo con un motivo bíblico. Mi familia, mi hermano Jacob, miembro de la ilustre Cofradía de Nuestra Señora, como yo, ya os ha comprado el *Tríptico de Job* y yo quiero otro.

El maestro hizo servir a la pareja una bandeja con copas de vino y algunos pastelitos. Alguna vez había oído que la familia De Haro provenía de judíos conversos. Por eso, quizá, demostraban tanto celo en las obligaciones de la Iglesia. Lo que no había evitado que su hermano Christoffel de Haro tuviera una hija fuera del matrimonio, Anna, que vivía con su madre en los alrededores de s'Hertogenbosch. Christoffel había regresado a Burgos, pero tanto Diego de Haro como su hermano Jacob se habían asentado definitivamente en los Países Bajos.

—¿Habéis pensado algo, en tema y en tamaño?

—Cualquier historia de los grandes profetas. Por ejemplo, la de Jonás. Pensé en ella la última vez que me embarqué en Castilla. No hace falta que sea demasiado grande. La mitad de vuestro retablo en la iglesia de San Juan.

—Últimamente estoy bastante ocupado. Y el taller tiene mucho trabajo. No sé si podré

satisfaceros en un plazo razonable.

—Esperaremos. Quisiera que presidiera el salón de nuestra casa de Amberes.

—Una última cosa, señor De Haro. Me gustan los animales grandes y exóticos, me encanta pintarlos. Hace poco vi de cerca un elefante y no me decepcionó. Me resultó tan impactante como otros animales de los que me ha hablado mi vecino Lodewijk Beys, que ha hecho dos veces el viaje a Jerusalén, en Tierra Santa. Pero para hacer ese cuadro me gustaría hablar con alguien que haya visto ballenas. Vos que habéis viajado en barco, ¿visteis alguna en el mar? Dicen que echa agua con fuerza por un agujero en la cabeza, como un surtidor, y que su boca es enorme, que incluso se puede tragar un barco pequeño.

—Solo las he visto muertas y troceadas, en una factoría cerca de Ámsterdam, y puedo deciros que el ambiente es insano.

—La obra de Dios es grande y solo conocemos una parte.

—En efecto, *magister* Hieronymus. De las Indias se están trayendo muchas especies y frutos, nuevos pájaros de vistosos colores. Cuando llegue mi barco fletado desde Santander, podréis venir al puerto y observar alguna de esas maravillas.

—Eso me decía monseñor Felipe, que en

gloria esté, antes de ir a tomar posesión del reino de Castilla con su mujer, la gran duquesa Juana. Y sin embargo, de lo único que tomó posesión es de su muerte.

*

A lo largo de dos días, Javier devoró los escritos de Jerónimo, repasándolos una y otra vez, realizando anotaciones en una libreta. Lo que le había contado su amigo Gonzalo le había hecho dudar... ¿Acaso Jerónimo era el *Abuelo?* Pero entonces, ¿cuál era el sentido de la farsa?, ¿colocar un cuadro falso al Museo del Prado? Era ridículo, con los controles que existían. No podía ser, estaba convencido de la verosimilitud de lo escrito, aunque anotó mentalmente la comprobación de su nombre, cuando fuera posible, en la lista de los campos de concentración. Al tercer día, antes de viajar a Venecia, volvió a la casa del viejo anarquista. Himiko andaba en la cocina, experimentando, pero acudió presurosa a abrirle. Enseguida se quitó el delantal y avisó a su *sensei.* No se quería perder el siguiente capítulo.

—Buenos días. Ya leí y releí tu historia. Realmente impresionante, no puedo decir otra cosa. Tengo algunas preguntas. La primera

sobre ese misterioso magnate, Mainger, el alquimista, una especie de Fulcanelli...

—Estoy convencido. Entonces también lo pensaba, pero no fue hasta muchos años después cuando averigüé quién era, al leer, por razones que no vienen al caso, un libro de historia de la química. Uno de los cuadros reproducidos me llamó la atención. Era el de un reputado alquimista, muy famoso en las cortes de Federico de Prusia y en las de Luis XV, hijo del último rey de Transilvania, que se supone vivió cientos de años: Saint Germain. No puedo describir lo que ese libro removió en mí. Me aprendí de memoria el texto y el grabado, el único retrato conocido del conde de Saint Germain, realizado para la marquesa de Urfé en 1783. Porque, salvando la moda de la vestimenta, aquella era la misma imagen de Santiago Mainger: utilizaba los mismos colores, normalmente vestía de negro, con vaporosos cuellos y puños de lino blanco. En seguida me di cuenta de lo obvio del nombre que me dio, Germain al revés. Otro detalle, quizá una casualidad: la casa en la que lo conocí, en la *rue* Clément, hace casi esquina con otra calle, ahora llamada Seine, pero en aquellos tiempos era la calle Saint Germain.

—¡Saint Germain! Hace mucho leí algo de él. Pero eso es sencillamente imposible.

Si el entusiasmo y la maravilla habían

empezado a abrirse paso en la mente de Javier Carreño, aquello literalmente lo desinfló. Era posible que estuviera hablando con un loco. Entrañable, pero ido, al fin y al cabo.

—Según el periodista historiador y novelista Georges Touchord Lafosse —leyó entonces Himiko de un libro que había sacado de un estante—, en su obra *Chroniques de l'oeil de boeuf —Crónicas del ojo de buey—*, una noche el conde Saint Germain acudió a una fiesta organizada por la anciana condesa Von Gorgy, cuyo difunto marido había sido embajador en Venecia en 1670. Al oír que anunciaban a Saint Germain, la condesa dijo que recordaba el nombre de cuando ella estuvo en Venecia. ¿Acaso el padre del conde estuvo allí por aquella época? «No», contestó, él mismo había estado allí, y se acordaba muy bien de la condesa: una hermosa y joven muchacha. «Imposible», replicó ella. El hombre que había conocido entonces tenía por lo menos cuarenta y cinco años, aproximadamente la misma edad que la de su interlocutor. *«Madame»*, dijo Saint Germain sonriendo, «yo soy muy viejo». «Pero entonces usted debe tener casi cien años», exclamó la condesa. «No es del todo imposible», replicó el conde, exponiendo algunos detalles que persuadieron a la condesa, la cual exclamó: «Me ha convencido. Es usted un hombre sumamente

extraordinario, un demonio». «¡Por el amor de Dios!», exclamó el conde con voz de trueno. «¡No pronuncie ese nombre!». Le sobrevino un temblor por todos los miembros del cuerpo, y abandonó la sala inmediatamente.

Así que también la nieta participaba con entusiasmo de aquello, fuera lo que fuera. Qué lástima, empezó a pensar.

—Se cree que Saint Germain nació en un castillo, en los montes Cárpatos, el 26 de mayo de 1696 —seguía imperturbable la pintora— y era hijo del último soberano de Transilvania. Perdido el trono, hay varias versiones sobre dónde pasa su infancia. Se dice que con los Médicis en Roma, o también en casa de un aristócrata, en España, aunque lo cierto es que aparece en Escocia, donde vive hasta 1745. Después viaja a Alemania y Austria y algunas fuentes lo sitúan acto seguido en la India, donde se perfecciona en el manejo de la alquimia. En 1758, establece amistad con un general francés muy influyente, quien le presenta a la famosa madame Pompadour, y es ella la que le lleva al rey de Francia, Luis XV.

—Por poco tiempo, desde luego. Pronto los franceses se lo quitaron de encima... Me refiero a Luis XV, desde luego —aclaró Javier, ante las miradas de sus anfitriones.

—A partir de ese momento es conocido en

la corte y luego en el mundo como el conde de Saint Germain. Se dice que el propio rey de Francia, ese que luego perdería la cabeza, le pagó un laboratorio donde el conde le mostró el prodigio de la piedra filosofal. Más cosas: se afirmaba que tenía el doble de años de lo que se deducía de su apariencia. No era más que uno de sus misterios: cómo se mantenía en esa eterna juventud y de qué vivía, cuál era su fortuna y de dónde provenía. Asistía a las fiestas con ropas muy lujosas y joyas, en especial diamantes, que las malas lenguas decían que fabricaba, habiendo abandonado el oro como algo vulgar. El hecho es que nadie le vio nunca comer ni beber, ni tampoco el lugar donde dormía.

—Realmente extraordinario. —Javier abría, en un rictus, la nariz.

—Pues no he hecho más que empezar.

—Me refiero al olor que sale de esa cocina. Alquimia de la buena.

—Gracias. Luego probarás mi arroz con setas. Sigo. El conde destacaba en varias facetas artísticas. Como músico era un virtuoso del piano y el violín —se dice que una vez rivalizó con Paganini— y tenía una maravillosa y perfecta voz de barítono. Pintaba y esculpía con gran maestría y gozaba de una memoria prodigiosa, capaz de repetir páginas enteras de libros con solo hojearlas un

momento. Además, era un gran políglota. La leyenda cuenta que hablaba correctamente y sin acentos extranjeros catorce idiomas: inglés, italiano, alemán, español, portugués, griego, francés, latín, chino, árabe, caldeo, hebreo, sirio y sánscrito. Era ambidextro y lo más sorprendente, podía escribir y pintar con las dos manos a la vez con gran maestría. Giacomo Casanova, que lo conoció y que en las palabras que le dedicó lo elogia —parecía estimarlo por su conversación—, no llegó sin embargo a creerse ni su edad ni muchos de los portentos que le atribuían.

—Mucho Casanova... Para abreviar, ¿cómo acaba la historia?

—Se dice que murió el 27 de febrero de 1784, en una pequeña ciudad alemana llamada Eckernförde, junto a las costas del Báltico. Aunque su protector de entonces contó su muerte, no existen registros y su tumba está vacía. De hecho sus partidarios, porque los tiene, dicen que tanto la fecha de nacimiento como la de su muerte son totalmente falsas. De él dijo Voltaire en una carta a Federico el Grande: «El conde de Saint Germain es el hombre que nunca muere y todo lo sabe». Y Helena Blavatsky, la fundadora de la Teosofía, duda, incluso dos siglos después, sobre la muerte de Saint Germain. Se afirma que la última vez que se le vio fue en 1930, camino de la India o el Himalaya.

Saint Germain, la copia de un cuadro famoso... Demasiado para una semana, pensó Carreño.

—Bueno, eso está muy bien. Quiero decir, la clase sobre Saint Germain. Pero no sé si te das cuenta, Jerónimo, de que me estás diciendo que un famoso y enigmático alquimista de hace siglos te encargó la copia de un cuadro perdido de El Bosco.

—Bueno, si no era Saint Germain, lo imitaba en todo, jugaba a ese símil —contestó el viejo—. No puedo afirmarlo, a pesar de su parecido con el grabado. Quizás así tiene sentido lo que decía sobre que el cuadro contenía una clave secreta alquímica, no sé. A mí también ese extremo me ha inquietado mucho. Por otro lado, espero que hayas comenzado a comprobar datos. Supongo que tendrás más preguntas, sobre todo del estado actual del cuadro. Bien, voy a revelarte lo último que sé de la historia, lo que no está escrito.

Jerónimo hizo un alto, como para reunir fuerzas y aliento. Era un tempo de narrador, pausa adecuada para encontrar el tono.

—Fue por los campos, por los homenajes, precisamente, que pude recuperar una parte de mi pasado, hacerlo visible. Yo había llegado a pensar seriamente si no me habría inventado o distorsionado la historia de Mainger y la tabla

perdida. Pero he ahí que me llaman de una organización de veteranos, porque alguien en Holanda quería ponerse en contacto conmigo. Tal vez habría visto mi nombre en alguno de los reportajes que se habrían emitido. Mi corazón se aceleró, pero el nombre que me dieron no era el de Giselle.

Javier no pestañeaba. Tampoco Himiko, a pesar de conocer la historia.

—Me dieron el teléfono de esa persona y llamé, con mi francés medio olvidado. La persona que en seguida se emocionó hasta casi quedarse muda se llama Guillermina y es una sobrina de Giselle, una mujer de unos sesenta años, a la que crio desde que era muy pequeña, cuando se fue al pueblo tras mi captura. Siempre la oyó hablar de aquel pintor español que se habían llevado los alemanes. Por ella supe que Giselle había intentado saber de mí, sobre todo después de la guerra, cuando volvieron los supervivientes de los campos. En su pequeño pueblecito del sur no veía el momento de viajar hasta Ámsterdam, pero dedicada a su hermana y a su hija, no pudo desplazarse hasta meses después. No sabe muy bien las fechas, puede que yo acabara de salir hacia París o que aun estuviera en Ámsterdam, desesperado por no encontrarla. Luego la hermana murió y ella crio a Guillermina como si fuera su hija. Giselle murió hace ocho años, pero en sus últimos

tiempos le había hecho el encargo a su sobrina de que por todos los medios intentara localizarme a mí o a mis descendientes. Ahora que por fin había hablado conmigo, quería conocerme y devolverme mis pertenencias, una caja grande y un baúl que me esperaban desde hacía más de sesenta años. Ella solo lo ha abierto para comprobar que su interior no se lo han comido las polillas. Dice que hay varios embalajes.

—No me digas que allí puede estar la tabla...

—Estarán las dos. El original y la copia. E incluso el espejo negro.

—Es demasiado bueno para ser verdad. ¿Y cuánto hace que hablaste con Guillermina?

—Una semana.

Javier dirigió una mirada a Himiko.

—Le prohibí que te dijera nada. Siempre pensé que las coincidencias no existen. Tu aparición en escena tiene que tener una razón. Pero a lo que iba. No puedes suponer el efecto demoledor que me causó la conversación con Guillermina. Y las que siguieron, creo que la he llamado desde entonces una vez al día. Todo el pasado se me vino a las manos, y como un niño con un balón demasiado grande, no sabía qué hacer con él, cómo abarcarlo. La vida había diseñado el premio final a mi camino,

cerrando una historia que pasó hace casi setenta años. Había algo en ese gesto de Giselle conservando el cuadro, y de Guillermina buscándome para entregármelo, que me conmovía profundamente. Como si me volviera, puro, todo su amor.

Javier se había quedado en suspenso, con un nudo en la garganta, paralizado. No pudo hacer nada cuando de los ojos de Jerónimo brotaron lágrimas. Durante un rato se hizo el silencio entre los tres. Himiko avanzó hacia su tío abuelo y le dio un abrazo. Javier se acercó y le puso una mano en el hombro. Cuando se recobró, Jerónimo retomó la palabra.

—He decidido ir a Holanda a recuperar los cuadros. Lo primero es comprobar si existen y su estado. Himiko y yo nos vamos en cuanto deje resueltos algunos asuntos y ella acabe de organizado todo. A mi edad prefiero evitarme las mayores incomodidades posibles. Los viajes son duros y cada vez veo y oigo menos. Luego, si aparecen, ya veremos lo que hacemos con las tablas. Digo ya veremos, aunque sé que el que no verá mucho más soy yo.

—Me gustaría acompañaros. Tengo que viajar a Venecia, pero allí estaré solo cinco días. Luego volaré a Ámsterdam, así que os estaré esperando cuando lleguéis.

—No tengo inconveniente. En cierto modo,

puedes ser de utilidad. Si encontramos el cuadro habrá que traerlo y yo ya no puedo acarrear nada; ayudarás a Himiko a hacerlo. La única condición es guardar secreto absoluto. Se hará público cuando llegue el momento.

El comisario hizo un gesto de aprobación. Aún algo noqueado por lo que le había confesado Jerónimo sobre el alquimista Saint Germain, y pensando que tal vez estaba cometiendo el mayor error de su vida, apostó por ver qué deparaba la historia. Una historia que venía desde hacía siglos, y que podía concretarse en las próximas semanas. Algo que solo sucedía una vez en la vida.

Aunque tarde, nada menos que setenta años después de haber comenzado el argumento, ahora sí parecía despegar la novela.

CAPÍTULO X

JUEGO DE DAMAS

Reiréis cuando veáis que no he tenido escrúpulos para engañar a los alocados, los granujas y los tontos cuando me era preciso. Por lo que toca a las mujeres, se trata de engaños recíprocos que no entran en la cuenta, porque cuando el amor se mete por medio, es cosa común que los unos engañen a los otros.

Giacomo Casanova,

Historia de mi vida.

L

e gustaban las ciudades con canales como Ámsterdam y Venecia. Se sentía atraído por esos mundos fronterizos, urbes anfibias, llenas de posibilidades pictóricas, literarias, vitales. Ciudades metáfora; los sueños del hombre se levantan siempre sobre el barro, condenados tal vez un día a desaparecer: ahí estaba la voluntad del ser humano para hacerlos posibles entre tanto. Y la voluntad tenía en la actualidad forma de turismo mundial, motor de empleo y fuente de riqueza; al fin y al cabo las dos ciudades, hechas por mercaderes, habían logrado el culmen del capitalismo, su esencia destilada: sus mejores mercancías eran ellas mismas, objeto de ilusión, fantasía de romanticismo y épocas pretéritas, mundos de ensueño por los que había que pasar alguna

vez en la vida, espléndido y real decorado para viajes inolvidables.

En cualquier caso, Venecia siempre merecía una visita. Lejos de los carnavales y las temporadas turísticas, sus iglesias y palacios, sus placitas y rincones, sus paisajes medievales del Renacimiento y el Barroco, sus canales y sus góndolas, eran una delicia para los sentidos y una maravilla para los amantes del arte. A Javier Carreño le gustaba desplazarse por Venecia en *vaporetto*, y en una de esas pequeñas embarcaciones, a través del Gran Canal, llegó al Palacio Ducal, en la plaza de San Marcos.

Aquel enorme edificio era un portento digno de admiración. Estaba formado por tres grandes partes, la sala del Consejo Mayor, en el ala que se asomaba a la plaza, el antiguo Palacio de Justicia, con la sala del Tribunal y la construida más tarde, en el Renacimiento, con la residencia del duque y las oficinas del Gobierno de la Serenísima.

Entró por la Porta del Frumento y pasó al patio, donde en filas, se amontonaban los turistas que se asomaban a los pozos de bronce de mediados del siglo XVI y no dejaban ver bien la fachada de mármol con el reloj de 1615. Era tremenda la atracción que ejercían siempre los pozos o fuentes sobre las monedas de los viajeros, atávica costumbre de ofrendas

a las deidades subterráneas o del agua.

Dejó a la derecha de la escalera el patio de los Senadores y a la izquierda la escalera de los Censores, donde comenzaba la visita a los pisos superiores, y avanzó por el primer piso, llamado piso de las Logias, donde se encontraban las entradas a las alas este, sur y oeste.

En este piso, en un despacho cerca de la Superintendencia para el Bien Ambiental y Arquitectónico de Venecia y las oficinas de la Dirección de los Museos Cívicos de la ciudad, tenía su cita con Ludovico Testa, su interlocutor sobre los boscos venecianos. Ludovico y Javier se conocían de haber asistido a congresos —los dos eran profesores titulares de universidad— y coincidir en los gustos: durante dos seminarios ambos dedicaron sus atenciones a una doctora danesa de largas piernas y ojos felinos, con requiebros de cortejo disfrazados de interés profesional. Ninguno de los dos supo nunca si el otro había logrado su objetivo, ya que la danesa era tan atractiva como escurridiza. Ese hecho los unió en una complicidad silenciosa, y a él se podía referir la sonrisa del veneciano al recibirlo. Tras los saludos protocolarios en italiano, utilizaron el francés, lengua que los dos hablaban con fluidez.

—Envidio tu vista sobre la plaza de San

Marcos. Tendrías que pagar por trabajar aquí.

—Qué gracioso. Te lo cambio por el Prado durante unos meses. No sé quién iba a acabar más harto de turistas. Qué plaga. Son peor que las palomas. Y encima no vuelan. No hay día que no se nos cuele alguno hasta las oficinas preguntando las cosas más peregrinas. Y llevándose todo lo que encuentren a su paso que les parezca un buen trofeo. Son peor que las urracas, arrasan con todo lo que brilla.

—¿Pero qué sería del Prado y San Marcos sin turistas? ¿De qué viviríamos gente como nosotros?

—De cualquier cosa. Cultivaríamos el campo. Enseñaríamos a los que no supieran el sentido del arte. Viviríamos de la tierra y del sol, acunados por la palabra y el cariño de discípulos diligentes que nos adoraran.

—O mejor, discípulas...

—En eso estamos de acuerdo.

Acabados los comentarios ingeniosos, entraron en materia y pasaron a lo realmente importante.

—Hace poco que las *Visiones del más allá* se han trasladado al palacio Grimani, recién restaurado, junto con otros cuadros de la antigua colección del cardenal —informaba Ludovico—. Solo ha quedado aquí, en el Museo de San Marcos, *El martirio de Santa Julia.* Para

prestar alguno de ellos tendríamos que tener una buena contrapartida a cambio, un pintor español de fama.

Algo así se esperaba Carreño. Al menos, en los primeros minutos había conseguido saber algo importante. Las *Visiones del más allá*, que era su objetivo, estaban al alcance. Aunque hacía ya casi un año que se había hablado de la posibilidad, era el momento de llegar a algo concreto. Naturalmente, él no era más que un intermediario, alguien que transmitiría a la dirección del museo y si acaso aconsejaría la operación. Pero de lo que hablara y acordara con el veneciano saldría o no un acuerdo, tarde o temprano.

Ludovico se interesó por la obra u obras que el Prado podía ceder para una exposición temporal. Había piezas estratégicas, no negociables, como *las Meninas, la Maja* y *los Fusilamientos* de Goya, pero de otras se podría llegar a un acuerdo.

—Podemos prestar alguno de Patinir, como *El paso de la laguna Estigia* o *Las tentaciones de San Antonio Abad.*

—Creemos que quizá otras obras sean más interesantes. Estamos pensando en una exposición sobre el desnudo europeo para dentro de un par de años.

—¿Por ejemplo?

—*La bacanal, Venus recreándose en la música* o *Danae recibiendo la lluvia de oro*, de Tiziano.

—Ya veo que apuntáis alto. Dispara, no te quedes con las ganas...

—También podría ser Rubens: *Las tres gracias* o *Diana y sus ninfas sorprendidas por sátiros.*

—¿Y por qué no el *Adán y Eva* de Durero?

—O *La dama que descubre el seno*, de Tintoretto...

La conversación siguió por esos derroteros durante una hora. Ludovico se rebelaba como un veneciano nato, echando cartas en la partida, finalmente mercader, lo único que tenían de sobra y daban gratis eran palabras. Javier intentó no pensar en el cuadro perdido, concentrarse en su misión. Aquello era un ritual programado y asistió a él de la mejor manera que sabía, jugando también sus bazas.

—Entonces, tu idea es que pueden ceder las *Visiones* tres meses para una exposición temporal, con las garantías habituales, traslado y seguro a cargo del Prado mediante las empresas acreditadas, a cambio de la cesión temporal, dos años más tarde, de dos desnudos de Rubens y Tiziano para una exposición de la misma duración. Bien, lo hablaré con el director y con el Patronato.

Tendremos pronto una primera respuesta. Aunque habría que definir los cuadros pronto. Cualquier acuerdo tiene que ser ventajoso para los dos museos.

—Un trato honorable por ambas partes...

No sabía qué significado otorgar a la palabra «honorable», pero le molestaba que aquello sonara a retórica, a componenda.

—Que pueda ser vendido bien —siguió Ludovico como si intuyera los pensamientos del español— por los directores a sus respectivos patronatos y que los responsables de la política cultural le saquen su máximo partido mediático. Ya sabes, no somos los capos...

—Vamos, que se puedan poner todos una medalla... Ludovico, otra cosa. Me hablaste de un experto en la literatura sobre la pintura y los cuadros de la época de El Bosco. Quiero aportar algo más en los estudios sobre las obras del maestro, incluso las perdidas. Y hubo algunas que pasaron por Venecia. Incluso se especula con un viaje de El Bosco a la ciudad, en 1500.

—¡Ah, sí, mira!, este es el teléfono de Fabia Piamonte, es veneciana, aunque trabaja cerca, en la Universidad de Padua, y ha hecho algunos trabajos para nosotros. Si no la localizas ahí, supongo que acudirá hoy a la inauguración de la exposición sobre el retrato

italiano del Cinquecento en el Palacio Ducal. Tú también estás invitado, a las ocho de la tarde, no me faltes. Siempre se ven cosas interesantes.

—Iré encantado, gracias por las dos cosas. ¿Es buena?

—Excelente. Ya le hablé. Vas a tener suerte.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Habla español, te entenderás bien, al menos en el idioma...

—¿Dónde está el truco? ¿Es agradable o un cardo?

—Es muy guapa. Y competente. Pero una mujer difícil.

—Mejor aún, más aliciente.

—Bueno, ya me contarás tus progresos...

Y se reía con una mueca que, de momento, Javier no sabía a qué atribuir.

Se demoró en la salida. Contempló desde lo alto la antigua entrada de honor por la que había entrado, la escalera de los Gigantes, ideada por Antonio Rizzo, escoltado por dos impresionantes estatuas de Marte y Neptuno, símbolos del poder de Venecia en mar y tierra. Al lado del arco, con franjas de rocas de Istria y mármol rojo de Verona, se apreciaban la puerta de la Carta y el vestíbulo de entrada

Foscari, la actual salida del itinerario de visita, por donde en ese momento desfilaba una procesión de japoneses que le trajo por reflejo el recuerdo de Himiko.

Encontró a Fabia en su despacho de la Universidad de Padua, donde ella, por teléfono, le dijo que estaría toda la mañana: un despacho lleno de estanterías, rodeada de libros y pósters con reproducciones de cuadros. Se veía que ella misma los había colocado y dispuesto de tal manera que, a pesar de no ser grande el espacio, resaltaran entre el papel. Sentada detrás del ventanal, se levantó a saludarlo y le invitó a sentarse.

Ludovico no había mentido. Era una mujer espléndida, de ojos claros, color de miel, pelo oscuro y cara sensual. Quizás algún kilo de más, curvas que no le desentonaban y le daban un aire de madona joven y lozana. Una italiana de cuerpo y clase, sacada de las películas de Tinto Brass; Javier se la imaginó fuera de época, como cortesana del Renacimiento, amante de algún libertino cardenal italiano.

—Ludovico me informó de que preparan una magna exposición en el Prado sobre El Bosco y que quería usted los últimos datos sobre sus cuadros venecianos, en especial los que tenía el cardenal Domenico Grimani.

—Por favor, tuteémonos, si no te importa. Sí. Esa figura del cardenal Grimani es muy interesante. En el libro *Notizia d'opere di disegno nella prima* de Michiel, de 1521, se cuenta que en el palacio del cardenal se encontraba la *Tela del infierno* con gran diversidad de monstruos hechos de mano de Ieronimo Bosch. Y también...

—La *Tela de los sueños* y la *Tela della fortuna con el ceto che inghiotte Giona, Borrasca con la ballena que traga a Jonás* —respondió Fabia—. Sí, eso pone en el *Anónimo Morelliano*, de Marco Antonio Michiel; lo de tela no significa nada, se referían así a todos los cuadros, aunque fueran pintados sobre madera. Michiel describe las colecciones venecianas y habla de la del cardenal Domenico Grimani. La figura del cardenal renacentista es más que interesante, ilustrativa. Tuvo un gran reconocimiento por su intelecto, su exquisito gusto y por ser mecenas de pintores y escultores, los artistas tenían siempre sitio a su lado. Había sido antes senador, nombrado por el papa Alejandro VI, ya sabes, el Borgia que vino de España. No podemos saber lo rico que era, pero podemos tener algunas pistas. Tenía residencias, verdaderos palacios, en Roma y Venecia.

—La verdad es que debió de ser un personaje fascinante que vivió en una época turbulenta.

Fabia había impreso un extracto en papel de aquella figura emblemática. Mientras lo leía, traduciéndolo directamente del italiano, Javier anotó un extraño paralelismo. En el curso de menos de una semana, dos espléndidas mujeres le daban una disertación sobre curiosos personajes históricos. Desechó la imagen de Himiko y se concentró en lo que le contaba la italiana del cardenal Grimani.

—Desde muy joven manifestó un gran interés por la cultura y los estudios humanísticos —se doctoró en Arte aquí, en Padua—, que siguió en Venecia bajo la tutela de ilustres maestros, y después en Florencia, donde frecuentó los círculos intelectuales más prestigiosos. Estableció amistad con figuras como Lorenzo el Magnífico, Angelo Poliziano y Pico della Mirandola. Recibió el gorro rojo del cardenalato y en sus primeros años como cardenal fue secretario del papa y protonotario apostólico.

Mientras la experta italiana leía, Javier especulaba con lo que pensarían ella y Ludovico si finalmente descubría el cuadro. Lo maldecirían un tiempo, pensando en cómo los había utilizado, pero luego lo comprenderían.

—...luego —seguía Fabia— llegaron varios nombramientos: administrador de Nicosia en Chipre, patriarca de Aquilea, que cedió a su sobrino Marino como haría luego con otras

clerecías y prebendas a favor de otros sobrinos, hasta que el 15 de octubre de 1499 dejó Roma por Venecia, donde su padre, Antonio Grimani, almirante de la flota, había sido encarcelado por perder Lepanto contra los turcos. Lo defendió de todas las maneras posibles; finalmente, su padre quedó libre y más tarde, en 1514, fue elegido dogo. Participó en dos cónclaves, en 1503 y 1513, cuando se eligió papa a León X, que le concedió una pensión de dos mil ducados, pero siempre fue fiel a lo que pensaba y se opuso al jefe de la Iglesia en varias ocasiones.

—Un cardenal de mérito y valor, enciclopédico —apuntó Javier—. Ya no hay eclesiásticos así.

—Cierto. —No se sabía a cuál de las dos observaciones había contestado Fabia—. Fue un hombre de vasta cultura, amante de las letras y las artes, que formó una biblioteca de ocho mil volúmenes, donada a la iglesia veneciana de San Antonio de El Salvador, biblioteca que fue destruida por el fuego; tenía también una rica colección de objetos artísticos, entre ellos un famoso breviario miniado. Fue un eminente teólogo y autor de varias obras, incluyendo una traducción de las homilías de San Juan Crisóstomo. La noche del 27 de agosto de 1523, el mismo año en el que también murió su padre tras una rápida enfermedad, falleció en su palacio de San

Marco, en Roma. Enterrado en una iglesia romana, sus restos fueron trasladados finalmente a Venecia y enterrados en la iglesia de San Francesco della Vigna.

—Un personaje así es digno de comprarle a El Bosco algunos cuadros como esa tela de los sueños, ese infierno o cualquier otro.

—Hoy sabemos que esa tela de los sueños es la denominada *Visiones del más allá, El paraíso terrenal* y *La subida al empíreo*, dos tablas de 87 x 40. Y que ese infierno puede ser *ha caída de los condenados.*

—Expertos como Tolnay y Gauffreteau—Sévy señalan estos dos últimos, pero no dicen nada de la tabla de Jonás. Muchos nos preguntamos si no es el cuerpo central de alguno de estos postigos laterales —decía Carreño, sondeando la opinión de la italiana.

—Tampoco se pronuncia Mia Cinotti, que se limita a transcribir, en el listado de obras desaparecidas, la referencia de Michiel. Fui alumna suya. Su libro sobre la obra pictórica completa de El Bosco todavía es un clásico.

—Ya lo creo. Te felicito, veo que has tenido una buena maestra. ¿Nunca hablasteis de la tabla de Jonás?

—Realmente no. Hoy en día algunos especialistas opinan que podría referirse al *Martirio de Santa Julia*, que está aquí, en

Venecia, en el Palacio Ducal. De hecho, el estilo de ese cuadro se achaca a la presencia de El Bosco en la ciudad, los vestidos de la santa eran la moda de la época. Y en el postigo derecho del tríptico se ve un barco en una bahía y una ballena en la costa.

—Pero no cuadra mucho que un detalle tan pequeño en un lateral haya servido para describirla. ¿No lo crees curioso? Y otra pregunta: ¿cómo llegaron esas obras a manos de Grimani? ¿Las trajo algún mercader? ¿Pudo hacer El Bosco, como algunos han sugerido, un viaje a Italia en cuyo transcurso recibiera el encargo?

—Aunque a los venecianos nos gustaría, el hecho es que no existe ninguna evidencia de que viajara aquí entre 1500 y 1504 ni de que viniera con su amigo, el pintor flamenco Quentin Massys. Sobre las otras cuestiones que me planteas, hay tantos misterios... 1521 está muy lejos, quién sabe lo que pudo ocurrir. Que se arruinara una grisalla y se sustituyera por otra, que por alguna razón se extraviara parte de una descripción más compleja de Michiel, que la confundiera con otra obra de otro pintor que también ha desaparecido...

—Demasiadas incógnitas. ¿Y no existe la posibilidad de que en realidad fuera una tabla independiente, que no tuviera que ver con *el Martirio* y que fuera de El Bosco?

—Por existir, cualquier posibilidad es válida. Pero habría dejado más rastro. A la muerte del cardenal Grimani sus colecciones de arte, de pintura flamenca y de escultura, pasaron a propiedad pública, a la Señoría de Venecia, menos la colección escultórica, que fue a parar primero al sobrino de Grimani, aunque finalmente todas las obras acabaron en las colecciones del palacio de San Marcos, propiedad de los dogos. Como sabes, el padre de Domenico Grimani, Antonio, fue uno de los primeros.

—El pintor Antonio Maria Zanetti cita el *Martirio de Santa Julia* en Venecia en 1771...

—Veo que estás puesto. Hace poco, para un seminario, repasé ese libro de Zanetti, *Delia pittura veneziana e dette opere pubbliche dei veneziani maestri.*

El escuchar de los labios de aquella mujer el sonido del idioma materno lo fascinaba. Fabia no pareció darse cuenta de que su interlocutor no pestañeaba y siguió con su discurso.

—La cita junto con *El retablo de los ermitaños*, que también está en la actualidad en Venecia. Ambas fueron transferidas por Dollmayr en 1893 del almacén de la Galería Imperial de Viena a la propia galería. Desde 1919 forman parte de la colección del Palacio de los Dogos. Lo cual quiere decir que el

Martirio, entre 1771 y 1893, salió de Italia. Y, como estos dos cuadros, pudieron salir otros.

—¿Existe documentación sobre la colección de Grimani? ¿Algún estudio?

—Sí, si tienes tanto interés, los conseguiré. ¿Cuándo te vas?

—En unos días.

—Espero tener tiempo de decirte algo antes. Llámame mañana.

—De todas maneras, para salir de Italia una obra así, aunque con otro título, habría tenido que pasar por aduanas.

—Vaya, veo que te has leído el libro sobre el descubrimiento del último Caravaggio. Estaba pensando también en eso... Pero la obra de El Bosco era difícil de confundir con otro pintor.

Tal vez algunos de sus imitadores... Además, pudo salir antes de que se creara Italia, y salvo que haya quedado algo en la administración veneciana, ese rastro es imposible de seguir... ¿Por qué te interesa tanto ese cuadro desaparecido, si es que existió?

—Curiosidad, nada más que curiosidad —reculó Javier—. Intento que no solo la exposición, sino el libro y el catálogo, sean únicos. Si podemos añadir investigaciones recientes con nuevos detalles y datos, sería

fantástico...

Aunque compuso su cara de póquer más neutra, no sabía si su interpretación había sido suficiente. La comparación de Fabia con el descubrimiento de un cuadro de Caravaggio que se creía perdido lo había puesto en guardia. La intuición de la italiana no podía ser más certera.

—Veré lo que puedo hacer. Pero no tenemos ninguna pista de cuándo pudo salir el cuadro, si es que alguien lo compró y no se destruyó accidentalmente; eran cosas que ocurrían, incendios, inundaciones, malos traslados. En 1574 y 1577 hubo dos incendios en el Palacio Ducal, se quemaron cinco cuadros importantes de Bellini, dos de Tiziano y uno de Tintoretto, entre otros muchos, pero no hay constancia de que se quemara alguno de El Bosco. Pudo pasar de todo. Eran bienes apreciables como moneda de cambio para saldar impagados. Ni los poderosos se libraban, a su muerte, de las almonedas de sus bienes para pagar deudas. Lo sé bien, investigué en Madrid mucho tiempo la colección del rey Felipe II. Por cierto, un gran admirador de El Bosco, como sabes. Fue el primer *boscomaníaco.*

—Veo que conoces la jerga.

—Cualquiera que se mueva en este mundillo. Me interesó El Bosco en una época.

Pensé en seguir los estudios de Cinotti. Pero en fin, la carrera y la vida fueron por otros derroteros. En cuanto al asunto que nos ocupa, tengo en mente varios estudios, entre ellos el de una especialista que ha investigado a Grimani.

—¿Me permites que mañana te invite a cenar? Es lo menos que puedo hacer después de darte tanto trabajo.

—Te lo agradezco, pero ya veremos si puedo. Tengo que preparar un seminario para el Instituto Católico. Pagan bien. Y hoy tengo una inauguración en el Palacio Ducal.

—¡Ah, sí!, yo también iré, me invitó Ludovico. Para alguien como tú, preparar un seminario no representa ninguna dificultad. Haz un esfuerzo, cena conmigo y así tendré la suerte de conocer algún lugar secreto donde cenan los venecianos.

—No te creas. La mayoría de los venecianos comemos y cenamos en casa porque la ciudad es demasiado cara. Para cenar y beber en Venecia hay que salir fuera.

—Lo dejo en tus manos —apalabró la cita Javier, que en realidad quería dejarse él mismo en los brazos de ella.

¿Qué mayor placer hay que el de cenar con una mujer hermosa, simpática, inteligente y atractiva? Sin pensar en la culminación, el

hombre disfruta de las posibilidades creadas, teje conjeturas, acaricia planes de conversación, cazador en busca de los puntos débiles de su presa, intenta ofrecer una imagen atractiva de sí mismo, inteligente, brillante. Durante los momentos previos a la cita, el hombre es feliz, imaginando. Javier, con demasiados temas en la cabeza, se limitaba a eso en su cuarto de hotel, sin poder concentrarse, los documentos y folios con la narración de Jerónimo desplegados sobre su mesa. La vida, como a veces los libros, está llena de expectativas.

*

s'Hertogenbosch, diciembre 1505

En aquel tríptico se habían condensado todas sus tentaciones. De hecho, llevaba años pintándolo primero en su cabeza, tomando forma en sus sueños y pesadillas. Ni su mujer, Aleyt, ni ninguno de los discípulos de su taller, sabían lo que estaba produciendo aquel cuadro en la mente de Hieronymus. Para ellos era un misterio, y aunque su título, *La Creación del mundo*, era muy claro, suponían que el maestro, como había sucedido con otras tablas, iba más allá de lo que se podía apreciar

a simple vista, según iba surgiendo aquella maravilla.

Otras cuestiones, más mundanas, hacían que aquel cuadro alcanzara caracteres fabulosos. Para él habían posado desnudos muchachas y muchachos jóvenes, sirvientes, feriantes de paso, adoptando extrañas posturas que los rumores habían magnificado. Casi había constituido un escándalo que Hieronymus hubiera llamado para posar a una criada negra de su vecino, Lodewijk Beys, el áureo caballero de Jerusalén, que en su último viaje la había traído a su servicio, rescatándola como esclava de manos de los infieles.

Ajeno a las murmuraciones, Hieronymus dibujaba y pintaba aquellos cuerpos desnudos, con seriedad y concentración. Nadie podía sospechar que con el carboncillo primero y luego con el pincel, el pintor ejerciera un rito que le hacía erizarse el vello y sentir oleadas de placer. Cada pincelada era una caricia a aquellas pieles jóvenes, deslizándose por los torsos, los brazos, los senos, las piernas, los sexos. Y el suyo, tanto tiempo dormido, parecía encenderse con esos trazos. Ninguna de las modelos podía imaginar el terremoto que aquellos tersos cutis producía en el afamado pintor: en el aire denso del estudio flotaba una especie de posesión, un sutil arrebato que cada uno sentía de forma distinta. Tras las sesiones, por la noche, y

como su fuera un castigo, su sexo ardía y Hieronymus sentía renacer aquellos fuegos de San Antón que sufriera en la infancia. Pero aunque aquello abrasara, el deleite de ir pintando aquellas deseables figuras, copulando de mil maneras en aquel jardín imposible, superaba el tormento posterior. Para alejar y expulsar aquellos dolores, pintó infiernos en un ala del tríptico. Pero no era la muerte y la condenación, sino la vida y su celebración, el amor, el lenguaje de los cuerpos, lo que Hieronymus quería transmitir. Del infierno a la inocencia primera: ese era su mensaje. Lo que nunca diría. Lo que sí decían sus pinceles.

*

Venecia, diciembre de 1516

Sacra, católica y real majestad:

La primera y más importante noticia que debo reseñaros es la muerte del dogo,

Sebastiano Venier, que va pareja y que corona la desgracia que ha asolado esta ciudad y que no es otra que el 20 de diciembre de este año del Señor de 1574 un incendio se cebó cruelmente en el Palacio Ducal. Las llamas destruyeron varios salones y techos y devoraron preciosos documentos de Estado y magníficas obras de arte, siendo ineficaces cuantos esfuerzos se hicieron para salvar aquella parte del grandioso edificio, entonces la más enriquecida con las obras maestras de cuantos artistas venecianos habían hasta aquella fecha florecido. Entre ellas, cinco cuadros de los Bellini, Juan y Gentil, La batalla dada por los venecianos a Federico Barbarroja, dos de Tiziano Vecellio, uno del Tintoretto y otros de Carpaccio, de Pablo, del Luis Vivarini y del Guariento de Padua,

Vicente Trevio, Marcos Marziale, Cristobal Parma, Lázaro Sebastián y Pordenone.

A resultas, al dogo le fallo el corazon, dicen que de pena por ver el destrozo y los estragos del fuego devorador que ha destruido la sala de las votaciones del Palacio de Justicia y la sala del Mayor Consejo, con todas sus maravillosas pinturas, cuando poco antes se habían acabado las labores de reconstruccion de los daños que ocasionara, tres años atrás, otro incendio que se abatiera sobre el segundo piso, destruyendo en particular la sala de las Cuatro Puertas, el Colegio y el Senado, aunque sin daños en la estructura general.

Tiene que ver la noticia por el principal

asunto por el que V. M. se interesa. Yo ando con la disimulación que conviene y he esperado un tiempo antes de proseguir con mis indagaciones, pues preferí siempre hacerlo por mí mismo y no delegar en nadie tal negocio, tal y como encarecidamente me rogó V. M., y he estado postrado en cama casi dos semanas como resultado de unas terciarias que después de las lluvias, me dejaron sin fuerzas y con el alma ida, que tuve que reponerme con caldos de ave, verduras y otros alimentos blandos hasta lograr la fuerza de poder sostenerme, así fuera para poder yantar según lo habitual.

Con artes y maña, y no poca diligencia, pude llegar a los encargados de la conservación del palacio, y tras varias

invitaciones y regalos, y haciéndoles ver que el mío era un simple afán de coleccionista, pude averiguar que, en efecto, la tabla que V. M. describe como Jonás y la ballena y que aquí se conoció como Tempestad con la ballena que traga a Jonás estuvo muchos años en los muros aquí colgada, desde que la donara su propietario, el cardenal Domenico Grimani, en testamentaría hecha a la Serenísima República. El cardenal, hombre de letras, que gustaba de coleccionar obras príncipales y de valor, atesoró cuadros y tablas de insignes pintores, además de exquisitas joyas y breviarios. La tabla se la había comprado, junto con otras preciosas obras, a Antonio Siciliano, embajador de Milán, que las había traído de Flandes.

La tabla de Jorás, con otras pinturas de Jerónimo Bosco, decoró una de las estancias principales del edificio, la de los Tres Jefes, en el consejo de los Diez, pero ya no se la ha visto en esta sala desde hace tiempo, con seguridad desde el primero de los incendios referidos.

Aunque mis informantes sugieren que esa tabla pudiera muy bien haber sucumbido a las llamas, ni por los inventarios de obras dañadas, ni por las que se guardan en los almacenes, se ha oído mención alguna al respecto, lo cual hace sospechar que la tabla del maestro Bosco no estuviera ya en Venecia, o al menos, en ninguna dependencia del Palacio Ducal.

Perseveraré en mis pesquisas, con

discreción y celo, por si puedo ofrecer a V. M. alguna noticia en próximos correos. Envío esta carta utilizando la nueva cifra general que vuestra señoría me ha enviado, para sustituir a la anterior que se quedaba ya antigua y que utilizaré en el futuro, tanto en la correspondencia real como a los ministros. No pude despacharla antes por las muchas aguas y tormentas que han agitado esta parte de Italia, y porque en tratándose de obras de arte y pinturas, este informe debía acompañar a un lienzo de Jacopo Bassano, muy estimado de V. M., por pintar tan bien al natural animales y otras cosas, que sin embargo no ha podido ser enviado por no estar aun acabado.

Sale en el correo ordinario real, a

través de Génova y el embajador de aquella ciudad y puerto, Juan de Idiaquez, a quien envié la carta de vuestro puño y letra y le escribí que con la primera ocasión, la remita a donde V. M. le mandara y así creo que lo hará.

Nuestro Señor la sacratísima persona guarde con el acrecentamiento de los reinos y señoríos que V. M. desea.

Vuestro muy humilde vasallo y criado que los muy reales pies y manos de vuestra católica majestad besa,

El embajador en Venecia,

Diego Guzmán de Silva

*

—En su testamento, el cardenal Grimani puso como condición para que sus cuadros de El Bosco pasaran a la República veneciana que fueran colocados en una sala de honor del Palacio Ducal. Adivina cuál...

—¿Cuál?

—La sala de los Tres Jefes, los responsables del Tribunal de la Inquisición, una pequeña estancia cerca de la sala del Consejo de los Diez. La razón era que pudieran contemplar las tablas pocas personas, por el carácter secreto de lo que allí se trataba, que necesitaba altura de miras, objetivo al que se suponía ayudaban las obras.

Fabia brillaba en todo su esplendor. El español se la había encontrado al poco de llegar al palacio de San Marcos, conversando con un famoso abogado y coleccionista que le presentó y del que olvidó el nombre casi de inmediato. Tras un rato, el abogado se disculpó para saludar a otros invitados y por fin pudo Javier volver a tratar el tema que le preocupaba, conversación punteada con comentarios entre cuadro y cuadro de la exposición.

—Existe una laguna muy grande entre el tiempo del libro de Michiel y la reaparición de

las obras en el palacio de los Dogos. No sabemos dónde se almacenaron o exhibieron los cuadros tras 1523, cuando muere Grimani. Estoy localizando una obra de R. Gallo, de 1952, que habla de la donación de los Grimani a la República veneciana, *Le donazioni alla Serenissima di Domenico y Giovanni Grimani.* También una obra de Marilyn Perry de 1972 en un monográfico sobre la memoria de la historia del arte, *The Statuario Pubblico of the Venetian Republic.* Quizá nos aclaren algo o nos den alguna pista. Vaya, me ha vuelto a salir el instinto investigador. Últimamente, desde que me dedico a dar clases o seminarios, lo tenía algo abandonado.

—Ah, ya veo que os conocéis —dijo Ludovico cuando se los encontró en animada conversación—. Bueno, no os vayáis muy lejos, tengo una sorpresa de postre.

El italiano se alejó dejando una mirada desconcertada detrás. Javier miró a Fabia.

—A mí no me mires, yo no sé nada —protestó con un mohín pícaro—. Te resumo lo de Grimani. Durante todo el Cinquecento, la colección Grimani estuvo expuesta en la sala de los Tres Jefes del Consejo Veneciano, hasta 1586, cuando los contenidos de la sala fueron dispersados y se pierde su pista. Esa fecha quizá sea clave para averiguar lo que pasó con el *Jonás.* Si existía esa tabla, y no se quemó

en ninguno de los incendios del palacio, pudo salir de Venecia entonces.

La exposición temporal, que se abriría al público al día siguiente, tenía obras interesantes, muchas de ellas de pintores notables que trabajaron en Venecia y que destacaban por los cálidos tonos de sus óleos. Obras de Domenico Veneziano, Giovanni Bellini y Giorgione, pero también de Tiziano, Veronese, Canaletto y Guardi.

Ya habían terminado el recorrido y hecho todos los comentarios eruditos posibles cuando llegó Ludovico.

—Venid, os gustará. Normalmente esta ruta está considerada como el itinerario secreto, tiene una tarifa especial.

El grupo, comandado por Ludovico, y formado por una decena de distinguidas personas, dejó sus copas y pasó por una puerta lateral a los dormitorios del Notario, el secretario del Palacio Ducal y la Oficina del Canciller, donde se guardaba el Archivo General. Un guardia de seguridad abría el camino. Detrás, los invitados se dejaban envolver en la sensación de penetrar en aquel muro secreto, trasladándose de época. Eran habitaciones recubiertas de madera, no demasiado lujosas, pero donde verdaderamente latía el corazón de la Administración Veneciana. Corazón que tenía

sus sombras negras, como las cámaras de tortura: allí se había inventado la tortura sicológica. En el centro, una cuerda colgada del techo recordaba su uso, para sujetar por detrás las muñecas de los torturados. Normalmente se tardaba al menos una hora en recorrer aquellas estancias, pero esta vez la visita, comentada por Ludovico, fue más rápida, deteniéndose en una celda forrada de plomo, en los *piombi*, cerca del tejado, de donde Giacomo Casanova, con un compinche, había escapado en 1755 haciendo un agujero en el techo.

Tras pasar por aquellas salas del ático, a la altura del Ponte della Paglia, donde se podían admirar armas del siglo XVI, se llegaba a la Sala de los Inquisidores o de los *Trei Capi*, cuyo techo albergó en su tiempo el Jonás de El Bosco y que ahora estaba decorado con obras de Tintoretto. La ruta acababa en el Salón del Consejo de los Diez, al que se llegaba tras atravesar un pasadizo secreto oculto tras un armario de madera, la última nota sofisticada. Había dos puertas idénticas: una era lo que parecía ser, y la otra conducía al tormento.

Tras el recorrido secreto, desembocaron en la galería central del Museo del Palacio Ducal.

Cuando llegaron a la sala que albergaba el cuadro del pintor flamenco, Javier, como un imán, se acercó al *Martirio de Santa Julia.* En

el postigo derecho se apreciaba, la ballena, varada en la playa, y un extraño navío, con hojas gigantes como velas y atacado por demonios alados, fondeaba en la bahía, donde se distinguían restos de otros barcos hundidos. Fabia contemplaba también el tríptico. Parecía que una figura saltaba desde el barco al agua y en la playa, aunque lejos del cetáceo varado, se podía ver a otra alejándose rápidamente. El paisaje era el mismo que el de la tabla central, la misma línea de horizonte, de cielo, río, montañas y marismas, vigilado por extrañas torres circulares. El postigo derecho se identificaba bajo el título de *Dos traficantes de esclavos*, debido a las figuras que aparecían abajo, en primer término.

Según algunos expertos, esas figuras representaban la venta de la santa a Eusebio por los mercaderes de esclavos o Félix y su consejero ordenando la muerte en la cruz de la santa. Otros pensaban que en realidad la martirizada era Santa Liberata, princesa de Portugal, que fue mandada crucificar por su padre al negarse a aceptar el matrimonio. Pero en todas las interpretaciones se destacaba la unidad del paisaje de las tres partes, lo que contribuía a la armonía de la composición, en una obra situada al comienzo de la época de madurez, del tiempo de *El carro de Heno.* Para datarla se había estudiado la belleza de los paisajes, la fina y depurada técnica de las

lejanías y la moda de Amberes del traje de la santa mártir. Como en otras obras de El Bosco, la imagen de un donante fue borrada con posterioridad y pintada encima.

—No parece que haya confusión de postigos. Ni el izquierdo, con unas tentaciones de San Antonio, típicamente suyas, ni el derecho pueden ser de otras tablas —decía Fabia.

—Pero tampoco se me aclara nada. Tanto puede ser la descripción de Michiel como que pertenezca a otra tabla. ¿Por qué tiene que ser todo tan complicado con El Bosco?

—Porque si no, no estaríamos nosotros para resolver los misterios. Veo que verdaderamente te interesa el tema. Deduzco que tienes una pista sobre ese cuadro.

Lo dejó caer como una bomba de explosión retardada, parapetada detrás de su amplia y sugerente sonrisa. Durante los minutos siguientes, Javier intentó convencerla de lo contrario, aunque se percató de que ese hecho ejercía una atracción sobre ella, más allá de lo profesional. Que existiera esa remota posibilidad debía de subirle, entre otras cosas, la libido. El español desvió la conversación hacia las teorías sobre el pintor.

Quería saber su opinión sobre la influencia en la pintura de Hieronymus de los fuegos de San Antón. Desde que Jerónimo Díaz había

sacado a colación ese tema, le daba vueltas de vez en cuando. Recordaba cada uno de los detalles del cuadro *Las tentaciones de San Antonio* de Lisboa, de su reciente visita. Allí, en la parte central, frente a una especie de médico o cirujano, aparecía un pie cortado en un trapo blanco, uno de los miembros amputados a los enfermos de la epidemia.

—Es lo que dice esa inglesa, Dixon. Es difícil saberlo. Una teoría más —contestó Fabia.

—La mía es que El Bosco pudo ingerir el pan de centeno contaminado y haber sobrevivido. De ahí le quedaron los monstruos para toda la vida. El único problema es que las posibilidades de pintar, incluso de vivir, una vez afectado por los alcaloides vasoconstrictores del cornezuelo del centeno, resultaban reducidas, por no decir escasas. El hongo, el *Claviceps purpurea*, contenía sustancias muy potentes.

—Tan potentes que las parteras que lo utilizaban en la época tenían que ser muy experimentadas y nunca pasaban de una ligera dilución para dilatar el útero y aliviar los dolores del parto.

—¿Y cómo sabes eso?

—No era una sustancia tan extraña en la Edad Media, ya se conocían los efectos del pan de centeno contaminado por el hongo, lo que

luego se llamó *El pan de la locura.* Y a pesar de la leyenda, no hubo tantas epidemias del fuego de San Antón ni fueron tan mortales. Pero la Edad Media tiene mala prensa, y lo de las pestes es muy plástico. Todo esto lo sé porque hago cursos de fitoterapia. Soy una experta en plantas. Algo tengo que hacer para mantenerme en mis curvas y no derivar hacia un modelo de Botero.

Fabia era una caja de sorpresas.

—El Bosco pudo perfectamente sufrir el *ignis sacer* o conocerlo de cerca por algún afectado en su familia —siguió la madona—. En sus tablas se refleja ese mundo de los afectados por el ergotismo. Y es una explicación plausible para sus infiernos. Una buena posibilidad, pero, como otras, sin certeza. Más propia de un novelista que de un historiador.

Terminada la visita, se despidieron de Ludovico, que les dedicó una diplomática sonrisa, y desembocaron en un costado de la plaza de San Marcos, que, afortunadamente, no estaba inundada por el agua alta. Pronto se alejaron de los turistas que aun hormigueaban en manadas a lo largo del Gran Canal hasta la plaza de Roma.

Le gustaba Venecia de noche. Era una ciudad distinta, casi íntima. Si de día, como a su héroe de infancia Corto Maltés, le

apasionaba el ambiente de la via Garibaldi, con sus barcazas llenas de verdura y sabrosas frutas —hoy desaparecida la visión entre la oleada de turistas—, el Campo de los Moros o el de Santa María Formosa y Santo Stefano, de noche prefería otros rincones más perdidos. De eso hablaba con Fabia, esplendorosa tras aquella velada en la que habían hablado, además de El Bosco y de sus cuadros, de la pintura, de la carrera de arte en España e Italia, de la exposición del Prado y por último, de Venecia y sus habitantes. Se habían acercado a la laguna, a la parada del *vaporetto.*

—Los venecianos estamos acostumbrados al agua, al bamboleo y el acomodo. Algunos se marean en los coches, en tierra firme.

—Prodigiosa ciudad. La primera vez que vine a Venecia fue con los cómics de Hugo Pratt bajo el brazo. La recorrí de su mano y desde su infancia. Aún hoy día me sorprendo mirando en los canales perdidos a ver si aparecen los cangrejos que Pratt cazaba.

—Ni de broma, si los encuentras habría que estudiarlos, seguramente serían mutantes, por la contaminación —reía Fabia—. ¡Vaya con el español! Resulta que eres un romántico de la historia del arte. No te satisface este tiempo, piensas que deberías haber nacido en otra época y otro lugar. Pero no te quejes, has

tenido mucha suerte. No es tan fácil dedicarse a lo que a uno le gusta, sobre todo si cada vez parece tan obsoleto para la sociedad.

Javier le propuso que escribiera un artículo sobre los cuadros venecianos de El Bosco y la posible tabla perdida para el catálogo de la exposición.

—Ya. Sería como el primer capítulo de un libro sobre ese cuadro. Solo dime una cosa. Al final, ¿se encuentra el cuadro? ¿Hay un *happy end?*

—¿Quién puede adivinar el final de algo antes de que se escriba? ¿No te parece?

—Esa es una investigación ardua, difícil, y todos tenemos mucho trabajo. Claro, que todo tendría sentido si existiese una pista valiosa, algo por lo que merezca la pena el esfuerzo. Y no me refiero al económico. A veces empiezas novelas que parecen interesantes y luego naufragan en recovecos o se ralentizan y empantanan en acciones absurdas. El secreto del éxito de las novelas siempre está en el final, ¿no te parece?

Ante esa sonrisa encantadora, esos ojos chispeantes, ese mohín que hacía con el pelo, Javier estuvo a punto de sucumbir. Lo salvó un sexto sentido. Desde que apareció el cuadro en su vida, esta se había ido poblando de mujeres. Algunas, como Himiko y Fabia, eran nuevas, y otra, como Raquel, un ardor pasado.

Más que una ficción sobre un cuadro perdido, parecía un juego de damas, una sucesión de encuentros turbadores.

—Depende. Hay algunas en los que ni siquiera llego al final. Pero no has dicho ninguna tontería. Si algún día escribiera algo, podría ser sobre El Bosco. La verdad es que es un pintor para ello. ¿Damos un paseo nocturno? Es lo que más me gusta en esta ciudad maravillosa, un placer secreto. Antes de dormir, me doy un gran paseo por la ciudad vacía. Oigo el chapoteo del agua en los canales, los pasos de una pareja rezagada, veo los reflejos del agua en los muros, las luces que iluminan rincones escondidos, los puentes, siento la humedad y me dejo llevar por mis pies. Más de una vez he creído perderme, pero en esta ciudad laberinto siempre encuentro mi hilo de oro. Puede que ya estés cansada de pasear por sus vericuetos, pero, ¿querrás ser tú mi Ariadna?

—Qué graciosos sois los españoles. O los españoles ilustrados. Siempre estáis con la mitología a cuestas. Con lo que cuesta desprenderse de ella. Mejor que no sea tu Ariadna. Aunque salió del laberinto del minotauro, ya sabes cómo acabó, abandonada por Teseo en la isla de Naxos.

El paseo y el brazo de Fabia consiguieron que se concentrara en la magia de la noche y

solo al despedirse a la puerta de su casa —«Nos vemos mañana para cenar», beso en las mejillas, pero muy cálido— se percató de que estaba alejado del hotel. La situación no lo incomodó. Al contrario, le apetecía pasear rumiando sus pensamientos sobre la situación. Aquella era una historia de vértigo, vértigo de siglos y de acontecimientos, periplos vitales y artísticos —cada uno de esos viajes, el del cuadro, el del pintor, el del copista, el suyo, navegando a través del tiempo— que habían confluido y se habían mostrado ante él, comisario de una exposición sobre El Bosco, la persona idónea para intentar descubrir los misterios que aun contenía, incógnitas que abrían mundos, posibilidades, relatos destilados de la vida.

No sabría si llamar destino a aquella confabulación de encuentros y situaciones, eventos aparentemente normales o inconexos que producían terremotos interiores, sacudidas del alma y del espíritu. *Sincronicidades*, las llamaba Jung. «Esto es lo más parecido a la ficción que jamás me ha sucedido. Estoy dentro de una novela», pensó, saboreando aquel estado de excitación mental y corporal, feliz de ser consciente, y de disfrutar, el estado de felicidad en el que se encontraba.

Todo lo que le había ocurrido desde que se hizo cargo de la exposición había hecho que reaccionara en todos los sentidos. La muerte

de su padre y el suicidio de Elisa le habían dejado el corazón anestesiado, indiferencia y nostalgia, aquellos síntomas de acidia que se habían agudizado tras la aventura con Raquel. Pero ahora, con la aparición de aquel cuadro se había despertado también una sexualidad que lo desbordaba: Himiko, Fabia...

Algo eléctrico lo recorrió cuando, como en un juego infantil, obedeciendo a un súbito impulso, volvió la cabeza y se encontró una figura que desaparecía velozmente detrás de una esquina. Acababa de ver a aquel hombre en la salida del Palacio y después, al final de una calle. Era delgado, no demasiado alto, bien vestido y desvió su mirada cuando se cruzaron.

Sospechosa, desde luego, tanta casualidad. A Javier, el miedo lagarto le arrugó la piel, descarga súbita de adrenalina. Sintió de inmediato el peligro y pensó echar a correr. Su sangre fría le hizo aparentar que no pasaba nada. Siguió andando, como un autómata, apretando el paso al doblar las esquinas cuando sabía que no podía ser visto, fuera del campo de visión del perseguidor. De repente se paraba en lo alto de un puente, abarcando campo, y esperaba que el otro llegara. Era una comprobación que cada vez tenía tintes más sutiles. Había logrado oír sus pasos, a veces quedos, su cuerpo en las sombras. Estaba seguro. Lo sentía ahí, agazapado, observando.

Alguien lo estaba siguiendo y no tenía ninguna prisa en alcanzarlo.

Pensó en la Policía, en llamar a Fabia y contárselo, pero algo lo retuvo, quizá orgullo viril por no demostrar canguelo, al fin y a la postre podía resultar ridículo pidiendo ayuda. Además, se decía que Venecia era la ciudad más segura del mundo.

Entonces concibió el sencillo plan de intentar encontrar algún vigilante, alguien a quien recurrir, o dar esquinazo a su perseguidor. No quería ser seguido hasta su hotel, hasta que se percató de que seguramente el otro lo conocía, y entonces se preguntó qué estaba haciendo. Demasiado cine, demasiada intriga. Aquella historia con la que había fantaseado ya no lo atraía tanto. ¡Estar en una novela! ¡Qué absurdez!

Pensó en cuáles podrían ser las razones para el seguimiento. No era un asalto y aquella figura no ignoraba que había sido detectada. Tampoco había atacado, lo cual quería decir... que en realidad estaba haciendo el canelo y que seguramente lo que buscaban no era su cartera, sino el equipaje de su habitación. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Era un procedimiento común en la delincuencia turística europea. Un compinche vigilaba a la víctima mientras que otro desvalijaba el hotel. ¡Y él intentando despistar al que lo seguía!

Corrió como alma que lleva el diablo, sin importarle ya la belleza de la ciudad de los canales y cuando llegó, exhausto, a la recepción, requirió al conserje, entre jadeos, para que lo acompañara a su habitación.

Aparentemente cuando abrió la puerta todo estaba en orden. Sus papeles en la mesa, su maleta, todas sus cosas parecían estar en el mismo lugar. También su bolsa de aseo en el baño. Ante la mirada atónita del conserje, Javier balbució una excusa.

—Desde la calle me pareció ver a una persona en la habitación. Lo siento.

Cuando desapareció el empleado del hotel, estuvo a punto de derrumbarse en la cama. Se sentó y maquinalmente buscó sus zapatillas. Aún no había empezado a relajarse del esfuerzo, y tampoco lo haría entonces: se percató de que no estaban en el mismo sitio donde las había dejado, sino algo más ladeadas. Entonces se levantó e investigó la habitación palmo a palmo. Sería su imaginación, ya disparada por el seguimiento, pero presentía, casi estaba seguro, que alguien había estado allí. Alguien que había tenido tiempo de revisar sus papeles, la edición facsímil de la *Opera di disegno* de Michiel conseguida por Internet, los recuerdos de Jerónimo. ¿Pero quién y qué iba buscando? ¿Algún rastro del cuadro? ¿Qué, si no? Los

únicos que lo sabían eran Jerónimo, Himiko, Doble F y Raquel.

Repasó una y otra vez los pasos dados, las hipótesis, la información que estaba sobre la mesa. Su mente iba cada vez más a Fabia. ¿Por qué le había preguntado con esa insistencia? Era inteligente, se olía algo. ¿Tendría que ver con aquello? No tenía sentido... De pronto se acordó de la última conversación con su amigo Gonzalo, el policía científico, sobre el *Abuelo*, el astuto delincuente internacional de arte. No hay mayor tormento para el curioso que estar inmerso en un misterio sin aparente solución, dudando ya de sus sensaciones, en medio de la noche, donde todo se percibe negro y difícil. Durmió pocas horas, y casi de madrugada, presto a saltar de la cama a la menor señal de alarma. Tuvo pesadillas. Se vio dentro de un cuadro que era un espejo negro que absorbía, como un vampiro, a los que venían a contemplarlo. Varias mujeres iban tras él y estaba seguro de que sería sacrificado por esas bellas hechiceras en cuanto lograran alcanzarlo.

«Tengo más agobio del que parece. Esta imaginación me va a gastar una mala pasada en cuando me descuide», pensó mientras veía llegar la luz del amanecer, en su penosa vigilia, intentando conciliar el sueño, cansado de tanta emoción. Es una característica de

algunos relatos: cuando parece que van en una dirección, de repente dan un extraño giro.

*

Abril de 1510

Diego de Haro fue su perfecto anfitrión en Ámsterdam, ciudad que conocía muy bien. A menudo venía a su puerto a esperar las naves que con lana castellana —y ahora con algunos productos americanos que alcanzaban allí un tremendo valor, especies o pájaros— hacían la travesía en los meses de primavera y el principio del otoño, antes de que se echara encima el invierno, tiempo de tormentas y malos vientos. Aquella mañana, Diego de Haro acompañó al maestro, que llevaba unos infolios para sus apuntes a una de las factorías donde se fabricaban el sebo y el aceite de ballena. El aceite venía en grandes cantidades desde Rusia, pero también se fabricaba en factorías a lo largo de todo el mar Báltico.

El ambiente era asfixiante bajo aquellas naves mugrientas y sucias. Hizo bien el mercader en avisarle del olor. Los dos se protegieron con sendos paños empapados en colonia de lavanda, pero hubo un momento en el que no pudieron más. El maestro quiso

hacerse una idea del tamaño del animal, pero solo pudo llevarse una impresión de su piel, de su carne y de su sangre. Los trozos mayores no le decían mucho, y a pesar de los capitanes con los que hablaron, las distancias de la cabeza a la cola diferían. Para unos, podían llegar a los cincuenta metros. Otros hablaban de más metros y más corpulencia. Siempre, decían, parecían temibles, pero luego eran relativamente fáciles de cazar, siempre que el acercamiento fuera lento y que el arponero no fallara en la primera lanzada. Una ballena herida era temible.

—La verdadera ballena parece el lugar, y todos nosotros engullidos en él —comentó Hieronymus a su guía.

La carabela castellana donde iban los fletes de la familia De Haro arribó sin novedad a primera hora de la tarde. La travesía por el golfo de Vizcaya y el canal de la Mancha hasta Ámsterdam había sido tranquila, en los habituales doce días. Aunque Hieronymus quiso tomar apuntes desde el carruaje que los llevaba y que esperaba en el muelle, los continuos zarandeos de los viandantes que acudían al acontecimiento le impedían la precisión. Se contentó con algunos trazos, bosquejos de los mendigos que acudían, atraídos por las concentraciones de gente en el puerto, velas y vergas de los buques, sus cordajes, vendedores ambulantes, charlatanes,

marineros o descargadores, con sus ganchos característicos, que blandían en el aire como si quisieran espantar la posible competencia.

Contempló con deleite de niño grande la llegada de la nave, arriadas casi todas sus velas menos el foque, la tripulación afanada en cubierta, el cable con que varias embarcaciones de remeros la arrimaban al muelle. Mientras, se sucedían órdenes y gritos, silbidos y sonidos de madera, agua y cuerdas. Aquello formaría parte de su retablo; de alguna manera los puertos guardaban la esencia de la vida marina, con las grandes naves y los marineros que las gobernaban.

De vuelta al Bosque Ducal, El Bosco olvidó por un momento la tabla de Jonás para centrarse en los preparativos del banquete que debía ofrecer a los miembros de la Cofradía de Nuestra Señora. Algo que ponía especialmente nerviosa a Aleyt.

Allí, entre los más distinguidos cofrades, estarían los Van Aekel, Van den Bosch, Van Os, Kuyst, Monix, Pijnappel, los *speten*, los concejales y notables de la ciudad, la élite, los ortodoxos, los nunca tentados, los en el fondo intocables, irreprochables burgueses de aquella villa próspera y piadosa donde los monasterios crecían como hongos. Por mucho que ya fuera conocido y su fama se extendiera allende los muros de Balduque, Hieronymus

sabía que no pertenecía a aquella clase, que era un advenedizo y que había ascendido en su viaje desde los gremios a la alta burguesía, clase a la que sí pertenecía, sin embargo, su mujer, Aleyt, gracias a la cual había sido admitido allí tan rápidamente. La había conocido cuando él iba a la clínica mental que había fundado su abuelo Reinier van Aekel en s'Hertogenbosch, la primera de Holanda, en 1424, para hacer apuntes de los enfermos recluidos. Su noviazgo transcurrió en el patio de la institución mental, y finalmente fue bendecido por su familia con una serie de condiciones en cuanto a las propiedades a disfrutar y heredar en el caso de que la pareja no tuviera descendencia. Jeroen tenía treinta años y ella, treinta y tres.

Con ese matrimonio, ascendió rápidamente en la escala social y consiguió no depender de la pintura para vivir. Fuera por esa independencia económica, de vida desahogada, por otros motivos de rebeldía o porque simplemente tenía que ser así, su pintura tenía una personalidad propia que en ocasiones perturbaba a sus convecinos. Con algunos de los donantes de los cuadros había tenido desavenencias. El resultado era que sus retratos, que debían figurar en las tablas, fueron borrados. El maestro, decían varios miembros de la Cofradía de Nuestra Señora, gustaba de reproducir la tentación. En este

caso, las de San Antonio, que el pintor había representado, junto con otros cofrades, en la procesión anual. Allí, vestidos con terciopelos rojos, extrañamente sexuales e inquietantes, los demonios y las mujeres tentadoras, con los hombros desnudos y arrebol en las mejillas, ponían una nota distinta en el desfile de escenas, en general, piadosas y tradicionales. El Bosco se agitaba dentro de su ballena.

*

A la mañana siguiente hizo varios recorridos esperando encontrar a su vigilante detrás de sus pasos. No tuvo ninguna confirmación, lo que le hizo olvidarse de momento del asunto y pensar si no habría sido una mala jugada de los sentidos, exacerbados por todo lo que le estaba ocurriendo.

La llamada de Raquel fue algo más que una sorpresa. Se convirtió en una sospecha. Además, tuvo la virtud de cambiar el rumbo de aquella noche con la encantadora Fabia, con la que estaba cenando animadamente, en un restaurante con solera, de los preferidos de Hugo Pratt y Corto Maltés —al final lo había sugerido él—, gozando de una velada de ingenio, humor, equívocos y juegos, una de esas noches que nos regala la vida y nos da

alegría y ganas de vivir. Y en ese preciso momento, cuando puede pasar de todo, porque todo está abierto, llama Raquel. Normalmente no hubiera descolgado, pero aquel nombre en el teléfono lo bajó a la realidad con el tercer timbrazo. Pidió disculpas y lo cogió, pero su gesto crispado no se le escapó a su compañera de mesa.

—Hola, Raquel.

—¡Sorpresa! ¿Tienes algún plan para cenar esta noche? Estoy en Venecia. Como te dije, es mi mes loco. Viajo por Europa y asisto a subastas. Mañana hay una aquí. Así que pensé que podríamos tener una cena romántica. Venecia se presta a eso. Y no estamos juntos desde hace una barbaridad...

—El caso es que estoy cenando con un colega de la universidad.

—¿En dónde?

—En Al Mascaron.

—¡Qué casualidad! ¿Eso no está en la calle Castello? No estoy muy lejos. Acabo de dejar mi equipaje en el Excelsior, en el Lido. Te alcanzo aunque sea para los postres. Tengo que saludar a un amigo y puede ser ahí. —Y colgó.

Javier se había quedado algo aturdido, lo que no pasó inadvertido para Fabia.

—Vaya, ¿pasa algo? Te has quedado

mudo. No te ha hecho mucha ilusión la llamada.

—Es de una amiga que casualmente está en Venecia. Lo siento, viene hacia aquí.

—Interesante. ¿Y quién es tu amiga? ¿O es alguna amante? Espero que al menos no sea celosa. Recuerda que le has contado que estabas cenando con un colega. Se esperará un sesudo erudito universitario, con gafas y barba, ¡ja, ja!

A Fabia parecía divertirle la situación. La mirada de Javier pretendió ser cómica, de niño cogido en renuncio o en plena fechoría, sin llegar a consumarla. Aquella italiana era sorprendente. Había tomado la situación por el único punto posible y razonable: el humor. Sintió que debía reírse de sí mismo, a pesar de que la situación aconsejaba una prudencia extrema. La vigilancia y el registro en el hotel, la presencia de Raquel, todo era demasiado intrigante, pero le pudieron la sonrisa y la complicidad de Fabia.

—Mi amiga Raquel Zurita es la marquesa de Monaster, una gran coleccionista de arte española. Pertenece al Patronato del Museo del Prado, y he tasado para ella algunos cuadros.

—¡Vaya, qué sugestivo! Aunque no has contestado la pregunta principal, me doy por informada. Tienes con ella mucha familiaridad. Qué curioso. Raquel Zurita se casó con el

marqués de Monaster, uno de los grandes coleccionistas europeos sobre todo en primitivos flamencos, y es una mujer más o menos conocida. Durante mi estancia en España oí hablar de ella. Mira por dónde, voy a tener la suerte de conocerla hoy. Iré a la *toilette* para ver si estoy bien arreglada. Ya sabes, las mujeres en realidad nos ponemos guapas no para los hombres, sino para las otras mujeres... Por cierto, ¿te vas a comer el postre? Esa tarta de frutas exóticas tiene pinta de estar exquisita. Y un día es un día, ya que voy a pecar...

La gula. El pecado de Fabia era la gula, no la lujuria, pensó con una leve tristeza. No habían transcurrido ni quince minutos cuando llegó Raquel, que no aparentó sorpresa, o al menos la disimuló perfectamente. Javier se adelantó a saludarla y le presentó a Fabia.

—¿Has cenado?

—Bien pensado, lo que me apetece es un postre.

—Aquí hacen unas magníficas tartas. Son una tentación —informó Fabia, señalando la que acababa de devorar.

—Un tiramisú me irá bien.

—Si me disculpa, estaba diciéndole a Javier que iba al baño. Vuelvo en unos minutos.

—Qué discreto es tu colega universitario —dijo Raquel cuando se quedaron solos.

—En efecto, es una mujer sorprendente y lista.

—Y está muy buena, sí señor, así me gustan a mí las mujeres. Con curvas, pero muy sensual. Le gusta el dulce, señal inequívoca.

Javier pensó en contarle el registro que había sufrido, pero aquello necesitaba tiempo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, aunque la pregunta era: ¿vienes siguiéndome la pista a mí o al cuadro? ¿O a los dos?

—Ya te lo he dicho, mañana voy a una subasta, como iré a algunas más por Europa en las próximas semanas; siempre me llevo alguna ganga. Me han hablado de un lote de grabados alemanes del XVII con un buen precio de salida. Y el hecho de que estuvieras en Venecia era otro aliciente.

—Por qué será que no te creo...

—Porque eres un hombre desconfiado. Estás pensando en el cuadro, pero ya te dije que te echaría una mano con esto. Aunque ya veo que no pierdes el tiempo.

—Mi colega universitario, como tú dices, puede que nos dé algunas pistas. ¿Cuánto tiempo llevas en Venecia?

—Unas horas. No te había llamado antes porque las sorpresas son muy eróticas. A menos, claro está, que tengas planes con esta tal... ¿cómo se llama?

Javier sonrió. Sabía perfectamente que Raquel recordaba el nombre, pero era un recurso femenino para quitar importancia a una posible competidora.

—Fabia, Fabia Piamonte.

—Vaya, parece un nombre de novela.

«¿También tú? ¿Pero qué le pasa al mundo?», pensó Javier.

—No, no tengo planes con la doctora Piamonte. Mi interés era meramente profesional —mintió con convicción—. Me ha ayudado en la tarea de seguir el rastro al cuadro. Oficialmente es información para el catálogo.

—Vaya catálogo estás tú hecho. Pero te alabo el gusto. Es muy guapa y tiene clase. Eres un hombre con suerte, tienes *baraka* en la vida. Estás rodeado de mujeres hermosas.

—Que juegan conmigo y me acaban dejando solo. En realidad, la vida es un juego de damas. Cuando crees que vas a comer una, te comen doble.

—Te ha quedado bonito, sí señor, lo admito. Una de las cosas que más me gustan de ti es tu rapidez de reflejos. Hace juego con

tu inteligencia y ese pedazo de miembro que tienes entre las piernas. De todas formas, *caro* amigo, no te inquietes. He quedado aquí con un amigo, alguien a quien quizá debieras conocer, un abogado y experto en arte veneciano.

La llegada de Fabia a la mesa acabó con el diálogo entre los ex amantes. Era una situación incómoda, algo ridícula, y Javier pensó cuándo y cómo sobrevendría el desastre.

Pero, una vez más en la vida, saltó la sorpresa. Fabia no solo no reculaba, sino que su mirada y sus gestos hacia Raquel hacían entender que disfrutaba del momento. Ante el silencio del español, que vio cómo su presencia se difuminaba, Raquel y Fabia empezaron a hablar. Al principio las dos mujeres se estudiaban, y Javier esperó asistir al primer chispazo de rivalidad. Pero ocurrió justo lo contrario. Como si las dos, además de su exquisita educación, quisieran realmente conocerse. Para ello era necesario abrirse, mostrar disposición. Ambas, quizá por razones distintas, deseaban ese acercamiento, coqueteaban con mente y cuerpo, el pelo como banderín de señales. Lo que ocurrió en la siguiente hora fue la certificación de una fascinación mutua, en una conversación divertida e ingeniosa que pasó de Venecia al arte, a Italia y a sus hombres y sus mujeres, a

las colecciones privadas, y en la que Javier intentó desesperadamente meter baza. Lo consiguió pocas veces y decidió retirarse a un segundo plano, mientras miraba el reloj.

—Dicen de los coleccionistas de arte que somos obsesivos con nuestras obras, competitivos, capaces de casi todo por conseguir una pieza exquisita para nuestra colección, pero todos los coleccionistas, tarde o temprano, han sido desprendidos y han permitido a los demás admirar sus obras. Casi todos los grandes museos se han formado así. Desde Carlos V a Peggy Guggenheim.

—En efecto. No hace mucho hablaba con Javier sobre uno de esos coleccionistas del siglo XVI, el cardenal Grimani.

—¿Ah, sí? Qué interesante, me suena ese nombre... Hablando de coleccionistas... ya está aquí Rafaello *¡Qui, qui, stiamo qui!* —Hacía señas la marquesa a un hombre mayor, con canas, que vestía un traje elegante y claro y que pronto avanzó en su dirección. Javier no lo reconoció hasta casi llegar a su altura.

—*Buona sera, mi caro amico...* Os presento a Rafaello Fiori, un gran coleccionista y afamado abogado, una persona a la que siempre saludo cuando viajo a Venecia.

—Lo fui, más bien. Lo de abogado. Lo de coleccionista, uno de tantos, más bien me gusta decir que solo soy un amante del arte.

—Nos conocemos. Nos presentó Fabia en la exposición de ayer en el palacio sobre el retrato del Cinquecento.

—Ah, vaya casualidad —exclamó Raquel—. Ya veo que todos os conocéis.

—El señor Fiori es sobradamente conocido no solo en esta ciudad, sino en toda Italia... —añadió Fabia en un tono que, a pesar del evidente halago, parecía esconder otros significados. La italiana parecía algo contrariada por la aparición del abogado.

Una vez más, Javier sospechó de aquellas casualidades, por más que fuera lógico aquel encuentro en aquel mundillo y en aquella ciudad. Pero en cualquier caso, tenía que hablar con Raquel, tarde o temprano. La marquesa contestaba a Fiori mezclando el español y el italiano.

—*Sono già installata nell' Excelsior, la suite è splendida. Il viaggio? Piacevole...* ¡Perdón! ¿Así que se inauguró ayer una exposición sobre el retrato del Cinquecento en el palacio de San Marcos? No estuve muy atenta. De haberlo sabido, habría adelantado mi viaje.

Tras unos minutos de cortesía en los que hablaron de la exposición y los locales de moda, Fabia anunció que se retiraba.

—¡Oh, cuánto lo siento! —mentía Raquel con sonrisa farisea—. Seguramente interrumpí

vuestra charla. ¿Podrás perdonarme?

—Estás perdonada. Pero mañana tengo que impartir un seminario en la Universidad Católica y debo recogerme ya. Fue un auténtico placer, señores, marquesa, abogado... Javier, no, no me acompañes, en serio. Ya te llamaré mañana por la tarde, antes de tu viaje.

Diez minutos después, también Fiori se retiraba fijando una cita con la marquesa para el día siguiente.

—*Domani mattina? Alle duodici? Un baccio, caro, ciao.*

—*Arrivederci*, señor Carreño. Fue un gusto que espero se repita. Buena estancia y buen viaje de regreso.

Con el último saludo del abogado desde la puerta, Javier no pudo aguantar más.

—Raquel, tengo que hablarte de algo inquietante. Ayer me siguieron y creo que registraron mi habitación. No me ha dado tiempo a decírtelo antes. Aún tengo esa sensación pegada en la piel. Creo que me vigilan.

Le contó las circunstancias del seguimiento y el registro. Ella se quedó pensativa, contrariada.

—¿Y no puedes describir al hombre?

—Alto, pero no mucho, eso sí, musculoso, con sombrero.

—¿Ninguna seña particular? ¿Barba, zapatos caros? ¿En qué os fijáis los hombres?

—No le habrás dicho a nadie lo del cuadro, no se te habrá escapado...

—No, no, imposible. Ni en sueños...

Su cara, sin embargo, decía lo contrario. Era la misma imagen del desasosiego. Pero reaccionó con un mohín que Carreño conocía bien.

—¿No te apetece venir a mi hotel? Mira que tengo una *suite* maravillosa, lujo de arabesco y sedas orientales. Podemos pedir *champagne* y revivir viejos tiempos.

—Otro día, Raquel. No puedo pensar en esas cosas ahora...

—Pues bien las pensabas con la italiana, ¿me equivoco?

—Estás desconocida, nunca te había visto celosa.

Tras despedirse, un poco después, Javier estuvo cavilando en aquellas reacciones de su ex amante, su repentino interés erótico, así como en aquellas casualidades no tan casuales, como su viaje a Venecia siguiéndolo. La tarde siguiente, antes de abordar el avión hacia Ámsterdam, recibió dos llamadas casi

seguidas. La primera era de Raquel.

—Quería decirte varias cosas. No se me ocurre quién pudo haberte seguido, pero estaré alerta. De momento no ha trascendido nada sobre una nueva tabla de El Bosco, ni ningún hallazgo sensacional. No te preocupes, no he soltado prenda. Ah, por último, según mis informaciones, tu colega universitario es bisexual. Ya me lo pareció anoche y quise corroborarlo. La tal Fabia es una zorrilla debajo de ese cuerpo de pecado. Y según parece, solo se acuesta con parejas, con los dos a la vez. Hubiéramos podido montar un buen numerito los tres.

—¿Quién te ha contado eso? ¿Ese abogado con el que te tratas?

—Misterio, misterio...

La segunda llamada fue de Fabia.

—Creo que puedo contestar a alguna de tus preguntas.

Javier sonrió. No sabía a qué se refería la italiana y en un primer momento, ráfaga veloz, se le pasó por la cabeza que fuera la última afirmación de Raquel.

—Antonio Siciliano viajó a Flandes en 1514 como enviado del duque de Milán, Francesco Sforza. Una hermana suya, Blanca María, se había casado con Maximiliano de Austria en una alianza con el objetivo de anular al rey

francés, que seguía con pretensiones en el Milanesado. Siciliano viajó en misión diplomática, pero no se olvidó de su pasión. Encargó en Flandes su breviario miniado, el que se puede hoy ver en el Palacio Ducal, a artistas de Gante y Brujas como Simon Bening y Gerard David, que contribuyeron con su fino trabajo a las iluminaciones. Siciliano pudo encargar las tablas a Hieronymus o comprarlas si estaban disponibles, ya que era un pintor famoso y cotizado. Poco después de volver a Italia, Antonio Siciliano le vendió el códice y las tablas al cardenal Domenico Grimani, uno de los primeros coleccionistas del Renacimiento. Dos años después murió El Bosco. Y un año después de su muerte, Michiel vio colgadas sus obras de las paredes del palacio Grimani.

—¿Y cómo has sabido todo esto? ¿No serás bruja?

—Con escoba y carnet de vuelo. Una tiene sus secretos. Además de Internet, claro. Es broma. Ya te lo contaré un poco más en detalle por correo electrónico.

—Por cierto, una pregunta: ¿conoces bien al abogado Fiori?

—¡Y quién no, en Venecia! ¡Pero qué graciosos sois los hombres con los celos! Fiori es un rico y famoso abogado especializado en arte. Tiene un bufete donde se tratan todos los asuntos jurídicos posibles en cuestiones

artísticas. Esto es: compraventa, arrendamiento de obras, pago de impuestos con piezas de arte, préstamos a museos e instituciones, importación y exportación y asesoramiento y trámites de las subastas, donde representa a unos cuantos coleccionistas, las malas lenguas dicen que entre ellos hay algún que otro mafioso. Además, es un gran coleccionista él mismo.

—¡Vaya con el abogado! O sea, que tiene mucha pasta...

—Como buen abogado, nunca se sabe lo que tiene. Pero sí es hombre con muchos contactos. Aunque no creo que pueda ser un rival para ti. Tiene setenta años...

El español pensaba en ese dato cuando Fabia apostilló antes de despedirse:

—Además, la marquesa y tú se ve que hacéis buena pareja, tenéis química. Seguramente que os lo pasaréis muy bien... *Ciao, caro amico.*

Dejó aquella frase, y el tono en el que la había pronunciado, flotando como un raro perfume. Cuando Javier colgó el teléfono, en su pantalón era visible una buena erección que descendió al remojarse la cara y la nuca con agua fría.

Mirando al espejo, cavilaba. El viaje a Venecia había traído una certeza y una

inquietud que se cernía sobre él como nubarrones de negra tormenta. La certeza fue averiguar que la tabla, con toda seguridad, había existido. Su rastro se perdía en Viena, lo que podía coincidir con la versión de Jerónimo.

Y la inquietud, que había alguien más que conocía la existencia del cuadro y la búsqueda que estaba realizando. Mal barrunto.

CAPÍTULO XI

LOS FUEGOS DE SAN ANTÓN

La raza humana se extinguía,

No queda nadie que grite y aúlle.

Gente andando por la luna,

Pronto os agarrará la contaminación.

Todos estaban zascandileando,

Colgando y pendiendo.

Suspendiendo y afirmándose.

Esperando que nuestro mundo subsistiera.

Sí, por allí acertó a pasar *mister* buen viaje

Buscando un nuevo barco.

Vamos muchachos, subid a bordo.

Vamos, *baby*, ahora volvemos a casa.

Barco de locos, barco de locos.

Jim Morrison,

LP *Morrison Hotel*, «Barco de locos».

El cisne tiene las plumas blancas,
pero su carne es negra.

Proverbio flamenco

Si le gustaban Venecia y sus canales, le encantaba Ámsterdam por otras razones. No sabía qué destacar de esa maravillosa ciudad. Lo primero, su naturaleza, fronteriza entre el mar, el río y la tierra. Eso la hacía punto de encuentro y de paso, trasiego constante de personas, mundos, intereses, idiomas, babeles juntas y revueltas. La libertad fue siempre distintivo de esta ciudad de aguas y reflejos, luces y calles empedradas. Ámsterdam escondía mil recovecos, no solo el espléndido Barrio Rojo, escaparate de gracias y habilidades, amenazado por una campaña en la que, paradojas de la vida, habían confluido los puritanos moralistas y las feministas radicales. Al menos, pensaba Javier, la oferta del comercio carnal se hacía sin ninguna culpa, con la transparencia del cristal. Aunque le gustaba observar, él, sin embargo, nunca había dado el paso. Para el sexo prefería la intimidad. Y por mucho morbo que tuviera el escenario, no dejaba de pensar que allá afuera, detrás de aquella cortina, una multitud pasaba por delante de la ventana.

En ese viaje percibía extrañas señales. Sensaciones contradictorias, él que no era amante de los misterios, ni tenía vocación de detective privado. Allí estaba, rastreando una

obra maestra de hacía cinco siglos que se daba por perdida. Bien pensado, una locura. Pero una locura con asideros.

Disponía de tres días antes de que llegaran Himiko y Jerónimo, y los aprovechó. A la mañana siguiente, en el tren que lo llevaba hacia Róterdam, donde tenía una cita en el Museo Boymans—Beuningen, viendo pasar campos amarillos de flor de lúpulo, manchas de color, tuvo una inspiración. El Bosco también padeció acidia, y la reflejó en sus cuadros.

Tenía que dar vueltas a esa idea. Parece que muchos donantes se borraron de su obra, seguramente por desavenencias con el pintor. Su problema consistía en que era mucho más conocido y reputado fuera de s'Hertogenbosch que dentro de su entorno, rígido ambiente católico: se perdonaban ciertas interpretaciones siempre que no se rompieran los moldes.

Hieronymus pintó con símbolos para vencer la interpretación meramente religiosa. El maestro tenía un mensaje que transmitir, y lo hacía sobre todo fuera de Bolduque, donde era más entendido. De ahí, al final de su vida, le vendría la acidia, superada mediante disciplina, incapaz de resistirse a los pinceles, sabiendo que no podría igualar nunca las imágenes que recibió con los fuegos de San

Antón, las visiones místicas y extáticas propias de los ermitaños que tanto pintó, siempre acosados por tentaciones, de las cuales la mayor era esa congoja, ese cáncer del alma incapaz de fundirse con Dios.

Lo que estaba dando de sí esa palabra. Convenía utilizarla con mesura, silenciarla acaso, dejarla escondida, presente pero no visible, explícita y carnal. Un razonamiento lo fue llevando a otro, conclusión final de la que se sorprendió por su tremenda sencillez. El Bosco en realidad no quería que los demás comprendieran sus cuadros, sino que los sintieran. Verdad irrefutable. Cuando uno navega con el maestro es cuando se olvida de analizar y tan solo siente esas criaturas, las humanas y los monstruos diablos, también de nuestra naturaleza. Sentir, no comprender. Se estaba empeñando en ir en la dirección equivocada. Había pensado en ello, como un destello, durante la actuación de The Asmodeus Flames, un grupo de *blues*, en aquel garito, Bourbon Street, dónde había acudido aquella primera noche, pero la música, mezcla de *jazz, blues* y *rythm&blues* se había llevado esos pensamientos que ahora regresaban desde el fondo de aquel paisaje que pasaba, veloz, por la ventanilla: sentir la música, había dicho muchas veces para explicar el *jazz* y el *blues*, no comprender.

Se aplicó el consejo. ¿Qué es lo que él

sentía? ¿Qué significaba todo aquello? La búsqueda del Jonás/Jasón era como la búsqueda del Santo Grial. Al menos había tenido la virtud de hacerle vibrar de nuevo, sacarlo de ese peligro de acidia, ponerlo en circulación y descubrir un objetivo. No el de la gloria del descubrimiento de un cuadro perdido, sino algo que obedecía a un ego más sutil, más pretencioso: comprender la obra de El Bosco, dar con la clave definitiva, con la interpretación inapelable. Sacar de donde, quizá, no hubiera.

Lo que sí sacó a Javier, de momento, de aquellas magras cavilaciones fue la parada del tren en Róterdam. Le costó poco llegar desde la Estación Central hasta el museo Boymans. Aquella era una urbe ordenada, bastante cuadriculada, herencia de la nueva construcción tras la Segunda Guerra Mundial, ciudad sufridora de un castigo de bombas e incendios que se habían llevado la inmensa mayoría de los edificios históricos.

El interlocutor de Javier era Hans Hubbeim —«¡Vaya, un *Doble Hache!*» pensó con una sonrisa—, subdirector del museo Boymans— Van Beuningen, un holandés repolludo, con gafitas, vestido como un ejecutivo del arte moderno, pero distinto de Ludovico. El español pensaba cómo abordar el tema que le preocupaba cuando la oportunidad apareció. Recorriendo el museo pasaron ante un cuadro

de Watteau vendido por Goudstikker.

—Por cierto, leí hace poco que en Holanda existía una polémica sobre la devolución de los cuadros robados de los nazis a grandes coleccionistas privados. Lo digo a raíz del asunto Goudstikker.

—El Gobierno holandés decidió realizar lo que quizá tenía que haber hecho acabada la guerra. Muchas de esas obras, incluidas las de Goudstikker y Lanz, las habían devuelto los aliados de las colecciones privadas de Hitler y Goering, pero el Estado holandés no las había restituido a sus dueños.

—Creo que la familia pleiteó...

—La viuda de Goudstikker, desde el año 1946. Pero ni ella ni su hijo pudieron verlo. Murieron los dos en 1996. Fue la viuda del hijo de Goudstikker la que consiguió finalmente una sentencia favorable de los tribunales y la rápida reacción del Gobierno. A nosotros no nos afectó, pero sí a algunas de las grandes pinturas holandesas, flamencas e italianas de las colecciones de al menos diecisiete museos nacionales, que tuvieron que ser descolgadas.

—¿Y se recuperaron todos? Creo que solo Goudstikker tenía más de mil doscientos cuadros. ¿De su colección se perdió alguno?

—No tengo ese dato, pero al final es muy difícil que los cuadros se esfumen. Los que se

creían perdidos se materializan de pronto en la galería de algún museo, incluso de los más importantes. Hay ya unos cuantos cazadores de tesoros nazis. Aquí, por ejemplo, cuando en un museo aparece Liona Kowalesky, échate a temblar. Alguna de las adquisiciones hasta los años 70 pueden peligrar.

—¿Y quién es esa Kowalesky?

—Holandesa, con residencia y oficinas en Ámsterdam, La Haya y Luxemburgo. Una especie de detective de cuadros, de origen judío polaco. Los descendientes de una familia, normalmente judía, a la que los nazis incautaron cuadros u obras de arte acuden a ella con una vieja fotografía, con una carta, un documento, y ya está puesta en movimiento. Maneja una buena base de datos y muchos catálogos. Tiene una memoria fotográfica.

—Vaya, una cazadora de fechorías de nazis...

—No te vayas a confundir, esa Liona no tiene que ver con el centro Simon Wiesenthal u otros parecidos. Va a comisión, al cincuenta por ciento del precio real del cuadro recuperado. Ya ha dado algunos buenos pellizcos.

—Hans, tú que sabes tanto del arte holandés... Como Goudstikker, tengo entendido que hubo otros coleccionistas.

Me hablaron de un tal Santiago Mainger, en Ámsterdam, con oficinas o casa en París, y que salió también al exilio, junto con Goudstikker, dejando todo atrás.

—¿Mainger? No me suena. No es un nombre holandés.

—Era de un país centroeuropeo, un magnate dedicado a las colecciones de arte, las joyas y los diamantes, entre otras cosas. Y parece que era amigo de Goudstikker.

—Jacques Goudstikker conocía a mucha gente, toda la Europa refinada recurría a él cuando quería obras maestras. Creó a su alrededor un grupo de ricos que seguían sus pasos y que se veían en él como un espejo. Era un verdadero personaje. Consiguió interesar en el arte a gente como el empresario del azúcar J.W. Edwin vom Rath, a Detlen van Hadeln, a Otto Lanz, un académico suizo instalado en Ámsterdam desde 1902, te diría algunos nombres más. Todos rivalizaban en aventuras adquiriendo los cuadros para sus colecciones. Eran cazadores de arte, de grandes cuadros y piezas maestras. Se lo podían permitir. Lanz, por ejemplo, importó cuadros desde Italia marcando las cajas como «serpientes peligrosas» para que no metieran sus narices los inspectores de aduanas.

»Una de las mejores cosas que hizo Goudstikker, desde luego, fue aficionar al arte

y al coleccionismo al industrial de Róterdam, Daniel George van Beuningen. Van Beuningen compró cuadros de Watteau, Chardin, Strozzi y Tiepolo y adquirió a Goudstikker el misterioso *Chico con perros* de Tiziano que hoy tenemos aquí. Ya ves a lo que condujo eso: a que muchos cuadros pudieran conservarse en Holanda como parte de su patrimonio y pudieran ser contemplados por todo el mundo. Y no menos importante, que estemos hablando ahora mismo los dos, que yo tenga un buen trabajo. Siempre lo he dicho, la belleza triunfa sobre el dinero.

Javier no daba crédito a lo que oía. Hans estaba haciendo ironía, incluso sarcasmo. Parecía el año de las mujeres con cámara, el mes de la teoría literaria y la semana de la conciencia del verdadero papel de los expertos artísticos. Jodido Jung, dichosa teoría de las sincronicidades.

—Pero reconozco que es la primera noticia que tengo —siguió Hans, atraído por la novedad—. ¿Santiago Mainger? ¿Amigo de Goudstikker? ¿Coleccionista? Lo investigaré. ¿Dónde lo has leído o quién te lo ha contado?

—Es una larga historia. No estoy seguro del todo del dato. Me lo dijo un viejo anticuario español y quizá le fallaba la memoria o confundía nombres. Lo citó a cuenta de unos cuadros vendidos del expolio de la Guerra Civil

española que Mainger compró. Pero no le dediques mucho tiempo, solo si te aparece en algún momento...

—Qué relato, ¿cómo se dice?, ¿rocambolesco? Apuntaré el nombre e indagaré.

Hans se había interesado. Era algo importante como para pasarlo por alto. Sin duda se pondría enseguida a rastrear alguna pista, a bucear en legajos y libros, en viejos catálogos y revistas. Si encontraba algo le contactaría de inmediato, los holandeses eran metódicos, y Hans volvería al principio de la historia para saber lo que podría dar de sí.

—Por cierto, ya que estamos hablando de El Bosco, creo que fue Goudstikker el que vendió el *Cristo con la cruz a cuestas* al Kunsthistorisches Museum de Viena, en 1923. No se sabe dónde lo compró. Los marchantes eran muy celosos de sus secretos. No es como ahora, que todo tiene que llevar la documentación y las certificaciones en regla.

—Qué curioso —contestó Javier.

—Seguro que no conocías que el abuelo de Goudstikker era de s'Hertogenbosch.

—Vaya, otra coincidencia.

—No sé si en la vida, pero en el mundo del arte no existen las coincidencias.

—Es la segunda vez en poco tiempo que

oigo esa misma frase, Hans, y estoy seguro de que no es casual. Como tampoco tu humor, tan fino, y tan desconocido para mí.

—Hay muchas cosas de los holandeses que no conoces. Entre otras cosas, somos los más chistosos del norte de Europa.

Desde que se bajó del tren y se encontró con Harry van Beerselar, Javier Carreño supo que la visita iba a ser deliciosa. Harry era un hombre culto y sencillo, de sonrisa franca, como su corazón. Reía con risa contagiosa y hablaba un más que aceptable español.

—Estoy medio retirado. Trabajo en el Ministerio de Cultura dos días a la semana llevando algunos proyectos a cambio de la mitad de sueldo. Pero lo prefiero, por primera vez estoy teniendo tiempo para mi mujer y para mí. Los hijos ya se casaron y volaron del nido hace años. Así que s'Hertogenbosch, Balduque o Bolduque, como dicen ustedes, es mi pasión otoñal.

No había sido por el Ministerio de Cultura por lo que habían contactado, sino gracias a los foros de Internet. Con Harry penetró en la población tras salvar el puente sobre el Aa, el río que rodeaba parte de la villa. Le sorprendió el hecho de que s'Hertogenbosch fuera también una ciudad acuática. De hecho, estuvo rodeada de diques. Recientemente, el

municipio había arreglado una zona de canales que discurría entre algunos de los grandes monasterios y hospitales de la villa, desaparecidos a raíz de la caída de la ciudad en manos holandesas, en 1629, en la guerra de los Treinta Años.

El paseo continuó con la llegada a la plaza del Mercado, donde se levantaba una estatua de bronce de Hieronymus Boch, realizada en los años 30 del siglo XX. A ese gran espacio abierto se asomaban dos de las casas en las que habitó el insigne pintor. La primera, *Sint Thoenis*, ahora era un bazar de recuerdos y juguetes, In de Kleine Winst y la *Inden Salvatoer*, en la que vivió con su mujer Aleyt, en esos momentos se había convertido en Invito, una tienda de ropa y calzados; en ambos casos su estructura había cambiado ya completamente en el siglo XVII. Acompañado por Harry, pasó por el hospital de San Antonio —donde trataban a los afectados por el fuego de San Antón—, la Cofradía de Nuestra Señora, con la estatua del cisne en su portada, y algunas de las casas más antiguas de la localidad, entre ellas, una con barbería en la planta baja. En otra, aun se veían en el interior frescos del siglo XVI.

Visita obligada era la catedral de San Juan, donde trabajó la familia de El Bosco y donde se supone que estuvieron algunos de sus cuadros. También Hieronymus colaboró en las

vidrieras.

—En 1946 pensaron que aun quedaban algunas obras de El Bosco o de su taller, unos ángeles en tela que pertenecieron a un reloj astronómico que desde 1513, dos veces al día, realizaba una especie de prodigio mecánico.

Harry explicó lo que se sabía por las crónicas de los contemporáneos del pintor. Dos ángeles superpuestos tocaban las trompetas, y era llamada que abría los postigos donde asomaban los tres Reyes Magos llevando su ofrenda a la Virgen. A otro toque de trompetas llegaba el Juicio Final: aparecía Jesucristo como juez y tras él los santos, los muertos alzándose de sus tumbas. Escoltados por dos ángeles, los bienaventurados ascendían al cielo, y hostigados por diablos mordaces, descendían al infierno los condenados. Las trompetas, con su último toque, anunciaban el final del cuadro y el cerrar de los postigos. Las notas, vibrantes, quedaban en el aire y se extinguían lentamente en la nave de la catedral y el cementerio próximo.

—Hoy los restos del reloj astronómico consisten en dos cuadros penosamente restaurados y que no son de El Bosco y una pequeña torre de madera. En su mayor parte fue vendido como chatarra en 1691. Figúrese —contaba Harry.

—Otros tiempos. Hoy costaría una fortuna.

—Esta catedral pasó por muchas épocas, desde luego —seguía Harry—. Hasta el 14 de septiembre de 1629, fecha de la rendición de la ciudad al príncipe de Orange, aquí se encontraban las últimas obras de El Bosco que se mantenían en la ciudad, *La historia de David y Abigaël, Salomón y Bathsheba*, y varias piezas en altares como *La ofrenda de los presentes de los Reyes Magos, Judith y Holofernes* y *Esther y Mardoqueo.* Después de que entraran las tropas de las provincias unidas, las tablas y cuadros de Bosch desaparecieron, se las llevaron los religiosos tras de sí, a Lieja y Brujas, y algunos particulares las relegaron a las habitaciones interiores o simplemente las vendieron. Bosch y sus obras se internaron en la sombra para resurgir con fuerza siglos después.

—Qué poético. Tampoco estaba aquí una copia de *El jardín de las delicias*, que según he leído, presidía el altar mayor...

—En diciembre de 1615, en una celebración que hizo el obispo Nicolas Zoesius en la catedral, algunos canónigos le contaron que se ofuscaban debido a los desnudos de *La creación del mundo*, que es como se llamaba en realidad el cuadro que estaba en el altar *Opus creationis hexameron mundi*, una de las copias que se hicieron en el taller de Bosch de *El jardín de las delicias.* A pesar de la fama de El Bosco, los canónigos consiguieron retirarlo

de la catedral, donde aquellas figuras los tentaban demasiado, y dos años después vendieron las alas al Gobierno municipal. No se conoce lo que pasó con la tabla central.

«No se supo jamás el destino de aquella copia», pensaba Javier Carreño. En cuanto al original, el mandante había sido Enrique III de Nassau, en cuyo castillo—palacio de Bruselas lo vio Antonio de Beatis, durante el viaje que hizo a los Países Bajos acompañando al cardenal Luis de Aragón en 1517. A la muerte de Enrique de Nassau, lo heredó su hijo Enrique de Châlons y, al morir este en 1544, pasó a las manos de su sobrino Guillermo de Orange, cabecilla de la rebelión contra los españoles. Confiscado por el duque de Alba al príncipe de Orange en 1568, fue propiedad del prior de la Orden de San Juan, Fernando de Toledo, hijo bastardo del duque, hasta su fallecimiento en 1591. En la almoneda de sus bienes lo adquirió Felipe II, que en 1593 lo destinó al monasterio de El Escorial, registrándose en su libro de entregas como «una pintura de la variedad del Mundo, que llaman del Madroño».

—En 1626 —seguía Harry—, Michael Ophovius, nombrado obispo de Bolduque, quiso infructuosamente comprar una obra de El Bosco de los dominicos de Bruselas. Entre unas cosas y otras, aquí nos quedamos sin Boscos.

En realidad, s'Hertogenbosch no tenía una obra de El Bosco, sino todas, en el Bosch Art Center, que Javier visitó con Harry a continuación. Claro que eran reproducciones de todos sus famosos cuadros, así como de sus dibujos, dispuestos en un curioso marco, la iglesia de Santiago, fuera del culto. Las criaturas de Hieronymus, recreadas en esculturas de madera ligera y policromadas, aparecían suspendidas a lo largo de las naves, colgadas del techo, produciendo una extraña turbación.

—La mayor ilusión de toda la ciudad sería que cualquiera de los cuadros famosos de su más insigne ciudadano volviera, aunque fuera temporalmente, para una gran exposición. *El jardín de las delicias, El carro de heno*, por ejemplo, alguna de las grandes obras del Museo del Prado. Ya hubo una gran exposición aquí, en 1967, inaugurada por la reina Juliana, con una veintena de cuadros y diecisiete dibujos de nuestro más afamado artista. Resultó todo un éxito. Se esperaba treinta mil visitantes y cuando cerró a los tres meses habían pasado cerca de trescientas mil personas. Imagínese, estamos hablando de hace más de cuarenta años. Ahora serían un millón de visitantes como mínimo. Es algo que ya se empieza a hablar, una magna exposición con ocasión del quinto centenario de su muerte, en 2016. Cuando el alcalde ha sabido

de su visita, ha querido conocerle. Le he dicho que teníamos un programa muy apretado; quizá a última hora de la tarde.

Javier se imaginó el espectáculo de grandes colas de *boscomaníacos*, estudiosos y personas atraídas por el maestro, un paisaje que en realidad él esperaba para su exposición en el Museo del Prado, la definitiva.

Para no perder tiempo en una comida copiosa, y siguiendo las costumbres del país, Harry lo llevó a un *pub* donde pidieron unas croquetas gigantes y arenosas, de sabor nada sutil, pero afortunadamente regadas con buena cerveza.

—La comida no es el fuerte de los holandeses —concedía Harry—. No es como en España, allí sí que se come bien.

—A cambio, aquí tienen buenas cervezas.

—Esta tarde, cuando vengamos del campo, le invitaré a mi cerveza favorita en mi bar favorito.

Había quedado en realizar con Harry, que le llevó en su coche, una rápida visita al cercano campo de concentración de Vught, y eso era algo que marcaba. En otros viajes a Alemania y Austria había tenido la posibilidad de visitar alguno, pero por unas u otras razones, lo había pospuesto. Ahora quería ver uno de los escenarios de la peripecia de

Jerónimo Díaz. Llegaron en el coche de Harry y este le presentó al director del memorial.

—¿Existe un registro de todos los que penaron aquí? —preguntó Javier.

—Desde luego. Bastante completo.

—¿Hubo algún español?

—No recuerdo, pero creo que no.

—¿Podría comprobar un nombre? Es posible que aquella persona se registrara bajo un nombre falso.

No apareció Díaz, ni Jean Etienne Brousse, ni Jèrôme. Javier se quedó sombrío.

—No puede decirse que tengamos la documentación al cien por cien. Aún quedan cosas por hacer.

Javier y Harry pasearon por el recinto, reconstruido en parte, a pesar de lo cual impresionaba, en especial el crematorio. La visita a un campo de concentración, algo que toda persona debería realizar al menos una vez en su vida, dejaba un poso amargo en la boca y en la garganta, aparte de nubes ceniza que se metían en la cabeza.

Para superarlo, nada mejor que una buena cerveza tostada Westmalle, en una taberna en las cercanías del puerto de s'Hertogenbosch. Javier no se extrañó —más bien pensó en el socorrido Jung— cuando Harry lo llevó a su bar

de cabecera. En el exterior, en letras grandes, se veían dos frases: *De Swarte Walvis* —«la ballena negra», tradujo Harry— y más abajo, en inglés, *The Jonás Territory.*

—¿Investigó lo que le pregunté por correo sobre si en el tiempo de El Bosco se registró en la población alguna epidemia de los fuegos de San Antón? —preguntó Javier tras apurar de un trago la mitad del vaso de la exquisita cerveza.

—A pesar de lo que he indagado y consultado, parece que en ese tiempo no hubo ninguna.

—La verdad es que lo que sabemos de la vida de El Bosco no da ni para un libro pequeño, apenas unas cuartillas —resumía el comisario español lo visto en la jornada.

—Pero a cambio, aun se pueden escribir muchas novelas sobre él —replicaba Harry—. Aún no se ha desentrañado su misterio y nunca se logrará, es como el test de Rocshard, cada uno ve en él lo que quiere ver. Entonces, ¿le digo al alcalde que acepta su invitación para cenar? Le gustaría conocerle.

—Se lo agradezco de corazón, transmítaselo en mi nombre. Pero tengo una cita en Ámsterdam esta noche. Una abogada experta en recuperación del arte. Y ya se sabe que no hay que hacer esperar a las mujeres.

*

No existe la realidad, sino la apariencia, que es lo que entra por los ojos. Colores, formas y volúmenes es lo que nos separa de la verdad, de la pura esencia, invisible a la vista. Yo, pintor de diablos y disparates, lo sé bien. Lo distingo, por ejemplo, cuando veo la imagen que refleja un espejo, luz invertida. Si envolviera lo que rodea ese espejo con telas negras, y trajera a alguien para que contemplara solo esa imagen, sin tener la referencia que la produce, percibiría lo que considera realidad de forma alterada. Es la vista, pues, la que produce la ilusión. Aliento y alimento del diablo, representado en el tarot con su propia carta, alegoría de símbolos, demonio alado, con alas de murciélago, antorcha en la mano, garras de

ave rapaz, pechos de mujer, cornamenta como cetro, erguido en un pedestal, unido este con dos cuerdas a dos diablillos esclavos de largas colas, lo masculino y femenino sujetos también a la visión errada, como todo el conjunto.

El nombre de la letra hebrea inscrita en la carta es ayin, que significa ojo. Lo que nos equivoca es lo que nos es revelado por nuestros ojos, la apariencia exterior de las cosas, su envoltura y cáscara. Esos son mis diablos, y así los reflejo yo a mi vez con el espejo de mi pincel, distorsiones de la luz y el color, ilusiones viciadas. El hombre es ser crédulo, siempre querrá creer lo que le conviene, no lo que necesita, no lo que lo arrebate y lo transporte a las regiones donde no existe la culpa, sino el perdón. Territorios donde no hay pecado ni redención porque ya la lucha ha concluido y los espejos, como cualquier otra

herramienta que cambie la luz, no son ya necesarios, nuestra alma refulgiendo en el más puro amor, en la más pura verdad.

Pero no puedo hablar de este descubrimiento, no puedo contarlo a nadie. Pinto con mis manos y con mis ojos, sabiendo que, a pesar de todo, solo me acercaré a la esencia cuando los cierre. Cuando las tinieblas, y no la luz, reinen sobre todo, y mi corazón y mi cuerpo logren orientarme hacia lo absoluto y desconocido.

*

Liona Kowalesky le hizo pasar a una pequeña sala de reuniones. Era una mujer en los largos cuarenta, con canas que no se teñía, y una actitud educada, pero dinámica. No sabía por qué, pero se la había imaginado algo más tranquila. Por el contrario, su cuerpo parecía ir diciendo que su tiempo era precioso. Afectado por esa sensación, que sin duda transmitía la cazadora de cuadros, Javier le

explicó en seguida cuál era el objeto de su visita. Como comisario de la exposición del Prado quería publicar un libro—catálogo donde iba a hablar, entre otras cosas, de las obras desaparecidas de El Bosco. También pensaba escribir sobre el mundo del arte y del coleccionismo en los años 30 en Europa, y de una serie de personas como Goudstikker.

—Yo no llevé ese caso —cortó Liona.

—Lo sé, pero es una experta en el tema. En realidad, quien me intriga es un amigo suyo, un tal Santiago Mainger, que en aquella época de finales de los años 30, tenía cuadros de pintores flamencos como Brueghel y El Bosco.

A Liona, como a Hans, aquel nombre no le dijo nada en principio.

—Ese Mainger... ¿era judío? ¿Le requisaron alguna colección? ¿Tiene familia, descendientes?

La máquina Kowalesky se había puesto en marcha. Javier no sabía si aquellos ojos desmesuradamente abiertos que había descubierto en el rostro de la mujer eran por ayudarlo o más bien, para saber si podía tener otro gran negocio a la vista.

—La verdad es que apenas sé de él, no dejó muchas pistas. Estaba aquí cuando la invasión alemana, y parece que huyó a la vez

que Goudstikker. Pero no se le conocen familia o descendientes. Era hombre de negocios, comerciaba con diamantes.

La respuesta pareció decepcionarla.

—Qué raro que nunca haya oído mencionar nada de él. ¿Diamantes? Conozco a alguien que sabe de eso. ¿Era holandés?

—Creo que era de origen centroeuropeo, con casa en París y Ámsterdam, donde debía de tener sus negocios.

—Lo único que se me ocurre es preguntar a la heredera del legado de Goudstikker, Marei von Saher, la viuda de Edo, el hijo de Desi y Jacques Goudstikker. Si era amigo de Jacques, quizás ella lo sepa. Se encuentra en los Estados Unidos, pero le pondré un correo o le daré un telefonazo. Recuperar el legado de Jacques Goudstikker pasó a ser su misión cuando, en 1996, murió su marido. Está harta de decir que ojalá Edo hubiera podido ver esto, pero falleció solo cinco meses después que su madre. Le ilusiona que la importancia de Jacques Goudstikker en el ambiente artístico de la preguerra sea reconocida otra vez en el mundo entero. Y, entre nosotros, que gracias a eso, tenga una fortuna inmensa. Ella y sus abogados americanos, todo hay que decirlo. Aunque tuvieran que litigar ocho años.

Decía lo último con la pena de no haber sido ella. Si hubiera estado al alcance, en

Holanda o Europa, de seguro que la Kowalesky, al igual que había hecho con otras familias, se habría llevado el caso, habría recobrado valiosos cuadros y obtenido buenos dividendos por su trabajo y tenacidad.

—Y en lo que respecta a las obras desaparecidas de El Bosco, ¿alguna vez se ha encontrado con alguna pista de alguna de esas tablas?

Liona miró la lista con detenimiento.

—¿Tiene una copia? Si me la deja, echaré un vistazo a mis archivos. Es mejor que fiarse de la memoria. Si encuentro algo le contactaré de inmediato. Pero en ese caso tendríamos que hablar de mis servicios. Tengo distinta tarifa si es por identificación, localización o recuperación. Ya sabe usted, los rescates son mucho más costosos en tiempo y dinero. Consultaré mis contactos y mis fuentes para ver si hay rastro de ese tal Mainger. Y tome, este es un resumen de Goudstikker, por si quiere consultarlo. No se lo cobro.

—No sabe usted lo que se lo agradezco —respiró Javier.

La verdad es que el resumen era muy completo.

Jacques Goudstikker, el judío marchante de arte y especialista en el Barroco del norte, que había nacido en 1897, vivió sus últimos

días en mayo de 1940, con la invasión alemana de Holanda. Escapó del país, con su mujer y su hijo, a bordo de un barco, el *SS Bodegraven*, camino de Dover como escala a los Estados Unidos. Atrás dejaba todas sus posesiones, un millar y medio de preciosas obras de arte. Su apoderado, el doctor A. Sternheim, había muerto solo unos días antes de la invasión, y no había puesto en marcha las medidas necesarias para asegurar la gestión de sus posesiones.

Jacques solo llevaba encima su famoso cuaderno de tapas negras donde esas joyas estaban consignadas, con los detalles de la compra o conservación. Era un inventario completo que portaba cuando, en el canal de la Mancha, salió de la bodega a tomar aire fresco. En la oscuridad, se escurrió por una escotilla abierta, cayó y se rompió el cuello. Cuando lo estaban buscando, otro marinero se cayó por la misma escotilla y se fracturó la columna. Goudstikker fue enterrado en Inglaterra mientras que su mujer y su hijo, a los pocos días, siguieron camino hacia los Estados Unidos. Al menos tuvieron más suerte que el resto de la familia. Catorce miembros murieron en Auschwitz, uno en Buchenwald, uno en Sobibor y otro de tuberculosis después de la liberación.

Días después de la huida de Goudstikker, el *Reichsmarschall* Goering se presentó a las

puertas de la compañía. Bajo amenaza de confiscación y a pesar de la objeción de la viuda de Goudstikker —avisada en Inglaterra por medio del telegrama de un notario—, consiguió la colección entera al precio de dos millones de florines, una fracción de su valor real, en una vergonzosa transacción típica de los métodos forzados de venta nazis. Para ello utilizó al banquero alemán Alois Miedl, un hombre de negocios y coleccionista, como intermediario. Obligó a Miedl a cederle buena parte de las obras a un valor muy por debajo del mercado. De las cerca de mil cuatrocientas obras, retuvo ochocientas pinturas y antigüedades para sí. Algunas —las no consideradas «degeneradas», pinturas de grandes maestros holandeses, flamencos e italianos como Memling, Tintoretto, Veronese o Cranach— acabaron en la colección de Hitler.

En los meses siguientes a la huida de Goudstikker, los empleados Jan Dik y Arie ten Broek se encargaron de dirigir la galería de arte según las directrices del secuaz de Goering, Alois Miedl, intermediario de la operación, recibiendo cada uno de ellos una recompensa de ciento ochenta mil florines. A través de una serie de reuniones con los accionistas y transacciones que posteriormente se demostraron ilegales, Miedl consiguió por medio millón de florines el resto de los activos de Goudstikker: el nombre comercial de la

galería, las obras que permanecieron en la colección después del pillaje de Goering, además de las propiedades inmobiliarias (el castillo Nijenrode de Breukelen, el edificio de Ámsterdam y una casa de campo en Amstel). Bajo el renovado nombre internacional de Goudstikker, Miedl creó un nuevo negocio de arte, consiguiendo una fortuna durante la guerra gracias a la venta de cuadros a los nazis en Alemania, entre otros negocios.

La especialidad de la colección eran las pinturas de los viejos maestros, especialmente los holandeses hasta el siglo XVII. Tenía obras de artistas como Lucas Cranach, Marco Zoppo, Squarcione y Pesellino, Jan Steen, Adriaen e Isaac van Ostade o Jan van der Heyden. Entre las obras más famosas de las que poseía figuraban el *Paisaje de barcaza con castillo en el río Vecht cerca de Nijenrode* por Salomon van Ruysdael, la *Santa Lucía* de Jacopo del Casentino, *El juicio de París* de François Boucher, el *Fritole seller* de Pietro Longhi, el *Cristo portando la cruz*, de Hieronymous Bosch que ahora se encontraba en el Kunsthistorisches Museum de Viena, y *Joven con una flauta*, de Vermeer.

La última anotación era interesante. Después de la restitución a la familia de doscientas dos obras, una parte fue vendida en 2007 por cerca de veinte millones de dólares para pagar a los abogados.

Por último, la Kowalesky dejó en el aire un apunte:

—Por cierto, ¿sabe dónde acabó Miedl? Tras su paso por España, después de la derrota nazi, se esfumó en algún país sudamericano a partir de 1950. Llevaba con él una pequeña colección de veintidós cuadros de procedencia más que dudosa, entre ellos ocho de Goudstikker, a pesar de lo cual intentó vender algunos al Museo del Prado, cosa que no consiguió finalmente debido a los informes del propio museo y a la sección de investigación artística de la OSS, organización central del servicio de espionaje norteamericano creada en noviembre de 1944 para investigar las transacciones del arte saqueado por los nazis. Pero el informe también dice que el Gobierno español rechazó, por falta de pruebas de coacción, la petición de recuperación del Gobierno holandés y desbloqueó su colección, retenida en el puerto de Bilbao, en 1948.

»Le dejo la lista de los veintidós cuadros que desaparecieron con Miedl. Nunca se sabe, quizás alguna vez haya visto alguno, entre ellos figuran un Van Dyck, dos Corots, un Frans Hals y un Gerard David.

*

Junio de 1510

Como todos los días, Hieronymus, antes Jeroen, mucho antes Joen, se levantaba de la cama con las primeras luces. Le dolía a menudo la espalda. En aquella época no se dormía tumbado, sino recostado, en una cama empotrada en la pared, que se cerraba durante el día como un gran armario. Se pensaba que si se dormía tumbado, había más posibilidades de morir y así que el alma escapara fácilmente del cuerpo.

Tras su desayuno, el maestro salía a dar su paseo matutino. Sus pasos lo llevaban por las tardes hacia las murallas y los diques, pero por la mañana solía dar una vuelta por el pequeño puerto de s'Hertogenbosch. En esos días, con más razón, puesto que estaba preparando el banquete que iba a ofrecer en su casa a los miembros de la Cofradía de Nuestra Señora. Un ágape compartido con la viuda del cofrade Back, muerto hacía meses. Mientras la viuda se hacía cargo de la caza y los cisnes, Hieronymus aportaba el pescado. Desde que en 1481 ingresó en la cofradía, ya había ofrecido el banquete del cisne en dos ocasiones. Por eso El Bosco tenía un objetivo cuando encaminó sus pasos al muelle cercano a la puerta de Vught, donde las pequeñas

chalupas y los botes de los pescadores y mercaderes comenzaban a descargar las mercancías para el mercado y las tiendas de la población. Era un lugar que le gustaba especialmente, a pesar de su acre, intenso olor, al principio de la Orthenstraat. Allí, en ese puerto, había visto pieles de foca y una vez, una de ellas viva, animal que había dibujado en seguida, del natural, como había hecho con el elefante y otros animales exóticos que se habían exhibido en los Países Bajos en aquella época.

En el puerto siempre había un rato para departir con el viejo Van Hagel, antiguo capitán pirata de la costa báltica, hoy patrón de pesca, armador de buques ligeros, también alquilador de lanchas para el transporte, fletador y comerciante. Van Hagel le guardaba objetos del mundo traídos por los barcos: conchas, corales en rama, esqueletos marinos de rayas y delfines, peces raros, celentéreos, estrellas de mar, criaturas calcáreas, caparazones que luego le servían al pintor, que los almacenaba en la alacena, en un depósito de objetos raros en la trasera de su taller, junto con calaveras de caballos, raíces y plantas, frutas, botellas con sapos, insectos voladores y trepadores, plumas de vistosos pájaros, elementos que acabarían en sus trípticos, algunos transformados por su imaginación y su paleta de colores.

Con Van Hagel trató de los pescados para el banquete. Aquel era un encargo especial y Hieronymus quería ser bien servido. No podía perder prestigio, adquirido durante años con sus pinceles.

—Capitán Van Hagel, ¿alguna vez en vuestra vida en el mar habéis visto ballenas?

—Alguna, maese Hieronymus. Son animales grandes, como la nave de la iglesia de San Juan, y el chorro de agua que lanzan llega a una altura como la mitad de la torre. ¿Por qué os interesan las ballenas?

—Voy a pintar una. Tengo un encargo.

—Dicen que es un animal del demonio, leviatán, feroz como ninguno.

—Si fuera así hubiera acabado con Jonás. Más bien será como todas las criaturas.

Una vez acordadas la cantidad y calidad del pescado que necesitaba, Hieronymus volvió sobre sus pasos. No le apetecía traspasar las puertas de la muralla. Allí se encontraban, colgados, los criminales en suplicio, atados a una rueda, en lo alto de un poste, rueda que también tenía las cabezas de los decapitados por asesinatos. Necesitaba serenidad, no visiones terribles, para pensar en aquel cuadro. Casi sin darse cuenta llegó, tomando por la Hinthamerstraat a la capilla de San Antonio, que tan bien conocía. Esta vez no

subió al balconcillo desde donde contemplaba a los apestados y afectados por el fuego de San Antón que llegaban a pedir la intervención del santo, o al menos una limosna. Desde esa posición en la fachada, en el corredor entre las dos torres, se apostaba a veces con el papel y carboncillo en la mano para dibujar a aquellos seres deformes, aquellos seres donde ya había entrado el demonio. Otras veces se los encontraba por los caminos o a la puerta de los templos, y entonces, por unas monedas, posaban para él.

Faltaba aun tiempo para la comida, que siempre hacía en la Cofradía de Nuestra Señora, pero no le apetecía entrar tampoco en el ambiente cálido de su taller. Así que cruzó el puente sobre el río y salió de la ciudad por el puerto de Pijnappel. En el horizonte casi plano emergían las siluetas de los molinos de viento, con sus velas desplegadas, que se sucedían alrededor de Balduque.

No muy lejos de allí se encontraba la casa del alquimista Al Gobius, y hacia ella enfiló sus pasos. Al Gobius —nombre de resonancias árabes que ocultaba el suyo propio, que nunca dijo— realmente sobrevivía gracias a los tintes que fabricaba para los telares, los suavizantes para las lanas y los líquidos para limpiar metales y armaduras. Había llegado a la ciudad como soplador de vidrio y trabajó un tiempo en uno de los talleres de Willem

Lombarts, el vidriero, donde Hieronymus lo había conocido buscando formas e inspiración para uno de sus trípticos, *La creación del mundo.* El pintor estaba fascinado con el vidrio. El objeto salía de la arena, era transformado mediante el horno y el fuego, luego era quebradizo, pero capaz de aguantar los líquidos. Dejaba pasar la luz, pero la cambiaba, la deformaba, la descomponía en mil colores. Servía también para ver las cosas con aumento y así facilitaba la vida a los miopes o casi ciegos. El vidrio, un portento de la invención humana. Y quien lo manejaba, algo así como un mago. Más aun Al Gobius, al que reputaban de buen alquimista.

Al franquear la puerta del laboratorio, el olor era penetrante, casi chillón, como los colores que se veían en atanores y retortas con extraños líquidos. El caliente y agridulce ambiente, que se desplegaba bajo el techo de vigas de madera, estaba iluminado por la luz del norte, brumosa y pesada, e impregnado de vapores de sustancias y metales. En ese espacio abigarrado, dos personas miraban ensimismadas una retorta donde aparecía un destilado de color rubí intenso, casi negro. El maestro alquimista y su ayudante se encontraban en un estado de fascinación hipnótica por el elixir. Aún no sabían si tantos afanes a lo largo de meses habían dado el resultado esperado. Aguardaban expectantes,

en ese momento en el que todo era posible, el mismo universo conteniendo el aliento, el tiempo suspendido dentro del instrumento de vidrio. El sueño de toda una vida, de toda una época, se condensaba en ese líquido que parecía tener luz propia, aunque tal vez fueran los rayos del sol que atravesaban la vidriera cuando el alquimista lo dirigía hacia la ventana para ver la transparencia del compuesto, su densidad y aspecto. En esa mirada reconcentrada latía una intensa emoción, instante único en el que confluían desvelos y trabajos y la balanza estaba indecisa. El discípulo, que parecía embelesado mirando el líquido sorprendente, cuidaba el fuego de la hornalla que calentaba el alambique.

—Pasad, maese Hieronymus. Hoy no os puedo invitar a cerveza, y casi no os puedo atender.

—¿Tan atareado estáis?

—Ando en una ocupación delicadísima. Estoy en el final del *Opus nigrum* y cualquier error que cometa puede hacerme perder el trabajo de muchos meses. Pero si queréis, pasad, sentaos. Al menos me haréis compañía un rato.

—¿Puedo hojear vuestros libros? Tenéis ejemplares de animales que me gustaría contemplar. Ando buscando ideas para un tríptico.

—¿Y qué animales buscáis?

—Ballenas, animales marinos. Criaturas que pueblen los océanos, monstruos...

—¡Ah, vuestros queridos monstruos! ¿Pero no decíais que todos los monstruos están dentro de la cabeza?

—Bueno, pero para representarlos no viene mal un poco de ayuda.

—Mirad, mirad si queréis. Perdonadme. He de continuar.

Al Gobius comenzó a leer el poema de la *Tabla de la Esmeralda*, antigua fórmula alquímica que establecía la fase de separación y disolución de la materia y que, según afirmaba la leyenda, había compuesto Hermes Trimegisto, el primer gran alquimista:

*

Es verdad sin mentira

cierto y muy verdadero

lo de abajo es igual a lo de arriba

y lo de arriba igual a lo de abajo

para obtener el milagro de una única cosa.

Así como todas las cosas proceden del Uno

también todas las cosas nacen de este Uno mediante conjugación.

La mirada de Hieronymus abarcó el laboratorio del alquimista antes de acudir al armario donde Al Gobius guardaba sus libros. Abrió uno de los bestiarios que tenía su amigo. Pasó ensimismado en la lectura y en la visión de los grabados casi una hora, mientras el alquimista preparaba el atanor y las botellas, los alcatraces y balanzas, para la parte final de la Gran Obra.

—¿Y cuál es el motivo de vuestro cuadro? —le preguntó Al Gobius.

—*Jonás y la ballena.* Me pregunto qué le ocurriría en esos tres días que estuvo en la oscuridad, en el vientre del animal.

—Tres días, como Jesucristo. Y como mi *Opus nigrum.* Tres días precipitando lo que hará que de la oscuridad salga la luz, que la materia negra se convierta en rosa rúbea.

A Hieronymus le brotó un vivo brillo en los ojos, lo que siempre ocurría cuando tenía una buena idea. Concentrado en las palabras de Al Gobius, no pestañeaba siquiera.

La Gran Obra, según le ilustró el alquimista, comenzaba con el atanor, hornillo activado con calor de leña, donde se cocinaba el aludel o huevo filosofal. Recipiente con forma ovoide, era de cristal, para que se pudiera testificar la cocción de la materia

prima, lo que quedaba, *Opus nigrum*, y lo que se evaporaba. Este huevo filosofal era su alambique, la retorta de cristal, donde el material se cocinaba a través de un crisol en forma de cruz para evitar al diablo, cerrado con el sello de Hermes, a fin de que nada pudiera escapar y así el alquimista vivenciara todo el proceso de la creación. El sello era un texto donde se especificaba, en esencia, la correspondencia simbólica entre la astrología, la alquimia y la cosmología, creencia en un universo interrelacionado mediante fuerzas no siempre visibles, comprensibles y susceptibles de ser dominadas.

—¿Aún buscáis la piedra filosofal?

—Es solo un reflejo del camino. Lo que espero es transformarme yo mismo. Para poder trasmutar la materia tengo que transmutarme yo primero.

—Maese Al Gobius, no conseguiréis ser más esbelto y agraciado. Aunque consiguierais la piedra.

—Siempre con vuestra ironía. Perdonadme. El horno necesita atención, tiene que estar a temperatura constante. No podemos fallar ahora en lo que puede ser la última fase de la Gran Obra.

Aunque se decía que el empeño de los alquimistas era encontrar la forma de transmutar el plomo en oro, la verdad es que

buscaban convertir lo impuro en puro, lo que tenía errores en la perfección, completando la obra divina. Quizá en eso pecaban de querer ser como dioses, pensaba Hieronymus. Pretendían obtener la suprema pureza por el entendimiento profundo de las cosas, imágenes del verdadero ser, con sus analogías y conexiones, con sus principios y sus opuestos. Manejando de forma debida y exacta la naturaleza, el alquimista buscaba obtener un sentido completo de la existencia. Eso implicaba que la materia era forma, que alma era cuerpo y que acto era potencia. Todos estos conceptos conformaban el absoluto y cada uno de ellos, por sí mismo, contenía a todos los otros.

—Conozco lo que estáis pensando, maese pintor. No me juzguéis con severidad. Recordad que el escolástico Santo Tomás de Aquino, hombre sabio y reputado, intentó también el proceso alquímico y la Gran Obra, y ahí está para probarlo, lo que escribió sobre los metales y los planetas. Nosotros solo buscamos dentro y fuera los caminos de Dios. Para ello se utilizan todos los sentidos externos, la vista, el oído, el tacto, y también los internos: memoria, sentido común, imaginación y estimación.

Hieronymus había abierto algunos libros de alquimia. Todos parecían centrarse en la destilación y la disolución, combinados con el

trabajo sobre los ácidos minerales. Lo leía en la *Practica vera alchimia* de Hortulanus, el *Rosarius Minor*, el *Testamento*, atribuido a Ramón Lull, los textos de Arnau de Vilanova y el *Liber Lucis* de Juan de Rupescissa, libros que eran consultados con frecuencia y que estaban en la primera de las estanterías.

Por un momento, El Bosco pensó que Al Gobius era también un Jonás dentro de la ballena de su laboratorio, como él era otro Jonás en la ballena de su taller, los dos intentando encontrar el sentido de la vida, interpretando el mundo a su manera, tratando de encontrar el camino de la verdad y de la esencia. En sus manos, en sus pensamientos y actos, estaban el cielo y el infierno. El pintor se quedó pensativo y luego cerró el bestiario medieval que tenía delante.

—Me voy, maese Al Gobius, os dejo entre vuestros alambiques y atanores.

—¿Encontrasteis algo interesante? Ya sabéis que aunque algo conozco, no soy un buen zoólogo.

—No, sois mejor amigo. Vuestros libros me han ayudado, y mucho, y vos también. Tengo que irme, pero volveré mañana. Tengo que consultar vuestros libros alquímicos y preguntaros algunas cosas.

—Mejor pasado mañana. Si todo sale bien, quizás mañana esté completa la obra y haya

logrado la rosa rúbea.

—Que así sea.

—Antes de que os vayáis, maese Hieronymus, tengo un regalo que os había prometido hará tiempo. Algo que os ayudará en vuestra pintura.

Al Gobius tomó una caja de madera oscura con bordes plateados. La madera, preciosa, estaba pulimentada y relucía como si se le hubiera dado una capa del más fino barniz. Las bisagras y adornos de plata fulgían. Hieronymus recibió la caja y abrió la cerradura. En su interior, arropado por un fino terciopelo rojo oscuro, emergía la figura de un espejo de mano. Era un trabajo realizado con tiempo y precisión. Cuando lo tomó, el pintor se sorprendió de no encontrarse el azogue de mercurio o la superficie bruñida de un metal. Era un espejo que no daba reflejos.

—Es un espejo negro. Algunos alquimistas nigromantes lo utilizan para fines oscuros. Para otros, no es más que un instrumento para descansar la vista, reposar la mente e investigar en el corazón. Estoy seguro de que os hará un buen servicio.

Cuando el maestro entró en el taller, los aprendices preparaban los pigmentos triturando las arcillas de colores con la moleta sobre el recipiente cóncavo de mármol. Se afanaban con aquella piedra redonda y pulida,

en movimientos circulares y precisos. Otros, después de pesar los polvos machacados en la balanza, los mezclaban con el aceite de linaza en su justa proporción y rellenaban con ellos los pequeños depósitos, los botes que surtirían la paleta de colores que utilizaba el maestro.

Hieronymus guardó la caja en su gabinete y luego supervisó el trabajo, observando la preparación de varias tablas con el blanco de plomo, cola y agua, cal, algo de ocre, una mezcla uniforme que servía para recubrir las imperfecciones de la tabla de roble cortada y lijada. Sobre aquella superficie, blanco de carne, dibujaba con tinta negra y con rapidez los bosquejos de la pintura que iría emergiendo luego, sabiamente aplicada con pinceles de pelo de tejón, sobre unos fondos que a veces ejecutaban los ayudantes más capacitados.

Tenía las ideas necesarias para el encargo. Ya sabía cómo iba a pintar *Jonás y la ballena.* No solo iba a meter dentro de su estómago al profeta. Había más cosas dentro del animal. Muchos vivían dentro de él, encerrados en un círculo de pasiones, sin ver la luz del sol, en aquel Hades marino tan similar a la tumba. Jonás vivió el proceso de transformación. De la oscuridad y la muerte podía salir también el elixir de la vida eterna.

*

El sonido del móvil sorprendió a Carreño en la ducha, de la que salió maldiciendo.

—Hola, Javier. Encantado de saludarte de nuevo. Consulté con los miembros del patronato, y aunque hay que recurrir al trámite del nuevo consejo, te adelanto que es muy posible que concedan la petición del Museo del Prado. En general pretenden llevarse bien, y aunque no tienen una idea muy precisa de la contraprestación, creo que dirán que sí. Eso sí, tal y como hablamos, no todas las obras, *El peregrino o el hijo pródigo*, la plancha de *Los diablos* o *El retrato de mujer.* Hubo algunas reticencias de los miembros más recientes, a los que con delicadeza y diplomacia tuve que explicarles cómo funcionan los acuerdos entre museos.

—Gracias, Hans.

—De nada, ya redactaremos el acuerdo. Por cierto, intenté averiguar lo que me dijiste de ese tal Santiago Mainger. En el grupo de los que legaron sus colecciones al Rijksmuseum nadie lo menciona. No hay ninguna referencia, pero mira por dónde, ordenando

correspondencia de Beuningen he encontrado un recibo del transportista que trasladó unos cuadros suyos en 1940 al museo. Curiosamente no fue a su casa a por ellos, sino a la mansión de un tal S. Maingerts, en el Herengracht. Es todo lo que he podido conseguir, porque nadie le menciona, y eso es raro. Tal vez a aquel anticuario que me dices le dieron un nombre erróneo o fuera este Maingerts, pero en principio, si es así, parece alguien muy menor.

Javier estaba a punto de saltar de alegría, el corazón acelerado en el pecho. Aquella era la dirección que había escrito Jerónimo, en 1940.

—Bueno, no es mucho, pero no importa. Si encuentras algo más házmelo saber. Seguramente aquel hombre exageró o se confundió, han pasado tantos años... De nuevo, muchas gracias. Estaremos en contacto.

«Maravillosa burocracia holandesa —tras colgar el móvil, Javier se puso a pasear de una punta a otra de la habitación del hotel, nervioso, hasta que se percató y se secó con la toalla—. Se habla de la española o la francesa, pero la meticulosidad de aquel transportista y del archivero que conservó aquel papel, han conseguido que confirme lo que parecía imposible más de sesenta años después».

El cuadro había existido, y Jerónimo había hecho la copia, no le cabía ya ninguna duda. ¿O sí? El dato confirmaba la existencia de un escurridizo coleccionista, magnate y marchante que se llamaba Mainger, pero lo demás podía ser una invención del viejo pintor anarquista.

Faltaban unas horas antes de la cita en una tienda de antigüedades con Jerónimo e Himiko, que ya habrían llegado. La impaciencia lo arrebataba y para aplacar los nervios, una vez vestido y perfumado, se dispuso a echarse a la calle. Sonó su móvil de nuevo. Esta vez era la Kowalesky.

—No encontré nadie con ese nombre, Mainger, y consulté archivos, llamé a mis contactos. A los que controlan el mercado de diamantes, muchos judíos, no les suena. Pero sí hubo alguien que me prestó atención, se interesó por mi búsqueda. Es un anciano coleccionista que estaba por casualidad con uno de mis clientes, y afirma que el nombre no le es desconocido, pero no sabe de qué. Se interesó por la persona que investiga, es decir, por usted. Quería verlo y comprobar si descubría con su conversación de qué conoce ese nombre. Yo creo que merece la pena. Anote su nombre y su teléfono. Esto tampoco se lo cobro. Pero si resulta algo interesante no se olvide de mí, ¿entendido?

Sería cosa de las sincronicidades, de su instinto artístico, del destino, pero fue en aquel momento cuando Javier realizó la asociación. Rápidamente buscó en el *dossier* que la Kowalesky le había proporcionado sobre Alois Miedl y sus veintidós cuadros en España. Los papeles le confirmaron la intuición: en esa lista, como número 6, figuraba un cuadro de Van Dyck, *Santa contemplando una calavera.* El informe adjuntaba una foto en blanco y negro. Era uno de los cuadros que él había visto en la colección secreta del marqués. Buscó febrilmente. También estaban en esa colección un Lucas van Uden, *Paisaje después de la tormenta*, «Cambiado por W. A. Hofer, Berlin, Augsburgerstr. 68», se veía en la anotación y un Gerard David. No sabía qué era lo que aquel descubrimiento significaba. Que el marqués era hombre turbio, ya lo tenía claro. Su familia siempre había pertenecido a la élite y Carreño había oído rumores que afirmaban que su padre había hecho negocios durante la guerra mundial con algunos prebostes de las empresas nazis. Ahora, ese dato parecía confirmarlo. Por más que le dio vueltas, buitre planeando sobre su presa, no pudo obtener ninguna conclusión. Y eso que estaba seguro, y menos en arte, de que no existían las casualidades.

*

Un escalofrío recorrió su espalda cuando distinguió a Raquel en una esquina de la calle Lefi, en el barrio Jordaan, saliendo de la tienda de antigüedades donde tenía la cita. Por fortuna estaba lo suficientemente lejos para que ella, que había tomado la dirección contraria, lo viera. Pensó en seguirla, idea que desechó enseguida. Se había quedado clavado en la acera, contemplando cómo desaparecía su ex amante en la lejanía, y dudó qué hacer. Al final, con vientos helados en el corazón que no auguraban nada bueno, entró en el local. Una joven dependienta lo acompañó a la trastienda, donde se encontró a Himiko —que sonrió amorosa al besarlo— y Jerónimo. A su lado, un anciano de parecida edad y un hombre árabe en la cuarentena lo miraban de forma afable.

—Javier, le presento a Herbert van Os y a su hijo Flebus. Herbert es un viejo camarada de los campos, estuvimos juntos en Sachsenhausen. Él rehízo su vida y ha regentado durante muchos años esta galería, es uno de los mejores anticuarios de la ciudad.

Así que aquel era el viejo compañero de aquella pesadilla de los campos que Jerónimo citaba en sus escritos. Esta vez sí acertó con la imagen que se había hecho de él: un hombre

alto, rubio y de ojos claros, con un algo, un no sé qué, de frágil, más que por la edad, por el aire que desprendía.

—Pero eso fue hace ya muchos años —repuso Herbert en un francés perfecto—. Me retiré hace mucho, poco después de la muerte de mi mujer. Esta tienda es de mi hijo adoptivo. Las antigüedades han cambiado. Por eso tenemos sobre todo arte oriental. Esas armaduras samuráis, esas corazas chinas, los lacados. Ahora sí tienen salida esas cosas.

A su lado, Flebus, con sonrisa libanesa, corroboraba las palabras del anciano.

—Oriente está de moda. Le doy la bienvenida a mi humilde morada. ¿Quiere usted un té, como están tomando sus amigos?

—Desde luego, muchas gracias. Ya veo que funciona el negocio. Acabo de ver, saliendo de aquí, a una mujer que casualmente conozco, una gran compradora española de piezas antiguas.

Himiko hizo un gesto. Aquel dato era extraño, lo que hizo que se pusiera en guardia.

—La enviaba un cliente —informó Flebus—. Le dije que me esperara un poco, porque estaba ocupado, pero prefirió volver en otro momento.

Himiko percibió una señal de alarma en la voz de Javier, que se sentía absolutamente

desconcertado. El comisario se había encerrado en el mutismo: demasiado público para verbalizar sus preocupaciones. Justo cuando más ganas tenía de hablar de la tabla y del inminente viaje para recuperarla, más extraña veía aquella historia, sensación a flor de piel, intuitiva, no razonada.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó por inercia. Veía a Jerónimo activo, inquieto y vivaracho.

—Muy bien. Parece que ha recuperado toda la vitalidad perdida. Se nota que le atrae este viaje, a pesar de las incomodidades —dijo Himiko señalando a su abuelo.

—Lo que peor llevo es lo de las esperas en las colas, las maletas, los controles. ¡Qué sociedad! —bramaba Jerónimo—. ¡Cuantas más facilidades para viajar, para comunicarse, más incomodidades! ¡La absurdez de nuestro tiempo! ¡Como si por un lado te incitaran y por otro lo advirtieran de lo trabajoso que es cambiar de lugar!

Aunque Javier sospechaba que Herbert conocía perfectamente el motivo del viaje de su amigo, no comentó nada al respecto. Pasaron el tiempo y un par de tés y los tres se despidieron de sus anfitriones.

—Bueno, espero verles pronto, aquí o en mi barco —invitó Flebus—. Podemos hacer un recorrido por los canales o los alrededores de Ámsterdam, si no se marean.

—Bueno, eso se queda para los jóvenes —contestó Jerónimo—. Ya es bastante trabajo sostenerse sobre tierra firme como para tentar a la suerte en el agua.

—Para los jóvenes, desde luego —remachó Herbert—. Flebus nació a la vera del mar, allá en el Líbano; siempre le gustó vivir cerca del agua. Por eso compré una casa a las orillas de un lago. Así puede atracar allí con su barco vivienda.

—Herbert tuvo más suerte que yo, se casó, aunque no tuvo hijos —comentó Jerónimo al salir a la calle—. Flebus ha continuado con su negocio de cuadros y antigüedades. Incluso Herbert me dijo que si quiero vender el cuadro, podría hacer algunos contactos. Ya sé, ya sé, no pongáis esa cara, sobre todo tú, Javier; no es esa la idea, y si se lo he contado a él es porque sabe mucho y su hijo puede ayudarnos a examinarlo con un reflectógrafo portátil. Aquella mujer, Guillermina, la sobrina de Giselle, afirma que tiene el baúl con mis pertenencias, pero no sabemos en qué estado se encuentra, ni si tiene el *Jonás.* Bueno, ¿nos vamos ya para ese pueblo?

—Abuelo, hasta mañana no puedo alquilar la furgoneta —lo calmaba Himiko.

—Ya lo sé, bromeaba. Total, si ha esperado setenta años, bien puede esperar un día más.

Javier propuso que visitaran la antigua

casa de Mainger, en el Herengracht. Quería ver las reacciones del viejo. Tomaron un taxi para llegar pronto al canal de los Caballeros. Por el camino, el comisario comentó lo que había averiguado sobre Mainger.

—¿Me crees ahora? —sonreía Jerónimo, seguro de su memoria y sus recuerdos.

No pudo hacer mucha gala de ellos. La casa en la que el viejo pintor había comenzado la copia para Mainger era ahora un pulcro edificio azul, de estilo moderno.

—Este edificio es nuevo. Juraría que lo han levantado entero, no tenía este aspecto al final de la guerra, cuando vine aquí por última vez con Herbert.

La reacción de Jerónimo no le aportó a Javier ninguna nueva información. Se le veía un poco perdido y desorientado, a caballo entre la excitación por recuperar su baúl y los recuerdos de aquellos difíciles días. Pero si Javier espiaba los reflejos del anarquista, era a su vez espiado por Himiko, que le leía el rostro.

—A ti te pasa algo.

—No es nada. Son los nervios. Vamos a cenar y planear el viaje de mañana a ver a esa tal Guillermina. Solo tengo pendiente hacer una llamada.

Cuando llegaron al restaurante, Javier se

quedó fuera un momento y sacó su móvil.

Raquel contestó rápido, con ese tono cantarín que exudaba cuando estaba excitada y alegre. Y sin duda lo estaba.

—Hola, Javier, estaba pensando en ti. Y en una ciudad de canales. ¿Qué te parece?

—Que juegas con mucha ventaja. Ya sé que estás en Ámsterdam. Te vi salir de la tienda.

—¿Qué tienda? ¡Ah!, la de antigüedades... ¿Y por qué no me dijiste nada?

—¿Qué hacías allí? En Venecia no me contaste que venías a Ámsterdam...

—Tampoco tú me lo preguntaste. Pero sí te dije que estaba de viaje por Europa...

— No me mientas, por favor. ¿Qué hacías?...

—Ha sido una casualidad...

—Ya sabes mi opinión sobre las casualidades, más en este asunto. Como la de Venecia... Raquel, ¿tú me puedes decir qué ocurre? Hay juegos que no me gustan nada.

—Pues como no me lo digas tú... Yo vengo a Ámsterdam a visitar anticuarios y galerías. En octubre empieza la temporada de subastas. Y si te puedo echar una mano, mejor que mejor.

—¿Una mano en qué? Raquel, ya te dije

que te lo contaría todo, pero no me sigas. ¿Cómo supiste que iba a esa tienda?

—Estaba buscando algo para mi marido, él la citó hace poco, cuando estuvo en Ámsterdam de viaje de negocios. La verdad es que tiene unas piezas interesantes. Y además, por lo que vi, un dueño que está macizo. Me recuerda a un pastelero árabe de Lavapiés, de mis tiempos mozos. Por el aspecto, debe de ser un árabe fino, de Medio Oriente.

—¡Por Dios, no seas tan frívola! A veces me sacas de quicio.

—Javier, me gustaría estar cerca y ver el cuadro, si existe. Quiero que me lo prometas. Ya sabes lo que me gustan las primicias.

—Raquel, será mejor que no nos veamos hasta que sepamos si hay o no cuadro y en ese caso, qué vamos a hacer con él. Y por si acaso, no hablemos por teléfono. No me fío de nadie.

—¿Y de mí? ¿Te fías como para que pasemos una noche deliciosa?

—Voy a cenar con Himiko y su abuelo. Te llamaré cuando sepa algo.

—Me está empezando a mosquear esa japonesa. ¿Está buena? ¿Te has liado con ella?

—Buenas noches, Raquel.

—¿Con quién hablabas, que ponías caras tan raras? ¿Alguna amante? —preguntó Himiko a Javier al llegar a la mesa.

—No, una amiga. Raquel Zurita, la marquesa de Monaster. Me recomendaba algunas tiendas de antigüedades, entre ellas, por cierto, la tienda de Herbert.

—¿Era la mujer que viste al entrar?

—En efecto, la misma. Está en Ámsterdam para asistir a una subasta.

Himiko se quedó pensativa, algo cortada. Tampoco Javier, taciturno, tenía muchas ganas de conversación. Tuvo que ser Jerónimo quien los sacara de su repentino mutismo.

—Debes darle su regalo ahora. O callar para siempre —bromeó.

—¡Ah! Sí. Toma.

—¿Y qué es, Himiko?

—Tu espejo negro. Te lo regalo. Lo he hecho con un marco negro mate y una plancha de duro y negro ébano, pulido y refrotado con aceites esenciales. Al menos, huele bien. ¿A que es precioso?

—Absolutamente. Me dejas anonadado. Tendré que probarlo. ¿Viene con instrucciones?

—Te las cuento, me lo he empollado para hacerlo. Es un espejo que usan los magos. Es imprescindible en magia para dejar perdida la

mente y que fluyan imágenes, sensaciones, sobre todo en adivinación. Y como yo soy una maga, te hago partícipe de mi magia.

—Desde luego, se puede decir que estoy bajo tu hechizo. No hace falta que me des un filtro de amor.

—Pero qué idiota... Experimenta con los ángulos en los que puedes colocarlo. Puede que su uso sea mejor con una cierta inclinación.

—Eres una hechicera encantadora. ¿Verdad, Jerónimo?

—Absolutamente de acuerdo, amigo mío.

Himiko sonreía.

—Esta herramienta lo que hace es vaciar tu mente al mirarla; entonces puedes ver con tu ojo interno las imágenes que surgen del espejo. Hay que practicar. No debes tener mucha luz, prueba con diferentes intensidades. Una vela apartada de ti es suficiente para poder mirar tranquilamente y comprobar si se vacía tu mente... Sobre todo de lo que piensas cuando me miras con los ojos medio entornados. A mí no me hace falta espejo negro para saber lo que pasa por tu cabeza.

Javier rio. Le agradaba el cariñoso regalo de Himiko con lo que contenía de promesa. En su mente estaban vivas las imágenes y sensaciones de la experiencia veneciana,

emanaba sexualidad a través de los poros.

—Parece que brillas, tienes un halo especial —aseguraba Himiko—. Está visto que te sienta bien Venecia. A ver si en Ámsterdam te pasa lo mismo.

«Dios no lo quiera», pensó Javier, añorando en realidad cualquier aventura. Pensaba en aquella ciudad: había arte, música, color. Buenos restaurantes, excelentes museos. No lo podía evitar, cuando volvía a ella renovaba esa fe perdida en la capacidad del ser humano de relacionarse en un medio urbano y hacerlo en libertad y respeto. Sin embargo, las primeras impresiones de esa ciudad, que no pisaba desde hacía más de cinco años, habían sido ambiguas. Encontró a los amsterdaneses más hoscos, desabridos, en una ciudad acelerada a pesar de la multitud de *coffe shops* que habían proliferado. Parecía que los jóvenes de toda Europa acudían a aquellos garitos a fumar hachís y marihuana o a colocarse con otro tipo de sustancias. Las calles estaban sucias, y lo asaltó la sensación de estar en una especie de cloaca.

Pero aun así, en esa ciudad de luces y reflejos todavía podían pasar cosas. El garito que visitaron Javier e Himiko, una vez que dejaron a Jerónimo en su habitación del hotel Damrak, era admirable: tenía ese perfume del alma contestataria y ácrata, entre canales

amsterdaneses. Un bareto anarquista escoltado por un coffee shop, una tienda de lencería picara y un cibercafé. Al lado, un supermercado de productos ecológicos. En aquella manzana insólita de la Spuistraat, ínsula Barataria de la libertad, pura esencia, según proclamó una exultante Himiko, todo tenía la imagen y el marchamo de lo alternativo. Pero eso sí, con incursiones de lo esotérico e incluso espiritual. Curiosa mezcla esta de anarquismo, budismo y ecologismo. El cibercafé informaba que los libertarios se habían sumado a la era de las nuevas tecnologías. Javier había planeado llevarla a un club de *blues*, el Maloe Melo Home of the Blues, pero la nueva aparición de Raquel le había hecho posponer aquellos propósitos. Sentado en un sillón de mimbre, Javier intentaba pensar con frialdad en aquel hecho. Pero Himiko, como si imaginara que por la mente de Javier se deslizaban extraños pensamientos, no estaba dispuesta a concederle ninguna tregua.

—Soñé ayer contigo. Estabas perdido en un bosque, buscando la salida, y dabas manotazos de ciego, como si no vieras bien. Yo intentaba ayudarte pero no podía tocarte, tenía que guiarte con mi voz y mis pensamientos.

—Espero que no sea cierto eso de que no puedas tocarme. Que por una vez, vuestra

habilidad familiar de la oniromancia se equivoque.

—Bueno, ya sabes que los sueños son siempre simbólicos, pero siempre se basan en algo de verdad, de lo que nos pasa. Si yo te percibo así será por algo. Estás confuso, nervioso... Así que he pensado que nos convendría eliminar alguna incertidumbre ¿No estás preocupado por si no encontramos el cuadro? ¡Tantas ilusiones puestas en ello!

—Nervios tengo, no solo por si encontramos o no el cuadro. Todo me pone nervioso. Quizá es que estoy algo susceptible.

—Podemos intentar preguntar al futuro.

—¿Cómo?

— En este local hay una adivina. Pasa consulta al fondo, en una especie de reservado, muy íntimo.

—Tú ya sabías de este sitio.

—Bueno, tengo muchos amigos y algunos contactos. Me han dicho que es buena.

Recurso barato, el tema de la adivina. Tópico que sustituye al *Deus e machina.* La excitación del comisario aumentó, el corazón se aceleraba.

Himiko lo llevó hasta el rincón cogido de la mano, causa también de ese aceleramiento, a lo que contribuyó no menos la visión de un

cartel que había en la pared:

GRUPO SAINT GERMAIN

TERAPIA DEL «YO SOY»

Maldito Jung. ¿De qué valen las sincronicidades si uno no sabe por qué suceden, qué significan, cómo se pueden prever y resultar útiles? Trucos literarios, atajos, acciones que se enredan. De momento, Madame Sybilla, aquella mujer morena de mediana edad, maquillada ex profeso para ofrecer una cara misteriosa, con el rótulo de su obvio apodo en letras góticas y una baraja de tarot en sus manos, no le decía nada en especial.

—Concéntrese en su deseo. Visualícelo. Echaremos la tirada simple, la de la cruz. Si necesitan o quieren más aclaración, se puede hacer una tirada completa. ¿De acuerdo? Ya saben, la tarifa es de treinta euros.

Javier asintió y, ante la sonrisa de Himiko, jugó a concentrarse. Visto la racha que llevaba, pensó en qué cartas serían las lógicas

que salieran. La principal, la primera, que expresaba el estado al que se tendía, era el Colgado. Javier sonrió. No era la carta que más le pegaba a él, ni siquiera a la búsqueda. En lo práctico, nada definitivo. El Colgado está entre dos mundos, dos realidades, dos esferas. Detenido y ausente.

Luego aparecieron el Ermitaño, la Estrella, la Luna, y el Hierofante o Sumo Sacerdote, invertido. Las potencias ocultas, las sombras, amenazaban con su caos. Se había quebrado la lógica y urgía recomponerla; la misión, cualquiera que fuera, aguardaba su resolución.

Para completar, las cuatro verticales, de abajo a arriba: el Mago, el Diablo, el Mundo y el Loco.

No eran, como en cualquier tirada, ni malas ni buenas cartas, sino que expresaban una tendencia. La adivina las interpretó con mucho oficio.

—Las cartas indican que un peligro le pondrá a prueba. Los demonios con su visión equivocada quieren tentar su alma, pero la fuerza y la magia del Mago harán que salga renovado de la aventura, aunque para ello tenga que renunciar a algo importante. Triunfará en un aspecto que no espera, de una manera insólita. El Mundo lo cuida, el renacer será posible. Así podrá salir del estómago de ballena donde se encuentra y arribar a la playa

de una tierra maravillosa.

«¿Por qué tuvo que decir aquello? Mala sincronicidad te lleve a ti y a tu ballena», rumiaba el comisario, cuando, cavilosos y cansados, volvían al hotel entre las callejas y canales, sus manos sospechosamente unidas.

—¿Has pensado que si aparece la tabla tendrás que alquilar un vehículo y llevarla hasta España? Jerónimo quiere que vayamos los tres, pero pienso que es demasiada paliza para él. Intentaré convencerlo de que volvamos en avión.

Por más lógico que pareciera, Javier no había planteado la cuestión. El halo de irrealidad que aun flotaba en el ambiente hacía necesario lo tangible. Lo otro, lo de transportar la tabla —él, comisario del Prado— ni lo pensaba. Como tampoco el temor de ser sorprendido. Menudo escándalo.

Cuando llegaron a la puerta de su habitación —estaban alojados en distinta planta—, Javier resumió lo que pasaba por su cuerpo, su corazón y su estado de ánimo: —Himiko, por favor, dime que no estoy soñando. Y si lo es, que pare, la emoción me va a matar.

—Que duermas bien. Si es un sueño lo descubrirás al despertar. Recuerda que mañana vamos de viaje.

Y, en la puerta de su cuarto, lo remachó

con un beso en la boca que a pesar de demorarse un poco, a Javier le pareció demasiado corto.

Aún soñando con esa sensación en sus labios, entraba en su habitación cuando sonaba el teléfono. Pensó por un instante, o más bien deseó, que fuera Himiko, que le llamaba para terminar lo que habían empezado. Otra posibilidad, algo temida, era Raquel. Pero a ella no le había dicho cuál era su hotel.

—¿Señor Carreño? Encantado. Mi nombre es German Blank. La señora Kowalesky me comentó dónde estaba alojado. Espero que no sea muy tarde.

La voz hablaba en un castellano casi perfecto, aunque algo frío, sin entonación. Era un tono grave, de una persona mayor, pero con extraordinaria fuerza. Un eco interno reverberaba en cada frase.

—Ah, sí. Perdóneme. No se preocupe por la hora, siempre me acuesto tarde. Últimamente vivo días intensos y se me había pasado, pero iba a llamarle. Es en referencia a un antiguo coleccionista de arte llamado Santiago Mainger, que vivió en Ámsterdam antes de la Segunda Guerra Mundial. Linda me dijo que no le sonaba desconocido.

—En efecto. Pero antes de seguir hablando, ¿sería tan amable de decirme cuál

es el objeto de la investigación?

—Naturalmente. Soy el comisario de una exposición sobre El Bosco para el Museo del Prado. Entre la documentación que estoy consultando ha aparecido ese nombre como posible propietario de un cuadro del pintor.

—Interesante. Yo soy también coleccionista de arte, a mi manera.

Mientras aquella voz hablaba, una sensación física, indefinida, pero tangible, le hizo ponerse en guardia. Precisamente esa calidez, que inducía a confiar en ella.

—Habla usted muy bien español.

—Bueno, siempre he tenido facilidad para los idiomas. Solo una parte del mérito es mía. La otra es herencia de familia.

—¿Y de qué le sonaba el nombre de Mainger?

—Bueno, recordé que mi padre, un modesto coleccionista que también conoció a Jacques Goudstikker, habló de un tal Mainger o Maingerts. Pero desconocía que pudiera tener un Bosco. Para mi padre no era más que un intermediario.

—Señor Blank, me gustaría verlo personalmente para charlar con tranquilidad. Tal vez sus recuerdos sean de utilidad, debo escribir los textos para el catálogo. Y siempre será un placer hablar con un buen

coleccionista.

—No me adule, señor Carreño, no estoy ya en edad. Con mucho gusto lo visitaré en su hotel. Vivo en el campo, pero mañana debo ir a la ciudad, tengo que consultar unas obras en la Bibliotheca Philosophica de Ámsterdam.

—Bueno, justo mañana no es un buen día, ya tengo varias citas. Podríamos quedar pasado, o al otro, porque pronto debo regresar a Madrid.

—Llámeme entonces y veremos la manera de encontrarnos.

Fue al colgar cuando le llegó una sensación imprecisa, intuición de misterio, enigma flotando en el ambiente. Se percató de que el misterioso señor Blank solo le había confirmado lo que ya conocía, mientras que él le había dado una información de primera mano. ¿Quién sería ese hombre, qué sabría? Se levantó como un resorte y conectó su ordenador. Buscó en Internet durante unos minutos y descubrió en seguida que la biblioteca a la que acudía el señor German Blank era la Bibliotheca Philosophica Hermetica de Ámsterdam.

Más que nunca, la incógnita siguió flotando en aquella noche casi insomne. Se encontraba cansado y nervioso, tenso. Necesitaba relajarse e intentar dormir. Fue entonces cuando un mensaje llegó a su móvil.

—¿Estás despierto? —preguntaba Himiko.

—Claro —respondió Javier—. Siempre trabajo hasta tarde. Fresco como una lechuga.

Lo siguiente fue el sonido de nudillos en la puerta de su habitación.

—Te llamé a la habitación, pero tenías el teléfono ocupado... ¿Era tu amiga, esa que te ha llamado antes, la marquesa?

—No, alguien que parecía saber de Mainger. Intentaré verlo a la vuelta, aunque espero que no haga falta. ¿Estás nerviosa?

—No puedo evitarlo. Por mí y por mi abuelo. Temo una desilusión, que las cosas no salgan como espera. Nunca me ha pasado algo así.

—A mí sí. Yo descubro cuadros perdidos semana sí, semana no.

—¡No te burles! —dijo con mohín casi infantil.

Allí estaba la mujer de fuego, necesitando palabras y consuelo, quizá una caricia.

—Mañana todo se resolverá. Pase lo que pase, hay que tener calma, no sirve de mucho preocuparse por el futuro —Javier la tranquilizó—. Puede ser un día señalado. De hecho, ya lo es.

En sus ojos desvalidos supo que ella necesitaba un abrazo y Javier la rodeó con

dulzura y le acarició el pelo. El lenguaje de la piel los llevó a los besos, a las caricias y al encuentro inevitable, las prendas despedidas y desprendidas al costado de la cama. Tanto había deseado aquel momento que cuando ocurrió, Javier se extrañó de que la pintora se escabullera, o por definirlo mejor, se achicara, volviéndose de un tamaño menor, hurtando sus ojos. Cuando besaba, el ardor primero iba dejando paso a una languidez extrema. Era ya demasiado tarde para dar marcha atrás, pero supo que todo iba a ser un error.

Ella no buscaba sexo, ni siquiera amor, sino cariño, recostarse en un torso masculino como refugio, añoranza de lo que no había tenido. Aquella certeza fue un freno para su deseo. Himiko pareció no darse cuenta, en un estado difuso, flotante, cuerpo maleable en estado de trance. Aunque él seguía excitado, dentro de ella, fue incapaz de concentrarse. Antes de que llegara el desconcierto y el vacío, él fue parando sus movimientos hasta detenerse, sustituyendo los besos en la boca y en los pezones por un abrazo amoroso, y se separó de su cuerpo. Ella no articuló palabra. De manera intuitiva, él empezó a acunarla rítmicamente, movimiento al que ella se acopló de inmediato.

Durante muchos minutos, ninguno de los dos dijo nada. Para Javier era evidente que el abandono paterno en la infancia la había

marcado. Se escondía en el arte, que era su particular ballena donde refugiarse.

«¿Por qué no daré con una mujer normal? —pensaba Javier—. Se supone que los raros somos nosotros».

Tardaron poco en dormirse. El último pensamiento de Javier fue una maldad que se le escapó: «Tengo el hombro a prueba de balas, solo espero que no ronques». Pero Himiko ya no lo oía. Acurrucada junto a él, dormía plácidamente. Javier vio en su cara una sonrisa antes de alargar su brazo libre y apagar la luz.

CAPÍTULO XII

EL BAÚL DE PANDORA

Entonces Zeus, que amontona las nubes, dijo, indignado:
«¡Yapetionida! Más sagaz que ninguno, te alegras de haber hurtado el fuego y engañado a mi espíritu; pero esto constituirá una gran desdicha para ti, así como para los hombres futuros. A causa de este fuego, les enviaré un mal del que quedarán encantados, y abrazarán

su propio azote». [...].

Y Zeus llamó a esta mujer Pandora, porque todos los dioses de las moradas olímpicas le dieron algún don, que se convirtiera en daño de los hombres que se alimentan de pan.

[...] Y aquella mujer, levantando la tapa de un gran vaso que tenía en sus manos y que contenía todos los males, esparció sobre los hombres las miserias horribles.

Únicamente la Esperanza quedó en el vaso, detenida en los bordes, y no echó a volar porque Pandora había vuelto a cerrar la tapa...

Hesíodo,

Los trabajos y los días,
60 y ss.

Guillermina esperaba, tal y como había convenido con Jerónimo, en la puerta de la estación de tren de Roosendaal, muy cerca de la frontera con Bélgica. Los españoles habían establecido la cita en la estación porque era un punto conocido y de fácil acceso. Desde allí, guiados por la holandesa, llegarían sin problemas a la granja, en las afueras de un pueblo cercano, Wouwse Plantage, por una red de pequeños caminos secundarios. Durante el viaje en la furgoneta alquilada hacia el sur del país, Jerónimo había contado el sueño que había tenido por la noche: un bosque que ardía, del cual un pintor sin rostro arrancaba colores a las llamas, toda una paleta de amarillos, naranjas y rojos hasta crear un cuadro que no se podía tocar, apenas ver. De aquello se deducía —atendiendo sobre todo a la tradición premonitoria de la familia, suficientemente acreditada— una sensación de peligro al acecho que estaba en línea con las preocupaciones de Javier.

El encuentro en la estación fue emotivo y

tierno, entre la aparente fragilidad de Jerónimo y la timidez de Guillermina. Jerónimo le dio un pequeño ramo de flores. Aquella mujer de mejillas sonrosadas y sonrisa temblorosa besó a Jerónimo, Himiko y Javier y tras las presentaciones comenzó un nervioso diálogo en francés, en el que se entendían todos con buena voluntad. Con voz dulce, que no podía contener la emoción, guiaba a Javier y el vehículo, entre largas plantaciones de árboles, mientras respondía a las preguntas que le hacía Jerónimo. Ya se las había hecho por teléfono, pero volvía a la carga: ¿cómo había vivido Giselle?; ¿se acordaba alguna vez de él?; ¿qué hizo todos esos años?; ¿se casó?; ¿cómo murió?

Se apreciaba que aquel era un momento difícil para Guillermina. El recuerdo de su tía se hacía sentir con fuerza.

—Ella fue quien me crio. Yo nací durante la guerra, por eso me pusieron el nombre de la reina madre, entonces era un acto de resistencia. Mi padre fue movilizado a Alemania y nunca más volvió, dicen que murió en un bombardeo de la fábrica donde le hacían trabajar para la industria de guerra nazi. Quizá fue por el disgusto, pero mi madre murió cuando yo tenía algo más de un año, ya saben ustedes, la debilidad, la escasez de comida y medicinas. Fueron tiempos terribles. Giselle me sacó adelante, y a la granja. Después de la

guerra intentó buscarle a usted, siguió su rastro por los campos y no sé cómo, descubrió que no había muerto. Incluso fue varios días a Ámsterdam, cuando pudo dejarme con unos vecinos. Supuso que usted volvería allí. Pero no pudo encontrarlo. A veces hablaba de su amor español, abría el baúl, sacaba sus libros, sus cosas y las miraba absorta. Allí, en ese cruce, a la derecha.

Jerónimo se quedó anonadado. Por las fechas de esos viajes, era muy probable que hubiera coincidido con ella en la misma ciudad, los dos buscándose sin encontrarse. Se imaginó aquella escena imposible, los dos abrazados en una calle cualquiera, al borde del canal, pero aquello solo pasaba en las películas. Gruesas lágrimas cayeron por las mejillas del anciano. También Guillermina tenía los ojos húmedos y un hipo de emoción. Javier e Himiko asistían a ese rito, a ese milagro, sin decir palabra.

—Se casó varios años después, pero su marido murió pronto, en un accidente, sin hacerle ningún hijo. Así vivimos las dos todos estos años. Como le dije por teléfono, cuando se sintió morir, hace casi diez años, me encargó la misión de intentar encontrarle, a usted o a sus herederos, y entregarles el baúl. Lo intenté unos meses, sin ningún resultado. Casi me olvidé, hasta el día que vi su nombre en un reportaje de la televisión. Di un salto en

el sillón. Le di mi palabra y tenía que cumplirla. Lo demás ya lo sabe.

—Decía que el cementerio no andaba lejos. Me gustaría visitar su tumba antes de ver el baúl.

—Entonces debemos pasar por Begraafplaat en Roosendaal.

No tardaron mucho en llegar al recoleto cementerio de pequeñas lápidas, enmarcado en una gran vegetación. Guillermina los guio hasta la tumba. Allí, Jerónimo llevó el segundo ramo de flores que había traído desde Ámsterdam, ciudad florida.

—Nunca pude regalarte flores. Quizás es la primera y la última. Si has ido a alguna parte, me reuniré contigo. Mi gran amor.

Nadie fue capaz de decir nada. Guillermina tenía los ojos llorosos, a pesar de lo cual dio las indicaciones precisas para llegar a la granja.

El viaje, un viaje, varios viajes, terminaban allí. Viaje de siglos, de toda una vida. Al lado de la carretera comarcal, escoltados por una hilera de árboles, el ramal de un dique y campos de lúpulo, arribaron a una típica granja holandesa del sur del país. Guillermina se había vestido especialmente para la ocasión, y cuando se quitó la gabardina emergió una mujer mayor, arreglada, coqueta

y ebria de felicidad. Los hizo pasar y tras ofrecerles bebida —que todos rechazaron, impacientes—, los condujo al amplio trastero. Allí, seguramente con la ayuda de alguien, había llevado el baúl, que reposaba en un rincón sobre una ruda alfombra de cuerda. Javier comparó mentalmente el gran tamaño, parecido de los que había visto en la casa de sus abuelos. Tendría un metro veinte de largo por ochenta centímetros de ancho y medio metro de profundidad. Guillermina había limpiado y abrillantado las maderas y la enmohecida cerradura. A Jerónimo se le iluminó la cara. Se agitó como el que encuentra un tesoro después de un peligroso camino. Llegó al baúl y lo acarició con sus manos nervudas y trémulas. Estaba feliz, exultante.

Javier Carreño creyó saber la respuesta de un interrogante que le había rondado desde que conoció la historia de Giselle. Se preguntaba por qué no había intentado devolver la tabla a las autoridades. Ante un Jerónimo casi en estado de éxtasis, comprendió que aquel baúl era lo único que lo ataba a su amor. Conservándolo tenía la certeza de que algún día volvería a verlo. Era su vínculo más fuerte.

—Es simplemente inaudito —rumiaba el viejo pintor—. He tenido muy mala suerte en la vida. Por eso quizá, al final, como

compensación, la existencia me ha otorgado este instante extraordinario.

Nadie se atrevía a añadir nada. Era el momento de Jerónimo.

—Jamás pensé que casi setenta años después volvería a ver este baúl. Y está como entonces.

El viejo temblaba. Las últimas palabras las pronunció con un hilillo de voz hasta que acabó enmudeciendo, nudo de emoción que le estrangulaba la garganta y le volvía líquidos los ojos. Guillermina tomó la llave y, ayudada por Himiko y Javier, abrió la cerradura del baúl y levantó la tapa. Aquello pesaba.

—Con mucho cuidado —advertía Jerónimo —. Todo es muy delicado.

Carreño estaba extrañado de que aquella mujer no hubiera citado los cuadros antiguos.

—Mi tía siempre lo tuvo consigo, desde que lo rescató de la buhardilla, al saber de su detención. Hace años que no lo abría, aunque le di hace tiempo un tratamiento contra los insectos —informó la holandesa—. Parece que está igual.

Y, aparentemente, lo estaba. Al abrir la tapa se levantó un olor rancio, mezcla de polvo y humedad. El baúl estaba forrado de tela, lo que había preservado su interior. Dentro aparecieron libros y varios envoltorios en

arpillera. Javier e Himiko, el corazón palpitando, buscaban en ellos la tabla con la mirada, ansiosos. Los más serenos eran Jerónimo y Guillermina. La holandesa estaba segura, como expresó, de que de alguna manera el espíritu de Giselle estaba presente.

—Sacad los cuadros uno a uno —insistía Jerónimo—. Qué le voy a hacer, ahora mismo solo veo a Giselle. Este es su maravilloso regalo, el mejor que me han hecho nunca.

Guillermina no podía hablar. Tenía una sonrisa nerviosa, pequeños tics que alternaba con lágrimas. Jerónimo, en un gesto cariñoso, se abrazó a ella y se desentendió de los embalajes que Himiko y Javier iban depositando en el piso, al lado del baúl.

Fueron abriéndolos uno a uno, intentando que los nervios no los traicionaran. Si habían llegado hasta allí, bien podían hacer las cosas correctamente y esperar lo que hiciera falta. En el primero hallaron un cuadro de Giselle. Estaba recostada en una ventana, con un canal de fondo. Era hermosa. Destacaba en ella su mirada clara y despierta emergiendo de su cabellera rubia, con un peinado de la época.

—La pinté enmarcada en la luz, este era el paisaje desde la casa donde me refugié.

Rememoraba Jerónimo su pasado, que aparecía ante sus ojos como si acabara de vivirlo y fuera a materializarse su amada de

pronto.

Giselle estaba también pintada en otro cuadro más pequeño. El resto de los cuadros representaban vistas de los canales y los puentes de la ciudad. Javier tuvo que reconocer el buen hacer del viejo anarquista. Aquellas pinturas tenían personalidad. El estilo era figurativo con toques expresionistas, colores muy contrastados y luz gris, como reflejada por el agua. Cuadros de una realidad que el sol no iluminaba.

—Era un tiempo gris. Aunque yo estaba enamorado, toda Europa estaba en guerra. Flotaba el sufrimiento en el aire, no podía quitármelo de encima. Era un periodo ceniza, tal y como lo bauticé. Recordé luego tristemente, en los campos, aquel apelativo.

Los ojos de Javier se iluminaron ante el último envoltorio, el más grande. Cuando lo abrió, la decepción asomó a su cara. Era un paisaje urbano, de canales de Ámsterdam.

—Y... ¿no hay más?

—Me temo que no. Libros de Elisée Reclús, algunos autores libertarios, algunas cartas y fotos. Tal y como lo dejé. Pero sí, tiene que haber algo importante, algo envuelto en una gamuza de cuero.

—¿Esto? —preguntó Himiko sosteniendo una bolsa marrón oscuro—. ¿No será...?

—Lo has adivinado. Mi espejo negro. El que me regaló Mainger.

Sublimado en su imaginación como un objeto con resonancias mágicas, el aspecto de aquel espejo que, con cuidado, extrajo Himiko de su envoltorio fue decepcionante para Carreño. Una superficie negra mate con un marco de madera oscura y un mango de marfil. Por un momento se olvidó de lo que ya se había convertido para él en una obsesión y tras Himiko y Jerónimo, lo tocó y observó. Del tacto, tanto de la madera noble y pulimentada del marco, como del anaranjado mango, se podía deducir que era un objeto hecho con tiempo y precisión. Por supuesto, no devolvía ningún reflejo, y parecía ser igual por los dos lados. No había caras: no las podía haber. Era un espejo negro y aunque la pulida superficie parecía de obsidiana, no devolvía ninguna imagen, ni siquiera un halo de claridad, un brillo apagado de luz, tal vez por la iluminación del lugar. Podrían decirle que era el espejo negro de El Bosco, pero para él no tenía nada especial. Ni siquiera podía representar un premio de consolación. El gordo era la tabla de Jonás, y allí, desde luego, no estaba.

—¿Eso es todo? Pero, ¿y...?

La mirada de inteligencia de Jerónimo no fue percibida por Javier, en quien hicieron mella el desánimo y la tensión. Himiko miraba

también, un poco desconcertada, pero no expresaba decepción. Si acaso, su rostro oriental reflejaba cierta perplejidad. Miraba a su abuelo, pero este parecía no dar importancia a aquello. El anciano hacía gala de una alegría interna, difícil de disimular, que lo recorría entero. Javier comenzó a maldecirlo mentalmente. Toda su ilusión se había ido al carajo. Era demasiado fácil y bonito para ser verdad. No, a él no le pasaban esas cosas, la vida no le servía triunfos en bandeja.

—Guillermina, quiero que se quede con este retrato de Giselle y este paisaje de Ámsterdam. Es lo menos que le puedo obsequiar después de cuidar el baúl durante tanto tiempo. Yo me llevo los demás, con los libros. Quién sabe, quizá algún archivo quiera hacerse cargo de mis cosas y si no, los heredará mi nieta.

La holandesa rompió a llorar dulcemente. Las lágrimas, que asomaban tímidamente a sus ojos, se desbordaban ahora en carrera libre por sus mejillas.

—Giselle tenía razón. Siempre dijo que se enamoró de un hombre en toda la extensión de la palabra.

Luego se hizo un silencio punteado de hipos y susurros, de sonar de narices y suspiros. Javier Carreño se perdía en detalles de la habitación o de alguno de aquellos

cuadros, incapaz de concentrarse en algo que no fuera más que su desengaño. Lo sacó de aquella sensación la mirada de Himiko, que estaba también emocionada. «Qué carajo, así es la vida —resumía el comisario—, ya es suficiente milagro que alguien encuentre un baúl perdido setenta años atrás».

Cuando terminó la inspección, Guillermina sacó la comida que había preparado. A pesar de que Javier quería volver lo antes posible a Ámsterdam, no podía contrariar a Jerónimo, que no pensaba irse tan rápidamente. Había encontrado el rostro de su Giselle y quería apurar aquellos recuerdos. Además, sospechaba que aquella sería, tal vez, la última vez que vería a su interlocutora, y quería apurar todo el tiempo, obtener toda la información posible, disfrutarla ahora que le quedaba poco tiempo para el final. Con la excusa de trasladar el baúl a la furgoneta, dejaron que Jerónimo y Guillermina pasaran un buen rato buceando en sus recuerdos.

—Abuelo, estaré afuera, fumando un cigarrillo.

—Te acompaño, si no te importa. —Javier se apuntó a la salida al exterior. Necesitaba un poco de aire fresco.

En aquel patio, ninguno de los dos hizo alusión a lo que había pasado la noche anterior. Quizá hubo miradas, pensamientos,

pero ninguno abordó el tema, fuera por vergüenza o precaución.

—¿No encontraría Giselle el cuadro? ¿Por qué no lo devolvió, sabiendo que estaba en el baúl?... A menos que tampoco estuviera allí. Algo no me cuadra. —Javier hablaba ante el mutismo de Himiko, que se limitaba a echar humo y mirar al vacío.

—Que se querían, no hay duda. Nadie guarda un baúl así setenta años.

Cada uno parecía estar preocupado por aspectos diferentes del mismo asunto. Después de un rato, entraron y se incorporaron a la conversación y a la cena. Hubo numerosos brindis y algunas lágrimas cuando se acercó el momento de la despedida. Guillermina, respondiendo a las invitaciones de Jerónimo, prometió visitarlos el año próximo.

—Siempre he soñado con ir a España, a ese sol y esas playas.

Comparado con la locuacidad desplegada horas antes, Jerónimo entró en un curioso mutismo al subir al vehículo. Pero a pesar del silencio, su cara exudaba alegría. Durante algunos kilómetros nadie dijo nada, hasta que Himiko rompió el hechizo.

—No pareces decepcionado, abuelo.

—Y no lo estoy, mi niña. He recuperado a mi Giselle. Los dioses no nos fueron propicios.

Mi vida, desde luego, hubiera sido distinta de haberla encontrado. No, no estoy desilusionado, quizá sorprendido, alucinado. El que sí lo está es Javier, que esperaba un desenlace feliz.

—¿No lo extraería Giselle del baúl? ¿No pudo venderlo en todos estos años? ¿O Guillermina? —respondía y preguntaba el comisario, buscando asideros que no le hicieran pensar que había perdido el tiempo y se había hecho unas ilusiones desmedidas. La vida da carpetazo a muchos proyectos de novela.

—Viviría mejor —respondía Jerónimo—. O se hubiera ido a España, al sur de Europa, dijo que era uno de sus sueños. Aunque no sé por qué, pienso que de encontrar el cuadro no lo hubiera hecho. Es, como Giselle, una persona honesta, habría intentado devolverlo pensando que era de valor.

—Con más razón, una pregunta me da vueltas en estos momentos: ¿por qué Giselle, si lo tenía, no intentó devolver el cuadro después de la guerra? Eso me hace sospechar que ya no lo poseía. ¿No es posible que lo requisaran los alemanes o que lo distrajera alguien de aquella buhardilla? No has hablado nunca, ni mencionado en tus escritos a aquellos holandeses...

Las antiguas dudas de Javier sobre aquella

historia afloraron con toda su fuerza, razones para justificar el desencanto. Podía suceder que el cuadro jamás hubiera existido, o que se hubiese perdido en la contienda. En cualquier caso, una labor imposible. Toda la tensión de los últimos días se convirtió en abatimiento. Por eso, su cerebro ofrecía explicaciones, asideros a los que agarrarse para intentar contar a Doble F una versión lógica del fracaso.

—La verdad es que a aquella familia no la conocí apenas, era una norma de seguridad que tácitamente, nos habíamos impuesto. Un matrimonio de mediana edad, con un hijo de quince años. Cayeron en una redada posterior y desaparecieron en el campo de Birkenau. Otra de tantas tragedias de la guerra. No creo que ellos sacaran nada del baúl. Sabiendo de mi detención, se lo entregaron en seguida a Giselle, temiendo un registro que los comprometiera. En realidad Giselle tenía el cuadro, los cuadros, pero jamás pensó en devolverlos porque no sabía que los tenía, je, je.

—¿Cómo? No entiendo nada, abuelo.

—Las tablas están en el baúl, Himiko. —Jerónimo se reía—. Je, je. Ya sé que no os habéis dado cuenta, pero yo sé bien dónde las puse.

—¿Qué quieres decir? —Javier, rápido,

quería comprender—. ¿Que hay un doble fondo? ¿Que están debajo de otra pintura? ¡Qué viejo zorro! Perdón por la expresión...

—¿Pero cómo, abuelo?

—Bueno, ya lo comprobaréis en Ámsterdam.

—¿Y por qué no lo has dicho hasta ahora? —protestó Javier, al volante—. No, lo haremos inmediatamente, no puedo con tanto vaivén de tensión, me va a dar algo.

Aunque circulaban solos por aquella carretera comarcal, Javier disminuyó la velocidad hasta que pudo echarse al arcén en una entrada. Estuvo a punto de provocar un accidente con una moto que venía detrás, dado lo imprevisto de la maniobra. Pero no podía esperar. De la gloria había pasado al infierno y después otra vez a la posibilidad de gloria. A pesar de las protestas del viejo, secundado por Himiko, bajó del vehículo, abrió la portezuela trasera y encaró el baúl. Anochecía y la escena estaba iluminada por la luz del interior de la furgoneta.

—Eres demasiado impaciente, Javier. ¿Qué más te da esperar un poco para asegurarte? Deberías disfrutar el momento —se quejaba Jerónimo desde su asiento.

Javier palpaba las tablas del baúl, maldiciendo por no tener una linterna a mano.

Cuando los faros de un coche que paró por detrás lo iluminaron, se percató de su torpeza. Pensó en la Policía y en una posible infracción al aparcar al borde de la carretera. Pero nada de eso sucedió. El hombre que se bajó de un vehículo deportivo, el acompañante del que conducía, se dirigió a él en holandés, aparentemente para preguntarle si necesitaba ayuda.

El español le contestó en inglés que no, que todo estaba bien y que iban a continuar su camino. Aquel hombre, un hombre joven y fornido, insistía con amabilidad. Fue en el momento en el que los faros de una moto, que circulaba en sentido contrario, iluminaron el coche detenido, cuando se percató del peligro. El conductor del coche que esperaba, según distinguió con susto, era la figura que lo había seguido en Venecia. Cerró la portezuela trasera y ordenó a Himiko que montara rápidamente, pero ya fue inútil. Como si hubiera desatado todas las furias, o el odre de los vientos en la nave de Ulises, llegó el desastre. Uno de los hombres lo alcanzó y le puso una pistola en los riñones, al tiempo que le decía en inglés que se estuviera quieto.

Acto seguido, las cosas se desarrollaron con rapidez. Se apagaron los focos del coche de detrás y el hombre joven, seguido por el conductor y el motorista, que formaba parte del grupo, empujaron a la pareja al lateral de

la furgoneta con gritos en alemán e inglés.

—¿Pero qué pasa? —preguntaba Jerónimo.

—Quédese callado y no le pasará nada, a usted ni a nadie.

Esta vez la voz hablaba en un correcto español. Era la del conductor del vehículo, el misterioso perseguidor veneciano que permanecía en las sombras.

—Vamos a ver qué guardan ustedes en el baúl.

Acto seguido, en alemán, dio una orden a sus compinches. Con la pistola en las costillas, Javier no podía hacer nada, sino asistir al espolio. El miedo le había paralizado. Tenía el paladar de cobre.

—Vaya, unos ladrones de tres al cuarto —bramó Jerónimo fuera de sí—. ¿Creen que a estas alturas tengo miedo de unos vulgares chorizos? *Scheisse! Gehörnter ehemann!*

A pesar de no distinguir bien, rodeado de oscuridad —cada vez, su campo visual se reducía más—, al viejo anarquista le salió el reflejo de otros tiempos. Varios asaltantes habían vuelto la cabeza con furia cuando oyeron los tacos en alemán que, tal y como comprobó Javier, sonaban mucho más fuertes.

—Deberían decir al viejo que cerrara la boca, no sea que se nos suelte un guantazo. No me gustaría hacer daño a un anciano —dijo

el que comandaba el cotarro, que se adelantó en dirección a Jerónimo, momento que aprovechó Himiko para soltar un chillido.

—¡A mi abuelo no le toquen un pelo! ¡Llévense lo que quieran, pero no le hagan daño!

Debido a los manotazos que daba la joven, el matón que encañonaba a Carreño la empujó hacia atrás para inmovilizarla. Javier, más por reflejo que por heroísmo, intentó defenderla. Lo único que consiguió fue un puñetazo en el pecho y en la cara que lo derribaron con un gemido, sonido que se mezclaba con los bufidos y aspavientos de Himiko rechazando las manos del sicario, zafándose.

El jefe dio varios gritos en alemán que también sonaron a tacos y acto seguido, una orden en castellano con contundencia y amartillando la pistola sobre la cabeza de la joven.

—¡Cállense de una vez todos! ¡Basta de histerismo!

Ovillado en el suelo, Javier oyó la orden del español que mandaba el grupo asaltante mientras recogía sus gafas que habían salido volando en la refriega.

—¿Van a estar tranquilos?

Himiko asintió. El matón bajó la pistola, abrió el baúl y extrajo su contenido. Sin

aparentar nerviosismo, lo inspeccionó y abrió los envoltorios de los cuadros. Luego, pasó el arma a uno de los esbirros y ordenó al otro que lo ayudara a meterlo en el maletero del coche deportivo. El baúl no cabía. Javier, desde su postura fetal, miró para ver si distinguía coches en la carretera. Aquella carretera secundaria, lamentablemente, tenía muy poco tráfico. Los matones también lanzaban miradas a su alrededor.

—A la mierda el baúl —exclamó el jefe—. Metamos los cuadros.

—No sé lo que buscan, pero eso no vale mucho, son viejos recuerdos.

El matón revisó a fondo el baúl. Palpó, e incluso golpeó con los nudillos, buscando tal vez un compartimento secreto.

—Ya veremos lo que valen, viejo, quizá no es tan tonto como parece, aunque sea un deslenguado. Le dejamos el baúl y sus libros, pero nos llevamos los cuadros, por si contienen sorpresas debajo de esas pinturas.

—¿Yesto qué es?

—Esa bolsa de cuero solo tiene el marco de un espejo, sin valor salvo el sentimental —contestó Himiko.

—Ya veo... —El jefe examinaba el marco y el mango por si no era lo que parecía—. Pues quédeselo también. No seré yo quien le deje

sin memoria. Total, para lo que... —se cortó el matón, que arrojó la bolsa al interior del coche.

Tanto Javier como Himiko hicieron ademán de capturarlo en el aire sin conseguirlo. Se oyó un chasquido.

—No se preocupen, como no tiene espejo, no me caerán siete años de mala suerte, ¡ja, ja!

—Ojalá lo que le caiga es un rayo, majadero, que lo fulmine —tronó Jerónimo.

El matón sonrió. En un abrir y cerrar de ojos, los asaltantes metieron en el maletero todos los cuadros del baúl envueltos en sus telas. El jefe cogió la llave de la furgoneta e hizo una seña a otro de los esbirros.

—Los móviles, rápido —urgió.

Con el argumento de la pistola, obtuvo de inmediato los teléfonos de Himiko y Javier.

—Hombre, no nos abandone aquí, en medio de la nada —protestó Carreño sin esperanza, por decir algo—. Tenemos una persona mayor, que no puede caminar mucho.

El matón tardó algunos segundos en contestar.

—No sé si caminar, pero lengua larga tiene un rato. Pero no seré yo quien se lo ponga más difícil. Les dejaré la llave de la furgoneta y

los móviles en la gasolinera de entrada a la autopista de Ámsterdam, en un servicio de caballeros que estará cerrado. Será usted, listillo, quien irá a por todo. Y no creo que se le ocurra ir a la Policía. Puede que estemos vigilando. Mientras tanto, que la chica y el viejo esperen en la furgoneta. Es lo que puedo hacer por unos aficionados.

Hubo risas que ahogó el ruido de un portazo. Durante unos segundos después de que el coche y la moto se alejaran, nadie dentro del vehículo dijo nada. Luego comprobaron que estaban bien, aunque aún tenían el susto en el cuerpo.

—Al menos no se llevaron ni el baúl ni el espejo. Aunque eso sí, ese bruto le rompió una esquina —decía Himiko.

—Lo que confirma que va a tener muy mala suerte —contestó Jerónimo.

—¿Quién demonios eran esos? —preguntó Javier.

—Podemos hablar y pensar durante toda la noche, pero urge otra cosa —resumió el viejo pintor.

—Está bien, comenzaré la caminata. Espero que algún alma caritativa se apiade de mí, me pare y me lleve de camino. Aunque la verdad es que no transita nadie. Llevamos aquí diez minutos y no ha pasado un solo coche.

—Poco conoces a los holandeses, pero son como cualquier europeo —le decía Himiko—. ¿Tú pararías a estas horas a alguien en una carretera secundaria de España? La única posibilidad es que te lleves el chaleco reflectante y la señal de peligro, y que hagas señas con ella. Si pasan dos o tres coches en una hora, alguno parará.

Lo consiguió cuando ya llevaba más de media hora caminando. Las piernas le temblaban más por el asalto que por el impensado ejercicio. Al llegar a la gasolinera, Carreño miró en rededor por si había rastro de los asaltantes y, entró en el servicio de caballeros. Una de las cabinas estaba cerrada. Javier se agachó. No distinguió piernas. Entró en la contigua, se subió al inodoro y comenzó la complicada operación de subir la mampara y pasar al otro lado.

«Solo faltaba que hubiera alguien dentro y acabe en la comisaría acusado de agresión sexual», se rio pensando en lo absurdo de la noche, más que en el peligro, causa de que el cuerpo le bombeara adrenalina continuamente.

Los matones, esos profesionales, habían mantenido su palabra. Allí estaban la llave y los dos móviles. En total, más de una hora le tomó a Javier volver a la varada furgoneta. La excitación daba paso al cansancio, pero aún no eran las diez de la noche. Al llegar, esperaba

unas palabras de consuelo y ánimo, reconfortación necesaria en aquella prueba.

—¡Arranca, rápido! —dijo Jerónimo—. No iremos a la Policía, pero sí saldremos de aquí a toda pastilla y tomaremos la autopista que nos lleve a Ámsterdam, es más seguro.

Javier obedeció sin rechistar.

—Esta noche Javier no es el único desilusionado. Siento lo del golpe, pero quise ponerles nerviosos para que no pensaran mucho.

—Pues lo has hecho bien. Me han dejado hecho polvo. Y la caminata me ha acabado de rematar.

—Es más el miedo. No te preocupes, lo sé bien. Pero afortunadamente no se han llevado lo más importante. También los malos cometen errores.

Todo el esfuerzo, el susto pasado, se borraron de inmediato.

—Entonces, ¿el cuadro está en un doble fondo? —preguntó con renovada ilusión.

—Un doble fondo es fácil de percibir. Pero es mucho más difícil pensar que ese baúl está hecho con los dos cuadros. Cuando en Ámsterdam tuve el sueño que me avisaba del peligro, arranqué las paredes del viejo baúl en el que escondía las tablas, coloqué unas finas planchas, con unos papeles gruesos de cebolla

en medio, las sujeté a las tablas laterales y al fondo con unos ganchos laterales y con cola. Luego lo forré con tela y coloqué la tapa. Nadie lo notó, cosa que sí se habría percibido de hacer un doble fondo. Mañana, en Ámsterdam, desharemos el baúl y tendremos las dos tablas, el original y la copia.

Hubo un silencio. El hallazgo de la solución al misterio dejó a Javier sin habla, anonadado. Pero sabía que la cuestión llegaría de un momento a otro. Acababa de vivir situaciones extremas. De la decepción a la esperanza y al puro miedo. Y ahora le tocaba lo más amargo, la explicación. Ni Jerónimo ni Himiko eran tontos y en el intervalo, varados en la furgoneta, habían sacado sus conclusiones.

—Las preguntas ahora son otras... ¿A quién le hablaste del cuadro? ¿No te dije que el asunto era confidencial hasta que tuviéramos la tabla? Respóndeme. Esos, quienes sean, venían sobre seguro y volverán, el que los ha mandado no se contentará cuando descubran que no hay nada bajo los retratos de Giselle.

—Bueno, tuve que decírselo al director del Prado, Federico Fonte. Es impensable que él esté relacionado con el asalto —admitió Javier tras unos segundos de vacilación.

—Ya, ya, ¿y a quién más?

—A nadie más, pero puede que se haya

enterado otra persona.

—Sí, ¿quién? ¿Y cómo?

Aquello iba a ser duro. Tarde o temprano tendría que decir la verdad. Era peor andar con subterfugios.

—Raquel Zurita, la marquesa de Monaster. Es la mujer del presidente del Patronato del Prado.

—¿Tienes algo que ver con la marquesa? —preguntó Himiko.

—Lo tuve. Ahora solo somos buenos amigos.

—Ya, lo suficiente para contarle lo del cuadro. ¡Joder, que me han puesto la pistola en la cabeza, no sé si te percatas! Y yo que creía que eras un hombre discreto. Lo que no consiga una mujer bien plantada...

El tono era el de «todos los hombres sois iguales», y Javier no sabía dónde meterse. Había fallado al pintor y a su nieta. De él había salido la indiscreción que llegó a Raquel a través de Fonte, pero eso no era excusa. En esos momentos aquella situación le resultó imposible de digerir. Todo había dejado de importarle. La exposición, la tabla, el Prado... Dos personas a las que no hubiera querido decepcionar por nada del mundo habían sido las dos primeras que traicionaba. Con el consiguiente peligro para todos. Alguien había

detrás que podía hacer cualquier barbaridad, el cuadro en el punto de mira. Vaya enredo extraño y angustioso. Quería desaparecer. Teletransportarse. Desmaterializarse allí y aparecer en Madrid, en cualquier parte, pensando en que todo había sido una pesadilla, un mal viaje.

—Aunque quisieras, no te volverías invisible, ni te esfumarías en el aire. —Jerónimo parecía apreciar su turbación y estaba extrañamente serio—. Pero puede que exista otra explicación. Todavía no lo podemos saber, pero tal vez tu imprudencia al final nos sirva de algo. Ahora bien, se acabaron las comunicaciones. Tienes que aceptarlo si quieres seguir, porque a partir de este momento nos ocultaremos. Recogeremos nuestros equipajes del hotel y desapareceremos. Avisaré a Herbert. Nos veremos en su casa de las afueras de Ámsterdam. Allí desmontaremos el baúl. Quiero hacer algunas comprobaciones.

Abierta la posibilidad de redención, pensó Javier. Cómo quería a aquel viejo. La consideración hacia Jerónimo subió a su punto más alto. Incluso hasta los héroes absurdos tienen una segunda oportunidad de redimirse.

—Te tocará en el sofá o en el suelo —remachó Jerónimo. Algún castigo tendrías que recibir.

«Lo dicho —pensó Javier—, quiero a este hombre».

—¿Señor Carreño? Un caballero acaba de preguntar por usted. Está sentado al fondo.

Con el síndrome del miedo abrazando su cuello, Javier se sobresaltó cuando el empleado de la recepción lo abordó en el *hall.* Habían aparcado la furgoneta en un *parking* y por turnos, para no dejar sin vigilancia el baúl, habían ido a recoger sus cosas al hotel. Más de media hora habían tardado Jerónimo e Himiko y ahora le tocaba a él, cuando alguien aparecía de manera inoportuna. Cualquiera que fuera, era un incordio o un peligro. No tuvo tiempo de reaccionar. Iba a pretextar cualquier excusa, pero el anciano caballero se acercó hasta él.

—Buenas noches, espero que no sea demasiado tarde —le dijo en un correcto español—. Su teléfono móvil no contestaba.

—Ah, es verdad, me quedé sin batería...

—No quisiera molestarlo —siguió el anciano—, pero casualmente estaba muy cerca de aquí y pensé que podría saludarle.

Ante la cara de sorpresa y desconcierto del español, el anciano esbozó una sonrisa.

—¡Ah, sí, perdone! Soy German Blank. Hablamos por teléfono. Sobre el asunto

Mainger.

El cerebro de Carreño intentaba hacer frente a la nueva situación. Se sentía ante arenas movedizas. Necesitaba desembarazarse cuanto antes de aquella persona, al tiempo que el nombre de Mainger y la extraña presencia del sujeto atraían su atención. Recular, desaparecer, le decía su lógica. ¿Por qué aparecía de pronto esta persona, hablando del enigmático coleccionista? Había que saber más, le decía su intuición.

—Buenas noches... Ahora soy yo el que no quisiera ser descortés, pero realmente no tengo tiempo. Voy a llegar tarde a un compromiso. Pero nos podemos ver en otro momento, quizás mañana mismo.

—Es una lástima. Mañana tengo otros asuntos que atender. Pero en fin, supongo que tendremos otra ocasión de hablar del hombre misterioso. En realidad, usted era el interesado.

—¿El hombre misterioso?

—Así le llamaba mi padre a Santiago Mainger. Recordé que una vez lo dijo, después de una transacción comercial. Ya ve, yo era un crío, pero me quedé con el nombre. Siempre he tenido una memoria prodigiosa, y ahora, a estas edades, se dice que nuestra memoria del pasado es mejor que la del presente.

—¿Su padre lo conoció bien?

—No sé si tuvo oportunidad. En cualquier caso debió de impresionarlo. Decía que era un hombre que vivía del aire, o del agua, al que nunca vio probar bocado. Tenía algunos negocios con él. Compraba instrumentos científicos para sus laboratorios. Pero no le entretengo más, si no, llegará con retraso a su cita. Ya nos veremos. Espero que haya logrado sus objetivos en esta ciudad.

—¿Por qué lo dice?

—La señora Kowalesky me informó de que anda usted a la búsqueda de cuadros de El Bosco.

—Sí, bueno...

—Ya sé, para una exposición en el Prado. Magnífico museo, por cierto. Si puedo, iré a verla. Siempre me ha interesado El Bosco. Pero le dejo, presiento que nos veremos, quizá antes de lo que cree.

—Le llamaré...

—No se preocupe. Haga usted lo que tenga que hacer, consiga los cuadros, que es su misión. ¡Buenas noches! ¡Que tenga una magnífica velada!

Javier se quedó con cara de pasmo. German Blank había desaparecido de la misma manera que había aparecido, sin una razón, envuelto en la duda y el misterio.

Desconfianza. Sensación de que algo no marchaba como debiera, de que estaba siendo observado. Miradas a todas partes, desconcierto, fuga. Cuando llegó al vehículo, Jerónimo y su nieta notaron su semblante serio nada más abrir la puerta.

—¿Qué te pasa? —le preguntaba Himiko—. Creía que se te había pasado el canguelo.

—Aquí no gana uno para sustos. Una persona me estaba esperando.

A grandes rasgos, Javier relató la extraña conversación que había tenido.

—Ya hablaremos de esto, pero lo importante ahora es llegar cuanto antes a casa de Herbert. Le he llamado desde el hotel. Vive en una urbanización al norte, a unos ocho kilómetros, en un famoso pueblo de molinos de viento.

Mientras Javier se afanaba detrás ordenando el maletero, Jerónimo se dirigió a su nieta en un susurro.

—Es posible que haya vuelto —dijo pensativo.

—¿Quién, abuelo?

—Quien ya sabes. Al fin y al cabo era su cuadro. Es posible que quiera recuperarlo.

*

1511

Aquel tríptico avanzaba a buen ritmo. Una vez que Hyeronimus dio con la composición general, el desarrollo estaba costando menos que otras veces. Aún faltaba el lugar de las figuras principales, los grupos de animales y riquezas, artefactos y aparejos. En esas labores se hallaba cuando recibió una importante visita. Nada menos que Al Gobius, a una hora inusual, recién levantado. Parecía afectado de una gran tribulación.

—*Maester* Bosch, tengo que anunciaros que dejo la villa. Se me ha hecho saber que debo acabar con mis trabajos de alquimia, ya que no está bien visto por las autoridades eclesiásticas.

—Pero, *maester* Al Gobius, gozáis de buena reputación...

—No para ellos. Es inútil. No valen argumentaciones. Tengo que buscar otros horizontes. Aún no está completada mi Gran

Obra. Justo ahora que creo tener la solución, el secreto.

—La rosa rúbea...

—Sí, la potencia pura, la esencia de todo... Temo que la vida se me escape antes de terminar mi camino. Por eso quiero pediros un favor...

—Decid, amigo.

—Quiero que ocultéis en vuestro cuadro el gran secreto. De todas maneras, no será visible más que para iniciados. Pero el que esté en el camino comprenderá. Y las señales que deje esa tabla serán bien aprovechadas en su momento. Es lo único que puedo hacer.

—Pero *maester* Al Gobuis, no seré capaz...

—Claro que sí. Domináis la técnica y no tendréis ninguna dificultad en representar lo que yo os diga. Al fin y al cabo son sustancias muy comunes, mercurio, azufre, níquel, agua y sal, y hacen referencia al objetivo alquímico de la segunda línea, es decir, a la trasformación. Ayuda mucho el tema del Hades, de los tres días en la caverna animal, de vuestro cuadro, tríptico perfecto. Son las tres grandes partes de la Gran Obra. Yo os he dibujado los elementos, la manera en la que los pintéis o representéis es cosa de vuestro genio.

Y ante el maestro desplegó una serie de grabados y frases, todos llenos de signos

cabalísticos.

—Aquí está el caminante, y el ave que devora, y ángeles y demonios luchando contra sí mismos, criatura de dos caras y cuatro brazos, el sol y la luna en matrimonio, la fase de la luna negra y el renacer completo.

Hieronymus asentía dejándose perder en esos dibujos simbólicos, lagartos y guerreros con espada, serpientes y seres alados.

—Como gustéis. Decidme el orden y la importancia, y yo lo pintaré. Pero no me contéis el secreto, si es que lo hay. Si yo no lo entiendo, menos lo entenderán los demás. Y decidme, ¿dónde iréis?

—A Austria, Viena, o quizá Italia. Venecia o incluso Roma son más permisivas, hasta hay cardenales que practican el noble arte egipciaco.

Aunque prometió enviar noticias, de Al Gobius no se supo nunca más. Hieronymus acabó la tabla de forma rápida, esperando que alguna vez, aquel cuadro le trajera noticias del alquimista. Por eso suspiró al saber que el mercader Diego de Haro había muerto y no había podido completar el pago, lo que dejaba al pintor en libertad para venderlo, una vez que la familia renunció a sus derechos.

Jonás esperó varios años en la galería de la casa de El Bosco. Tres años después,

Antonio Siciliano, enviado del duque de Milán, Sforza, hermano de Bianca, la segunda mujer de Maximiliano, contempló algunos de los cuadros del pintor que tenía la familia real borgoñona. En una visita a s'Hertogenbosch, acudió a la casa del pintor y se prendó del tríptico.

—Aunque está en la galería, de momento no está en venta. Pero sí tengo otros de los que no me molestaría desprenderme. Tengo ya suficientes infiernos en casa.

*

El chalé de Herbert se situaba en una urbanización residencial al norte de Ámsterdam, en la ribera del río Zaan, en Zaanse Schans, típico pueblo con sus molinos de viento y sus casas de madera verde. Hacia allí marchaban en la furgoneta, siguiendo las indicaciones que había facilitado el viejo anticuario, pasada la estación de tren y el embarcadero con el transbordador. Javier recordaba, de haber visitado hacía mucho tiempo, aquel paisaje o alguno muy parecido, gracias a la fascinación de una película de Hitchcock, *Corresponsal extranjero*, una de cuyas más famosas escenas transcurría en un molino de viento girando al contrario que todos

los demás. Así se sentía él. Lo que vivía ahora era otra película, no menos compleja. Era aquella noche de sorpresas, y aún no había acabado.

—Cuando lleguemos, dejadme a mí hablar con Herbert. —dijo Jerónimo—. No sé si estará con Flebus, pero de ser así, Javier, vigila sus movimientos. Tal vez esté también en el ajo.

—¿Cómo en el ajo? —respondió el comisario.

—No sé si Herbert lo utiliza o está de acuerdo con él. De mi antiguo compañero en los campos de concentración viene el chivatazo, y el susto de hoy. Así que dejadme a mí.

—¿Esos matones los mandaba tu viejo camarada?

—Supongo que es alguien para el cual trabaja, por un amplio porcentaje. El maldito dinero, ya ves, en un viejo de mi edad, que pasamos lo que pasamos, ¿qué más dará?

—Pero, ¿cómo sabes que es Herbert?

—Te dije que hice un viaje a Europa a finales de los 50 —afirmó Jerónimo, misterioso—. Para ver a mi hermana. Pero también aproveché para otra cosa. Después de varios años de rastrearlo por Alemania, pude localizar a Winkels a través de una asociación judía, que había obtenido de él abundante

información sobre los nazis del campo. Fui a verlo a un modesto piso donde, cuidado por un familiar, pasaba sus últimos meses de vida, en Diusburg, cerca de Múnich. En aquel momento, el viejo orfebre y ex SS a la fuerza no sabía que le quedaba poco, pero lo intuía. En unas horas que estuve con él me respondió, con todo lujo de detalles, a las preguntas que le hice y me despejó una incógnita que me había reconcomido todos esos años.

»El que lo denunció fue Herbert —me dijo Winkels—. Bastaron un par de bofetadas del SS y un poco de tortura. No todos somos iguales. He visto cientos de casos en el campo, y sin palizas siquiera, y por conseguir un mendrugo más de comida. Él no era como usted, capaz de sufrir físicamente, no aguantaba. Eligió contar lo que sabía. Y contó no solo quién era usted, sino todo lo relativo al cuadro de El Bosco, fuera o no fantasía. Lo sé porque también Sepp me interrogó a mí para cerciorarse de si sabía algo y no lo había comunicado. Gracias a Dios pude zafarme de él, moví todos mis contactos para conseguir que me sacaran del campo y me trasladaron cuando aun usted estaba en el barracón de castigo. A esas alturas ya sospechaban de todo el mundo. Y daban pábulo a las más fabulosas historias. Del cuadro de El Bosco cuyo secreto usted conocía, se decía que contenía una clave para transformar el plomo en oro, el viejo

sueño alquímico. Lo de *Jonás y la ballena* debía ser claramente simbólico, como la retorta del alquimista. Ya sabe usted, lo de las armas secretas, andaban desesperados y, ¿cómo decirle?, como fuera del mundo».

»Me imaginé que las torturas a Herbert eran ficticias, de hecho nunca las vi, solo oí los gritos en la celda contigua, una comedia para ablandarme. Juré por el universo entero que si volvía a ver a aquel traidor, lo haría pedazos con mis manos. Pero volví a Venezuela y poco a poco, me fui olvidando. Cuando contactó conmigo Guillermina pensé en él de nuevo. Descubrí que estaba vivo y que aun existía su tienda de antigüedades en Ámsterdam. Le daría la última oportunidad de que pudiera redimir su culpa. O sería mi venganza no dejar que muriera en paz.

Cuando llegaron a la casa, Herbert les abrió la cancela para guardar la furgoneta en el garaje. Sacaron el baúl y lo llevaron a una sala interior que en su momento había hecho las veces de taller. Flotaba un silencio grueso, con matices de gravedad.

—Parecéis serios. ¿Qué ha sucedido con el cuadro? —preguntaba el holandés.

—Ah, por eso no te preocupes. Lo tenemos —aclaró Jerónimo—. Herbert, le estaba contando a Javier cómo me equivoqué contigo.

El aludido puso cara de sorpresa; se le

disparó un leve temblor en los labios mientras Jerónimo seguía.

—Dicen que el traidor siempre será traidor. No pudiste resistirlo, ¿eh? Cuando viste la posibilidad de negocio, volviste a viejas prácticas. Pues sí, Javier, como te decía, Herbert buscó a alguien que pudiera ofrecerle bastante dinero, alguien con quien hacer un buen negocio. ¿Cuándo pensabais caer sobre nosotros?

—Pero, ¿qué te pasa? ¿Deliras?

—Winkels me contó todo. Hace años supe que fuiste tú quién me vendió en los campos. La primera vez. Porque la segunda ha sido ahora, Judas de mierda, ¿cuándo nos ibas a quitar la tabla?

Algo había en el rostro de Jerónimo que echaba fuego y demandaba respuestas. Lo contrario en Herbert hubiera sido temerario. El viejo se derrumbó de pronto y bajó la cabeza.

—En la tienda, sin violencia. Iba a robarla y entregársela al comprador.

—Pero las cosas no fueron así. Los que nos seguían decidieron intervenir. Por fortuna antes de tiempo. Nos asaltaron y se llevaron los cuadros del baúl, pero dejaron la tabla.

—¿Cómo? —preguntaba Herbert.

—Nosotros somos los que preguntamos. ¿Por qué? —demandó Javier al holandés.

—Estamos arruinados. Toda la tienda está empeñada, tenemos encima un embargo. Una tienda con tradición centenaria... Los tiempos han cambiado mucho. Flebus no podrá resistir seis meses más. Era la única manera de salvarlo A mí me queda poco de vida, pero él no sobrevivirá en este mundo de tiburones.

—Te sorprenderías de lo que hace la gente cuando no tiene más remedio —añadió Jerónimo—. Bueno, qué te voy a contar a ti, maestro del engaño. Pero ahora estás perdido. Si le pasa algo a cualquiera de nosotros, una carta con la grabación de la confesión de Winkels se hará pública y si no te pueden exigir responsabilidades, caerá sobre ti toda la ignominia, llevarás encima la mierda hasta que te mueras. Y tu ahijado perderá de igual manera el negocio.

—Por favor, no se lo digas a Flebus. Él no sabe nada. Haré todo lo que sea preciso. El viejo parecía avergonzado—. Lo creas o no, los remordimientos no me dejaron vivir en mucho tiempo después de que te fuiste a América. Afortunadamente vivías. Lo de ahora fue pura desesperación. Si mi muerte hubiera servido para salvar el negocio y a mi hijo, me habría pegado un tiro.

—No tienes valor para eso. ¿Quién es el financiero?

—El caso es que no lo sé. Hice una llamada

a un coleccionista de aquí cuando me contaste lo del cuadro, y a los pocos días alguien vino a verme de su parte, y me hizo un buen adelanto. No era holandés, aunque sí parecía europeo. Un hombre alto, bien vestido, de oscuro, sin señas particulares. Su jefe aguardaba fuera, en el interior de un coche, no se dejó ver. El guardaespaldas me dijo que lo llamara *el promotor*, me dio un número de móvil. Desde entonces nos hemos comunicado por teléfono.

Por las señas ofrecidas, aquel guardaespaldas era el individuo que había dirigido el asalto. El misterioso sabueso que lo había seguido desde Venecia.

—Ya sé lo que pensáis, pero si vuelvo a llamar a ese coleccionista lo más seguro es que ponga a su amigo en guardia.

—Tienes razón —intervino Jerónimo—. No conviene alertar a ese *promotor.* Ahora mismo vas a llamar a su teléfono y vas a decirle que tu amigo está muy triste por haber perdido sus recuerdos y el cuadro. Que duda de denunciarlo a la policía, y cuando se le pase el disgusto, en un par de días, se volverá con su nieta a España. Estaremos escuchando por el altavoz, por si reconocemos la voz. Tienes que ser convincente. Aleja a ese pájaro negro.

En apariencia al menos, Herbert lo fue. Cumplió su parte del trato.

—Entiendo —dijo una voz fría en inglés—. Estaremos en contacto.

Se notaba que hablaba con el tamiz de un pañuelo.

—Supongo que si se ha recuperado el cuadro y está en buen estado, habrá algo más de dinero...

—Siempre cumplo mis promesas. ¿Por qué habla por el altavoz? Eso no me gusta, ya le llamaré —advirtió la voz antes de colgar.

—¿Qué quieres? Si no le pido algo, habría sospechado —Herbert explicaba a Jerónimo.

—¿Te dice algo esa voz? —preguntó Jerónimo a Javier.

—Nada, pero se ve que no es la primera vez que hace estas cosas. Detectó en seguida que había alguien más oyendo.

—De momento piensa que tiene el cuadro, que está debajo de alguna de las pinturas. Hasta que no lo compruebe, al menos en un par de días, no moverá ninguna ficha.

El viejo pintor español se acercó a Herbert.

—Listo. Y ahora vas a llamar a Flebus, hay que ponerse a trabajar. Dile que traiga herramientas. O mejor aún, que venga con su barco. Javier tiene que dormir en algún lado y aquí no hay habitaciones para todos.

Nada más enchufarlo a la red, el teléfono de Javier Carreño pareció recuperar el tiempo perdido. Se sucedieron varios avisos del buzón de mensajes, entre ellos dos de Gonzalo, su amigo policía, y al poco, el sonido de una llamada. Carreño no quería contestar, pero, nervioso, se equivocó de tecla.

—Hola, Javier, ¿qué tal va eso?

Al otro lado del teléfono adivinó la cara de Doble F, que era quien le llamaba. Era tarde. El director del Prado debía de estar intranquilo.

—Bien, tía Lola. Ahora no puedo hablar, estoy en Holanda, te llamo cuando pueda.

El comisario quería colgar, pero sin levantar sospechas. Veía las miradas de los demás y se alejó hacia la puerta, donde no fuera oído.

—Sí, tía, estoy en un viaje de trabajo. Para la próxima exposición.

—¿Pero va todo bien?

—Bueno, han surgido complicaciones.

—¿Qué clase de complicaciones?

—De verdad que no puedo extenderme. De momento me quedo, ya te explicaré cuando llegue a Madrid.

—Pero no me puedes dejar así. Recuerda que quedamos en que me irías informando.

—Las cosas cambian. Han ocurrido cosas.

—¿Qué tipo de cosas? Oye, me tienes en ascuas, ¿es que no te fías de mí? Mira que tengo una carta...

—No me fío de nadie. Ni tampoco de los teléfonos. Ten paciencia, Federico, ya sé que no es una de tus virtudes, pero no podemos hacer otra cosa. He perdido la confianza de Jerónimo y su nieta por haber hablado del cuadro.

—¿Pero lo tenéis?

—Ya apareceré por el Prado. No te puedo decir más. Dimíteme si quieres, pero no me llames más. Ya daré señales de vida. ¡Bueno, tía, un beso, y te llamo cuando llegue a Madrid! —alzó la voz al volver al interior.

Una cosa al menos había conseguido: había dejado a Doble F, literalmente, con la palabra en la boca.

Mientras esperaban al hijo del anticuario, Javier se recostó en un sofá y, agotado por el esfuerzo y la tensión, cerró los ojos. No se puede decir propiamente que fuera un sueño, sino una ensoñación. En ella, Javier se las tenía que ver con una serie de simpáticos y trajeados demonios que llevaban maletín de ejecutivo y una enigmática caja decorada con letras de la cábala o algún desconocido y remoto alfabeto. En cada una de las cajas se

guardaba un pecado, y los diablos del maletín, todos distintos, caminaban hasta una olla donde vaciaban el contenido de la caja mientras otro diablo mayor daba vueltas al potaje. Era la sopa de donde salía la pasta del ser humano. Se preguntó si también habría ángeles que volcaran en el recipiente las mejores esencias de la virtud. Allí, en su ensoñación, no aparecían.

Al abrir los ojos, recordó quién había identificado con diablos precisos y concretos los siete pecados capitales, dentro de esa operación de *marketing* tardomedieval de la Iglesia católica para la adjudicación de culpas. Lo había leído hacía poco, por si podía identificar las criaturas demoníacas de El Bosco. Se trataba de Peter Binsfeld, un obispo y teólogo alemán y uno de los más importantes cazadores de brujas de la época. En 1589 escribió el tratado *De confessionibus maleficorum et sagarum (De las confesiones de los hechiceros y de las brujas)*, que se tradujo en seguida a varios idiomas. La caza de brujas estaba en todo su apogeo, moda de hogueras y procesos extendida como mancha de aceite por Centroeuropa. En aquel libro hablaba sobre las confesiones de las brujas, y defendía que aunque fueran realizadas bajo tormento, de todos modos debían ser creídas. También alentaba las acusaciones, aunque hay que añadir en su descargo que al menos

pensaba que las muchachas menores de doce años y los muchachos menores de catorce no podían ser considerados culpables de practicar brujería. Contrario a otros autores de la misma época, Binsfeld dudaba que la gente pudiera tomar forma de animales y de la validez de las marcas diabólicas. En ese libro, por llamarlo de algún modo, también identificó cada pecado con un demonio que tentaba a la gente a cometerlo. Lucifer era la soberbia, Mammon la avaricia, Asmodeo la lujuria, Leviatán la envidia, Belcebú la gula, Satán/Amon la ira y Belfegor, la acidia.

Víctima de la peste bubónica, aquel obispo murió en Tréveris en 1598, el mismo año en el que murió también Felipe II y en el que Galileo comenzaba sus revolucionarios experimentos en cuerpos en movimiento.

Del recuerdo de aquella lectura aprovechó la idea como el escritor aprovecha elementos para identificar a los personajes sobre los que construirá la trama. Si en aquella historia él tenía el demonio del mediodía, es decir, Belfegor, Raquel, personificación de la lujuria, era Asmodeo; Belcebú, el de la gula, poseía a Fabia; Mammon, el de la avaricia, podía ser adjudicado al marqués y Leviatán, la envidia, a Federico Fonte. Quedaría por saber qué pecado adjudicar a la dulce Himiko. Solo le quedaba la soberbia, aunque no sabía si le pegaba mucho.

Era casi medianoche cuando comenzó el laborioso proceso de conversión de un baúl en dos tablas flamencas. Nadie quería cometer ningún error. Flebus había llegado con su barco vivienda y atracado en el pequeño muelle al que daba el jardín. Le habían contado, grosso modo, la agresión que habían sufrido, pero no los motivos. El libanés, que comprendió las razones de Jerónimo para no acudir a la Policía, ayudado por Javier e Himiko, fue extrayendo las puntas y remaches de los bordes del baúl, que mantenían la madera unida proceso lento que servía para estudiar la estructura de las tablas que componían el baúl. También se había extraído la tela que lo forraba. La sorpresa surgió a continuación. Las tablas no se podían desprender de la madera protectora. Algo las soldaba y cualquier solución mecánica quedaba descartada.

Costó llegar a la raíz del problema. Fue Jerónimo quien tuvo una intuición:

—El tratamiento contra los insectos que aplicó Guillermina. Ha disuelto algún barniz y ha pegado las tablas, pero seguramente no ha llegado dentro. Hay que conseguir abrir los bordes, con el mínimo daño, porque lo demás estará intacto.

Aquello significaba que se necesitarían

muchos cuidados para obtener la separación de las tablas con la seguridad de encontrarse en buen estado el interior. Una burda manipulación podría dañar el cuadro, algo imperdonable una vez llegados hasta allí. Herbert parecía ausente, casi ido. Javier lo vigilaba, podía llamar a quienes los asaltaron. El comisario se volvió receloso. Miraba por las ventanas hacia la calle, sintiendo que había una persona acechando detrás de cada esquina o cada coche.

—¿No sería mejor llamar a la Policía, llevarlo a un museo? —explotó por fin ante Jerónimo—. Ver así la tabla me da grima. Sin anunciar todavía nada, pero trabajaríamos en las mejores condiciones. Y sobre todo, sin esta tensión. Tu viejo camarada puede volver a vendernos.

—No te preocupes, no dirá nada. Sabe que la amenaza se cumpliría y que el prestigio de su firma quedaría dañado, lo que afectaría a su hijo. Además, le he ofrecido dinero para salvar la tienda. Supongo que como a mí, lo que le quede de vida le importa un rábano, pero tenemos a seres queridos que dejamos aquí. Yo tomaré la decisión cuando sea menester.

A pesar de todo, Carreño intuía que Jerónimo tenía otras ideas en la cabeza.

—Dime, Javier, ¿has hablado en algún momento de una copia o solo de un cuadro?

—Solo he citado al *Jonás*, lo juraría...

—Si fuera así, esa copia podría ser nuestro seguro ante esos matones.

Con agua caliente y algodones, se fueron aflojando las cuadernas y por último, Flebus y Javier separaron la primera plancha de la madera frontal. En todos los presentes se hizo un silencio. Javier comprendió lo que había sentido Jerónimo al contemplar el cuadro por primera vez. Allí estaba *Jonás y la ballena.*

—Esta es la copia. El original es el de la trasera —dijo Jerónimo, que parecía tener diez años menos. Un nervio, una fibra, lo tenía en tensión extrema, abiertos los ojos. En esos momentos no parecía tener la vista mermada. Había recuperado la vitalidad, como si tuviera veinte años menos.

Al poco, emergió la tabla, milagrosamente resucitada, con daños muy leves, debido sin duda al tiempo y las diferencias de temperatura. Una gran ballena varada, parecida al interior de una nave, donde se amontonaban barcos, riquezas, ahogados. Jonás aguardaba en una playa, sentado sobre un barril. Algunos eremitas poblaban las grutas de las paredes del inmenso leviatán. Imposible describir la profusión de criaturas bosquianas que poblaban los mares, los aires, las paredes del estómago de la ballena. Nadie supo qué tiempo transcurrió, sumidos todos en un

respeto reverencial, religioso, litúrgico, hasta que por fin habló el comisario: —Verdaderamente eras bueno, Jerónimo —concedió Javier, mirando original y copia.

—Mañana haremos las últimas revisiones para ver su estado, con un reflectógrafo que va a conseguir Flebus —anunció Jerónimo.

El móvil de Javier comenzó a sonar de nuevo. Era Raquel. Se había olvidado de ella por completo. Dudó si cogerlo o no.

—Es Raquel Zurita, la marquesa.

—Cógelo. No sabemos qué papel juega en esta historia.

Javier obedeció a Jerónimo. Se alejó un poco, como buscando cierto tipo de intimidad. Himiko no le quitaba la vista de encima.

—Javier, menos mal. Siento la hora. Te he llamado un montón de veces. Temía que no quisieras cogérmelo.

Era cierto. Tenía varios avisos y mensajes de ella.

—¿Y por qué, Raquel?

—No sé, eres malo. Después de todo lo que he hecho por ti. Creo que quieres darme de lado. Ahora, cuando la caza parece muy próxima. ¿O ya ha sucedido? ¿Tienes... tenéis el cuadro?

—Hay alguien más detrás de él. Alguien que nos ha asaltado. ¿Te acuerdas del hombre de Venecia?

—¿Y qué ha pasado?

—Que todo se ha evaporado. El cuadro, toda la historia...

—Pero, ¿cómo ha sido? ¿Estás bien?

—Bueno, la verdad es que aun con el susto en el cuerpo. Pero no dejo de pensar. Aquel hombre apareció en Venecia al mismo tiempo que tú. ¿Quién es? Son muchas casualidades, dos veces seguidas.

—Javier, dime dónde estás. Voy para allá. Siento que estás en peligro.

—¿Y tú me vas a salvar? Estoy convencido de que sabes quién es ese hombre.

—Bueno, quizá tenga una idea, una sospecha. Te lo contaré, pero no estoy muy segura. Lo que sí te aseguro, por mi vida, por si alguna vez has sentido algo conmigo, de que no tengo nada que ver ni con ese hombre ni con el asalto.

—Está bien. Hoy es ya demasiado tarde. Quiero dormir. Nos vemos mañana.

—A las diez tengo la subasta de Sotheby's, en el distrito de los negocios, en Boelelann, en la zona sur, cerca de la carretera de circunvalación. De ahí me puedo acercar...

—Es un sitio perfecto. Nos vemos allí.

—Estará lleno de gente que conozco. Me gustaría verte a solas, con tiempo. Y además, no tienes acreditación.

—No te preocupes. Ya me las apañaré. Y para lo que tenemos que hablar basta y sobra con que hagamos un aparte antes de la subasta.

—Hace poco que pensabas de otra forma, te recuerdo.

—Todo en la vida es puro cambio. ¿Es que nunca leíste a Heráclito? Hasta mañana.

—Es cierto. No tengo acreditación para la subasta de Sotheby's —dijo Javier tras colgar.

—Seguro que nuestro amigo Herbert podrá hacer algo —aventuraba Jerónimo en presencia del anticuario.

—Puede que llamando a la directora de la sala, Eveline van Veenman...

—Ya no son horas —replicó Flebus—. Pero sí quizá para Albertine Vildemans, la del Servicio a los Clientes. Precisamente mañana me iba a devolver un favor, prestándome su reflectógrafo portátil, después de que comience la subasta.

—Deberíais ir los dos —apuntó Jerónimo—. Javier necesita que alguien le cubra las

espaldas.

—Por cierto, ¿por qué el reflectógrafo? —preguntó Javier a Jerónimo cuando Flebus llamaba a su contacto en la subasta—. ¿No sería mejor ir cuanto antes a la Policía, o volver a España y examinarlo bien?

—Tengo una sospecha. No te lo podría explicar, pero necesito que veamos lo que está debajo del cuadro.

—¿Te refieres a que hay un mensaje debajo de la pintura? Eso ya lo he leído antes...

—Déjame a mí ese tema y tú preocúpate de pegarte al libanés, por si las moscas.

Aunque Javier cumplía la misión de vigilar al ahijado de Herbert, la verdad es que no le quitaba el ojo de encima sobre todo por celos mundanos. Se había percatado de que el libanés lanzaba miradas interesadas a Himiko, que aparentemente no acusaba recibo, pero que era sensible a sus delicadezas y detalles, como cuando le servía el té o unos pasteles de agua de rosas que le gustaban especialmente. Lo cual era sospechoso, porque esa clase de miradas es lo primero que detectaban las mujeres en los hombres. Por un lado, Javier no sabía cómo hacer para recuperar la intimidad perdida con ella y por otro, aquellos celos lo inquietaban. Una tormenta comenzaba a agitar su interior. Estaba nervioso y tenso, agotado,

intentando llegar al final de aquella peripecia, argumento inverosímil. No podía bajar la guardia, menos con Himiko. Sabía que las mujeres perdonaban mucho antes y mejor que los hombres, sin resquemores ni desconfianzas. Pero el asunto se ponía difícil. Aquel coqueteo con el libanés podía significar dos cosas. O quería ponerlo celoso o, verdaderamente, ya no le importaba. Se había vuelto con él altiva y señorial, desdeñando sus miradas.

—Yo sí he leído a Heráclito —dijo Himiko al pasar a su lado, condescendiente—. Nada es igual a un minuto antes, ni en las aguas de un río, ni en la vida... ¿No tenías curiosidad por el espejo negro? Mi abuelo me lo ha dejado, pero te lo presto esta noche. Quizás mirándolo te duermas en seguida. Cuídamelo, eso sí.

A pesar del gesto, las palabras habían sido pronunciadas con frialdad. Le alargó la bolsa de cuero. El espejo tenía un impacto en uno de los bordes que le había arrancado una esquirla, pero por la otra parte permanecía intacto. Javier no tenía ninguna gana de hacerse cargo del espejo aquella noche, pero le dio las gracias y lo tomó. Le estallaba la cabeza. Después de un día como aquel, era lo menos que le podía suceder. Se retiró a descansar en el barco vivienda de Flebus, atracado en el pequeño muelle. Aquella era una conclusión lógica, tenía que acabar

durmiendo en un barco, colgado entre la tierra y el líquido elemento. Aunque apenas se movía, un leve contoneo imperceptible transmitía la sensación de estar ante una superficie deslizante, un suelo inestable bajo la apariencia de tranquilas aguas. Por lo demás, aquel salón casi no parecía camarote, con amplio sofá, chimenea, equipo de música y una pequeña cocina lateral. Parecía más bien un coqueto apartamento amsterdanés, una de esas construcciones estrechas y largas, con enormes ventanales, donde de día penetraba el sol que salía con constancia matemática de un cielo sembrado de nubes.

Sin saber realmente por qué, levantó el espejo a la altura de su cara. Durante un par de minutos no pasó nada. Cuando ya iba a dejarlo, sintiendo que hacía el ridículo, creyó percibir en aquella superficie los trazos de una silueta. No quiso esforzarse en reconocerla. Dejó que la sensación flotara ingrávida ante él y cuando la figura comenzó a formarse ante sus ojos, bajó el espejo y buscó la luz de la ventana.

Desde su cama, por el ventanal, a lo lejos distinguió el contorno de los viejos molinos de viento, en siglos anteriores necesarios para bombear el agua de los diques, en la actualidad reclamo turístico. Sobre las aguas danzaban brillos luminosos. Javier Carreño sintió un escalofrío. Puede que fuera el frío o la

sensación de abismo de aquel auténtico espejo negro acuático que aguardaba en la oscuridad. No le hacía falta recurrir al otro. Ante él tenía la imagen y el recuerdo de la adivina, que se le metió en el cuerpo como un mal aire y le hizo encogerse.

No quería reconocerlo, pero los síntomas eran claros: tenía miedo.

CAPÍTULO XIII

EL MARINERO FENICIO AHOGADO

Está su carta, el Marino Fenicio, el marino ahogado.

(Hoy son perlas lo que ayer sus ojos. ¡Mire!).

T. S. ELLIOT, *La tierra baldía*.

C

uando Javier y Flebus, con su flamante acreditación, proporcionada por una eficiente Albertine, entraron en la sede de Sotheby's, aun quedaba media hora para la sesión. Los invitados, los que iban a pujar, y los especialistas como ellos tomaban café y pastas, cortesía de la casa, en una amplia antesala que daba paso al salón principal. El ambiente era de clase y señorío. Casi se topó de bruces con Liona Kowalesky.

—Soy compañía que no les convengo en estos ambientes —dijo tras los saludos—. Todos sospechan de mí, piensan que si estoy aquí es porque algún cuadro puede tener un turbio pasado. Una pésima publicidad, la desconfianza. Si las casas de subastas pudieran prohibirme la entrada, lo harían, sin duda. «Y entonces, ¿por qué está aquí?», se preguntó Carreño. Como siempre, antes de tiempo, porque Liona se lo hizo saber a continuación.

—En realidad vengo para epatarlos. Y para ver quién se sigue moviendo en este mundillo. Información, ya sabe.

No fue por el consejo de la cazadora de cuadros, sino porque en seguida distinguió a Raquel, por lo que se separaron de su

compañía. La marquesa estaba acompañada de un señor maduro, elegante, con canas. Se veía que su rostro, donde asomaban dos ojos claros, había sido el de un viejo seductor. Era el abogado italiano, mira por dónde.

—Hola, Javier, hola, señor Flebus. Le presento al señor Fiori, un viejo amigo veneciano. —Raquel sonreía con complicidad, lo que le hizo a Javier ponerse en guardia.

—Amigo mío, encantado de verlo de nuevo. Veo que tenemos un gusto parecido, por las amigas interesantes lo digo —aclaró Fiori en un inglés sin apenas acento.

—El placer es mío. Y mutuo. Digo, lo de las amigas interesantes.

Raquel informó de que el abogado estaba allí para pujar por una de las piezas de la subasta de los viejos maestros, un clásico de Sotheby's que recorría todos los años, regularmente, sus sedes en varios continentes.

—«Obras maestras del siglo XIV al principio del XIX, incluyendo grandes nombres del arte occidental desde Guido Reni a Vermeer, de El Greco a Rubens, de Frans Hals a Canaletto, de Cranach a J.M.W. Turner» —leyó Flebus en voz alta la información del catálogo que resumía las subastas de una década.

—Oh, sí, cada uno tenemos nuestros

favoritos. Ojalá dispusiéramos de dinero para pujar por todo, pero en esto, como en la vida, hay que especializarse —respondía el veneciano.

—Desde luego. No todos los días podemos desembolsar setenta y cinco millones de dólares por un rubens, treinta y dos por un canaletto, treinta por un vermeer o casi veintinueve por un mantegna —citaba también Javier las cifras del catálogo donde la casa exhibía su buen hacer y sus números a lo largo de los últimos años.

—Fiori representa en la subasta a un cliente veneciano. Si lo veis pujar por *El gaitero tocando de perfil* de Hendrick ter Brugghen, no le sigáis. Está decidido a todo. Lo contrario podría destrozar vuestros bolsillos o vuestras ilusiones.

—Exacto. Nunca hago las dos cosas a la vez. Aunque alguna vez puede ser la primera...

Raquel se desenvolvía bien en aquel terreno, con las dosis de frivolidad necesarias, faceta no demasiado atrayente para Javier. La conversación siguió durante unos minutos, pero afortunadamente el señor Fiori tenía conocidos y saludó efusivamente a uno de ellos. La oportunidad fue aprovechada también por Flebus, que desapareció buscando el almacén de la casa.

—Tengo que recoger el reflectógrafo

cuando salgan los cuadros, antes de la porcelana y las artes decorativas. Iré a comprobar que no hay ningún imprevisto. Albertine me ha dicho que pregunte por el encargado, en el taller.

Aunque parecía que se quedaban solos para comenzar una conversación importante, el destino, de momento, tenía otros planes. Aquella subasta, a la que no se pensaba quedar, tuvo de repente un enorme interés para Javier Carreño cuando descubrió entre los presentes a German Blank. El destino parecía ponerlo, una vez más, en un lugar preciso desde el que asistir a hechos capitales. Solo que, a pesar de eso, no sabía interpretar las señales.

—Bueno, Javier, me tienes en ascuas...

—Tendrás que esperar. Tengo que saludar a una persona que acabo de ver.

Javier avanzó hacia aquella figura seguido por Raquel.

—¡Hola, señor Blank!

El señor Blank no aparentó sorpresa al verlo allí, o la disimuló perfectamente.

—¿No se lo dije? Mi intuición me decía que le vería pronto. Y vaya un sitio adecuado para encontrarse. Aquí, rodeado de bellas piezas, aunque no podamos disfrutarlas más que un rato. ¿Qué mejor sitio para los amantes del

arte como nosotros?

—¿Usted también viene a pujar?

—Ya me gustaría, pero los precios son demasiado elevados para mí. Vengo porque me gusta el ambiente, y para contemplar cuadros que no sé si podré volver a ver.

—Le presento a una amiga, Raquel Zurita, la marquesa de Monaster. El señor German Blank, coleccionista.

—Encantado de conocerla. ¿Acude usted a la subasta por algún cuadro en especial?

—En especial no, más bien por todos —bromeó ella.

—Entonces como yo. La sesión se presenta interesante, aunque los cuadros no son de primeras figuras. El catálogo no es tan espectacular como otras veces. Y aunque parece que hay gente con mucho dinero, esos nuevos inversores, no me da el pálpito de que se llegue a grandes cifras.

—Nunca se sabe lo que puede dar de sí una subasta —contestaba Raquel—. En cualquier momento aparece la emoción, gente disputándose una pieza que, en apariencia, no tenía tanto interés.

Javier asistía a aquel diálogo como si en realidad estuviera en una obra teatral. Nunca le habían gustado las subastas y ahora, además, creía descubrir significados ocultos en

cada una de las palabras, claves de iniciados en juegos secretos, guiños de conjurados. Miró al viejo y a su ex amante. Parecían de verdad creerse lo que estaban diciendo, pero aquella conversación no duró mucho, acabó como muchas de las que se entablaban en este tipo de eventos. El señor Blank pidió permiso para saludar a una persona y desapareció en otro corrillo. Javier y Raquel se quedaron solos.

—¿Qué es lo que te ha pasado? ¿Quién os atacó, dónde? ¡Cuéntame, por Dios!

—Tenías razón. Aquí hay demasiada gente. ¡Uf!, solo faltan Doble F y el estirado de tu marido para que estemos todos.

—No sé Federico, pero el marqués sí te puedo asegurar que está. Es uno de los que pujará por teléfono. De hecho, ya está en línea, según me ha comunicado hace un rato.

—¿Pero no decías que tenía problemas económicos?

—Y los tiene. Aquí pujará, pero no comprará.

—¿Y tú cómo sabes...?

—¿Para qué te crees que fui a Venecia? Hay muchas cosas que no conoces de mí, por eso no me gustaría que sacaras conclusiones equivocadas.

—Entonces, tu objetivo era Fiori...

—Aunque a veces te cuesta, veo que eres rápido cuando te pones. En efecto. Fui a averiguar qué quería comprar y hasta dónde estaba dispuesto a pagar.

—O sea, que tu marido, al teléfono, está de gancho. ¿De la casa?

—No, la casa no lo permitiría. Del vendedor, un amigo, suponiendo que en esto haya amigos. Él sube la puja hasta que alcanza casi el valor del que no pasará el otro y entonces se retira. Al igual que la casa, se lleva una buena comisión. Aunque lo ha hecho pocas veces, es uno de sus negocios más personales, que le dan más satisfacción. Engañar al viejo zorro de Fiori le pone más que hacer un trío. En el fondo los *exclusivos* son como críos peleando en el patio del colegio. ¡Ay, los hombres! Por cierto, ¿eres muy amigo del libanés? ¡Mira que está macizo!

—¡Por Dios, Raquel!

—Que era broma... Intentaba quitarle hierro al asunto.

—Así que conseguiste fácilmente lo que te proponías...

—Hay pocas cosas que no pueda hacer con un hombre. Aunque sea de setenta años. Es mi pacto con el marqués. Crees que soy una frívola, pero yo tengo también que pagar mi peaje. La realidad es así de cruda, la razón del

viaje a Venecia y a Ámsterdam. No te estaba vigilando. Al contrario, sabes que tú siempre eres un placer...

—¿Y quién crees que puede ser el matón que nos atacó? Ese que me siguió en Venecia...

—Pero cuéntame antes qué ha pasado.

—Cayeron sobre nosotros en una carretera comarcal, a la salida del pueblo donde fuimos a buscar un baúl de Jerónimo de hace setenta años. Si te paras a pensarlo, da vértigo. Había parado un momento el coche. Enseñaron pistolas, pero no hubo lucha. Se llevaron el baúl con todo lo que contenía, que eran cuadros del viejo.

—Pero, ¿estaba el *Jonás?*

—Eso parece. Estaba detrás de una de esas pinturas. Jerónimo está hundido, y lo que es peor, desconfía de mí. Cree que los he traicionado, lo que, en el fondo, es cierto. Me gustaría enmendar mi error. Aunque no lo parezca, estoy rabioso. Quisiera saber quién es el que lo tiene, para quién trabajaba aquel matón.

—En todas estas operaciones entre los *exclusivos*, hay una agencia que se dedica al transporte y, según creo, a algunas «recuperaciones» o cobros. Ese hombre tiene que pertenecer a esa agencia. Pero eso

significa, ni más ni menos, que hay alguien poderoso y con recursos detrás. Se piensa que en el mundo de los coleccionistas, por más obsesivos que sean algunos, no pasan más allá del robo o de hacerse ciertas faenas, como la que te he contado del marqués. Pero en cualquier momento, a alguien se le puede ir la mano por un cuadro como el de El Bosco. Ahora, tienes razón, no parece que estés rabioso. Hay algo que no me cuentas.

—No le habrás comentado esto a nadie, ¿no? —distrajo su atención Javier.

—Te lo juro, créeme. Nunca traicionaría un secreto así.

—¿Quién puede ser el que ande detrás? ¿Y cómo se ha enterado? ¿No se lo habrá contado Doble F a alguien más?

—No le pega, sabe que este tema le beneficiaría y no creo que trabaje para nadie. Pueden estar interesados muchos, cualquiera, por ejemplo, de los que están aquí. Porque la verdad es que, como dices, están casi todos: el mafioso ruso que se las da ahora de refinado, aunque le pierda esa pasión desmedida por los diamantes; un representante de una corporación multinacional japonesa, de las dos mayores inversoras en arte; también los últimos y caducos miembros de la vieja nobleza europea, que vienen a cotillear y a ver cuánto

podrían sacar por las últimas obras que tienen; en fin, escoria fina y elegante. A veces pienso en lo paradójico que es saber que los propietarios de las obras más bellas de la tierra son seres humanos abyectos y deplorables, a los que el resto de la humanidad, en su gran mayoría, les importa un rábano.

—Quizá lo hagan para redimirse. O piensen que estar en contacto con la belleza les puede transmitir alguna de las virtudes que no tienen —apuntaba Javier—. Ya sé que no es tu caso. Eres de las personas, como yo, que se emocionan con una obra maestra.

—Menuda obra maestra estás tú hecho. ¿Y qué vas a lograr si consigues averiguar quién fue el que ordenó el asalto? ¿Vas a ir acaso a la Policía? No te lo aconsejo, formularían muchas preguntas, y recuerda tu cargo de comisario de una exposición del Museo del Prado. Hay más cosas... Presiento que te escabulles, no me lo has contado todo... No estás tan hundido como yo lo estaría después de perder una tabla así... Tú sabes alguno de mis mayores secretos. Te escondes ases en la manga, sin confiar en mí.

Javier estaba ya acorralado cuando el destino, en forma de mano masculina, descendió hacia él desde detrás.

—¡Hombre, Javier! No esperaba

encontrarte aquí. Ayer te estuve llamando, no sabía si estabas todavía por Ámsterdam.

La sorpresa por la aparición de German Blank pronto se vio superada. Aunque le resultara difícil de creer, a su lado, palmeándole la espalda, se encontraba su amigo Gonzalo Martín, el policía. Otro hombre, con el inequívoco aspecto de ser de la Interpol, lo acompañaba y miraba con ojos curiosos.

—Te presento a mi colega Van Maarten.

—Y yo a una amiga, Raquel Zurita. Mi amigo Gonzalo, de la Policía Científica española. Y un enamorado del arte.

—¡Qué interesante! Hemos quedado luego para comer, ¿verdad, Javier? Quizá pueda acompañarnos. Si me disculpan, caballeros... Tengo que ir al baño, luego pasan las horas y una no puede siquiera levantarse. Todo es tan emocionante...

Los altavoces dieron el aviso de que en cinco minutos comenzaría la sesión. El policía holandés se movió hacia las puertas de la sala.

—¿Y cómo es que estás aquí, Gonzalo?

—¿Te acuerdas de lo que te conté en Madrid?

—Sí, aquel curioso personaje...

—Está aquí.

—¿Aquí, en esta sala?

—Hombre, tanto como eso... Podría ser, aunque no creo que sea tan tonto o tan atrevido; en realidad me refería a Ámsterdam. Van Maarten me contó lo de la subasta, y como no he asistido a ninguna, he venido para ambientarme.

—Pero, ¿por qué vienes tú desde Madrid? ¿Acaso no tienen buenos detectives en Ámsterdam?

—Dinámica policial que no te puedo contar. Quizá más adelante. Pero ya que estás aquí te pregunto: ¿has oído algo últimamente que te haya llamado la atención?

—No, ¿por qué? El mundo del arte es muy rutinario.

—¿Y tú qué haces aquí? ¿Ligando con esa monada? Si no me equivoco, tiene un marido poderoso, el marqués de Monaster.

—Los conozco de haber tasado un cuadro para ellos. Me la había encontrado un poco antes. Últimamente las subastas están muy concurridas y se puede encontrar uno a gente insospechada. Oye, ¿y no hay cámaras de seguridad? En las películas siempre hay cámaras...

—No en Sotheby's. La norma es que no haya cámaras ni se saquen fotos, a no ser de la mesa y las piezas. No por conservar el anonimato de los compradores, simplemente

para que no se publiquen en la prensa. Últimamente los ladrones leen periódicos, revistas y utilizan Internet. No hay que dejar demasiadas pistas. Al menos, eso es lo que dice la Policía. Bueno, te dejo, Van Maarten me ha buscado un sitio. ¿Cuándo vuelves a Madrid?

—En dos días. ¿Y tú?

—Espero que pronto. Ya te llamo y echamos una parrafada.

Con tanto trasiego, Javier tardó en percatarse de una sensación que le tensaba el cuello, le erizaba el pelo y le hacía zumbar los oídos. Era un estremecimiento de sentirse observado, de que alguien, desde algún lugar, lo estaba vigilando. Se volvió de pronto, por si identificaba aquella mirada que intuía, y le pareció ver una sombra que desaparecía en una columna. Fue hasta allá solo para apreciar una puerta detrás que daba a un pasillo con un letrero de «prohibido el paso al personal ajeno a la casa de subastas». Se percataba de que si el matón pertenecía a una agencia relacionada con el mundo del arte, muy bien podía estar allí, confundido en aquella fauna. Lanzó miradas a todas partes, intentando identificar a alguno de los jóvenes fornidos, bien trajeados y con un pinganillo en el oído que eran parte de la seguridad. Pero ninguno se parecía a los de la carretera. Eso sí, tenían un

aire parecido, como cortados por el mismo patrón.

Llegó Flebus a su lado y los dos entraron en la sala.

—Ya le he dicho a Albertine que mañana mismo le devolveré el reflectógrafo. Tenemos tiempo de hacer nuestros estudios.

La sesión comenzó como todas las elegantes subastas de la firma. Un maestro de ceremonias fue enumerando primero las reglas, los plazos para las pujas, tiempos y tramos de subida —a partir de cantidades importantes cada nueva oferta debía ser, al menos, de más de quince mil dólares— y acto seguido abrió la sesión con un pequeño cuadro de Frans von Mieris. A su izquierda, un caballete donde, bajo una luz, se disponían las obras, y a la derecha, una mesa con una docena de teléfonos atendidos por agentes especializados o intermediarios. Localizó a las personas con las que se había encontrado allí: Liona Kowalesky, Raquel, Fiori, German Blank... Quizá buscaba algún gesto, algún ademán de complicidad, una relación... Se resistía a creer que aquella reunión fuera casual. Existía algo que no estaba a la vista, un vínculo oculto entre algunos de ellos, y hallarlo era desentrañar el meollo de la historia, averiguar quién estaba detrás del cuadro. Sí, ¿pero cuál, o cuáles?

El sonido del mazo abriendo el remate lo devolvió al rito de la compraventa de piezas. Con los dos primeros cuadros no hubo suerte. Nadie pujó por Frans von Mieris el Joven y Jan Brueghel. Y llegó el penúltimo.

La puja por el *Gaitero tocando de perfil*, que ya había sido colocado en el caballete, empezó con la expectación normal. El maestro de ceremonias anunció el cuadro, pintado por Hendrick ter Brugghen, artista nacido en Deventer en 1588 y muerto en Utrecht en 1629. Como siempre, en la miseria, pensaba Javier, al que esa realidad paradójica de la vida de muchos pintores, como Rembrandt, muertos llenos de deudas, le parecía un delito de lesa humanidad. Al menos, Hieronymus no murió así. Parecía que el público de la sala, tras la decepción de los cuadros anteriores, esperase alguna novedad que aportara a la sesión la tensión que faltaba.

Ninguno de los compradores de la sala pasaría nunca hambre ni miseria. Él tampoco la había pasado. Pero si tan terrible era la miseria económica, lo era mucho más la espiritual. Alguien era capaz de cualquier cosa por obtener aquel cuadro perdido de El Bosco, ya fuera por ambición personal, ego o ambas cosas. Un cuadro desconocido del pintor holandés podría alcanzar, en una subasta como aquella, cifras astronómicas. Demasiado dinero.

Un pequeño aumento del pujador telefónico sobre el precio de salida del *Gaitero*, situado en un millón de dólares, fue correspondido con una subida de Fiori. Eran los tanteos iniciales, ya que se intuía el interés de otros compradores. Porque, cuando se esperaba una oferta más por teléfono, fue uno de los dos japoneses el que situó la puja en doscientos mil euros más. Fiori superó en seguida la cifra, arrancando los primeros murmullos de la sala, ávida de emoción, y que como un animal de cien bocas y doscientos ojos no perdía ripio de los movimientos. Los que siguieron fueron semejantes a la subida de una escalera llena de empinados escalones, trechos de miles de dólares, un mano a mano entre Fiori y el pujador del teléfono. Javier se percató de que algo raro estaba pasando cuando, lejos de las palabras del director de la subasta, del cartelito de Fiori y del rostro y la boca del que empuñaba el teléfono, se fijó en la cara de Raquel. No era una cara relajada, sino tensa, preocupada. Había detectado algo extraño, algo que no marchaba como esperaba, quizá el rostro de Fiori, que tal y como se percató el español, lejos de estar inquieto y nervioso, parecía disfrutar. Miró de nuevo a Raquel, que no dejaba de observar al italiano, y comprendió. El marqués iba a ser objeto de su propia trampa, y en realidad era Fiori el que le iba a gastar una jugarreta en el

último momento. Raquel lo había intuido así, pensó Carreño, que asistía a aquella ceremonia del despiste pensando que el mundo del arte se había complicado demasiado en los últimos tiempos y que, en el fondo, aquel no era su ambiente.

Fiori había realizado una última oferta, subiendo hasta los dos millones de dólares, en un intento, según parecía, de distanciarse de su principal competidor y quedarse con el cuadro. Hubo un instante de suspense, aunque a tenor de las respiraciones de Raquel, lo que iba a suceder estaba cantado. Aquel era el último cebo y el marqués lo mordió. Subió trescientos mil dólares. Fiori hizo un ademán, un movimiento como para continuar el suspense y renunció. Se le veía feliz, con una sonrisa en los labios, a pesar de que, aparentemente, había perdido la puja. Javier distinguió un sudor frío en la cara de Raquel, cuyo rostro, a pesar del maquillaje, había perdido el color. Había comprendido la jugada y no podía hacer nada para evitarla. Entonces, Javier cazó una mirada del italiano a la marquesa. Era una mirada de disculpa, de decir: «lo siento, no era nada personal contigo». Raquel, sin embargo, estaba alterada, rabiosa.

Los vendedores, la casa de subastas y el público estaban gozando, aunque los primeros lo hacían por razones mucho más prácticas. El

precio ya no se movió, y el cuadro fue adjudicado al pujador telefónico. Javier imaginó la cara del marqués al otro lado del hilo. Cuando el mazo cerró la operación y se desataban los comentarios y murmullos, Javier sintió que Raquel necesitaba su ayuda.

Mientras los operarios se llevaban el cuadro recién subastado del atril y lo sustituían por el último, y antes de que el maestro de ceremonias comenzara la descripción de la nueva obra maestra, Raquel se levantó y abandonó la sala. Javier la siguió con la intención de hablar con ella, en un sitio a salvo de miradas indiscretas. Intuía que estaba pasando un mal momento. Y además le había intrigado el abogado italiano, quería obtener más información.

—Lo siento, tengo que ir al lavabo, no me encuentro muy bien —le dijo ella cuando se lo encontró en el pasillo.

Javier la dejó partir. Iba a decirle algo obvio sobre el que juega con fuego, pero se compadeció. Su sacrificio no había servido de nada. Había sido un peón en la partida de otros jugadores. Carreño sintió un poco de asco por aquel mundo que, definitivamente, no era el suyo. Volvió a su asiento.

—Creo que tengo que quedarme un rato, intentaré hablar con la marquesa. ¿Podrás

llevar tú solo el reflectógrafo? —preguntó a Flebus—. Nos vemos en casa de Herbert. Tomaré el tren y llegaré lo antes posible para ayudarte.

*

Septiembre de 1584

Sacra, católica majestad:

No ha mucho tiempo, en 1581, que viajé a esta ciudad de Praga, nombrado para ello embajador de su católica majestad, y en ese servicio me afano cada día, ya que si por mí fuera, mandara mudar este destino, dado que casi desde el momento en el que llegué no ha faltado semana o mes que no lidiara en controversias con el sobrino de V. M., el rey de Bohemia y emperador Rodolfo II de Habsburgo, lo cual no me produce más que descontento, dado que siendo yo un enviado de

vuestra señoría no debería haber recelos, cortapisas o dobleces en las relaciones entre los dos reinos y sus soberanos, y ruego al cielo que no se produzcan más, pero amante de la cordialidad y la paz como soy, no puedo por menos que pleitear cuando compruebo que su majestad Rodolfo II se interesa más por las artes que por la política europea y la defensa de la fe católica, virtudes y preocupaciones que son las de la Corona española.

Bien sabe V. M. que soy partidario de las ideas del filósofo Ramón Lull y que también me gusta el arte, como coleccionista y aficionado, sin llegar al conocimiento profundo que V. M. ha largamente demostrado: a lo largo de mi vida he intentado favorecer a los genios de las artes pictóricas, adquiriendo muchos cuadros y promoviendo también a los pensadores de las nuevas corrientes filosóficas. El caso del emperador Rodolfo II es particular a este respecto, dado que es de todos sabido en la corte que demora en despachar asuntos que le atañen, sobre relaciones con parte de sus estados o con los

estados limítrofes, y eso a pesar de la gravedad de muchas situaciones, que requieren una atención inmediata.

Y mientras esto acontece, el emperador se encierra con alquimistas o gentes que dicen serlo y no presentan credencial ninguna o con pintores con los cuales pasea por su galería privada, departiendo sobre moda, tendencias o experimentos de color. En el Hofburg, de la capital Viena, desde donde se trasladó la corte a Praga tras la epidemia de peste de 1583, el emperador del Sacro Imperio Germánico comenzó a reunir una importante colección de obras de arte, más de mil, se dice, y quinientas esculturas, un millar de obras de fina artesanía y objetos naturales. El emperador está llenando el ala norte del castillo de Praga, aunque no le importa la cantidad, sino la calidad de sus colecciones, donde posee obras de insignes artistas como Leonardo da Vinci, Rafael, Tiziano, el Veronés, Tintoretto, Durero, Cranach, Holbein, Brueghel y algunas de Jerónimo Bosco, aunque no se conoce si son cuadros que le donara

o vendiera su hermano Ernest, regente de los Países Bajos.

También las de los artistas que trabajan para él: Bartholomeus Spranger, Hans von Aachen, Joseph Heintz, el escultor Adrian de Vries, el grabador Egidius Sadeler, el lapidario Miseroni, y las de otros que están en el servicio en la corte: Giuseppe Arcimboldo o Jan Brueghel, apodado «el Terciopelo». Asimismo, se habla de su especial relación con piezas artísticas construidas con piedras preciosas. Una corte de cuarenta pintores y escultores venidos de toda Europa trabaja en el castillo—palacio Hradcany.

Todas estas cosas, que sirven para el deleite y el prestigio de los reinos, no deben descuidar, como el emperador hace, eterno diletante, su tarea de gobierno, y parece no gustar siquiera de sus semejantes, empeñado como está con sus alquimistas en lograr la consecución de la Magna Obra. Se habla, y los aduladores lo publican a los cuatro vientos, que con Rodolfo II ha hecho su aparición un nuevo Hermes Trimegisto,

quien como piedra imán atrae a sí a los maestros y adeptos de la misteriosa ciencia, y también charlatanes e impostores, que el médico de la corte, Thadeaus de Hayec, asimismo matemático, astrónomo, botánico, alquimista y conocedor de los textos herméticos, se encarga de desenmascarar. Porque todos los alquimistas, cualesquiera que fuesen su país y condición, tienen en esta corte la seguridad de ser bien acogidos e incluso recompensados con largueza cuando en presencia del emperador ejecutan un experimento digno de interés.

Parece ser que comenzó a conocer la alquimia en los ocho años que pasó en España, en vuestra corte, y recibió de los alquimistas españoles las primeras lecciones de la secreta arte egipciaca, conocimiento en el que continuó al llegar a Viena. En la lista de sus cortesanos se puede encontrar a varios destilatores.

Valga todo este preámbulo para relatar a V. M. de la manera que trascurre aquí la vida en la corte y mis difíciles

relaciones con el monarca, de tal guisa que no osaría preguntarle directamente por la obra de El Bosco en la que V. M. está interesado. He inquirido, para saberlo, a alguno de los pintores que sirven en el palacio de Hradcany, como Bartholomeus Spranger, pintor oficial «heredado» por Rodolfo II después del fallecimiento de su padre Maximiliano II. El emperador gusta de muchos pintores flamencos, y de algunos de ellos, incluido el afamado Bosco, parece que las tiene colgadas en sus cámaras secretas, que él comparte con muy pocos bajo el juramento de guardar secreto absoluto. En una, donde realiza sus experimentos, vestido enteramente de marrón, como los alquimistas, almacena libros de alquimia, grabados y cuadros del gran arte de los símbolos pictóricos.

Según parece, en su cámara privada se encierra con su amante Catalina Strada, y muy bien pudiera ser que en los cuadros que decoran esa estancia secreta también pudiera hallarse la pintura sobre el Jonás que buscáis, pero en ese caso

la confirmación solo podría partir del círculo íntimo del emperador.

Intentaré averiguar algo más a través del alquimista y mago inglés que acaba de llegar a esta corte desde Polonia, John Dee. Ayer estuve con él y otros caballeros y me comentó, al saber que era el embajador de su majestad, que tuvo el honor de conoceros en Inglaterra, con motivo de vuestros esponsales con la reina María Tudor, en 1554, ocasión en el que le regalasteis un espejo negro de obsidiana, regalo por el cual os está muy agradecido, pues ha utilizado el espejo en innumerables ocasiones y lo ha perfeccionado para lograr contactos con los seres angélicos. Dee ha sido recibido varias veces por Rodolfo II, con quien se encierra en su cámara durante horas. También ha mantenido muchas conversaciones con otros alquimistas, entre ellos Guillermo de Rozmberk, señor de Trebona, gran mecenas, al igual que su hermano Peter.

Sé, como manifestó en una carta V. M., que es en verdad incrédulo destas cosas, aunque no es malo serlo, porque si

en el empeño de la magna obra no saliese la transmutación buscada, no se sintiese tanto.

En próximos correos indicaré a V. M. si mis pesquisas llevan a buen puerto, para que pueda que se haga obra: agradezco la atención de su V. M. cuando dispone que dinero anda al cabo.

De vuestra sacra católica real majestad humildísimo y obligadísimo servidor y vasallo que sus manos besa,

El embajador en esta corte de Praga,

Guillén de San Clemente

*

Esperó a Raquel en la puerta del lavabo de señoras. Estaba solo en el pasillo, como ella, a su vez, debía de estar sola dentro, un tiempo a todas luces excesivo. Cuando estaba a punto de abrir la puerta, se oyó una llamada de

teléfono. Raquel descolgó tras unos cuantos timbrazos, y Javier imaginó cómo se había repuesto para poder contestar.

Aunque bajó la voz, Carreño percibía un tono de disculpa y súplica, y algunas palabras sueltas, como «te estaba llamando», «déjame explicarte», «yo hice lo que debía», «seguí tus instrucciones». Parecía evidente que se trataba de su marido, el marqués, que acababa de comprar un cuadro que no quería. Era como para estar furioso. De esperar sacar una comisión de doscientos mil a tener que desembolsar más de dos millones de dólares. De todas maneras, la conversación no duró mucho. Cuando salió del baño, Raquel se sorprendió al ver a su ex amante. Este aprovechó el efecto de la sorpresa.

—Veo que a tu marido no le gusta perder. Y ha sido una buena cantidad.

—Nada que no pueda afrontar. Y además, creo que llegará a un acuerdo con el vendedor, que es amigo suyo. Tendrá que pagar la comisión a la casa de subastas, pero no creo que acabe desembolsando todo ese dinero.

—Pero el asunto te afectará, supongo...

—Nunca sabemos qué sorpresas nos depara la vida. El caso es que estoy harta de este tipo de operaciones.

Era confesión de práctica repetida,

explosión de rabia que se dirigía contra sí misma. Controladora y transgresora, le disgustaba ser manipulada, aunque supiera que todo tenía un precio, y así lo exigían sin duda su nivel de vida y sus acuerdos con el marqués.

—Lo siento, cielo, tengo que verlo. Aún es mi marido.

—Entonces, ¿te vuelves a Madrid?

—No, Javier, el marqués está en un hotel de Ámsterdam, en mi habitación. Vino para esta subasta, pero no quería estar presente. Pensaba que si lo hacía, Fiori habría sospechado. Pero está claro que nos ha ganado por la mano.

—Por cierto, ¿cómo se llama el propietario del cuadro?

—¿El de la subasta? Christian de Boer. ¿Por qué?

—Por nada. ¿Estaba en la sala?

—No, es demasiado viejo. Deja de hacer preguntas. Ven, vamos a tomarnos una copa, lo necesito.

Javier quiso creer que Raquel necesitaba su compañía y su consuelo, esa clase de papel que un caballero está siempre en disposición de aceptar, y la acompañó al primer *pub* de las cercanías, donde ella pidió un whisky, que apuró rápidamente. Todo su entusiasmo con el

Jonás se había desvanecido ante la jugarreta sufrida. A pesar de sus tribulaciones, aun tuvo tiempo para bromear.

—No eres el único al que se le chafa todo. ¡Vamos a brindar por los fracasos! También me pasa a mí últimamente. Y además, juraría que te has enrollado con la japonesa. Ya no me miras como antes, con ese deseo.

Para miradas estaba Carreño, que bastante hacía con intentar permanecer sereno ante la velocidad de los acontecimientos. Por eso rechazó con amabilidad la copa que le proponía su amante. Se dio cuenta de que subestimaba a Raquel, que se había rehecho pronto de aquel leve contratiempo que había representado para ella sentirse utilizada. No necesitaba ningún hombro para recostarse, ni tampoco estaba en un estado de debilidad sinceradora. Aunque Carreño preguntó por Fiori, no obtuvo ninguna información sobresaliente.

—*¡Porca miseria!* No es ningún portento; mucho diseño italiano, pero del montón. Y, por lo que se ve, retorcido como los negocios de la mafia que lleva. Mal personaje, ya se lo decía yo al marqués. En fin, así es la vida.

—¿Y no le habrás contado nada, a él o a nadie, sobre el *Jonás?* —Al mismo tiempo que lo estaba diciendo, Javier se arrepentía.

—Pero, ¿por quién me tomas, Javier? Te lo

perdono, los dos no estamos hoy como deberíamos, más bien parecemos desenfocados. Me voy, cuídate. Lo que me has contado antes no me gusta nada. Pero ahora tengo otros problemas que resolver. Te llamo si me quedo en Ámsterdam o tengo ocasión. Pobre, tantos sueños desvanecidos...

La marquesa salió dejando a Javier Carreño con un beso rápido en la boca y sumido en el desconcierto. Era demasiada información en pocas horas, acumulada con la del día anterior. Aquel carrusel parecía haber alcanzado un ritmo frenético. Necesitaba pensar, buscar relaciones y motivaciones. Como en las novelas negras, tenía que recapitular todo lo vivido, ordenarlo, seguir las pistas que sin duda estaban allí, flotando ante sus ojos, averiguar cuál era el buen rastro y sacar alguna conclusión lógica. Estaba seguro de que un análisis detallado, semejante al que hacía cuando tenía que peritar cuadros, le daría las claves de lo que estaba pasando y qué se podía esperar de los siguientes movimientos. Pero, a diferencia de los estudios artísticos, que podían llevar semanas o incluso meses, necesitaba las conclusiones rápidamente, porque el peligro acechaba. Peligro de todo tipo, no solo físico. Peligro de ser arrollado por los acontecimientos, de no lograr sus objetivos, de no aparecer como el descubridor del cuadro desaparecido. Peligros

inciertos e indeterminados y precisos y concretos, miedos que no ayudaban precisamente a pensar con claridad. Lejos de la lógica y de los datos que no admitían réplica, una convicción se iba abriendo paso en su cerebro, y era que el causante del asalto estaba muy cerca, posiblemente en la sala de subastas. Volvió al edificio de Sotheby's y se asomó de nuevo a la puerta de la sala. Había comenzado la subasta de lotes de porcelana dorada y fina cristalería de Bohemia. Algunas personas habían abandonado ya el recinto, como Flebus. Tampoco divisó a Fiori, ni a German Blank, y fue su amigo Gonzalo, que continuaba con su colega Van Marteen sentado en un lateral, aparentemente distraído, el único que le devolvió un saludo con una leve inclinación de cabeza cuando enfiló la puerta para irse.

Algo le decía que no debía confiarse a él, por amigo que fuera. Demasiadas incógnitas en el aire; lo vivido le decía que tenía que ser cauto. Ya en la calle, camino de un tranvía que lo dejara en la Estación Central, Javier seguía cavilando. La clave debía de estar en algún detalle pasado por alto,' en un dato computado por su cerebro, pero oculto en la maraña de acontecimientos que se habían precipitado en las últimas semanas. Se daba cuenta de que sus preocupaciones habían comenzado hacía menos de un mes, en concreto desde la vuelta

del viaje de Lisboa y la exposición de Himiko. Le parecía haber vivido más de tres meses, y no había transcurrido ni uno. El tiempo, elástica sensación que atenazaba el corazón y el cuerpo, sustancia que se metía en la sangre y los pulmones, como el aire, como el miedo. Otra vez aquella turbadora y paralizante sensación, esa opresión sobre los hombros, instintiva respuesta del cuerpo ante lo desconocido, el peligro acechante. Volvía la cabeza cada cierto tiempo. En el tranvía, con el semblante serio, controló a todos los pasajeros que se montaron con él y en cada una de las siguientes paradas. ¿Por qué ese erizarse de la piel, ese estado de prevención, de gato asustado ante el agua?

Aunque no creía demasiado en la intuición, lo vivido con Jerónimo e Himiko en aquel período le había hecho ser precavido. Seguramente el cuerpo y la mente registraban cosas que escapaban a la lógica, el inconsciente trabajando todo el tiempo, y solo si se le dejaba aflorar, con la práctica suficiente, podían utilizarse sabiamente sus mensajes. Y si el inconsciente trabajaba siempre, en situaciones de máximo peligro o estrés, sus mensajes se multiplicaban. Javier tenía una rara sensación encaramada en la garganta, algo que le hacía apresurarse por los pasillos de la estación, sacar el billete y situarse en el andén camino del pueblo de los

molinos. Todo ello desconfiando de rostros y personas, presto a salir corriendo ante cualquier eventualidad. Quizá era su propia paranoia, ese inconsciente que lo avisaba, pero sintió que Jerónimo e Himiko estaban en peligro. ¿Por qué había dejado solo a Flebus? El riesgo estaba muy cerca, sentía erizarse la piel.

Aquella misma noche debían hablar con la Policía. En la Estación Central, miraba al puerto de Ámsterdam mientras esperaba el tren que en unos minutos saldría en dirección Róterdam con parada en Koog Zanndijk, la más próxima a Zaanse Schans, de donde tendría que andar unos quince minutos para llegar a la casa, en las orillas del lago Dijk, frente a los molinos. Aquel era el país del agua y los canales y, tal vez por asociación, le llegó el recuerdo de la adivina y de sus predicciones con las cartas. Recordó unos párrafos de *La tierra baldía*, poema que le había impresionado tanto en su juventud como para aprendérselo de memoria:

Del escombro y la piedra ¿qué raíces vivirán?

¿Cuáles ramas crecerán? Solo

Mil imágenes que el sol rompa...

Elliot, El Bosco, magos prodigiosos, maestros del arte de la transmutación. Otra adivina, Madame Sosostris, había realizado para el poeta una tirada de las cartas del tarot, parecida a la suya:

Aquí hay un hombre con tres bastos, y aquí la rueda,

y más acá el mercader tuerto y esta otra

que no lleva número, lleva algo sobre sus espaldas,

algo que me está prohibido ver. No está aquí

el ahorcado. Cuidado: acecha la muerte en el agua.

Siempre colgado, entre dos reinos, sensación sutil de no pertenecer en el fondo a ninguno, como aquella tierra vigilante para no ser engullida por las aguas. En el vientre de la ballena de aquella historia, Javier sentía que la adivina tenía razón. No solo estaba colgado en su interior, también en lo externo, a ras de la masa acuática que a veces rizaba un fresco viento del norte.

«Vaya, esto se ha convertido en una

novela de misterio, emoción e intriga —pensaba—. El desconcierto ha hecho presa de la nave. Pero cuánto tarda este tren, por Dios...».

Se tranquilizó cuando entró en la casa y vio a todos concentrados en el análisis del reflectógrafo. Flebus había colocado la cámara infrarroja frente a una de las tablas, los focos en el ángulo adecuado, y estaba procediendo a los últimos barridos, que controlaba por la pantalla del ordenador. El ambiente era serio, reconcentrado.

—¿Por qué esa cara? —preguntó Himiko—. Estás agitado, ¿has corrido?

—¡Uf! No sé, tenía un extraño presentimiento. Debo de estar volviéndome como vosotros. No habéis notado nada raro, ¿verdad? ¿Ningún vehículo vigilando la casa?

—No, todo está tranquilo.

—Voy a cambiarme, estoy todo sudado.

—Seguro que no has comido, aunque ya sea casi hora de cenar aquí. Ven a la cocina —dijo Himiko—. He improvisado algo con lo que había en el frigorífico.

—¿Y por qué esos presagios? ¿Hay algo que debamos saber? —preguntó ella mientras le servía un arroz con pescado y ensalada. Su mirada seguía siendo fría, distante, a la

defensiva.

—No sé, demasiada gente en la sala de subastas a la que, casualmente, he visto estos días. Estoy seguro de que significa algo. Y luego Raquel, la marquesa, con esa extraña jugarreta.

—¿Cómo?

Tuvo que contarle, grosso modo, lo ocurrido. La conclusión de la pintora fue tajante.

—No me da ninguna pena esa amiga tuya. Tiene lo que se merece. En mi opinión, no son más que un grupo de podridos ricos que se aburren. En el fondo, gente despreciable que utiliza el arte para potenciar su ego o su hombría. Me producen más bien repulsión.

Las últimas palabras las había pronunciado como si fuera una sentencia, tras lo cual salió de la cocina, donde en ese momento entraba Jerónimo, que sorprendió su gesto.

—¿Algo no va bien? —preguntó el viejo.

Javier no respondió.

—No le hagas mucho caso cuando se pone así. A veces es muy orgullosa, tarda en perdonar cuando se siente ofendida. Es uno de sus pocos defectos.

«La soberbia, pues», pensó Javier, como si encajara las piezas de un puzle. De momento

no le prestó más atención. Su cabeza daba vueltas, repasaba datos. De pronto tuvo una idea. Se les había pasado un detalle por alto que podía ser importante.

—Jerónimo, ¿cómo se llamaba el coleccionista al que Herbert le habló del cuadro?

—Creo que un tal Christian de Boer, si la memoria no me falla. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Volvamos a la faena.

—Esto es interesante... ¿Qué tabla habéis puesto? Voy a necesitar más capacidad de disco duro —decía Flebus cuando Javier llegaba a la sala que hacía de taller—. Es un modelo antiguo, y si queremos máxima resolución, tendremos que utilizar otro disco. Este reflectógrafo es para piezas más pequeñas.

«Acabo de oír ese nombre... claro, ¡lo sabía!», pensó Carreño, triunfante y angustiado. Era el marqués. Allí estaba la conexión. El coleccionista era la persona para la cual el aristócrata había preparado el cebo de la subasta. La solución al misterio estaba cantada. El comentario de la tienda para que la visitara Raquel, su presencia en Ámsterdam... Había indicios, pistas coincidentes que no había sabido ver.

Iba a gritarlo a los demás, pero un instinto

de prudencia le hizo callar de momento. Flebus estaba en plena operación y parecía decirle algo... Aquel descubrimiento significaba que estaban en grave peligro. El marqués necesitaba la tabla de El Bosco para poder hacer frente a su crisis financiera, incrementada con la compra del otro cuadro. Era urgente llamar a la Policía y poner la tabla a salvo.

—Javier, ¿me oyes? Necesitamos mi ordenador —urgía Flebus—, el que está en mi barco, en el salón, para utilizar también otro disco duro. Ayúdame y lo traemos todo —le pidió Flebus.

Como un autómata, pensando que el tiempo apremiaba, y de lo que iba a decir a continuación, Javier siguió mansamente al libanés. En el jardín, llegando al muelle y a punto de abordar el barco, distinguieron una embarcación amarrada al pequeño muelle, y Flebus hizo un gesto hacia su acompañante.

En ese instante, un segundo antes de que surgieran aquellas figuras de la oscuridad, fue cuando el español sintió la amenaza, una descarga que le recorrió toda la espalda desde la nuca. Demasiado tarde, pensaría luego. ¿De qué sirve el raciocinio si no aciertas a tiempo con la solución del enigma, o el instinto si solo te avisa del peligro segundos antes? Aunque quizá aquello le preparó el cuerpo y le hizo

soltar una voz que, fuera de contexto, hubiera podido resultar ridícula. También Flebus había gritado para alertar a los que se hallaban en el interior de la casa.

Vestidos de negro, los mismos asaltantes de la carretera se les abalanzaron. El jefe aguardaba detrás. No habían entrado por la puerta que daba a la Hogstraat, sino por el lago. Los últimos metros se habían acercado con sigilo en aquella motora, seguramente a remo, para no ser detectados.

No hubo contemplaciones. Los matones blandían pistolas eléctricas paralizantes que utilizaron sobre los dos cuerpos sorprendidos por el ataque. Cuando caía al suelo, las patas otra vez por el aire, Javier vio cómo el jefe de los matones, con un esbirro, llegaba a la puerta del jardín, que Himiko había logrado cerrar.

Sintió el peligro, la insana energía del miedo, los lodos negros que ensuciaban la mirada. En ese momento estaba bajo los efectos de una descarga de miles de voltios. Todo su cuerpo parecía haber sido golpeado con una maza, sometido al peso de varias toneladas. Le faltaba el aire y la fuerza incluso para respirar. El corazón comenzó a bombear sangre, mientras que los músculos intentaban salir de su parálisis. Dos de los esbirros los habían inmovilizado en el suelo, presionando

su cabeza y tronco contra la hierba. Advirtieron en un correcto inglés: —La descarga eléctrica paraliza durante unos segundos. No nos obliguen a utilizarla más y quédense quietos.

Los asaltantes intentaron forzar la puerta acristalada de la casa que daba al jardín, pero finalmente tuvieron que romperla. Ya dentro, su acción fue rápida. Se veía que estaban dolidos por el fiasco anterior y no querían repetir errores ante los aficionados que los habían engañado. Arrinconaron a los dos viejos e Himiko frente a una pared. Un guantazo de uno de ellos arrebató el teléfono móvil de las manos de la pintora.

—No queremos hacer daño a nadie, pero tampoco queremos sorpresas. ¡Vamos, los teléfonos! —dijo el jefe de los asaltantes arrancando los cables eléctricos, el *router* y la conexión telefónica. Localizado el cuadro, llegaron al atril y lo liberaron de las sujeciones del reflectógrafo que, fruto de sus empujones, dejó de funcionar.

Solo habían pasado unos minutos, que parecieron eternos, pero todo estaba consumado. El jefe estaba a punto de advertir algo cuando un estruendo del exterior le hizo reaccionar.

En el jardín, rodando por el césped, soltando golpes, Fiebus, recuperado de su

descarga, se había revuelto del suelo y se las veía con los dos esbirros, que intentaban hacer uso otra vez de sus pistolas. La pelea continuó hasta el muelle. Se oían gritos, exclamaciones de esfuerzo y golpes cuando Javier, dolorido, se incorporaba. Le dio tiempo a advertir cómo caían los tres cuerpos al agua. El comisario no pudo explicar si fue empujado por los que salían de la casa con el cuadro o fue su propio e incontrolado impulso; el caso es que cayó también al lago. Los movimientos de los atacantes fueron ya nerviosos, acelerados, intentando dejar cuanto antes el escenario de la refriega. Ayudaron a subir a sus dos compañeros al muelle y acto seguido, acomodado el cuadro en la motora, cubierto por una tela impermeable, subieron y encendieron el motor. Himiko los vio alejarse a toda prisa en dirección a Ámsterdam. Asomada a la puerta del jardín, cuando salió se encontró con que Javier chapoteaba en el agua, con un bulto inerte al lado.

Aquel bulto era Flebus. Javier estaba a punto de sucumbir. Sus brazos apenas lo sostenían, con movimientos espasmódicos. Tenía los pies de plomo, agarrotados, fruto del efecto de la pistola o de un corte de digestión al caer a las frías aguas del lago. No podía gritar, ya que la boca abierta era para respirar un aire que le faltaba, intentando expulsar el agua que había ingerido. Gracias a Himiko,

que le agarró de los hombros, pudo con un esfuerzo titánico subir al muelle y luego rodar por la hierba.

Entre Himiko y Jerónimo, que había salido también, subieron el otro cuerpo a la hierba. No tenía pulso: el corazón no latía. Llegó Herbert y cuando distinguió a su hijo tendido, comenzó a llamarlo con angustia. Himiko intentó hacerle el boca a boca, pensando que podría reanimar al ahogado. Pronto se dio cuenta de que no había nada que hacer. Un golpe le había partido el cuello, como Goudstikker en el 40 al caer por la escotilla.

—¡Rápido, hay que llamar a una ambulancia! —exclamaba Jerónimo, que interpretaba como muy grave la cara de desolación de su nieta. Herbert continuaba llamando a su hijo y lamentándose.

—Se han llevado los teléfonos.

—El mío no, está en la chaqueta, colgada en la entrada. —Javier, sentado, con calambres, quería levantarse sin éxito y palpaba el suelo en busca de sus gafas.

La joven partió hacia la entrada. Desde allí se oyó su llamada en inglés a urgencias, tras consultar el número en Información. Cuando llegó, llevaba una manta para envolver a Javier.

—Les he dicho también que avisen a la

Policía.

—Tendremos que decirles además cuando lleguen que nos han robado el cuadro —decía Javier.

—No, en realidad, se han llevado mi copia —respondió Jerónimo—. Cuando oímos los gritos, y mientras Himiko cerraba la puerta, Herbert y yo cambiamos la tabla en el atril. Si hubieran buscado más, la hubieran encontrado tras los embalajes del reflectógrafo.

Se hizo un pequeño silencio que parecía eterno, punteado por los lamentos angustiados del anticuario holandés. Javier, que había encontrado sus maltrechas lentes miró en su dirección.

—No sé si todo esto valía una vida humana.

—Tienes razón, Javier, nunca me lo perdonaré.

—Debíamos haber avisado a la Policía, a pesar de que eso significara no llevar el cuadro a España. Iba a decirlo cuando he descubierto la conexión que faltaba. El coleccionista holandés que le dio sin duda el chivatazo al marqués.

—¿Cómo? —La pregunta había salido a la vez de Himiko y Jerónimo, que habían comprendido.

—Y ahora habrá que contarlo todo. Vaya

papelón —seguía Javier mientras pensaba en su amigo Gonzalo y en la carta de dimisión que tenía el director del Museo del Prado. Ya se veía despedido, aunque en cualquier caso era lo de menos. Los miedos son relativos. Siempre puede haber una causa mayor a la que temer.

Raquel llamó en ese momento. Javier, desde luego, no estaba para contestar, pero lo descolgó Himiko al ver el nombre de la mujer en la pantalla.

—¿Está Javier? ¿Quién es?

—Ahora no se puede poner.

—Tú debes de ser Himiko. ¡Rápido, debéis iros de allí, estáis en peligro! Creo que van a por el cuadro.

—¿Cómo que vienen a por el cuadro?

—Dile a Javier que se ponga. Me resultará más fácil explicárselo a él.

—¿Estás bien, Javier? Toma, tu marquesa. Nos quiere avisar de que vienen a por el cuadro.

—A buenas horas. —La cara de Javier viraba al blanco.

Por primera vez Herbert levantó la cabeza, consciente de que esa llamada era algo importante. Jerónimo le dijo algo al oído, seguramente traduciendo.

—¿Qué pasa, Raquel? Ya sé que es tu marido quien está detrás de todo esto. La pena es que lo he deducido demasiado tarde. ¿Cómo lo sabes tú? —preguntó Carreño, aunque en realidad la cuestión era: «¿Estás también en el asunto?»

—He oído una conversación suya por teléfono que me lo ha hecho entender, pero, como si desconfiara, no me ha dejado sola hasta ahora, que le acaban de llamar. Está en la habitación de al lado. Y grita, maldice.

—Sus esbirros acaban de atacarnos para quitarnos el cuadro. Y han matado a Flebus. Esto se ha complicado. La Policía está de camino. Se va a descubrir el pastel.

—Pero... ¿Cómo? ¿No decías que no teníais el cuadro?

—Te mentí, no me fiaba de ti. Ahora, ¿qué importa eso?

—¿Y cómo ha sido?

—Nos paralizaron con pistolas eléctricas. Pero Flebus se revolvió, lucharon y cayeron al agua, y se golpeó en la nuca con un palo del muelle.

—Entonces... entonces...

Raquel enmudeció. La noticia la había cogido por sorpresa.

—Tendré que contarle a la Policía lo que

me has dicho.

—Pero eso es terrible...

No se sabía si lo decía por el hecho en sí o por el escándalo que supondría. El miedo es libre.

—Hablaremos, sin duda en breve nos veremos en la comisaría... —dijo Javier antes de colgar.

Herbert, con un ataque de ansiedad, sollozaba y al tiempo preguntaba qué pasaba. Jerónimo se lo relató y le comunicó el nombre del responsable del asalto, la identidad de su *promotor.* La cara del viejo holandés se crispó. Empezó a maldecir. Todos temieron que le diera un ataque que lo fulminara allí mismo. Era imposible apartarlo del cadáver y también hacerle callar, lanzando imprecaciones hacia lo alto, exclamaciones que se perdían entre la oscuridad y el agua. Al fin, Jerónimo consiguió quitarle la visión de su hijo muerto y llevárselo hacia una esquina. Himiko había ido a por una sábana y cubierto el cuerpo. Javier continuaba allí, sentado en la hierba, mojado, con el teléfono en la mano, sin saber qué hacer. Todo se le venía encima. Buscando la gloria, lo único que había encontrado era la ruina.

Por eso se sorprendió cuando, algunos minutos después, Jerónimo llegó a su altura y le habló: —Javier, es importante que me escuches. Herbert no quiere contárselo de

momento a la Policía. Es posible que el marqués destruya el cuadro para eliminar el móvil. Herbert quiere vengarse y que le pillen con las manos en la masa. Así que vas a llamar a esa mujer y le vas a proponer un trato con su marido. Eso quiere decir que no debes contar nada cuando lleguen los agentes. No vamos a decir que conocíamos a los asaltantes, tampoco sabemos por qué lo hicieron. Esconderemos la tabla auténtica. Es fácil, la colgaremos en las paredes, es la casa de un anticuario, pasará inadvertida. Y si nos preguntan, diremos que es una copia sin mucho valor.

Javier no replicó. Necesitaba pensar, descansar, alejarse de aquella pesadilla. No tenía ganas de aquella ocultación, más bien de contar lo que sabía y de que se ocupara alguien, pero la visión de aquel cuerpo inerte al lado disipó las fuerzas para oponerse. Con las últimas que le quedaban, llamó a Raquel.

—No me preguntes nada, la cosa urge. Dile a tu marido que de momento no contaremos nada del cuadro si paga una buena cantidad por lo ocurrido. No se va a ir de rositas. Con que diga «sí» es suficiente. Ya te llamaré cuando salgamos de todo el lío y podamos fijar una cita.

La policía apareció al poco tiempo. Himiko cuidaba de Javier, que tiritaba, cubierto con

una manta. Carreño solo veía la muerte, enorme, inabarcable, como respuesta a sus tribulaciones. Muerte concisa, inapelable.

Siguió en ese estado de *shock*, que le permitía encerrarse en sí mismo, en la ambulancia, camino del hospital. Se sorprendía de la sencillez de sus razonamientos, de la simplicidad de las cosas. Estaba tocado por la convicción de que todo había sido anunciado, prevenido por las cartas y la adivina. Había reconocido una de las claves de su existencia, que se desplegaba ante él de la manera más natural: el miedo a la muerte. Allí, tumbado en la camilla, estaba el cadáver de Flebus. Esta vez la muerte solo lo había rozado con sus gélidos dedos.

*

El miedo, todos los miedos. La vida, un monográfico sobre la congoja, recelo del vivir que no tiene remedio, panacea imposible contra las garras del alma. Miedo que esclaviza, rejas que pueden ser de oro, pero que impiden ser libre, volar sin plomo en las alas, sin lastres, temores que nos atan a la tierra, que nos entierran en vida. Acaso esa novela que debiera escribir tendría que versar sobre el miedo y el sufrimiento del hombre

desde los albores de la civilización, desasosiego que llega desde el fondo de la noche de los tiempos, de las cuevas donde se refugiaba el ser humano, primero sin fuego, luego con la llama para espantar las tinieblas, las sombras de la noche. Miedo a lo oscuro, espantos de lo desconocido, lo que puede proporcionar dolor y muerte.

Miedo medieval, al fin del mundo y al castigo divino, la muerte después de la muerte, el vacío sin Dios, los tormentos de un infierno infinito y perdurable por el fin de los tiempos. Miedo que El Bosco conjugaba en su paleta, temores grandes y pequeños, como demonios de andar por casa y diablos sueltos por las calles de los pueblos y ciudades del medievo, el mundo cambiando hacia otras formas, los miedos transformándose con las épocas, anidando en diferente lugar del ser humano, desplazándose por el cuerpo y la cabeza, escondiéndose en diversas zonas demonios corriendo por las venas, instalándose en huesos y arterias, depositándose en tejidos, como la grasa.

Miedo cristalizado en las guerras del siglo XX, sentimiento en estado puro, sembrado como mala semilla a lo largo del mundo, generaciones sacrificadas, miedo sobre miedo; el ser humano lo destilaba en los campos de concentración, círculos del infierno ante los cuales Dante hubiera palidecido. Miedo no tan

distinto del que ya se acumulaba en el siglo XXI, guerras y vergüenzas que siguen, como lazarillos, la huella del hombre en la historia. Miedos lejanos y cercanos, habitantes cotidianos de nuestro ambiente, miedos circulares que rodean, evanescentes e intangibles, anidando, reinando en nuestro corazón.

Miedos que habitan en las pequeñas cosas, que agrandan importancias y volúmenes, ya no solo a la muerte, constante de ese mamífero erguido pretendidamente evolucionado, ni al hambre, sino a conceptos intangibles, como la incertidumbre del futuro, la pérdida de poder adquisitivo, de bajar en la escala y el escalafón social, atemorizados por el desprestigio, miedo aliado con el ego para no perder el puesto, los privilegios adquiridos, las conquistas, los objetos de ostentación. Siempre el miedo detrás del hombre, sombra alargada que es su espejo negro, su punto de fuga, su animal más profundo. Se respira miedo, se masca miedo, se come y bebe miedo, se acuesta uno con el miedo en la misma cama, sale de viaje montado en nuestra chepa, guardado en nuestro maletín.

Misma esencia, angustia ante daño real o imaginario, pavor ante la muerte, fin no por menos inevitable, menos rechazado o negado. Miedo a la pérdida, al amor, a no tener el control, nosotros, que nunca lo tenemos, vana

ilusión. Transformar el miedo, superarlo, misión alquímica que bien vale una vida, o al menos, el intento de una narración.

*

En aquella comisaría de Ámsterdam, Gonzalo Martín no tenía cara de buenos amigos. Estaba cabreado. Aquello parecía para él algo personal.

—No me cuentes nada si no quieres, pero eso sí, no insultes mi inteligencia, no me tomes por idiota. Estás metido en algo gordo y no sé si sabes manejarlo. Esos tipos eran peligrosos.

Javier, intentando coordinar su cerebro, sus manos y sus palabras, le había explicado que no sabía la causa de lo ocurrido. Ignoraba si tenían alguna cuenta pendiente con el dueño.

—Debía dinero ese curioso amigo tuyo. Estaba entrampado. Su padre, el anterior dueño de la tienda de antigüedades, parece fulminado por un rayo. Apenas puede articular palabra. Yo pienso como policía. Te veo con el sujeto en una subasta, y luego, horas después, tras un asalto de unos matones, él está muerto en un lago, en una casa donde hay además un reflectógrafo, aparato que se utiliza

para examinar los cuadros y entre otras cosas, detectar si son verdaderos o falsificaciones. ¿Me quieres decir qué coño hacías allí y qué puñetas está pasando?

—No lo sé. A Flebus me lo presentaron unos amigos, nos caímos bien. Me había quedado en su casa, es decir, en su barco. Y, desde luego, no tenía ni idea de sus negocios. Pero era anticuario, era normal que manejara esos aparatos. De hecho, creo que había ido a Sotheby's a que se lo dejaran.

—¿Y esa japonesa? Dice que está aquí con su abuelo, un veterano español de los campos de concentración... Llegué a pensar que era el que buscábamos, pero hay cosas que no encajan. ¡Y sin embargo es tan extraño...!

—Son los amigos que te decía. Gente encantadora e inofensiva. Yo la conozco de Madrid. Es artista abstracta. Herbert, el padre de Flebus, fue compañero de su abuelo en los campos, de eso se conocían. Hicieron este viaje porque Jerónimo pensó que podía ser el último.

—Ya... El caso es que lo he visto, junto con el padre del anticuario, que está muy afectado. El tal Flebus no tenía antecedentes por tráfico de drogas, ni de obras de arte. Estaba limpio. Con deudas, pero limpio. Tampoco cuadra un ajuste de cuentas. Los colegas holandeses especulan con que fuera una agresión racista,

pero yo no lo creo. Me lo dice mi instinto. Y que te conozco un poco. Sé que no te has metido aposta en esto, más bien te han pillado en medio. Pero haces mal en no confiar en mí, en nosotros. Si estás en peligro, podríamos protegerte y ayudarte.

—La verdad es que no te puedo ayudar, apenas lo conocía, no sé en qué andaba metido, si es que andaba metido en algo.

—Mira, vamos a dejarlo. He hecho como que me he creído tu versión ante la Policía holandesa, y te he avalado. También me ha rogado el director del Prado que te eche una mano si estás en algún marrón, supongo que para que no salpique al museo. Así que te libras de los procedimientos habituales y de una minuciosa investigación por ser amigo mío y por tu puesto. A nadie le beneficiaría un escándalo así. Pero mi sugerencia es que salgas de Holanda en el menor tiempo posible.

—Lo haré en cuanto pueda. Pero antes tengo que acudir al entierro de Flebus y recuperarme un poco, porque estoy muy débil, como ido.

*

Flebas el fenicio, muerto hace dos

semanas,

no recuerda ya el grito de las gaviotas, ni la mar profunda y agitada no recuerda las pérdidas y las ganancias.

Una corriente

bajo el mar llevó sus huesos entre murmullos.

En ascensos y caídas

pasó las etapas de juventud y madurez

internándose en el remolino.

Gentil o judío,

Oh tú que llevas el timón y fijas la mirada en barlovento,

acuérdate de Flebas, que, como tú, una vez fuera hermoso y esbelto.

Más que en *La tierra Baldía*, estoy sumergido por inmersión en las pinturas de El Bosco. Sus criaturas se han escapado del cuadro, me han tomado entero, tienen forma real y se han dispersado y mezclado, cruzándose entre sí y dando lugar a otros engendros, a esos monstruos diabólicos, esas presencias oscuras y malignas que acechan en

la oscuridad e incluso en la luz. ¿Dónde estoy, en qué laberinto? Todo hombre es un náufrago, un superviviente, hasta que le llega definitivamente su hora. La vida —¿quién lo dijo?— es como un sueño divino: acaba al despertarse Dios.

Elegir cualquier escena de las pinturas de Hieronymus, ser un San Antonio, acosado por demonios tentadores, por alucinaciones violentas, agresivas, hirientes. A El Bosco hay que recrearlo desde la intuición, no desde los datos ni desde la razón. Hay que imaginarlo y recrearlo desde la fiebre.

Reconocer, reconocerse en Hieronymus. Eso es lo que siento en el torbellino febril, en la sorprendente inteligencia que me ilumina. Cuanta más sensibilidad en la carne, más sensibilidad en el espíritu. Insoportable lo último, más despiadado, más cruel. Saber que la realidad es múltiple y diversa, que puede atravesarse al otro lado del espejo. Porque hay muchas puertas y ventanas, y si de vez en cuando aguarda un precipicio, más cielos esperan.

A punto de ahogarme, a punto de morir. Mi fiebre es una ola de mar donde flota Flebas el fenicio, el marino ahogado. Debo de tener la misma postura, ondulante entre las corrientes acuáticas: amoldando mi tronco a los vaivenes de las olas, que entran y salen de mi cuerpo,

suspendido del árbol de la vida: colgado.

*

A pesar de que parecía haberse recuperado del *shock*, a Javier Carreño lo asaltaba la fiebre al atardecer. El diagnóstico de los médicos de la clínica a la que acudió era que el estrés y el tiempo que había pasado en el agua le habían producido una neumonía. Que guardara reposo y se guardara de emociones, fue su recomendación, aparte de una serie de antibióticos y medicamentos que el español, rebelde y reacio, solo tomaba cuando se sentía arder. Aquellas noches se poblaron de pesadillas febriles, que poco a poco fueron remitiendo. Himiko lo cuidaba en su propia cama en la casa de Herbert. Su mejora coincidió con el entierro de Flebus, al que asistió. Aquel cementerio de Zorgvliet, a las orillas del río Amstel, estaba lleno de esculturas y piezas artísticas, entre árboles y vegetación. Un curioso paisaje, lleno de tumbas, en cuyo exterior se veían piezas artísticas y objetos con las ocupaciones o preocupaciones de los que allí yacían, cuando tenían vida: máquinas de escribir, guitarras, muñecos, leones orientales, animales. Era un sitio insólito, lleno de sorpresas. Lo esperaba una más. En la tumba—panteón familiar, en la

que estaba enterrada la mujer de Herbert, se levantaba un mascarón de proa de un anterior barco de Fiebus, una efigie que tenía debajo el lema de los argonautas: «Vivir no es necesario, navegar sí». Quizá fuera la debilidad de su cuerpo, pero aquello lo emocionó. Flebus ya navegaba en el mar de la eterna serenidad. Todos acabaron con lágrimas: Himiko, Jerónimo, Herbert y el propio Javier, como muchos de los amigos del finado, gente variopinta de Ámsterdam, mezcla del mundo exquisito de las antigüedades y de los ambientes árabes.

—Fin de ciclo, familia de la vieja Europa que se extingue. Aunque en este caso lo sea también su reemplazo, ese es el futuro, el mestizaje —resumía Javier mirando a Himiko, que permanecía sombría. A ella no le gustaba la muerte. Quizá la veía ya reflejada en la cara de su abuelo, y estaba claro que aún no se había hecho a la idea.

Jerónimo consolaba a Herbert. En los últimos días, había crecido la intimidad entre ellos. «¿Qué estarán tramando?», pensaba el comisario, que temía lo que hubieran ideado para vengarse del marqués. De alguna manera, estaban fuera del mundo, seguramente en una realidad que más tenía que ver con los campos de concentración, donde todo estaba claro y se sabía quiénes eran los buenos y los malos, quién iba a favor

de la vida y quién un emisario de la muerte y el horror.

Salían del recinto del cementerio de Zorgvliet cuando el teléfono, silenciado hasta entonces, comenzó de nuevo a sonar.

—Javier, ¿qué ha pasado? Llevas días sin contestar el teléfono. Recibí una llamada de un policía español, amigo tuyo, diciéndome que habías estado a punto de ahogarte en un lago, tras el asalto a la casa de un anticuario... Que había habido un muerto, alguien que conocías, un libanés, propietario de una tienda de antigüedades. ¿Qué es lo que estabas haciendo allí? Espero que me lo cuentes todo.

—Estoy bastante fatigado, Federico. Precisamente acabo de asistir al entierro. Tan pronto como pueda, salgo para Madrid. Espero estar bien en un par de días. En cuanto a mí, lo que decidas estará bien. No te guardaré rencor. Quiero estar en paz con todo el mundo.

El entierro había tenido lugar tres días después del asalto, tras la preceptiva autopsia. Javier tenía aun la imagen de aquel ataúd bajando a la tierra, entre las lágrimas de un inconsolable Herbert. Aquella visión había sido el mensaje final, la única verdad, la que sabía dentro de su ser y ahora veía fuera.

—¿Y qué ha pasado con el cuadro de El Bosco que ibas a buscar...?

—Nada. Malas noticias. Perdido. Ya te contaré.

CAPÍTULO XIV

LA MALDICIÓN DEL FUEGO

Sin salir por la puerta

se puede conocer el mundo.

Sin mirar por la ventana

se puede conocer el camino del cielo.

Cuanto más lejos se va,

Tanto menos se aprende.

Por eso el sabio

sabe sin desplazarse.

Entiende sin ver.

Realiza sin hacer.

Lao Tsé, *Tao-Te-King*.

E

l contacto se produjo al día siguiente del entierro. Pensaban que podían estar vigilados por la Policía, por eso Himiko compró un nuevo teléfono móvil y desde él llamaron a Raquel.

—Quiero que sepáis que yo no tuve que ver en el asunto. Jamás le dije una sola palabra a Alberto. Esto ha sido la gota que colmó el vaso de mi paciencia. Desde entonces dormimos en habitaciones separadas —fue lo primero que dijo la joven marquesa a Javier.

—Lo sé, al principio creí que era tu marido, que nos había mandado vigilar. Luego deseché esa posibilidad, cuando supimos que Herbert había hablado con un coleccionista holandés y que existía un misterioso personaje que quería

el cuadro. Hasta que descubrí que el holandés era el mismo propietario del cuadro que se subastaba y para el cual había actuado el marqués de cebo. Lástima que lo comprendiera tarde. Supongo que pasó así, ¿no?

Javier había conectado el manos libres para que el resto de los presentes asistiera a la conversación. Además, de alguna manera, como Raquel, era un mero intermediario en aquella operación.

—Te cuento lo que sé, lo que le he podido sacar después de la gran bronca que hemos tenido. Fue cuando estaban preparando con Christian la operación de la subasta, el cebo para Fiori. Aquel coleccionista le contó que era posible que apareciera un Bosco desconocido, *Jonás y la ballena*, y eso, claro está, captó de inmediato su atención. Fue a ver al anticuario y Herbert le habló no solo de su compañero Jerónimo —al principio creyó que podría hablar con él para que lo vendiera, de existir el cuadro—, sino que además vendría con un experto español que preparaba una exposición sobre El Bosco. Así que inmediatamente ató cabos y mandó vigilarte en Venecia, donde sabía, por Federico, que habías venido. Lo que le confirmó la sospecha de nuestras relaciones. Yo había viajado a la misma ciudad, para el asunto de Fiori, pero aquel encuentro nuestro en el restaurante, todo era demasiada

casualidad. Se debió de comer su rabia, porque aunque certificó que le ponía los cuernos, el asunto le estaba ofreciendo la emoción que más ama del mundo: seguir el rastro a una valiosa pieza. Así que pensó que no había mal que por bien no viniera. Le dio una razón extra. Pensó que si conseguía el cuadro, no sé por qué, también me tendría de nuevo. La fallida operación de la subasta solo aceleró el segundo asalto. Porque mira que fueron chapuzas la primera vez. Son gente acostumbrada a robar sin violencia, a los que no se les da bien la improvisación.

—¿Y no hay más personas en este asunto?

—Sí, hay más. Contrariamente a lo que haría en otras épocas, esta vez el marqués lo que quiere es vender. Saldrá así del descalabro financiero que tiene y de sus deudas, a las que se suma lo del cuadro de la subasta. Tiene un comprador, un fanático de El Bosco que le va a dar una fortuna por esa tabla. Por eso quiere haceros una oferta para que mantengáis la boca cerrada.

—Tiene que ser muy rico ese comprador.

—Un magnate de los diamantes. En estos tiempos de incertidumbre, un seguro. Dice que no va a perder la oportunidad. Podía vendérselo a Fiori, o lo que es lo mismo, a la mafia que blanquea con él el dinero, pero prefiere al otro. Dice que Fiori le debe una, y el

marqués es rencoroso.

—Dime una cosa, ¿de qué nacionalidad es el magnate?

—Centroeuropeo, checo creo, pero con negocios en Ámsterdam.

Hubo una mirada de inteligencia entre Javier, Jerónimo e Himiko. Tan imposible parecía que resultaba hasta verosímil.

«Si ha estado en el principio de la historia, por qué no al final», pensaba Javier. «En cualquier caso aún falta la resolución, las vueltas que aun dará el hilo de la trama».

—Resumiendo, Javier, tengo ahora que confirmarlo con el marqués. Quiere ofrecer una cantidad que compense además al anticuario por la pérdida de su hijo, que según él, fue un accidente. Si no aceptáis, no tendrá más remedio que destruir el cuadro, con lo que no podrán acusarlo de nada. Y si por casualidad estáis grabando esto o lo escucha la Policía, la que se cae con el paquete soy yo. El muy cabrón sabe que tú no permitirás que me denuncien.

—Espera, voy a consultar.

A Carreño no le daban buen pálpito las parrafadas que echaban los dos viejos. Sabía que estaban planeando su venganza y eso le ponía nervioso. No calculaba qué era lo que podían estar maquinando. Pero no hubo mucha

demora. Tras dos palabras y una larga mirada, dijeron que sí.

—Pero tiene que traer un millón y medio de euros, en metálico, en billetes de quinientos —exigió Jerónimo—. Y el cuadro. Quiero verlo por última vez antes de despedirme. Podemos quedar en la tienda de antigüedades. Está cerrada por defunción.

—Ahora soy yo la que tengo que consultar. Pero me parece que es mucho dinero.

Raquel llamó a los diez minutos.

—No puede disponer de tanta cantidad, aunque sea una persona importante y rica como él. Dice que un millón. Si es en la tienda, que no haya hora. Y que pasará antes por allí uno de sus hombres, para cerciorarse de que no es una trampa. Tiene que tomar sus precauciones.

—Por aquí me dicen que les da igual cómo lo consiga. Un millón y medio de euros, en billetes, para dentro de dos días. En la tienda de antigüedades. Estaremos esperando toda la tarde. Y aparte de ese matón, no queremos ver a nadie más.

—De acuerdo, lo transmitiré.

—Así que eres su amante —Himiko saltó al colgar—. Y te acabas de acostar con ella en Venecia, hace unos días. ¡Qué cabrón! ¡Como para fiarse de ti!

—Eso no es verdad, en Venecia no... —comenzó a replicar Carreño, hasta que se dio cuenta de que era inútil.

—Tengo que hablar con Herbert para preparar el asunto. Os dejamos solos para que os arregléis —escapaba Jerónimo.

—No hay nada que arreglar —decía la joven pintora—. Un jarrón que se ha roto no será el mismo, por más que se peguen los trozos.

«Filosofía oriental, tomo 1», pensó Carreño. En momentos así le brotaban chispas de humor negro. Había perdido un cuadro, una amante y ahora perdía lo que podía haber sido un gran amor. Su trabajo estaba en la cuerda floja, había estado a punto de perder la vida y desde luego, se habían disipado las ansias de aventura. Parecía la retahíla final de una película de Berlanga, pero en este caso no tenía ninguna gracia. Estaba deseando que acabara aquella historia.

*

Agosto de 1516

Oigo el carrillón de los hermanos

Moer, los campaneros, cuarenta gráciles campanas para acompañar las horas, los días y los años. Artificio mecánico las toca, al igual que fuera mano humana. La invención del hombre realizará grandes máquinas, ingenios como el reloj astronómico de la catedral, con su Juicio Final y sus trompetas, que quizá estén tocando ya para mí. Pienso que ya no volveré a disfrutar de la visión de ese reloj ni de las figuras de su articulado engranaje. Las campanas guardan el secreto de la hora próxima en la que tocarán por mí todas las de S'Hertogenbosch, las cantarinas del carrillón o las graves y sonoras de la catedral, del maestro Gobel Moer, manejadas por el campanero vestido de gala.

Así se hará como ha ocurrido en otras ocasiones con los miembros cofrades

de la Hermandad de Nuestra Señora: misa cantada en la aun inconclusa catedral de San Juan por tres clérigos, el sacerdote, el diácono y el subdiácono, con casullas y dalmáticas negras en señal de duelo. Asistirá una multitud.

Además de los otros cofrades y los nobles de la ciudad, los amigos, los iguales, el coro cantor, el organista, y detrás de la antipara que separa la capilla de la Cofradía del resto del templo, los menesterosos y pobres, los tullidos, aquellas criaturas que retraté en mis cuadros y a los que se darán limosnas. En procesión solemne desde la catedral hasta el cementerio contiguo, al norte, seré llevado por unos porteadores y enterrado por unos sepultureros que recibirán un buen sueldo por su trabajo. Así acabará el viaje de mi cuerpo inerte.

De esa manera ocurrirá todo, porque

así está dispuesto, presto tan solo a la consumación del último acto. He mandado que suban algunos cuadros, los que conservo, a la habitación donde Aleyt y los sirvientes se alternan intentando bajar la fiebre que me consume, como consume a muchos otros habitantes de la población, como Jan Huys, el nuevo arquitecto de la catedral. No hablan de peste, pero esta dolencia es como ella, siega con guadaña mortal, y siento el aliento de la muerte que me alcanza, que la tregua se acaba y el tiempo que me fue dado extra tras los fuegos de San Antón ya se escapa del reloj.

Pronto el ciclo se cumplirá, llegará el momento definitivo y sabré por fin si hay algo detrás del cuadro, si detrás de la tabla aguarda un cielo y un infierno, si aquellas fisiones que trajo la fiebre, al principio de la pida, mostraban la verdad. Veo la

ballena de Jonás, muerte que engulle, pero que contiene la promesa de la resurrección, de la vuelta al mundo. Ya siento su boca abrirse, sus fauces de monstruo avanzar por el agua, rodear mi cuerpo. He utilizado por última vez el espejo negro. En él veo reflejado mi cuerpo inerte, negrura de donde nace un punto de luz, un rayo que envuelve. Allí es donde mi alma, de seguro, se va a disolver.

*

El jefe de los sicarios, al que ya conocían, fue el primero que llegó a la tienda tras haber estado vigilando la calle durante casi una hora. No dijo ni palabra, pero revisó concienzudamente toda la sala y por último los revisó a ellos con un detector de metales.

—Son mis medicinas —exclamó Jerónimo cuando el matón golpeó un frasco de cristal en el bolsillo de su chaqueta—. Tengo problemas en la vista.

Esas eran las precauciones que el marqués había tomado. No quería armas, ni cámaras y

grabadoras. Nada que pudiera comprometer la operación. El esbirro dio la señal convenida por teléfono.

—¿Y ahora qué?

—A esperar. Siéntense todos. No tardarán mucho.

Veinte minutos después, el marqués y Raquel hicieron su aparición. Descendieron de un taxi, con un gran envoltorio de tela, cuya custodia dejaron al guardaespaldas, que había salido a la puerta para recibirlos y abrirles la puerta del vehículo.

Raquel saludó, pero Alberto Monaster se limitó a realizar un pequeño movimiento de cabeza.

—Vayamos al asunto, cuanto antes acabemos, mejor —cortó, impositivo, marcando el tiempo de la reunión, ya que no podía marcar el territorio. Quería decir la primera y la última palabra.

—Antes, respóndame una cosa, señor, que me intriga de esta historia —hablaba Jerónimo —. Aunque por un lado representa todo lo que odio, la nobleza, el gran capital, los grandes especuladores, usted es un gran coleccionista que parece estimar el arte en sí, y no su aspecto pecuniario. ¿No le da pena que este cuadro no se recupere para la humanidad?

—Mi mujer en ocasiones cuenta esas cosas

de los coleccionistas, lo del buen corazón, que acabamos donando las obras a los museos, en fin. No es mi caso. A mí me trae al fresco el arte para los demás. Es algo exquisito, reservado al alcance de muy pocos mortales. Tener dinero ya no es ninguna novedad, cualquier patán puede hacer millones de euros construyendo pisos o especulando. No, lo que nos diferencia es más sutil.

—En eso de que hay diferencias le doy la razón... —interrumpió Javier.

—La única hoy entre la gente con clase y la chusma, aunque tenga dinero, es el arte. Lo que nos queda a unas cuantas personas escogidas en el mundo. El futuro de esa masa mundial me trae sin cuidado. Si le soy sincero, en otra época me hubiera gustado tener esclavos.

—¿Por qué quiere aparecer tan antipático y desagradable? —se extrañaba Himiko en voz alta.

—Porque me parecen ustedes patéticos. La naturaleza no tiene escrúpulos, como el arte. Yo tampoco. Odio esas películas en la que los buenos tienen zonas oscuras y los malos acaban haciendo algo bueno para redimirse. Las cosas claras. En la vida, como en las novelas, tiene que haber malos claros.

«Cielos, el que faltaba por hacer declaraciones sobre la novela», pensó Javier.

Estaba claro que en esto de la literatura cada uno tenía una teoría. Pero aquello no parecía presagiar nada bueno. O el marqués los compraba o los eliminaba, no había término medio. No habría llegado hasta allí si no estuviera dispuesto. El marqués parecía leerle el pensamiento.

—Soy un hombre obsesivo. No estaría donde estoy por no pensar rápido y actuar despacio. También podría despacharlos a todos, y así me ahorraba el dinero.

—Y más tarde a su mujer, y a los sicarios... Es un camino complicado y lleno de sangre. No creo que le guste —añadió Carreño.

Por un momento, Alberto Monaster pareció estar sopesando esa posibilidad. Pero luego enarboló su mejor sonrisa.

—Bromeaba. Como usted dice, la sangre no es muy estética, y es poco práctica, siempre trae complicaciones. Sin hablar del golpe de la carretera, fruto de una decisión precipitada —elmarqués miró a su esbirro—; el asalto a la casa del lago fue una torpeza, mal ejecutada y llevada a cabo con el auxilio de aprendices. Tenía que haberlo pensado. Quien falla una vez, puede fallar otra. Nunca hubiera querido la muerte del libanés ahogado en el lago. Lamentable, no pintaba mucho en esta historia. Mis excusas.

—Métaselas donde le quepa. Nos debe un

muerto —saltó Jerónimo.

—No se puede jugar a dos bandas —dijo mirando fijamente a Herbert y señalándolo—. Él incumplió primero su parte del trato. Creo que este cuadro ya nos ha producido a todos muchos problemas. Aquí está el dinero para que mantengan la boca cerrada. A ustedes dos, claro; don Javier Carreño tiene suerte de salir indemne y con la cara intacta. Pero alguien tiene que perder. Lo siento, muchacho, no podrás disponer de él para tu exposición y que te pongan una medalla. Pero da gracias a tu lucero, porque si no, te habrían decorado esa jeta de mierda. Espero que en España también guardes silencio. Solo por eso sales sin una paliza.

Javier se encendió. Se había impuesto no replicarle, no entrar en la dinámica del burlador de cuernos, pero le salió un resabio de algún lugar oculto.

—Eres muy gallito detrás de tus matones. Tanto refinamiento y no eres más que un chulo de barrio que no puede retener a su mujer.

—¡Basta ya de peleas machistas! ¡Acabemos de una vez! —cortó Himiko, a la que miró Raquel, con una mirada agradecida que expresaba lo mismo: «¡Nunca aprenderán!».

El marqués puso entonces el maletín sobre la mesa y lo abrió. Dentro estaban los billetes.

Había de quinientos euros; también dólares y libras.

—Siento que no sea en una sola moneda. Tengo siempre un fondo disponible en billetes de varios países. Un millón doscientos mil euros. No he podido conseguir más.

—Suponíamos que rebajaría algo... —cortó Jerónimo—. ¿Ese es el cuadro?

El marqués hizo una seña. Su guardaespaldas trajo el envoltorio.

—Quiero verlo. Aunque sea por última vez. Póngalo en aquel atril y deje que me aproxime. Apenas distingo los colores.

El marqués asintió con la cabeza y se dirigió al grupo:

—La última mirada. Se acabó el espectáculo.

Se equivocaba. La parte final no había hecho más que empezar. Un fogonazo, de pronto, iluminó la estancia. Herbert había arrojado una sustancia inflamable y había prendido el maletín con los billetes.

—Mire lo que nos importa su puñetero dinero.

Tanto el sicario como el marqués, Javier y Raquel se abalanzaron sobre la pira humeante de billetes, por reflejo y el peligro añadido que podía suponer un incendio en aquella tienda.

—¡Está usted loco! —gritaba el marqués ante la mirada de reprobación de Raquel y la sonrisa de Javier, que creía comprender ahora las maquinaciones de los dos ancianos—. ¿Qué quiere, quemarnos a todos? ¡Trae agua, Roberto, un extintor! ¡Que alguien cierre el maletín!

No fue la única sorpresa. Mientras intentaban apagar los billetes que se habían esparcido por el piso, se registró otro fogonazo mayor. Jerónimo había empapado la tabla con alcohol y un aceite lubricante, el contenido en realidad del frasco de su chaqueta. Un encendedor hizo el resto. Como resultado de la llamarada, comenzaron a arder el cuadro y los brazos del viejo. Himiko, que se había mantenido al margen de la extinción del fuego de los billetes, dio un grito, y después Raquel. Al lado del caballete, las llamas alcanzaron unos dibujos y grabados que quemaron, mientras Jerónimo caía, envuelto en una flama azul. Además de la tabla y el soporte, empezaban a arder la alfombra y la mesa contigua.

—¿Dónde hay un extintor? ¡Tiene que haber alguno por aquí, como en todos los anticuarios! —decía el marqués, atacado.

«Salvo que los hayan quitado de en medio», pensó Carreño. No lo podía creer. Alguien que había sufrido tanto por esa tabla

no había dudado un momento en destruirla. Los viejos lo tenían todo calculado. Himiko se echó encima de su abuelo y entre ella y Javier consiguieron apagar sus manos y su ropa.

—Rápido, hay que llamar a una ambulancia —gritó Javier.

—Ni se os ocurra —replicaba el marqués, que se había abalanzado sobre la tabla y que con un tapiz que había desprendido de la pared ayudaba a su sicario a apagar el fuego.

Fue inútil. Solo consiguió encender el tapiz, que tuvo que apagar con esfuerzo. La pintura de la tabla se había chamuscado casi por entero.

—¡Viejos estúpidos! ¡La han destrozado! —dijo con desprecio.

Jerónimo tenía cara de dolor. Himiko fue al botiquín para traer una pomada contra las quemaduras y con ella impregnó las manos y los brazos de Jerónimo. Nadie decía nada, mientras el marqués seguía maldiciendo y echando furias por la boca. Menos mal que allí estaba Raquel, pensó Javier. En su estado, el marqués era capaz de hacer una barbaridad. Le habían quemado su dinero y el cuadro. Aullaba como un animal herido. Urgía largarse de allí.

—Hay que trasladarlo a Urgencias —apremiaba Javier para salir del *impasse.*

Ese fue el momento en el que una figura apareció en la puerta.

*

Otoño de 1598

La caravana que acompañaba al rey más poderoso de la tierra camino de su destino final, el monasterio de El Escorial, se movía lentamente. En el interior de su silla extensible y articulada, que lo acompañaba desde hacía dos años en sus desplazamientos —podía recostarse y mantener los pies elevados—, el monarca contemplaba la ruta con mirada ausente. «Quiero ser llevado vivo a mi sepulcro», había dicho frente a la opinión de sus médicos. Cubierto por una tela que lo protegía del sol y acompañado de algunas reliquias, en contra del parecer de sus galenos, Felipe II salía de Madrid sabiendo que no regresaría a la capital: tenía una cita con la muerte.

Quizá no estaba escrito en su carta astrológica, que fuera elaborada muchos años atrás por Matías Haco —el *Prognosticon*, en sus papeles de la biblioteca de El Escorial—, pero él sentía que le llegaba el tiempo del último plazo, el definitivo. Como si acudiera a

su palacio mausoleo para que la última de las fechas pudiera coincidir, concurrencia con señales que habían servido para tomar importantes decisiones de Estado: el traslado de la corte a Madrid, la colocación de las primeras piedras de El Escorial, el momento de zarpar la Armada Invencible, el ataque a la ciudad de San Quintín o el día del prendimiento de su hijo Carlos, que moriría en la cárcel, algo que pesaría en su ánimo toda la vida.

Pero ahora, Felipe, el segundo, el monarca más poderoso de la tierra, sentía que ya no tenía poder ni siquiera sobre su cuerpo. Tampoco tenían ya poder sobre él los astros, cuyo paso habían marcado las cuatro nupcias que contrajo según las indicaciones de sus horóscopos, fallidas en su mayor parte, infelicidad y desdicha donde tuvo que haber sosiego, paz y dulzura. Uno de esos horóscopos fallidos lo trazó el famoso mago John Dee cuando el rey estuvo en Inglaterra.

En ese último viaje camino de los limpios cielos del Guadarrama, Felipe pensaba en su padre, el emperador, en su retiro final de Yuste y su obsesión final por montar y desmontar los relojes de Juanelo Turriano, como si al destripar los mecanismos pudiera pararse el tiempo, empeño fútil.

El Escorial lo recibió en su grave

austeridad, que no espantaba los rigores de un verano caluroso. Cronistas como el Jerónimo fray José de Sigüenza escribieron que el monarca, desde el 22 de julio de 1598, sufría tercianas —las calenturas febriles de la malaria — y un principio de hidropesía, a lo que se sumaban los abscesos de su dolencia de gota. Una sed feroz lo abrasaba al tiempo que se le hinchaban vientre, piernas y muslos. El fuego de aquella fiebre fue consumiéndolo lentamente durante siete días y lo llevó a las puertas del infierno. Presintiendo la postrimería, Felipe II se sintió «asado y consumido del fuego maligno». ¿Castigo último o prueba final del destino?

Agonía cruel, sin duda, muerte aplazada, como maldición prescrita. Encima de su rodilla derecha apareció una apostema de calidad maligna, que fue creciendo y madurando con fuertes dolores. Juan de Vergara, uno de sus médicos, abrió aquel absceso de pus pestilente con hierro, principio del sajar y sangrar de los varios que padecería el rey en su temible agonía. Como si no quisieran esperar el inevitable desenlace, los gusanos se posesionaban de su real cuerpo, lo invadían.

Muerte fea, mal encarada, testuz de toro indómito. Felipe se confesó ante fray Diego de Yepes, a quien le pidió que le leyera la Pasión según San Mateo, acomodo con Dios. El confesor, como todos los que penetraban en

aquella oscura y recargada estancia, tuvo que soportar el hedor intenso de putrefacción. Al pie de su cama, de donde no se movía su hija Isabel Clara Eugenia, se formó un improvisado altar de reliquias y pellejos santos.

La llegada de los huesos de mártires y santos a la alcoba había tenido lugar en una tétrica, más que solemne procesión, iluminada por candelabros, recorriendo los umbríos pasillos del monasterio, procesión en la que también figuraba el príncipe Felipe, en breve Felipe III. Lejanos estaban los tiempos en que aquel recinto recibía sorpresas, como aquel esqueleto de una ballena varada en Valencia que el rey —curioso, enciclopédico— mandó traer y colocar en uno de los corredores.

El tétrico espectáculo sobrecogía a los presentes, los dejaba mudos. Cuando llegaron sus reliquias favoritas, el moribundo se incorporó con esfuerzo, las besó «con boca y ojos» y pidió que se las pusieran sobre la rodilla purulenta. En seguida sintió alivio, de tal modo que no quiso separarse, y temía incluso que los criados las tocaran para limpiarlas.

La muerte se toma su tiempo, como si quisiera dar la oportunidad a Felipe de ponerse en paz con todos. «Mandó hacer muchas y notables limosnas en estos días que duró su enfermedad», escribe Sigüenza. Sus dineros

sirvieron para que se casaran huérfanos, para socorrer a viudas y gente humilde. Ordenó treinta mil misas, y un buen número de novenas.

Una obsesión: pagar sus deudas. Y en caso de duda «actuar antes contra la hacienda que contra la conciencia, de manera que mi alma sea descargada y no pene...».

Si su padecimiento físico era atroz, lo hacía más cruel la imposibilidad de lavarse, higiene personal que amaba y practicaba con meticulosidad. A pesar de su gloria, el monarca de medio orbe, «uno de los hombres más limpios, más ordenados y más pulcros que vio jamás el mundo», en palabras de Jean l'Hermite, no podía controlar los esfínteres.

Sufría de incontinencia, tormentos para su pulcritud, penando por el mal olor que emanaba de su cuerpo. Hacía sus necesidades en el propio lecho, para lo que se abrió un agujero en la cama.

Sintiendo próxima la hora final, el rey había mandado pedir un crucifijo, el mismo que había sido de su padre y que pasaría después a su hijo Felipe III. Mandó colgarlo dentro de las recargadas cortinas de la cama, frontero con sus ojos. Y la cama, oblicua, para poder asistir por la ventana que daba a la basílica, a cantos y rezos, oficios y rituales.

Fueron cincuenta y tres días de suplicio.

Alimentado por oraciones y rodeado de clérigos que se turnaban a su lado, Felipe II, cuerpo yacente que se pudría en vida, siguió ordenando. Su cerebro, acostumbrado a planificar los más mínimos detalles, pretendía disponer la muerte en todo su formulismo y ceremonia, gravedad del que sabe que va a rendir cuentas.

«Mandó poner a todos los lados de la cama y por las paredes de su dormitorio crucifijos e imágenes», según cuenta Sigüenza en su crónica. Entre los cuadros, todos los que poseía de un famoso y extraño pintor flamenco, un abridor de mundos profundos, guardián de diablos e infiernos, crítico caricato de la moral humana: Hieronymus van Aeken, El Bosco. El monarca dispuso las nueve obras en cruz. Algunas se las había comprado a los herederos de Felipe de Guevara y otras las había obtenido de botín de guerra, como *El jardín de las delicias.* Toda su vida tuvo debilidad por el viejo Hieronymus. Hubo un tiempo en que sus agentes recorrían Europa buscando obras del maestro.

Cave, cave, dominus videt (Cuidado, cuidado, el Señor observa), decía la leyenda de la *Mesa de los siete pecados capitales*, Ojo de Dios con los vicios y pecados danzando alrededor, que mandó colocar enfrente, con sus cinco círculos. El del centro y más grande estaba dividido en tres anillos concéntricos. En

el del exterior estaban representados los siete pecados: ira, soberbia, lujuria, avaricia, gula, acidia y envidia. Finalmente, en los cuatro ángulos de la tabla, enmarcadas en círculos, aparecían los temas favoritos de El Bosco: muerte, Juicio Final, infierno y gloria.

La escena misma de la muerte de Felipe II podría haber sido pintada por el maestro holandés, que lo habría matizado el dramatismo, introduciendo diablillos subiendo por la cama y ropas del lecho, colgándose de las cortinas y empujando contrariados las reliquias. Seguramente hubiera acentuado la contradicción de lo absurdo de la muerte del ser más poderoso del mundo buscando una clave final en los cuadros del pintor enigmático.

—Estuve en su pueblo, en Bolduque, aunque ya hacía años que él había muerto. Yo era muy joven, iba con mi padre Carlos, el emperador. Me hubiera gustado conocerlo, quizá así habría entendido más cosas de sus cuadros. El que sí que lo conoció fue mi abuelo, Felipe el Hermoso, que le encargó un tríptico.

Sigüenza recordaba aquella conversación con el rey, años atrás, hablando del autor de aquellos cuadros que algunos en la corte se atrevían a considerar heréticos. Sigüenza los había defendido ante Felipe, que era de su

misma opinión. El monarca le contó que había comisionado a uno de sus agentes para que investigara la vida del extraño pintor.

—El informe es preciso, fray José. No era descendiente de judíos, no pertenecía a ninguna secta herética. Lo único interesante es la mención que hace de que en una de sus tablas se afirma que está pintado el secreto de cómo lograr la piedra filosofal. No era alquimista, pero conocía el lenguaje hermético. Dicen que esa tabla salió para Italia y se perdió, aunque parece que se hizo con ella Rodolfo II, mi sobrino. Lástima, me gustaría conseguirla por ver si es verdad ese secreto. Naturalmente, no creo una palabra, pero daría cualquier cosa por contemplarla. Os ruego que, cuando yo muera, os cercioréis de que los pliegos de correspondencia con los embajadores del reino que tiene mi secretario en este sentido, sean debidamente destruidos.

Fray Sigüenza asintió y calló. Sabía que el rey, a pesar de confesarse nada crédulo en estas cuestiones, disponía de un gran laboratorio donde sus alquimistas o destiladores habían intentado obtener oro del plomo después de complicadas operaciones que duraban semanas. Había mandado construir un laboratorio de destilación en el monasterio, que se había convertido en el más importante de Europa. No solo era el oro. El objetivo del monarca se centraba en la

preparación de nuevos medicamentos químicos —le interesaba las nuevas teorías de Paracelso — y en alargar la vida y alejar sus dolencias, cosa que no le había dado mucho resultado, a tenor de los hechos presentes.

Pero algo salió mal en aquel laboratorio. En el mes de julio de 1577 se registró un gran estallido, con grandes destrozos, en la torre de la Botica donde fundió sus campanas y quemó toda la madera de vigas, puertas y alacenas. Aunque se habló de un rayo, Sigüenza sabía, como todos en el monasterio, que la detonación había surgido desde el interior de la estancia. El fraile que cuidaba el reloj, cuya celda se encontraba próxima, aquejado de una gran melancolía debido a los gases inhalados, se quedó sin apetito y murió a las pocas semanas, sin que galeno o profano acertaran a saber cuál era el origen de su mal.

Aquel año fue año sonado por la aparición del perro negro, un animal que según los frailes franciscanos daba grandes saltos en plenilunio, cabriolas infernales acompañadas de aullidos de ultratumba que se escuchaban bajo los aposentos de Felipe II. El padre Villacastín, con la ayuda de tres monjes, comprobó que en realidad se trataba de un perro negro, sujeto con collar y que pertenecía a un noble de la corte. Entonces, el monarca, ante la extrañeza de sus súbditos, mandó ahorcarlo en una ventana del monasterio. Allí

permaneció colgado hasta pudrirse, para acabar con las consejas que afirmaban que aquel perro era el can Cerbero, el mitológico monstruo que protegía el acceso al averno, una de cuyas entradas estaba, según se decía, debajo de El Escorial.

Sigüenza disculpaba las veleidades alquímicas de su soberano por la necesidad que tenía de obtener dinero para el Imperio y mantener unida la cristiandad. Pero ahora Felipe II no podía decirle nada a Sigüenza, los ojos mortecinos, rojos, salidos de las órbitas, en algún momento perdidos en los cuadros, luego en las reliquias y el crucifijo, los labios resecos de tanto mascullar plegarias y besar reliquias santas, las llagas supurando pus y dolor. Desde la pared de su alcoba, los peores sueños de El Bosco eran testigos mudos del drama real.

En su agonía, a pesar de arrepentimientos y caridades, de confesiones y cruces, de lecturas y oraciones, en los ojos de Felipe II asoma el miedo, sintiéndose quizá sopesado en la balanza, buscando alguna respuesta en aquellas pinturas, en aquellos personajes, su cuerpo y su alma resistiéndose a la partida, calculando virtudes y defectos, juicios sesgados del doliente. Quizá, en el otro lado, conocería a Hieronymus y podría hablar con él de sus tablas crípticas, de sus vericuetos infernales, de las criaturas que nos poblaban,

de las verdades profundas. El cuerpo, cárcel de la conciencia.

Entumecimiento, seguido de fuertes convulsiones y vahídos, alternando sueño, pesadez profunda y desveladas vigilias. Temiendo no salir de aquellos comas que le llevaban a ratos el ser, el 1 de septiembre el monarca solicitó la extremaunción. Para recibir los santos óleos, en un último esfuerzo, esmeró su higiene: le cortaron las uñas y le lavaron las manos. Purificada su alma por la confesión, manifestó «no tener conciencia de haber hecho injusticia a nadie, sino engañado; y para no ser engañado lo estudié todo por mí mismo».

Sabiendo de las pestilencias de su cuerpo, había dispuesto que se fabricase una caja de plomo para que, una vez muerto, metieran en ella el ataúd y evitar así los hedores. Como en todo fue tan rey y «de tan alto ánimo este príncipe, parece que aun quiso reinar y enseñorearse sobre la muerte», nos dice el Jerónimo. Sin querer dejar ningún hilo atrás, dispuso los últimos movimientos de su féretro y trazó el recorrido que lo llevaría hasta su tumba.

Diligencias de quien encara lo postrero, el rey se cercioró de que ya estaba dispuesto el ataúd y lo hizo traer a la cámara real, aquel tétrico aposento, preñado ya de muerte. Era

féretro con historia, madera de un buque que había encallado en la arena, cerca de Lisboa. Cinco años antes, cuando paseaba por el lugar, Felipe había visto los restos del navío, que se llamaba *Cinco Llagas*, y al verlos tuvo el pálpito de que aquella madera debía envolverlo en su tránsito hacia la eternidad.

Después, con voz trémula, dictó su última carta al príncipe Felipe, al que aleccionó:

«Yo os ahorro esta escena, pero quisiera que vieseis en lo que paran las monarquías deste mundo. Vea vuesa merced cómo Dios me ha desnudado de toda la gloria y majestad de un monarca para dársela a vuesa merced. Dentro de muy pocas horas yo estaré cubierto nada más con una pobre mortaja y atado con una ruda cuerda... Vos sois joven como un día yo lo fui. Mis días están contados y próximos a su fin; la cuenta de los vuestros solo Dios la sabe, pero tendrán que concluir».

Los tiempos del último acto se van consumiendo. El 11 de septiembre el rey se despide de la corte y de los suyos, a los que les exhorta a perseverar en la fe. Luego pierde la palabra, que ya apenas volverá. Había advertido a los médicos que le informaran de cuándo llegaba el fin, y cuando los cirujanos Vargas y Medrano se lo hicieron saber al día siguiente, el monarca pidió auxilio espiritual. Mandó al arzobispo de Toledo que le leyese la

Pasión de San Juan. Hacia la una de la noche fue a hablarle su confesor, y él dijo a los Jerónimos que lo rodeaban que cuanto más se allegaba a la fuente, tanto crecía más la sed. Cuando fueron a darle una de las velas de Nuestra Señora de Montserrat, el rey dijo: «Guardadla, que aún no es tiempo», y a las tres de la mañana, al presentársela de nuevo, se rio y tomándola de la mano, dijo: «Dadla acá, que ya es hora».

Obsesión final, hubo oración y palabras para el tránsito, para que descansara en la presencia de Dios Padre, que compensaría ese doloroso final. El rey pedía más y más oraciones; reflejos de terror. Una hora y media antes de expirar, «tuvo un paroxismo tan grande que todos creyeron que había acabado», dice Sigüenza. Era la mejoría de la muerte, el último despertar de un organismo que inevitablemente se extinguía. Tuvo suerte y pudo darse cuenta de su final, muriendo con serenidad tras una larga agonía, que en aquel último momento, fue dulce. Felipe abrió los ojos, sus órbitas ya desmedidas, y asió el viejo crucifijo de Carlos V con un súbito destello de fuerza, impropia de un moribundo. Aquella mejoría duró un buen rato, y pasó en medio de jaculatorias, letanías, interminables oraciones, miradas al *Jardín de las delicias*, que tenía enfrente del lecho, besos al crucifijo y palabras para la historia, repetidas hasta el delirio:

«Muero como católico en la fe y obediencia de la Santa Iglesia romana». Afirmación sospechosa, o cabezonería del que no las tiene todas consigo, aunque tal vez esas palabras fueran escritas por otro como si fueran suyas.

El reloj candil de la cámara dio las cinco de la madrugada. Entonces, en aquel instante fronterizo, las primeras luces anunciándose en el horizonte, «con un pequeño movimiento, dando dos o tres boqueadas, salió aquella santa alma y se fue, según lo dicen tantas pruebas, a gozar del reino soberano», según relató Sigüenza. Sucedió «cuando el alba rompía por el oriente trayendo el sol la luz del domingo, día de luz y del señor de la luz, y estando cantando la misa del alba los niños del seminario, la postrera que se dijo por su vida y la primera de su muerte». Tras intentar sentir los latidos de su corazón y después de ponerle un espejo en la boca que no se empañó, el cirujano regio Victoriano Morgado firmó el acta de defunción. La muerte del rey había llegado el 13 de septiembre del año 1598, en el mismo día que catorce años antes había puesto la última piedra de todo el cuadro y fábrica del monasterio de San Lorenzo del Escorial.

Alguien apagó entonces la luz del reloj candil, como se había apagado la del dueño del mundo. A esa misma hora, en Inglaterra, el espejo negro de obsidiana del mago John Dee sufrió una contracción, crujido que dejó en su

pulida superficie una arista, un arañazo, tal y como hoy se puede ver en el Museo Británico, donde está expuesto.

Los cuadros de El Bosco, testigos de la muerte y el tránsito de Felipe II, volvieron a las habitaciones de los aposentos reales y durante un tiempo se eclipsaron. En el fuego del Alcázar de Madrid, en la Nochebuena de 1734, originado en las dependencias de un criado del pintor Jean Ranc, se quemaron, entre otros muchos de la colección real, cuatro cuadros de El Bosco: dos ciegos con una mujer ciega, una danza a modo de Flandes, unos ciegos que andan a la caza de un puerco jabalí y una bruja.

*

A todos les sorprendió la aparición de aquella figura, aunque algunos lo conocían. Era un hombre maduro, de edad indefinida, alto y elegante, vestido de negro. Imponía. Había algo en su mirada, en sus gestos, que no eran de este mundo, o al menos, de esta época. Nadie osaba decir palabra, tan extraña era aquella súbita presencia, llena de autoridad, que por un momento Javier creyó haber entrado en un sueño. Pero las escenas tienen que tener un desenlace. Este venía de la mano

de German Blank, el hombre que había aparecido en la puerta, a pesar de estar aparentemente cerrada.

—Llame, llame a una ambulancia, señor Carreño. Mientras llega tendremos el tiempo suficiente para acabar este asunto —dijo el recién llegado hablando primero para Jerónimo e Himiko y luego para el marqués—. Hubiera preferido que me entregara la tabla entera. Y sin violencia. Al menos, hablamos de eso. Así que es mejor que me quede con la tabla quemada. Quizás pueda recuperarla y en cualquier caso, a usted ya no le pertenece. Pero como sé que todos han trabajado en la restitución, he querido compensarlos.

Dicho esto, arrojó una bolsa de terciopelo negra sobre la mesa. El marqués la recogió y abrió. Era un puñado de diamantes.

—Supongo que eso será suficiente.

El marqués cogió uno de ellos y rayó un cristal de la ventana. Mandó al guardaespaldas que le trajera el mazo de una armadura medieval del fondo de la tienda y probó a romper las piedras, sin éxito.

German le alargó un detector digital de piedras falsas, un aparato digital parecido a un gran termómetro con marcador de colores. Al aplicarlo a las piedras, una luz verde llenó la pequeña pantalla. Pareció convencerse.

—Creo que son buenos —exclamó el marqués.

—Desaparezcan. Ya han hecho demasiado daño —dijo Blank.

—Así que este era el gran capitalista —se le escapó a Raquel—. Pensar que cuando lo conocí en la subasta no le di ninguna importancia.

—Raquel, ¿vienes?

—No, querido. Ya he tenido bastante. Pediré el divorcio. Intentaré sacarte lo máximo posible.

—Mujeres... —dijo con desprecio.

—Hombres —respondió ella—, solo algunos merecen la pena y tú no eres uno de ellos.

Cuando el marqués y su esbirro abandonaron la sala, se escuchó la voz de Jerónimo.

—Perdone que no me levante a saludarlo. Apenas veo. Y este fogonazo me ha dejado completamente a oscuras. ¿Pero por qué les ha dado esos brillantes? ¡Ese canalla no se lo merece!

—No se preocupe, Jerónimo. Pero podían haberles hecho daño con la rabia de haber perdido lo que consideraban la tabla. Aunque todos sabemos que no es así, sino que era su copia. ¿Dónde está la tabla original?

—En la trastienda. Himiko, tráela.

—Ah, ¿pero esa era una copia? ¿Por la que han estado a punto de quemarse dos personas? Tiene gracia el asunto... —exclamaba ácida Raquel.

El desconocido alargó otras pequeñas bolsas de diamantes.

—Me importa un rábano ya el dinero, señor Mainger, pero me gustaría saber cuál es el secreto de la tabla.

—Podría decirle que es un secreto científico, el principio para poder realizar lo que ahora llaman la fusión fría, o reacción nuclear de baja energía. Algo que la humanidad busca afanosamente como la alternativa limpia a la energía nuclear de fisión, que los buenos alquimistas habían descubierto desde el siglo XVI, y que en realidad no es más que una función secundaria de lo más importante, una manera de transformar la materia. El mundo, que tanto lo necesita, no está aun preparado para ello. Aunque se vean joyas en el cuadro, los metales, las piedras, son elementos de la clave. Fue un maestro el que pintó aquello, y lo recibió de otro maestro, un alquimista que nunca ha aparecido en la historia de los grandes alquimistas. Pero era bueno y modesto. Y resolvió un enigma.

—Eso sí que no hubiera podido imaginarlo

nunca. Me deja de piedra. —Raquel era la única que era capaz de articular palabras, mientras que el resto permanecía callado. Nadie era capaz de decir nada a pesar de las muchas preguntas que se agolpaban en todas las cabezas. Himiko trajo la tabla original y el desconocido desplegó una bolsa de tela que tenía preparada.

—Este secreto, en manos inadecuadas, podría acarrear grandes males.

—Déjeme verla al menos unos segundos. Tanto trajín para esto y me voy a marchar sin ver siquiera esa maravilla —protestaba la marquesa.

Un minuto después de que todos la contemplaran con un silencio reverencial, German Blank introdujo la tabla en la bolsa.

—Tengo que irme. La ambulancia está a punto de llegar.

—¿No se aburre de los humanos, señor conde? —preguntó por sorpresa Javier.

—¿Conde? No sabía que pertenecía a la aristocracia —repuso Raquel—, ni que lo conocieras tanto.

—Sí, tuve el gusto de conocerlo, aunque entonces no sabía quién era en realidad, señor German Blank, señor Santiago Mainger, conde de Saint Germain... Debería haber sospechado, pero no me dejé llevar por mi intuición.

—Sí, tiene que hacerle usted más caso, señor Carreño. Contestando a su pregunta, la verdad es que el mundo sigue siendo un lugar interesante a pesar de los destrozos del ser humano, ese ser previsible y mediocre que tanto aburre con sus reiteradas equivocaciones. Es posible que estemos a punto de un cambio sustancial en las conciencias, este es un tiempo turbulento que puede alumbrar otros mejores, o, como otras veces, irse al traste. No hay que perder la cabeza. Hay que resistirse a creer que nuestra aventura en el planeta y en la historia acabe en ignominia y destrucción sin sentido. El amor triunfará. Algún día.

—¿Le volveré a ver? ¿Y al cuadro?

—No pierda nunca la esperanza. Es la mejor forma de vivir. La piedra filosofal está dentro de cada uno, es pura potencia. Es el «Yo soy», que esos que se dicen mis discípulos interpretan a su manera.

—Se quema un cuadro que es una copia de una obra maestra. Emerge entonces el original y se esfuma, lo que no tiene gracia. Me perdí —dijo Raquel—. ¿Quién es usted en realidad? ¿Y de qué lo conoces, Javier?

—Es una larga historia. Le autorizo a que la cuente cuando me haya ido.

El visitante enfiló la puerta con decisión. En su última mirada al grupo, antes de

desaparecer, se podía decir que asomaba una sonrisa.

No hubo tiempo para más. Javier detectó las miradas que se lanzaban Himiko y Raquel, pero la situación estaba tan distorsionada que lo que podría haber supuesto un duelo femenino de alto voltaje, ahora no tenía sentido. Herbert, muy agitado, preguntaba a su compañero cómo se encontraba.

—No es para tanto. He perdido un poco de práctica en lo de lanzar cócteles molotov —bromeaba Jerónimo, a pesar del intenso dolor que debía de sufrir.

—No quiero pensar qué habría pasado si no aparece Mainger con los diamantes —le decía Javier a Raquel—. Solo había un sicario, pero puede que lo hubiéramos pasado mal. ¡Qué inconscientes! Seguramente pensaron que contigo delante no haría ninguna barbaridad.

La conversación acabó con la sirena de una ambulancia que avanzó por la calle hasta detenerse en la puerta.

*

Vida enredada, vida barroca, extraña y sorprendente, nadie se hace responsable de la

trama, y el destino no es más que un truco de mal escritor. Historias sin finales, o con muchos, posibilidades hay para todos los gustos. A menudo las expectativas son siempre mejores que lo que en realidad sucede. Lo mismo pasa con la vida, esa obra interminable. Solo tiene puntos seguidos, a veces un salto a otro párrafo, perdidos ya del encabezamiento de nuestro periplo, olvidados de objetivos y frases, sin saber cómo va el negocio, el meollo del asunto, la sustancia.

Novela de desarrollo laberíntico, el camino está sembrado de pistas, todas verdaderas o todas falsas, como la vida, imposible juzgar. Se mezcla el presente, el pasado, quién sabe si el próximo futuro. Todo se ha desmadrado un poco, se ha salido de los moldes, intentando imitar al insigne pintor y sus equívocos mensajes, místico con la atracción del abismo del infierno, hombre desconocido que reconocemos en nuestro interior. Todos somos Hieronymus. Todos estamos en sus cuadros, todos los hemos pintado. Somos objeto y sujeto, materia y la mano que la forma, idea y la mente que la piensa, espejo negro que nos devuelve lo que queremos ver, nuestra esencia profunda difuminada en la nada, nuestro destino, una superficie oscura donde se dibujará lo que fuimos, donde nos diluiremos cuando la muerte nos fije en esos espacios.

Palabra alquímica, cabalística, álgebra de

emociones y gestos, geometría de los aspectos vitales que nos atañen, misterios que solo desvelaremos cuando atravesemos la puerta, las puertas, cuando ya nuestro cuerpo se asome a las ventanas de otra dimensión y las traspase.

Pero eso sí, con cuidado. Las palabras no deben ser utilizadas en vano, economía del universo, ni servir para adorno o embellecimiento, para alimento del ego. Las palabras son flechas. Y flores. Son plumas y piedras, vuelan al espacio y están enterradas en minas en lo más profundo de la tierra. Al fin y al cabo, ellas son la materia prima de la que se forma el *Opus nigrum*, el huevo filosofal.

En resumidas cuentas, la historia de la tabla había llegado a su fin, se había consumado. El fuego, más que purificador, destructor de sueños, implacable ejecutor de la sentencia. Había un final, y este era el fuego. El fuego de San Antón, el fuego de la fiebre. Y en ese, de una u otra manera, nos habíamos consumido todos.

En este punto me introduzco en la narración, quizá por necesidad de aclarar mi papel en ella, no para justificarlo. Yo, Javier Carreño, era consciente de haber vivido la aventura de mi vida, pero en realidad, lo que había sucedido era la novela de otra persona: la historia de Jerónimo Díaz. Así lo sentí en

aquel momento. Un final como pudo serlo cualquier otro, la vida, ya se sabe, tiene a veces varios finales, o diversas interpretaciones del mismo final. No conocí a nadie cuya identificación con El Bosco fuera más completa, lo cual es tal vez paradójico tratándose de un anarquista. O no tanto, tratándose, en el fondo, de un pintor. Y de un pintor que había utilizado el espejo negro que, como una puerta a otra dimensión, cruzaba de vez en cuando. Pero puede que fuese el propio Hieronymus Bosch el que se valía de aquella superficie y aquella mirada para volver a este mundo, para reflejar ese universo sombrío, esos personajes que surgían desde lo más profundo del corazón del ser humano, allí donde habita y reina el miedo, y los hacía aparecer tras los ojos de Díaz, que acababa escribiéndolos, como si en realidad aquellos monólogos no le pertenecieran. Historia de desenlace esotérico, o al menos brumoso, casi legendario.

Pero aunque este fuera el final de una trama, no es el último. Habrá quien lo prefiera, y entonces debiera detenerse aquí, aun a riesgo de no completar la visión del tríptico. Aunque si la curiosidad ha hecho al lector llegar hasta este punto, lo más normal es que continúe, a pesar de la advertencia ante posibles desilusiones. Es fuerte la tentación de acabar de esa forma, un tríptico incompleto

imita a la vida, siempre descuadrada, y no a la ficción, que exige cierre, así sea este abierto y problemático, con las dos alas de la obra.

La vida, el arte, son también reflejos de un espejo oscuro: el de nuestra sombra.

*

Los preparativos de vuelta, una semana después, cuando Jerónimo se había recuperado de sus heridas, se truncaron con el infarto que acabó con Herbert. Desde la muerte de su hijo adoptivo, y a pesar de su venganza, la tristeza le había dejado mudo. Les avisaron del hospital, cuando ya no había nada que hacer. Para Jerónimo fue una sensación extraña. A pesar de todo, lo sentía. Una parte de su vida se iba también con aquel hombre.

Javier e Himiko ayudaron al entierro, dado que no se le conocía familia. No habían salido de un funeral y se veían obligados a repetir el rito. También ayudó la asociación de los veteranos de los campos. Para ellos, cualquier pérdida era importantísima. Otro testigo del horror que se iba. Herbert fue enterrado junto con su hijo, en una tarde de sol frío que los dejó sin palabras. Volvieron a aquel cementerio, ante aquella proa de barco de

madera y aquel lema de los argonautas. «Buena navegación, viejo», pensó el comisario español, que a pesar de todo, lo había cogido cariño al holandés.

—Dentro de tres horas nos volvemos a España. Parece que a Jerónimo se le ha agravado la degeneración macular con todo lo que ha pasado. Está casi ciego —decía Himiko a Carreño.

—Ya ves, Javier, tanto hablar del espejo negro y es lo que me ha tocado vivir en el final de la vida. Tendré que resignarme a perder poco a poco la luz. Aunque, desde luego, ya he visto mucho. Demasiado.

—No debes atormentarte por lo que pasó —terciaba Carreño—. Nunca se sabe lo que nos depara la vida. Si vamos a las últimas causas, Herbert tuvo mucha responsabilidad en lo ocurrido. Por proteger a su hijo, lo puso en peligro, nos puso a todos.

—Es una sensación amarga. No creo que el ser humano cambie. No debería importarnos a los que estamos ya con un pie en la tumba, pero uno tiene su corazoncito. El mío se llama Himiko. De alguna manera, comprendo a Herbert. Por un hijo se puede hacer cualquier cosa.

—¿Javier? Hola, soy Gonzalo. Espero que

estés recuperado desde lo de Ámsterdam... Verás, ya que estás con el tema de los cuadros para la exposición... Me acaba de llegar una información de que se va a poner un nuevo Bosco en el mercado, una tabla que se creía desaparecida. ¿No sabes nada del tema?

—¿Cómo dices?

—Te digo esto, por supuesto, de manera absolutamente confidencial. Atento, amigo. Nuestro querido *Abuelo* anda detrás. No es tan invisible que no deje rastro de su presencia. Parece que está utilizando una partida de joyas en sus operaciones, sobre todo diamantes. Anótate mentalmente estos nombres, que utiliza como alias: German, Blank, Kowalesky. Su nieta trabaja como abogada en la recuperación de los cuadros robados por los nazis. Está vigilada y tarde o temprano nos llevará hasta su abuelo. No sabemos hasta qué punto está implicada, pero lo averiguaremos pronto. Así que, ya lo sabes, si te llega un rumor o un soplo, llámame de inmediato. Me debes una.

—Descuida. Si alguna vez veo a ese personaje, será lo primero que haga.

—A menos que ya te hayas encontrado con él y no me hayas dicho nada. Si es así, ten cuidado. Los diamantes que hace circular son falsos. Se trata de *moissanite*, un material utilizado en la industria electrotécnica,

obtenido a partir del siliciuro de carbono. Originalmente tenía un matiz amarillo, pero desde hace varios años existen sofisticadas tecnologías que permiten fabricar *moissanites* diáfanas que apenas se pueden distinguir de los diamantes auténticos, y son tan duros como ellos. Están muy bien trabajados y tienen un brillo especial, son muy difíciles de detectar incluso por joyeros expertos. Pero eso sí, las piedras valen diez veces menos.

A LA IZQUIERDA DEL TRÍPTICO

DIABLOS E INFIERNOS

Existe un punto de llegada, pero ningún camino.

Kafka.

El cosmos declina.

Pintada anarquista en el metro de Madrid.

L

a exposición, en el verano del año siguiente, se inauguró con un gran éxito mediático y de público. Además de las grandes obras del

Prado y del monasterio de El Escorial, llegaron varias obras maestras, como las *Tentaciones de San Antonio* de Lisboa; el *Tríptico del Juicio Final* de Viena; *La caída de los ángeles rebeldes, El arca de Noé en el Monte Ararat*, de Róterdam; *La crucifixión de Santa Julia* y dos de los cuatro postigos del Palacio Ducal de Venecia: el *Paraíso terrenal* y *La caída de los condenados; El barco de los locos*, del Louvre. Además del *San Juan en Patmos* de Berlín, *El San Juan Bautista* del Lázaro Galdeano, y *La muerte del avaro*, de la National Gallery de Washington. También algunos dibujos como *El campo que ve* y *El árbol que oye*, de la galería de la Albertina, de Viena. Todos los periódicos españoles y europeos destacaron la alta calidad y riqueza de las obras de El Bosco reunidas, quince, y su colocación, en unos pedestales que permitían contemplar los reversos de las grisallas en los trípticos, así como de la recreación virtual en 3D del estudio del pintor, los estudios técnicos sobre los cuadros más importantes y sus arrepentimientos, puestos de manifiesto por la reflectografía infrarroja, los rayos X y los ultravioletas.

Los afortunados que asistieron a la inauguración comentaron maravillados que aquel había sido un día histórico en lo que respecta a este tipo de exposiciones. Además de las obras bosquianas, en una sección se

podían contemplar cuadros de continuadores de El Bosco —Patinir, Brueghel, Petrus Chistas— ilustrados por música de la época interpretada en vivo por un grupo especializado, Hesperia 21.

Pero, en especial, lo que se destacó como curioso fue el lugar donde aguardaba un pedestal vacío con la leyenda «A los cuadros desaparecidos de Hieronymus Bosch». Allí, proyectadas desde la pared, se sucedían recreaciones virtuales de artistas contemporáneos que reinterpretaban las creaciones bosquianas. Entre ellas, una de Himiko, *La ballena y Jonás*, donde se veía un cetáceo en el vientre de un profeta.

Yo no pude asistir al gran día. No tenía cuerpo. Esa misma mañana había acudido, con Himiko y algunos amigos, al entierro de Jerónimo Díaz en las montañas de León. Himiko no quiso incinerarlo.

—Después de cómo ha muerto no quiero yo completar el trabajo del fuego, y menos en alguien que escapó de las cámaras de gas y del crematorio en los campos de concentración. Mejor enterrarlo en la tierra que le vio nacer.

Desde que fue afectado por el fuego, Jerónimo entró en una espiral de declive y abandono, en una rara serenidad, que le duró más de un año. Sabía que pronto llegaría el fin

y, a menudo, en el hospital, se quedaba mirando por la ventana, aparentemente ido, el único punto de luz que le dejaba ver el espejo negro que le velaba los ojos. Himiko, que no se hacía ilusiones, decía que simplemente estaba alcanzando la paz. El viejo anarquista no pudo superar una crisis cardíaca —afectado el corazón por el impacto de todo lo vivido en el último periodo de su vida, o porque tenía ya que tocarle— y se fue con los ojos abiertos, rechazando las últimas inyecciones de morfina contra el dolor. «Quiero enterarme de lo que pasa. No quiero estar dormido en esta experiencia por nada del mundo». Después del entierro, los dos nos fuimos a pasear por los montes y acabamos abrazados. El jarrón seguía roto, aunque se pegara con la cola del cariño, pero así afirmamos, de una manera animal e instintiva, nuestro deseo de sentir y de vivir.

De vuelta en el coche, Himiko sacó una bolsa de cuero y un sobre.

—Jerónimo quería que, cuando muriera, te diera esto.

—¿El espejo negro? ¿Pero no era algo valioso para él? Quien debe conservarlo eres tú, que además eres artista.

—Tendría sus razones para ello. Según él, tú lo necesitabas más. Yo le prometí que cumpliría con su deseo. A mí me dio muchas

más cosas.

Abrí el sobre buscando una carta, una explicación. Pero no había tal. Lo que contenía era una impresión del cuadro *Jonás y la ballena* sacada con el reflectógrafo. La extrañeza dio paso al asombro. Acostumbrado como estaba a ver la imagen de ese tipo de estudios, me sorprendí de lo que veía.

—Es lo que nos dio tiempo a hacer en el taller de Herbert, con el reflectógrafo que había traído Flebus. Solo pudimos realizar una pasada sobre el cuadro.

—¿Era el original o la copia? Aquí no parece haber nada debajo, ningún arrepentimiento, ningún diseño inicial...

—Era el original. O lo que creímos que era el original. Jerónimo tenía una sospecha y quería corroborarla. Aquel cuadro que copió para Mainger era ya una copia. No hay que olvidar que El Bosco fue uno de los artistas de la época más copiados. Estábamos en eso cuando llegaste, nadie dijo nada porque habría sido un jarro de agua fría.

—Ya decía yo que era muy raro que Jerónimo atentara contra la obra de su vida. O sea, que todos nuestros afanes hubieran sido vanos.

—Bueno, no estaba hecha por el maestro, pero sin duda era una copia contemporánea de

una de sus obras. Tenía su valor. Sobre todo porque se ha perdido el original.

Lo primero que pensé es que muy pocas cosas son lo que parecen. Ni los cuadros, ni los diamantes, ni siquiera Saint Germain. En la vida, como en los cuadros de El Bosco, todo era cambiante, materia de transformaciones...

—Siempre me intrigó lo de Saint Germain. Nunca te lo pregunté y es algo que me ha reconcomido hasta ahora. ¿Por qué Jerónimo estaba tan seguro de que era él para darle la tabla? —pregunté a Himiko.

—No sé las razones, pero yo dudo que, tal y como me contaste, aquella persona fuera un delincuente internacional. Los diamantes que nos dio eran de buena calidad. Jerónimo los vendió y donó su importe a causas sociales.

Nada me extrañaba ya de aquella historia. Como tampoco el desenlace final, mi salida del Museo de El Prado.

Naturalmente, mi ausencia de la ceremonia de inauguración, aunque estaba justificada, sentó muy mal entre las altas esferas. Recién acabada la inauguración, en el contestador de mi teléfono móvil quedó grabada la comunicación oficial de que prescindían de mis servicios.

El marqués —que había renunciado a la presidencia del Patronato del museo—,

asediado por su situación y después de protagonizar un escándalo al intentar vender diamantes falsos como auténticos, se declaró en quiebra y tuvo que vender parte de su exclusiva colección para eludir la cárcel. Final Robin Hood, la justicia poética del Bosque Ducal.

Después de todas las aventuras que vivimos juntos, mi relación con Himiko derivó en una buena amistad. Es la única persona que de vez en cuando me arrastra a una galería. De tarde en tarde, cuando está en España camino de algún paraje exótico, me tomo un café con Raquel, divorciada del marqués, al que le sacó una buena tajada. Y luego está Carmen, que llegó, como un regalo de Reyes, un mágico 5 de enero. Con ella estoy aprendiendo a amar, y eso me gusta.

He vuelto a dar clases en la universidad y he dejado de ser comisario de exposiciones. Después de la fama que se ha corrido sobre mí —con bulos fabulosos—, nadie en su sano juicio osaría contratarme para cualquier evento. Y, la verdad, no lo extraño. Gano bastante menos, pero me gustan mis alumnos, los pocos que quedan ya, en un universo en el que el arte y su estudio han pasado a un lugar secundario. Todos tenemos nuestros espejos negros. Yo descubrí el mío en aquel viaje para recuperar el *Jonás.* La búsqueda del cuadro me hizo comprender muchas cosas de mi lado

oscuro. De hecho me cambió la visión de la vida, me rebanó el ego, no soy el mismo desde entonces. Acabó con mi miedo, que era el miedo a la vida, algo que, sin ser del todo consciente, tiene mucha gente. Ahora me fijo en lo más importante. En vivir, en amar, en reír. De vez en cuando, cuando me asalta la tristeza o cierta melancolía, me abismo en el espejo negro que me regaló Jerónimo y me sereno. Es mi secreto mejor guardado. Luego, desde ese espacio y ese tiempo, escribo: he acabado una novela que espero publicar algún día.

En lo que respecta a El Bosco, no pierdo la esperanza de que antes de que me vaya de este mundo, alcance a ver la pintura original de*Jonás y la ballena.* Tiene que estar en alguna parte. Sería uno de los mejores regalos que me podría dar esta existencia. Viví una experiencia intensa y maravillosa a lo largo de varios meses y algo se prendió en mí. He comenzado investigaciones para averiguar cuál fue el destino del resto de los cuadros desaparecidos del maestro de s'Hertogenbosch. Por lo demás, sigo consultando a veces el tarot —humildad y paciencia son sus mensajes—, y el I Ching. Invariablemente, dos de cada tres veces me sale el mismo exagrama, el 13: la perseverancia trae ventura. También en la novela de la vida. De momento no tengo nada

más que añadir.

FIN

Madrid, 2011

AGRADECIMIENTOS

A mis queridos y admirados amigos Carlos Eugenio López y José Luis Gallero. Sus consejos enriquecieron en gran medida este texto, que perdió hojarasca. También aportaron sus conocimientos y opiniones Carmen Estévez, Ana Giselle Robaina, Arturo Rodríguez, Javier Arnaldo, José Carlos Calvo y Twiggy Hirota, por lo que les estoy eternamente agradecido.

A Harry van Berselaar, que me guio por s'Hertogenbosch y Vught y que respondió a muchas de mis cuestiones sobre el pueblo de El Bosco. En s'Hertogenbosch o Bolduque, mi agradecimiento al Bosch Art Center, así como a los responsables del cercano campo de concentración de Vught y al museo de la Resistencia en Ámsterdam.

Mi sincero agradecimiento a las víctimas de esos campos de la barbarie —con recuerdo especial a los españoles, con algunos de los cuales hablé—, por haber dejado testimonio de lo que vivieron y sufrieron, testimonios que sirvieron también para varios de los pasajes de

esta novela.

Gracias a Tomasso Benedet.

Además de otros autores citados en el texto, es destacable el libro *El mundo de El Bosco*, de Ronald Glaudemans, Jos Koldeweij, Jan van Oudheusden, Ester Vink y Aart Vos.

Escaneo y corrección del doc original:

Monipenny & LTC

Maquetación ePub: El ratón librero (tereftalico)

ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos DEBES SABER que NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos

religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente…

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

Usando este buscador: http://www.recbib.es/book/buscadores encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.

Puedes buscar también este libro aquí, y localizarlo en la biblioteca pública más cercana a tu casa: http://libros.wf/BibliotecasNacionales

AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

PETICIÓN

Libros digitales a precios razonables.

NOTAS

[1] s'Hertogenbosch, Den Bosch, Bolduque, Balduque, o Bosque Ducal.